Personajes principales

Dominic Caruso: operativo, The Campus

Ethan Ross: subdirector adjunto para asuntos de Cercano Oriente y Norte de África, Consejo de Seguridad Nacional

Eve Pang: ingeniera de sistemas de redes informáticas, novia de Ross

Darren Albright: agente especial supervisor, División de Contrainteligencia del FBI

Nolan y Beale: especialistas en investigación, Grupo de Vigilancia Especial del FBI

Adara Sherman: directora de transporte, The Campus

Harlan Banfield: periodista, miembro del Proyecto de Transparencia Internacional

Gianna Bertoli: directora del Proyecto de Transparencia Internacional

Mohammed Mobasheri: Guardia Republicana Iraní

Kashan, Shiraz, Isfahan y Ormand: agentes de la Fuerza Quds

Leo: oficial de seguridad venezolano

Rigoberto Finn: examinador de polígrafo, FBI

Gerry Hendley: director, The Campus/Hendley Associates

Arik Yacoby: ex operativo, Shayetet 13, naval israelí Fuerzas Especiales

David: agente de inteligencia israelí

Phillip McKell: experto en redes informáticas

Personajes principales

Dominic Caruso: operativo, The Campus Ethan Ross: subdirector adjunto para asuntos de Cercano Oriente y Norte de África, Consejo de Seguridad Nacional Eve Pang: ingeniera de sistemas de redes informáticas, novia de Ross Darren Albright: agente especial supervisor, División de Contrainteligencia del FBI Nolan y Beale: especialistas en investigación, Grupo de Vigilancia Especial del FBI Adara Sherman: directora de transporte, The Campus Harlan Banfield: periodista, miembro del Proyecto de Transparencia Internacional Gianna Bertoli: directora del Proyecto de Transparencia Internacional Mohammed Mobasheri: Guardia Republicana Iraní Kashan, Shiraz, Isfahan y Ormand: agentes de la Fuerza Quds Leo: oficial de seguridad venezolano Rigoberto Finn: examinador de polígrafo, FBI Gerry Hendley: director, The Campus/Hendley Associates Arik Yacoby: ex operativo, Shayetet 13, naval israelí Fuerzas Especiales David: agente de inteligencia israelí

Phillip McKell: experto en redes informáticas

Prólogo

LA COSTA DE LA INDIA apareció a la luz de la luna. En realidad, no había mucho que hacer, sólo una estrecha franja de arena que emergía de la oscuridad a unos cientos de metros de la proa del barco, pero la primera visión de tierra en cuatro días le dijo al hombre que estaba en la cubierta de proa dos cosas importantes.

Uno: la fase de ingreso de su operación había sido exitosa.

Y dos: había llegado el momento de degollar al capitán.

El hombre de la cubierta de proa sacó su cuchillo y se dirigió hacia las escaleras que conducían al puente de navegación. Dos de sus hombres se pusieron a caminar detrás de él, pero sólo estaban allí para mirar. La responsabilidad de matar al capitán recayó en el líder y, en verdad, no lo consideró ninguna carga; de hecho, agradeció la oportunidad de mostrar una vez más su compromiso con esta misión ante los demás.

El líder y su equipo de seis personas habían pasado tres días a bordo de un barco pesquero omaní en aguas abiertas del Mar Arábigo. Anoche llegaron a la altura de este buque de veinticinco metros de eslora y agitaron en el aire una correa de ventilador hecha jirones. Pidieron ayuda en hindi, pero cuando el carguero se acercó a ellos, el líder y sus hombres subieron a bordo como ratas de pantano e invadieron a la pequeña tripulación; masacraron a todos excepto al capitán y le ordenaron que se dirigiera hacia el este con rumbo a la costa de Malabar de la India.

Al líder le había llevado medio día convencer al aterrorizado capitán de que no correría la misma suerte que su tripulación. Matarlo sería una mentira, por supuesto, pero mientras el líder subía las escaleras hasta el puente oscuro, no se preocupaba por incumplir su promesa; su mente ya estaba fuera de este barco y en la fase objetiva de la operación.

El líder era teniente de las Brigadas Ezzedeen Al-Qassam, el ala militante de la organización política palestina Hamás. Lo habían enviado a esta misión para atacar a un solo hombre, pero siempre había sabido que muchos otros, el capitán y su tripulación, por ejemplo, necesariamente serían sacrificados en la acción.

Hasta el momento había tenido el control total de su operación. La siguiente fase, por el contrario, estaba en manos de otra persona, y esto le preocupaba mucho. Ahora todo dependía de la competencia de un contacto local. Una mujer, le habían dicho en el informe de su misión, que había verificado la presencia del objetivo y la disposición de la policía local y que también, Inshallah, había entregado un vehículo a su punto de aterrizaje y, Inshallah, se había acordado de dejar las llaves debajo. el asiento del conductor.

El líder perdió el equilibrio momentáneamente en lo alto de las escaleras de la cubierta exterior del puente y extendió la mano para estabilizarse. Los hombres detrás de él seguían subiendo, no lo habían visto tropezar y él se alegraba de ello. Podrían preguntarse si fue una muestra de nervios por su parte, y eso no lo podía permitir. Fue sólo un ligero balanceo hacia estribor lo que lo desequilibró, y era lógico que sus piernas flaquearan. Nacido en la Franja de Gaza, el líder había crecido cerca del océano, pero nunca antes de esta semana había puesto un pie en algo más grande que un bote de pesca con motor fuera de borda.

Lo habían elegido por su inteligencia, su crueldad y su determinación, pero ciertamente no por ninguna destreza marítima.

Aquí arriba, en la cubierta del puente, el líder se detuvo para observar la noche en todas direcciones. Había pocos signos de civilización en la costa, excepto algunas chozas de madera, pero un resplandor eléctrico flotaba en la bruma sobre la enorme metrópolis costera de Kochi, a sólo cuarenta y cinco kilómetros al sur.

Satisfecho de que no hubiera nadie cerca para escuchar un grito en el mar abierto, alcanzó el pestillo de la puerta.

El capitán indio de mediana edad no se volvió cuando el líder entró en el puente. Mantuvo las manos en el volante, mirando al frente, con el pecho agitado por el miedo.

Él lo sabía.

El líder siguió adelante con su cuchillo escondido detrás de su muslo; Había planeado hacer una pregunta mientras se acercaba, algo indiferente para distraer al hombre, para tranquilizarlo por el momento, pero en lugar de eso guardó silencio, levantando la espada en su mano derecha.

A tres pasos se abalanzó sobre la espalda del hombre, pasó el cuchillo por delante de su cuerpo, luego le clavó la hoja en el cuello y se la pasó por la garganta desnuda. Sacó el cuchillo y dio un paso atrás. El indio giró, la sangre brotó a través del puente, atrapando los pantalones y las zapatillas del líder, aunque éste saltó hacia atrás a lo largo de la pequeña habitación para evitarlo.

Los otros dos miraban a través de un portal junto a la puerta, lejos del rocío arterial.

El capitán cayó de rodillas, el aire siseó y gorgoteó a través de la herida ensangrentada por un momento. Luego murió. Afortunadamente, rápido para todos, pensó el líder.

"Allahu Akbar". Lo dijo con reverencia, pasó por encima del cuerpo, siguiendo la sangre porque no había forma de evitarlo, y puso las manos en el volante.

Pero sólo por un momento: no era ningún capitán. De hecho, ninguno de los hombres a bordo sabía cómo llevar el carguero a puerto de manera segura, el capitán incluso les había dicho que no había ningún puerto al que se dirigían, por lo que el líder simplemente puso los motores en ralentí y ordenó a sus hombres que pasar a la embarcación que ya había sido llenada con equipo y bajada a las aguas negras en el lado de babor.

VEINTE MINUTOS DESPUÉS, los siete hombres bajaron de la pequeña embarcación y se adentraron en el suave oleaje de la costa, luego arrastraron el bote a la arena, varado apenas lejos de las olas.

Dejar el barco aquí al aire libre no sería ningún problema. No volverían a necesitarlo; La ruta de exfiltración del líder sería por tierra hacia el este, hasta Madurai y luego en un avión con documentos falsificados. Además, el barco no sobresaldría ni pondría en peligro la misión, ya que varias otras pequeñas embarcaciones yacían desatendidas alrededor de esta lengua de arena. El pescador de redes los había dejado durante la noche, después de quitarles los motores fuera de borda y llevarlos de regreso a sus casas con techo de paja para protegerlos de los ladrones.

Los hombres sacaron bolsas de lona negra del barco auxiliar y se pusieron su equipo. Tres chalecos pesados con correas debajo de sus grandes cazadoras negras; los otros cuatro llevaban pequeños rifles colgados del

cuello junto con bolsas de munición extra. Las armas eran micro-Uzis, una ametralladora de nueve milímetros de fabricación israelí, pero cualquier ironía en la elección del arma de fuego fue superada por la innegable confiabilidad del arma.

En tres minutos salieron de la arena y corrieron por un camino de playa oscuro bordeado de palmeras y cocoteros.

El contacto local había dejado su vehículo justo al lado de la carretera, junto a una estrecha zanja, exactamente donde le habían indicado que lo hiciera. Fiel a las instrucciones del líder, el vehículo era un gran camión marrón que entregaba leche desde una granja local a los residentes de Kochi. Los frigoríficos habían sido retirados de la parte trasera, lo que apenas dejaba espacio para los cinco hombres que treparon por la puerta lateral.

Las llaves estaban allí, debajo del asiento, y el líder se sintió satisfecho y sorprendido por la competencia de la mujer. Se deslizó en el asiento del pasajero delantero, su segundo al mando tomó posición detrás del volante y los demás se sentaron atrás sin que se dijera una palabra entre ellos.

Se dirigieron hacia el este, alejándose de la playa y por una estrecha carretera pavimentada que atravesaba el remanso, un sistema de lagos y canales salobres, tanto naturales como artificiales, donde se unen el mar Arábigo y el río Periyar. Los cocoteros se alineaban a ambos lados de la carretera y una espesa neblina difuminaba los faros.

El líder consultó su reloj y luego consultó con un dispositivo GPS de mano, cargado con las coordenadas que le había proporcionado el agente local. Su primera parada fue la torre de telefonía móvil en Paravur-Bhoothakulam Road. No había líneas fijas en el objetivo, por lo que desactivar la torre cortaría la línea de comunicación de su objetivo con la policía local.

El líder conversó con su conductor y luego se volvió hacia los hombres detrás de él. Sólo vio siluetas oscuras.

Conocía a dos de los cinco hombres desde hacía años; ellos, al igual que el líder y el conductor, eran fedayines de los territorios. Podía distinguirlos por su postura aunque no podía ver sus rostros. A los otros tres hombres los había conocido en el campamento de Yemen poco antes de zarpar. Se centró exclusivamente en estos extranjeros e incluso les sonrió como un tío paciente y benevolente.

La sonrisa fue una artimaña; Pensó que los hombres eran tontos; se negó a armarlos con armas porque no confiaba en que fueran soldados competentes. Estos hombres no empuñarían armas, había decidido el líder, porque eran armas.

Su sonrisa se hizo más profunda y luego les habló a los tontos en árabe. “El momento se acerca, mis valientes hermanos. Debéis prepararos para el martirio”.

DOMINIC CARUSO sólo tenía treinta y dos años y estaba físicamente en buena forma, pero aún así le resultaba difícil mantener el paso con el hombre de cincuenta años que corría varios pasos delante de él. En la última hora, la pareja había recorrido cinco millas de obras viales divididas por media milla a nado, y las condiciones aquí no ayudaban. Dom aspiró tanto aire fétido como pudo entrar en sus pulmones para seguir adelante. Era media noche y todavía hacía un calor terrible, y el sendero de la jungla estaba oscuro salvo por una pequeña y brumosa luz de luna que se filtraba a través de las palmeras de arriba.

El compañero de carrera de Dom parecía no tener problemas para encontrar su camino en la oscuridad, pero Dom se enganchó con la punta de su zapato en la raíz expuesta de un árbol de jacarandá y cayó de cabeza sobre manos y rodillas.

"Hijo de puta." Lo dijo en voz baja.

Su entrenador lo miró pero siguió corriendo. Dom creyó detectar una sonrisa en el rostro del hombre mayor. Su voz era baja y con mucho acento. "¿Necesitas una ambulancia?"

“No, yo sólo…”

"Entonces levántate." El hombre mayor se rió entre dientes y luego añadió: "Vamos, D, sigue adelante". Se dio la vuelta y aceleró el paso.

"Bien." Dom se puso de pie, se limpió el barro tibio de sus pantalones cortos y salió en su persecución.

Hace un mes no había manera de que el estadounidense hubiera podido correr diez kilómetros con un calor de ochenta y cinco grados y un noventa y cinco por ciento de humedad, especialmente en mitad de la noche después de un día completo de entrenamiento en artes marciales. Pero desde su llegada a la India, había logrado avances en su fuerza física y mental más rápido de lo que podría haber imaginado, y todo esto se lo debía a Arik Yacoby, el hombre que ahora estaba doce metros delante de él.

El camino fangoso de la jungla terminaba en un camino pavimentado, y Arik giró a la izquierda y comenzó a correr por él. Dominic los persiguió

aunque pensó que deberían haber ido hacia la derecha; él era el visitante, después de todo, y confiaba en que Yacoby conociera esos caminos mejor que él.

Yacoby no era local, pero había vivido aquí algunos años, y por su condición física de élite era obvio que había recorrido estos senderos y caminos cientos de veces.

Dom sabía muy poco sobre el pasado de Arik Yacoby: sólo que era israelí, un emigrado a la India, y que alguna vez había sido miembro de las FDI, las Fuerzas de Defensa de Israel. Dom no tuvo problemas para imaginarse a Arik como un soldado de élite; su condición física y disciplina y el brillo confiado y decidido en sus ojos de acero anunciaban este hecho a cualquiera que supiera qué buscar.

Dom había venido a la India para entrenar con el hombre durante seis semanas. Yacoby tenía cinturón negro de cuarto grado en Krav Maga, un arte marcial desarrollado para el ejército israelí. El entrenamiento cuerpo a cuerpo de Dom con Arik había sido intenso en sí mismo, pero estas sesiones nocturnas adicionales de fisioterapia habían añadido otra faceta a la experiencia agotadora.

Nadaron, corrieron, escalaron, a menudo todo en la misma noche. A Dom le parecía como si Arik sintiera que era su deber impartir no sólo las habilidades del combate cuerpo a cuerpo, sino todos los aspectos físicos y mentales del servicio en las Fuerzas Especiales israelíes.

Todo menos el uso de armas de fuego, claro está. Esto era la India, y aunque Arik Yacoby era ahora un residente permanente de Peravur, no era policía ni soldado y, por lo tanto, no podía obtener un arma legalmente.

Pero Dom no creía que la falta de un arma de fuego de Yacoby lo hiciera menos peligroso de ninguna manera.

Esta búsqueda de la India para estudiar Krav Maga fue la tercera evolución de cinco en un curso de formación de cuatro meses para Dominic Caruso. Justo antes de venir aquí, Dom había pasado tres semanas escalando montañas en el Yukón, bajo la tutela personalizada de un veterano alpinista canadiense. Y antes de eso, había pasado dos semanas en Reno, Nevada, estudiando juegos de manos y otras aplicaciones de desvío de la mano de un maestro mago.

Después de su entrenamiento de Krav Maga en la India, Dom estaba programado para volar a Pensilvania para trabajar con un ex francotirador de la Marina de los EE. UU. en sus tiros a larga distancia, y luego de allí iría directamente a Sapporo, Japón, para aprender de un maestro en armas blancas. combatir.

En cada una de estas evoluciones, Dom aprovechó la experiencia de sus formadores expertos en los cursos individuales y los acribilló con literalmente miles de preguntas. Los entrenadores, en cambio, no le preguntaron mucho. No sabían su verdadero nombre (Arik simplemente se refería a él como D), no conocían su organización, no conocían sus antecedentes. Todo lo que sabían, todo lo que necesitaban saber, era que Dom llegó con la bendición de personas importantes relacionadas con la comunidad de inteligencia de Estados Unidos.

Ciertamente, los entrenadores asumieron que Dom era la CIA, la DIA, el JSOC o algún otro acrónimo que significaba problemas, y el propio Caruso no hizo nada para disipar esa noción. Pero él no era ninguna de esas cosas, ni era empleado de ninguna agencia oficial del gobierno. En cambio, Dominic Caruso era oficial de operaciones de una entidad conocida como The Campus. Era una organización de inteligencia extraoficial con un brazo de acción directa. Sólo unos pocos en las filas oficiales del gobierno sabían de su existencia, y estos pocos hicieron conexiones con el cuadro de entrenamiento de élite individual en todo el mundo, para que Dom y sus compañeros oficiales del Campus pudieran aprender de los artistas marciales, alpinistas, francotiradores, buzos. , deportistas extremos, expertos en idiomas y cultura, o maestros en cualquier otra disciplina que les pueda resultar necesaria para tener éxito en sus operaciones negras.

Antes de su paso por The Campus, Dom había sido agente especial del FBI. Esto le proporcionó una enorme cantidad de formación práctica, pero la Academia de Formación del FBI en Quantico no envió a sus reclutas a las montañas ni los hizo merodear por pantanos tropicales.

Caruso había aprendido mucho en cada una de sus paradas en su circuito de entrenamiento extracurricular, pero su paso aquí con Arik Yacoby había sido la mejor de las evoluciones hasta el momento, gracias, en gran parte, a Yacoby y su familia. Hanna, la esposa instructora de yoga de Arik, lo había acogido en su casa como a un pariente perdido hacía mucho tiempo, y sus dos hijos pequeños, Moshe y Dar, de uno y tres años, lo habían tratado como si fuera un gimnasio humano en la jungla, trepando juguetonamente sobre él

cada uno. noche mientras los adultos se sentaban en la sala de estar de la rústica casa de campo del pueblo de Arik y hablaban mientras cenaban y tomaban una cerveza.

Dominic era un soltero irreformado y le sorprendió lo mucho que había disfrutado de esta visión de la vida familiar.

Esta noche, Dom había terminado de cenar con Arik y su familia, y luego se retiró a su habitación para hacer su "tarea", leyendo sobre las filosofías de Krav Maga. Se había quedado dormido antes de las once, pero poco después de medianoche apareció Yacoby en su puerta y le dijo que tenía tres minutos para ponerse el bañador y las zapatillas deportivas y salir.

Estas operaciones nocturnas, como él las llamó, fueron diseñadas para ayudar a acondicionar el cuerpo de Caruso para que se adaptara al trabajo cuando se le ordenaba, incluso cuando había dormido poco o sus biorritmos le decían que era hora de desconectarse.

El cuerpo de Dom se había adaptado a este régimen, aunque a regañadientes, mientras que el propio Arik parecía disfrutar genuinamente de correr y nadar hasta altas horas de la noche.

Tres minutos después de que Yacoby despertara a Caruso, los dos hombres comenzaron a correr. Se alejaron de la casa y subieron por un camino que salía del grupo de granjas y bungalows del barrio judío y se adentraba entre las palmeras. Giraron hacia el oeste hacia el océano y luego hacia el norte, alejándose del pueblo más cercano y siguiendo un sendero selvático que a veces resultaba casi imposible de transitar debido a la completa oscuridad del doble dosel de cocoteros y plátanos.

Llegaron a las orillas del lago Paravur y Yacoby se metió en el agua sin apenas interrumpir su paso, y luego comenzó una brazada relajada pero poderosa que Dom sólo podía seguir moviendo sus brazos y piernas en un crol australiano.

Dom no era fanático de este lago. La primera vez que nadó en él, salió a la orilla opuesta y se encontró a ocho metros de un pozo de cobras. Arik se había reído del pánico de Dom y le dijo que las cobras, como la mayoría de las criaturas peligrosas de la tierra, sólo querían que las dejaran en paz y que no empezarían nada si Dom no lo hacía.

Esta noche, Dom vio una enorme pitón entre los juncos cerca de la orilla del agua, pero no la molestó y, fiel a la promesa de Arik, simplemente se alejó deslizándose y los dos hombres terminaron su nado sin incidentes.

Desde aquí corrieron por un dique a lo largo de un gran arrozal de yuca, luego entraron en la selva remota y corrieron dos millas a lo largo del segundo sendero oscuro de la tarde.

Ahora de nuevo en la carretera pavimentada, volvieron a entrar en el pueblo de North Paravur. Un pequeño tuk-tuk pasó zumbando junto a ellos en una carretera que por lo demás estaba vacía; el motor de dos tiempos tosió cuando se detuvo en una casa para recoger a una mujer que se dirigía a la estación de autobuses local para ir temprano al trabajo en Kochi. Arik y Dom saludaron a la mujer y al conductor mientras el tuk-tuk daba vuelta en U frente a ellos.

Finalmente Arik aminoró el paso y empezó a caminar. Habló respirando ligeramente con dificultad. “A dos kilómetros de casa, el resto del camino nos relajaremos. Esta noche voy a ser suave contigo”.

Dom jadeó lo más silenciosamente posible; apenas podía hablar. Entre bocanadas de aire, exprimió: "Te lo agradezco".

“Realmente lo apreciarás por la mañana. Comenzaremos con un trabajo de contacto total en el dojo y seguiremos con un largo baño antes del almuerzo”.

Dom simplemente asintió mientras caminaba, tragando aire caliente y húmedo. Las luces de otro vehículo aparecieron detrás de ellos segundos después, y los dos hombres se salieron de la carretera cuando pasó una gran furgoneta de leche de color beige que se dirigía hacia el sur.

Arik ladeó la cabeza al ver el vehículo, pero no dijo nada.

Un minuto después, Dom y Arik pasaban por la sinagoga local en la oscuridad y Arik dijo: “Tengo antepasados en el cementerio de atrás. La comunidad judía más antigua de la India está aquí, ¿sabes?

Dom simplemente asintió, todavía demasiado sin aliento para hablar, y luchó contra una sonrisa. Después de todo, Arik había mencionado este hecho media docena de veces durante el último mes. Yacoby tenía sus raíces

aquí, en las costas occidentales de la India, antes de que su familia fuera desarraigada y reasentada en Israel. Había regresado aquí para explorar su pasado mientras estaba de permiso de las FDI hace varios años, y mientras recorría la antigua sinagoga y caminaba por las calles del norte de Paravur, decidió que algún día regresaría aquí para vivir, para fortalecer la pequeña comunidad judía. y criar a sus hijos en la misma tierra por la que caminaron sus antepasados generaciones antes.

A Dom le gustó esto de Arik. Tenía un carácter fuerte y un pensamiento decidido.

LA PEQUEÑA GRANJA DE LOS YACOBYS estaba al final de un largo callejón sin salida en Temple Road, en un área cerca de la sinagoga y de la comunidad judía local. Una espesa jungla corría a ambos lados de la carretera pavimentada, y la granja daba paso a un enorme arrozal de Pokkali. El vecindario estaba aislado del resto del pueblo, y por esta razón tanto Arik como Dom notaron el vehículo estacionado al costado de la carretera delante de ellos cuando todavía estaban a cincuenta metros de distancia.

Era el camión de la leche que habían visto pasar diez minutos antes.

Yacoby tomó a Dom del brazo y aminoró el paso. “Eso no pertenece”.

Se acercaron por detrás, más curiosos que preocupados. Miraron por las ventanas y vieron que estaba vacío.

Arik miró hacia el camino en dirección a su granja.

Dom dijo: "Lo he visto por ahí".

Arik sacó su teléfono de una funda impermeable en sus pantalones cortos. Mientras lo hacía, dijo: “Sí, pero no aquí. Realiza entregas desde una granja al norte de la ciudad hasta Kochi, en el sur. Estamos a dos kilómetros al este de su ruta diaria”.

Caruso quedó impresionado de que Yacoby conociera los movimientos de un vehículo local individual con tanta precisión, pero aún no compartía la evidente preocupación de su entrenador.

Yacoby llamó a su esposa mientras comenzaba a caminar por la carretera, seguido de cerca por Dom. Después de un momento, miró su teléfono.

“Sin servicio.”

“¿Eso sucede por aquí?” -Preguntó Dom.

En un susurro, Arik respondió: “De vez en cuando. Pero no creo en las coincidencias. Algo extraño está pasando”.

Dom pensó que Arik estaba sacando conclusiones precipitadas muy rápido, pero Arik conocía el área mejor que él y también conocía las amenazas. Él dijo: “Entonces vámonos” y comenzó a caminar por el camino.

"No de esa manera", respondió Arik. "Podemos acercarnos a mi granja desde el oeste atravesando los árboles". Arik se giró y se dirigió hacia la espesa flora, y Dom lo siguió.

Una vez dentro de la jungla, Dom se dio cuenta de que no era tan espesa como parecía desde fuera. Cada árbol de plátano, coco, jacarandá o mango ocupaba su propio espacio, había suficiente espacio para moverse entre los troncos y dejaba pasar muy poca luz para permitir mucha maleza. Arik llevaba consigo una linterna táctica, pero la dejó en su bolsillo y en su lugar usó el brillo de su teléfono celular para indicar el camino y no revelar su ubicación. En la penumbra, los hombres se movieron con bastante rapidez, impulsados por el deseo de saber quién había cortado el servicio móvil y había dejado la furgoneta al costado de la carretera.

Llegaron al borde de la jungla, detrás de una leñera que se encontraba junto al camino de grava de la granja de Arik. Los dos hombres se arrodillaron y examinaron la propiedad, aprovechando su excelente visión nocturna. Después de todo, habían pasado la última hora y media afuera en la oscuridad, por lo que sus alumnos estaban condicionados a captar hasta el último vestigio de luz ambiental disponible.

La pequeña granja tenía sólo cuatro acres, con un bungalow de dos pisos en el centro, un largo edificio de una sola planta que Arik había convertido en su dojo y el estudio de yoga de Hanna, y un gran gallinero al lado del huerto en la parte trasera. Un camión de trabajo y dos jeeps, todos ellos de los Yacoby, estaban aparcados en el camino de entrada, al lado cercano del bungalow.

Caruso extendió la mano lentamente y apretó el brazo de Yacoby, y el israelí siguió la mirada del estadounidense. En la oscuridad apenas pudo

distinguir un movimiento al otro lado de un pequeño estanque frente al bungalow. Era una forma humana, eso era seguro, pero con la oscuridad era imposible decir más.

Unos segundos más tarde, ambos hombres se volvieron hacia el sonido de la grava. Una segunda figura se movió entre los jeeps de Arik y Hanna, estacionados uno al lado del otro en el camino, a menos de veinticinco metros de donde los dos hombres estaban arrodillados en las palmeras. Este hombre se acercó al otro junto al estanque y juntos parecieron mirar hacia la casa.

Dominic había pensado que Arik estaba reaccionando exageradamente al ver el vehículo desocupado, pero ahora su corazón comenzó a latir con fuerza y sintió el dolor sordo en la parte baja de la espalda que siempre acompaña al peligro. Algo siniestro estaba sucediendo aquí y ahora, y era dolorosamente consciente de que tanto él como su entrenador estaban desarmados y vestidos sólo con pantalones cortos.

Arik hizo retroceder a Dom unos metros para ponerse a cubierto y le susurró, con los ojos todavía buscando hacia adelante: “Son dos al frente. Intentaré ver si tienen armas. Ábrete camino entre los árboles para poder ver la parte trasera de la casa. Reúnete conmigo aquí para informar. Ir."

"Arik, si esto es algún tipo de prueba o..."

Yacoby se volvió hacia Caruso. Tenía los ojos apretados por la preocupación y la mandíbula adelantada y flexionada. "No hay simulacros, D. Este es el mundo real".

"Comprendido." Dom se alejó.

A CARUSO le tomó menos de un minuto tener línea de visión en la parte trasera de la propiedad. Al principio no detectó ningún movimiento, salvo algún movimiento ocasional en el gallinero y un gran lagarto correteando por lo alto de una valla de madera junto al huerto. Pero justo cuando estaba a punto de regresar a la leñera, sintió un movimiento en la oscuridad más cerca de la casa. Se movió unos metros hacia la derecha y estiró aún más el cuello para ver qué había allí.

Los vio ahora en la noche. A cien pies de distancia había dos figuras; al menos uno de ellos iba armado con un arma que colgaba de una correa al

hombro. Ambos vestían ropa oscura y estaban uno cerca del otro en el centro del patio trasero, frente a la casa de Arik.

Dom pensó que uno de ellos podría haber estado usando una máscara, porque la luz de la luna no se reflejaba en sus rasgos faciales. No podía decir nada sobre su origen étnico o sus intenciones, ni siquiera la marca del arma que vio. Volvió a esconderse entre las palmas y se dirigió hacia el israelí, con cuidado de moverse lo más silenciosamente posible.

Cuando Dom llegó detrás de la leñera, casi pasó a Arik sin verlo.

"Informe", dijo Arik, revelándose en la oscuridad casi total.

“Dos hombres. Vi un arma. SMG o algún tipo de pequeña ametralladora. No sabría decir de qué tipo. Están vigilando la casa desde el otro lado del gallinero. ¿Están armados los chicos que van delante?

“Micro-Uzi en uno. Tiene una máscara. Otro puede tener una pistola, pero no puede ver sus manos con claridad”.

La mente de Dom estaba acelerada. "Mierda. ¿Hay alguna posibilidad de que sean policías indios?

Yacoby negó con la cabeza.

"¿Qué opinas?"

“Equipos de bomberos de dos hombres. Es una configuración clásica de los fedayines”. Caruso sabía que fedayín significaba luchador islámico.

“¿Lashkar?” -Preguntó Dom. Lashkar-e-Taiba era una organización terrorista con sede en Pakistán que había estado activa en la India durante años.

“Tal vez”, respondió Arik, pero no parecía convencido.

“¿Crees que golpearán la casa?”

Antes de que Arik pudiera responder, el grito de una mujer atravesó el cálido aire de la noche. Era Hanna, la esposa de Arik, Dom la reconoció al instante. Sonaba más confrontativa que asustada, pero su voz elevada en la noche silenciosa fue escalofriante.

Yacoby se levantó, listo para correr al escuchar el grito de su esposa, pero se contuvo y se arrodilló. Susurró: “Ya lo han hecho. Se trata de seguridad perimetral. Hay otros dentro. Al menos dos. Podría haber más”.

Dom miró al israelí con horror. Notó la calma relevante en la voz de Yacoby. Fue intenso, pero no hubo pánico. Debió haber estado pensando en su esposa e hijos, pero de alguna manera tuvo la capacidad de dejar eso de lado y concentrarse en el problema que tenía ante sí.

Pasando a los cuatro hombres afuera.

Caruso preguntó: "¿Cómo quieres hacerlo?"

Arik mantuvo sus ojos en el bungalow. Habló rápido pero suavemente. “Haría falta media hora para que llegara la policía local y no tengo confianza en que no vayan a empeorar la situación. Ninguno de mis vecinos tiene teléfono fijo ni arma de fuego. Tengo que lidiar con esta situación yo mismo”.

"Bien."

“Hanna y yo tenemos un plan en caso de problemas. Si hubiera tenido tiempo, habría metido a los niños en el baño de nuestro dormitorio. Hacia allí me dirijo. Voy directo a la casa. Puerta lateral a la cocina desde el camino de entrada.

“¿Y yo?”

“Tú quédate aquí. Vigile a los hombres de atrás y haga sonar una alerta si hay problemas”.

Caruso negó con la cabeza. “No está sucediendo. Estoy en esto contigo, todo el tiempo. Puedo cubrirte mejor en la casa”.

Arik no giró la cabeza para mirar a Dom, solo asintió levemente, con los ojos todavía clavados en la escena frente a él. "Bien. Vamos juntos por la puerta lateral. Una vez dentro, tomaré un cuchillo de cocina e intentaré llegar hasta mi familia en el segundo piso. Coge un cuchillo y prepárate para enfrentarte a estos cuatro que están aquí si intentan entrar.

A Dom esto le pareció una misión suicida, pero no vio otra opción.

Yacoby se puso de pie lentamente, se preparó para avanzar, pero luego se

inclinó más cerca de Caruso. “Si me pasa algo y puedes acceder a ello, tengo un rifle Tavor y seis cargadores en un cofre cerrado con llave debajo de mi cama. La combinación es uno, nueve, seis, seis, cuatro”.

Dom sabía que se suponía que Arik no debía tener un arma aquí en la India, pero no fue una gran sorpresa que la tuviera.

“Uno, nueve, seis, seis, cuatro. Entiendo."

Rápidamente, pero todavía en un susurro, Arik dijo: “No habrá tiempo para dudar. No debes mostrar piedad a estos hombres”.

Dom se puso de pie. "Simplemente ve con tu familia".

Los dos hombres avanzaron hacia la leñera mientras Hanna Yacoby gritaba de nuevo, su voz atravesó la noche sofocante.

ARIK Y DOM CRUZARON el camino de acceso lleno de conchas marinas aplastadas entre los autos a paso lento, ambos hombres se rasparon las rodillas y las manos en el lento y doloroso proceso. Dom estaba en la parte trasera, sus ojos moviéndose entre Yacoby frente a él y lo poco que podía ver del patio trasero de la propiedad, esperando con todas sus fuerzas que ninguno de los hombres de allí escuchara el ruido y viniera a investigar. Arik estaba tratando de mantener cierta atención sobre los hombres en el frente de la propiedad, pero su atención principal estaba en moverse lo más rápido y silencioso posible en su camino hacia la casa.

Llegaron a la puerta lateral, Arik se levantó lo suficiente para poner una mano en el pestillo y lo giró lentamente. Un tercer grito emanó del piso de arriba del bungalow, pero esta vez era una voz de hombre y Arik no pudo entender las palabras. Usó los gritos para enmascarar su movimiento y se deslizó hacia la cocina oscura y vacía.

Caruso se colocó detrás de él, luego él y Yacoby sacaron cuchillos de trinchar de un estante en el mostrador. Los hombres no hablaron, Arik simplemente desapareció por el oscuro pasillo hacia la sala principal con la escalera al segundo piso, y Dom se movió al único lugar de la cocina donde podía ver ambas entradas. Estaba a diez metros de la puerta principal, a quince de la puerta de la cocina y, francamente, no estaba en buena posición para enfrentarse a enemigos armados en ninguna de las entradas, si fuera necesario. Lo mejor que podía hacer era prepararse y esperar que Yacoby llegara a su familia, o a su arma, sin generar suficiente ruido como para que el enemigo enviara refuerzos a la casa.

Sopesando sus opciones, regresó al estante para cuchillos, sacó una segunda arma (ésta era un cuchillo de pelar de alta gama y bien equilibrado) y regresó a su puesto.

Esto todavía podría ser una misión suicida, pero Caruso no iba a caer sin luchar.

ARIK YACOBY NO TENÍA idea de a cuántas fuerzas de oposición se enfrentaba, pero había llegado a la conclusión de que lo de abajo estaba despejado. Sólo podía oír al hombre que estaba encima de él, gritándole preguntas a su esposa, quien ahora le respondía con la misma furia.

Puede que Arik no supiera a cuántos se enfrentaba, pero sentía que sabía quiénes eran. Cómo lo habían encontrado aquí en la India era un misterio, pero eso era un problema para más adelante; por ahora, tenía que concentrar todas sus facultades en salvar a su familia.

Al pie de las escaleras se quitó las zapatillas de deporte y luego comenzó a subir silenciosamente, ascendiendo cerca de la pared, donde las tablas no crujieran.

Cuando llegó a lo alto de las escaleras, apenas podía ver el pasillo que recorría el segundo piso como una columna vertebral. Una puerta de baño abierta a mitad de camino a la derecha permitía que la luz de la luna se filtrara hacia el pasillo, y por esto pudo decir que la puerta de su dormitorio estaba abierta en el extremo opuesto del pasillo. No había sombras en movimiento a la luz de la luna, lo que le indicaba que el baño estaba vacío o que alguien allí estaba perfectamente quieto. Más adelante, a su izquierda, las dos puertas también estaban abiertas y las habitaciones detrás de ellas estaban completamente a oscuras. El primero era su oficina privada y el segundo era la habitación de sus hijos.

Se le heló la sangre, pero empezó a avanzar por el pasillo con el cuchillo preparado.

Ahora escuchó al hombre interrogar a su esposa en el dormitorio. Hablaba inglés y preguntaba, al parecer no por primera vez, dónde había ido su marido. Sonaba frustrado, casi desesperado, y el crujido de una mano abierta sobre la carne y un grito de su esposa le dijeron a Yacoby que el intruso no estaba recibiendo ninguna respuesta de Hanna.

Arik volvió a comprobar la luz del baño en busca de señales de presencia allí, pero aún así no había movimiento. Tuvo que despejar las dos habitaciones a su izquierda antes de avanzar por el pasillo, pero justo cuando comenzaba a moverse para revisar su oficina, un hombre apareció de la oscuridad y entró en el pasillo. Llevaba un pasamontañas negro y era varios centímetros más alto que Yacoby. Sus miradas se encontraron por un instante, Arik sintió un arma en la mano del hombre, pero no se tomó tiempo para concentrarse en ella. En cambio, su propia mano salió disparada como un pistón, apuñaló al hombre en el brazo pero perdió el control cuando su víctima se alejó girando. Yacoby se recuperó lanzándose hacia adelante con la destreza y habilidad de un maestro de Krav Maga. Apartó la ametralladora que colgaba del hombre enmascarado, luego se la arrancó de las manos y la

giró, apuntando hacia la cara de su adversario. El terrorista enmascarado intentó levantar las manos para defenderse, pero Yacoby empujó el rifle de cañón corto hacia adelante, empujando el apagallamas en la cuenca del ojo del hombre, golpeando su cabeza hacia atrás nuevamente. Cuando el pistolero regresó al dormitorio, el israelí saltó sobre él, le tapó la boca con la mano y lo tiró al suelo. Le rompió el cuello al hombre con un giro desgarrador y le cortó la médula espinal.

El israelí bajó el cuerpo hasta el suelo, luego rápidamente desató la Uzi de su cabestrillo y se giró para revisar la habitación en busca de otras amenazas.

La oficina estaba vacía, pero cuando miró hacia el pasillo, apareció una figura en la puerta del dormitorio principal. Arik apenas podía distinguirlo a la luz de la luna, pero era claramente un hombre adulto, y vio el brazo del hombre levantarse rápidamente frente a él.

En ese instante Arik supo que tendría que disparar la Uzi, y esto alertaría a todos los hombres armados en su propiedad. Apuntó y disparó una sola bala, y el intruso armado en la puerta se giró con un grito y lo agarró del cuello mientras caía.

Arik empezó a correr por el pasillo, sabiendo que estaba corriendo contra el tiempo para llegar hasta su familia. Sostuvo la Uzi humeante frente a él mientras giraba hacia la última puerta oscura a la izquierda, comprobando si había algún movimiento. Esta era la habitación de sus hijos y se alegró de encontrarla vacía. Que no estuvieran aquí significaba que Arik su esposa había tenido tiempo de trasladarlos al baño del dormitorio principal.

Apenas había comenzado a regresar para revisar el baño del pasillo detrás de él cuando escuchó a un hombre gritar. Antes de que pudiera darse la vuelta, una figura salió volando del baño, se estrelló contra su espalda y lo lanzó hacia adelante, estrellándolo contra la pared del pasillo.

La ametralladora se le escapó de las manos mientras caía. . . .

DOM SUPONÍA QUE EL DISPARO de arriba traería al menos a algunos de los hombres de afuera a la casa, pero no tenía idea de por qué puerta entrarían. Sus ojos iban y venían entre la puerta de la cocina y la puerta principal al final del pasillo, seguro de que estaba a punto de enfrentarse al enemigo, pero no muy seguro de cómo lo haría.

Hubo silencio solo por un par de segundos, y luego se escuchó un grito salvaje y los golpes de hombres chocando unos contra otros en el pasillo directamente encima de él.

Mientras Dom miraba hacia la sala de estar, la puerta principal se abrió de golpe y un hombre irrumpió. Dom podía ver poco más que una sola figura; No tuvo tiempo de registrarse si el hombre portaba un arma, pero no iba a correr ese riesgo.

Lanzó el cuchillo de pelar que tenía en la mano derecha tan fuerte como pudo, apuntando alto a la cara del hombre, porque sabía que un lanzamiento desde diez metros le quitaría mucha potencia al golpe.

La hoja de acero se hundió en el torso del intruso, justo debajo de la clavícula, y el hombre retrocedió tambaleándose y salió por la puerta. Dom lo vio desplomarse en el patio delantero antes de que la puerta se cerrara sobre sus resortes.

Ahora la puerta de la cocina chirrió detrás de él. Dom acababa de girarse hacia el ruido, listo para revisar a este atacante en busca de un arma, pero una ráfaga de fuego automático resolvió la cuestión por él. Dom se dejó caer al suelo, se lanzó detrás de la isla en el medio de la cocina, y luego se arrastró por el suelo, tratando de mantener la isla entre él y el hombre en la puerta.

Otra larga ráfaga de disparos le indicó que el intruso no se había movido de la puerta, por lo que Caruso se mantuvo agachado, rodeó la isla a la izquierda del hombre y luego se levantó con el cuchillo de trinchar en la mano derecha. Recorrió los últimos cinco pies en una zambullida precipitada, hundió el mango de la hoja profundamente en el costado del hombre, enterrándolo entre dos costillas flotantes, y empujó al hombre armado hasta la despensa abierta junto a la puerta, usando su cadera y su brazo. para mantener la Uzi alejada de él.

El hombre gritó de dolor; Mientras el rostro de Dom se presionaba contra su máscara de nailon, podía oler el miedo y el sudor, y pensó que podía oler el mar en la tela de su ropa. Casi al instante, Dom sintió que el cuerpo musculoso enseñado comenzaba a suavizarse cuando el cerebro del atacante armado entró en shock. Dom sabía que la pérdida de sangre tardaría algún tiempo en matar al intruso enmascarado, pero ya pudo sacar la Uzi de sus debilitadas manos. Sin embargo, el arma estaba colgada alrededor del cuello del hombre, y Dom apenas había comenzado a desabrocharla cuando la

puerta de la cocina se abrió de nuevo, a menos de cinco pies detrás de él. Miró por encima del hombro y vio a un hombre en la puerta recortado por la luz de la luna. Sostuvo una Uzi en alto frente a él hacia la habitación y se sorprendió claramente al encontrar un objetivo a solo unos metros de distancia a su derecha. Apuntó su arma en dirección a Dom.

Dom renunció a quitarle la Uzi al hombre que había apuñalado; no hubo tiempo. Buscó detrás de él algo que pudiera lanzar. Este fue su entrenamiento asumiendo el control. Había estado estudiando Krav Maga, viviéndolo durante el último mes, y había aprendido de Arik a usar todas las herramientas que tenía a su disposición para desactivar una amenaza inminente.

Krav Maga no es un arte marcial clásico y atractivo, pero su belleza reside en su fría eficacia.

Caruso esperaba conseguir un cuchillo. En cambio, sus dedos se cerraron sobre el borde de una olla de metal, la giró, la lanzó por el aire, golpeó la Uzi y la mano que la sostenía y desvió al tirador del objetivo.

Corrió hacia el atacante, le dio un puñetazo en el abdomen y luego intentó darle un codazo en la cara que rebotó y no causó daño.

El hombre armado intentó retroceder para volver a levantar su arma, pero fue bloqueado por la isla en el medio de la habitación.

Dom lanzó otro golpe al torso del hombre. Conectó, pero ahora el atacante logró rodear el borde de la isla y retroceder y alejarse.

Caruso arrojó un rodillo desde la isla a la figura en la oscuridad, golpeándolo en el pecho y arrojándolo sobre sus talones al refrigerador en el otro lado de la habitación.

Sabía que no había conseguido más que un segundo, así que volvió a caer en la despensa, sobre el hombre con el cuchillo en las costillas. Dom agarró la Uzi, la hizo girar, tirando al moribundo por el cabestrillo alrededor de su cuello, logrando sacar el arma frente a él a la altura de la cadera. Apretó el gatillo. Las llamas llenaron la despensa y la cocina mientras disparaba de forma totalmente automática, una larga ráfaga hacia el espacio que ocupaba el hombre armado junto al refrigerador. Los cartuchos chisporroteantes expulsados rebotaron en latas de verduras en la despensa y luego volvieron a

caer sobre Caruso, chamuscándole el torso desnudo, pero siguió disparando. Había pasado las últimas dos horas en una oscuridad casi total, por lo que el destello sostenido del arma de cañón corto le pareció a sus ojos como si lo hubiera envuelto el sol. No podía ver nada de su objetivo, así que mantuvo el arma en alto y el gatillo presionado y las balas disparadas hasta que el arma se vació.

Los ojos de Dom estaban completamente blanqueados por el destello del cañón, se los frotó con su mano libre y sacudió la cabeza en un intento inútil de combatir el zumbido en sus oídos. Le tomó un momento encontrar el objetivo a través de sus pupilas ardientes, pero se alegró de ver al hombre enmascarado muerto boca arriba en el suelo.

Dom sabía que tenía que subir las escaleras para ayudar a Arik, y también sabía que necesitaba un arma de fuego cargada para hacerlo, así que comenzó a arrodillarse para quitarle la Uzi al hombre muerto, pero justo cuando lo hacía, otro hombre irrumpió. la puerta de la cocina.

Este hombre no llevaba máscara, estaba bien afeitado, era joven y parecía aterrorizado y con los ojos desorbitados. Pero estaba cerca, a distancia de contacto, de Caruso, que estaba arrodillado con la espalda apoyada en la encimera de la cocina.

Caruso se levantó y golpeó al hombre en el abdomen con la mano vacía, y su puño golpeó allí con una dureza sorprendente. Se sentía como si el intruso llevara un equipo de munición para un rifle debajo de su chaqueta, presumiblemente como una forma de mantenerlo oculto a la vista.

Dom volvió a golpear con el otro puño, pero no cometió el mismo error dos veces. Esta vez atacó la cara del joven, golpeándolo en la mandíbula y tirándolo hacia la isla en el centro de la pequeña cocina.

Dom se arrodilló rápidamente, tomó la Uzi y disparó una sola bala en la frente del hombre que yacía en la isla. La ametralladora ladró en su mano y la habitación se iluminó con el flash, luego todo volvió a estar oscuro y en silencio. Comenzó a correr por el pasillo hacia las escaleras, pero se detuvo, se giró y miró al hombre muerto.

Recién ahora se acaba de registrar. Este hombre no llevaba ningún arma, pero llevaba algo pesado y sólido en el pecho.

¿Por qué diablos tendría un baúl lleno de cargadores Uzi si no tenía una Uzi?

Dom corrió hacia el cuerpo, abrió la cazadora con cremallera y luego retrocedió repentinamente, golpeando sus caderas contra el mostrador de la cocina detrás de él.

Frente a él, en la penumbra, yacía un hombre muerto con un chaleco suicida. Largas y gruesas hileras de explosivos habían sido cosidas a una lona gris. Cables sueltos cruzaban todo el aparato.

Un grito ahogado pasó por los labios de Caruso. "Arik."

MIENTRAS DOMINIC HABÍA ESTADO luchando por su vida abajo, Arik Yacoby había estado haciendo exactamente lo mismo en el pasillo de arriba. El hombre que había saltado sobre él por detrás ahora estaba muerto, su cuello, mandíbula y cráneo eran una masa de huesos destrozados. Yacoby también resultó herido, de sus labios y nariz goteaba sangre, pero alejó el dolor y el esfuerzo de la pelea en la estrecha

espacio, y palpó a su alrededor para encontrar la Uzi en la oscuridad. Lo agarró con su mano izquierda.

Detrás de él, su esposa gritaba en hebreo. “¡Arik! ¡Neshek! ¡Pistola!

Yacoby se lanzó al suelo del pasillo, giró mientras caía y aterrizó de espaldas cuando una ráfaga de fuego desde su dormitorio envió un plomo supersónico por el pasillo en su dirección. Las balas pasaron por encima de él, estaba boca arriba sosteniendo la pequeña pistola ametralladora apuntando entre sus pies descalzos y hacia el pasillo. Se centró en el flash y, con cuidado de disparar sólo balas semiautomáticas con el arma totalmente automática para evitar alcanzar a su familia, disparó a la luz.

Sintió que le arrancaban su propia Uzi de las manos y se dio cuenta de que una bala del pistolero del pasillo había alcanzado su arma y la había derribado, probablemente dañándola también. Pero los disparos procedentes de su dormitorio cesaron y, a través del zumbido en sus oídos, Arik creyó oír el sonido inconfundible de una micro-Uzi golpeando y rebotando en el suelo de madera.

Debajo de él, escuchó una lucha feroz. Una larga ráfaga de balas

automáticas, los gritos de un hombre y el choque de cuerpos, pero su mente estaba en su dormitorio y en lo que encontraría allí.

Se puso de pie de un salto y corrió hacia su familia.

DOMINIC CARUSO entró corriendo en la sala de estar en dirección a las escaleras. Al pasar por la puerta principal abierta, miró al suelo, esperando ver al primer hombre al que había derribado en el enfrentamiento con el cuchillo de pelar arrojado. Pero el terreno frente a la puerta estaba vacío. Caruso giró hacia el hueco de la escalera, esperando contra toda esperanza que el hombre con el cuchillo en el pecho no estuviera subiendo las escaleras y llevara un chaleco suicida.

La escalera estaba despejada. Dom comenzó a dar los pasos de tres en tres. Mientras subía gritó: “¡Arik! ¡Chaleco bomba!

YACOBY HABÍA LLEGADO a su dormitorio, donde encontró a su esposa atada a una silla en el centro de la habitación, con el cabello despeinado colgando sobre su rostro. Ella lo miró en la oscuridad.

“Los niños se esconden en el armario de la ropa blanca. Están bien”. Ella señaló con la cabeza hacia el baño cerca de donde él estaba.

Arik se sintió aliviado de que su familia estuviera viva, pero necesitaba bajar para ayudar a su alumno. Se arrodilló para agarrar la micro-Uzi que estaba en el suelo junto al hombre muerto.

Mientras se arrodillaba oyó un ruido detrás de él. Miró por encima del hombro hacia el pasillo en penumbra y vio a un hombre joven y bien afeitado que se acercaba tambaleándose hacia él. A través del tenue resplandor de la luz de la luna que provenía del baño, Arik pudo ver un cuchillo que sobresalía de la parte superior izquierda del pecho del hombre, pero aun así logró moverse rápidamente. Arik se volvió hacia el hombre y alzó su arma mientras lo hacía.

Desde la escalera detrás del hombre escuchó un grito de D, su alumno estadounidense: “¡Arik! ¡Chaleco bomba!

Yacoby había puesto la mira en el centro del pecho del hombre, pero saber que llevaba un chaleco lo cambió todo. Cambió su objetivo a la cabeza del hombre lo más rápido que pudo y, mientras lo hacía, gritó: "¡Hanna!"

DOMINIC casi había llegado al segundo piso cuando una ola de luz y calor lo envolvió desde arriba. Su cerebro registró el hecho de que estaba en el aire, se sintió ingrávido por un momento y ahora el increíble ruido lo alcanzó. Sabía que estaba cayendo hacia atrás; su espalda desnuda hizo contacto directo con la escalera de madera y sus piernas volaron por encima de él, dio un salto mortal hacia atrás y continuó rodando todo el camino hacia abajo, estrellándose con el pecho primero contra la barandilla de madera y luego cayendo al suelo, donde La nuca se golpeó contra el suelo de teca.

Aturdido por el impacto, le llevó unos segundos recuperar la comprensión de dónde estaba y qué estaba sucediendo. Se atragantó con el humo y le ardieron los ojos, pero apartó el dolor y se concentró en volver a la pelea.

Entrecerró los ojos en el aire negro cada vez más espeso y se puso de pie, luego avanzó hacia la escalera de nuevo, pero sus piernas cedieron y cayó sobre los escalones inferiores. Mientras intentaba levantarse por los brazos, miró hacia arriba y vio llamas rugientes saliendo del primer piso y, sobre las llamas, el cielo nocturno.

Parecía como si todo el techo de la escalera y el pasillo hubieran sido arrancados del bungalow durante la explosión.

Dom se deslizó de nuevo al suelo, colapsó inconsciente sobre su espalda, dedos de humo negro envolvieron su cuerpo postrado.

3

CARUSO SE DESPERTÓ ENTRE SORTEAS de dolor y oleadas de náuseas, lo que sólo después de una demora significativa lo convenció de que no había muerto quemado.

Abrió los ojos, miró hacia abajo y se encontró en una cama de hospital. Esta no era la primera vez que recuperaba el conocimiento desde que se desmayó en la casa en llamas de Arik Yacoby, pero cada vez sólo logró levantar la cabeza para vislumbrar rápidamente la ambulancia, el pasillo del hospital o la habitación en la que se encontraba. y luego deja caer la cabeza hacia atrás antes de quedarse dormido nuevamente.

No sabía si este proceso había durado un par de horas o un par de semanas.

Cuando sus ojos se aclararon un poco más, se dio cuenta de que había un médico junto a su cama. El médico, un indio de piel oscura, cabello gris y rostro juvenil, vestía una bata médica, no una bata blanca. Le tomó el pulso a Dom y colocó sus dedos en su muñeca izquierda mientras miraba su reloj. Cuando terminó, miró el rostro de Dom y pareció sorprendido al encontrar a su paciente mirándolo.

“Bueno, hola, señor. Me sorprende verte despierta. Todavía estás bajo sedación”.

Para Dom, la cadencia del doctor sonaba casi musical, pero se preguntaba si esto era sólo el efecto de las drogas en su sistema.

El indio empezó a enumerar una letanía de lesiones. “Ha sufrido una leve conmoción cerebral. No es grave, pero espere dolores de cabeza durante unos días. Quizás semanas”. Miró su portapapeles. “De lo contrario, hematomas y cortes, sobre todo. Algunos significativos. Once puntos en tu antebrazo. Sospechamos que se trata de un pequeño trozo de metralla de la bomba, pero pasó a través de ella, por lo que no estamos seguros. Un pinchazo en tu pectoral derecho. Era un tornillo de metal. Lo sacamos. No profundo. Lo hemos limpiado, no debería ser una infección, pero querrá observar esas lesiones. Hay importantes hematomas en todo el...

El paciente interrumpió al médico. “¿Los Yacoby?”

El médico no le respondió directamente. Solo se hizo a un lado, revelando a Dominic la presencia de otro hombre en la habitación, sentado en un sillón reclinable barato junto a la puerta con las piernas cruzadas. Era de mediana edad, con el pelo negro peinado hacia atrás y un bigote abundante, y vestía traje oscuro y corbata.

"Hola, Juan".

Caruso no respondió.

“Juan Pérez. Ese es tu nombre”. Miró al americano con cara inexpresiva, casi cansada. “A menos que quieras darme otro. ¿No? ¿John Rambo, tal vez?

"¿Quién eres?"

"Soy el detective de policía Naidu". Se puso de pie. "Y estoy aquí para hacerte algunas preguntas".

“¿Los Yacoby?”

Naibu sacudió la cabeza de un lado a otro; Había una evidente falta de sensibilidad en el gesto. "Muerto."

Dom cerró los ojos y sacudió la cabeza. "No."

"Sí", corrigió. “Los cuatro. Junto con otras siete personas en el lugar. Casi una docena de cadáveres y tú, mi joven amigo americano, fuiste el único superviviente. Se inclinó hacia adelante con las cejas arqueadas. "Milagroso, ¿no estás de acuerdo?"

Dominic no respondió. Su mente estaba en los Yacoby. Dar. Moshé.

“Los vecinos lo sacaron del edificio en llamas, con un gran riesgo personal para ellos mismos. No preguntaste quién te salvó, pero pensé que te interesaría saberlo”.

Caruso miró al vacío. Arik. Hanna.

“Sabemos por los vecinos que usted era huésped en la casa de los Yacoby, lo veían entrar y salir, pero no llevaba identificación cuando lo encontraron. Dijeron que pensaban que eras estadounidense y, por tu acento, estoy de acuerdo. Pero eso es todo lo que tengo. Si hubiera algo en la casa. . .

pasaporte, visa, licencia de conducir estadounidense. Fue quemado en el fuego".

Caruso luchó contra las imágenes en su cabeza, hizo todo lo posible por alejarlas del mismo modo que hizo todo lo posible por ignorar el fuerte dolor de cabeza que crecía con cada palabra que salía de la boca de Naidu. La sedación parecía estar desapareciendo a cada segundo.

"Necesito hacer una llamada telefónica".

"Y necesito que respondas mis preguntas. ¿Por qué alguien querría matar a tu amigo y su familia? En su visa dijo que su ocupación era entrenador personal. Su esposa era instructora de yoga".

Dom no respondió. Ahora le dolía el antebrazo bajo el vendaje.

Naidu levantó la voz. "¿Quién era Arik Yacoby?"

"Él era mi instructor de artes marciales. Eso es todo."

"Los terroristas paquistaníes no suelen llegar tan lejos para matar a instructores de artes marciales".

"¿Eran paquistaníes?"

Naidu miró a Caruso con auténtica sorpresa. "Esto es la India. ¿Quiénes más serían?

Caruso apoyó la cabeza en la almohada. Esta iba a ser una entrevista hostil, eso estaba claro. Y Dom no estaba de humor. "No tengo ni idea. No soy el detective. Si yo fuera tú, miraría dentro del camión de lácteos estacionado al final de la calle".

Naidu respondió: "Ya me he ocupado de eso. Se busca a la mujer que lo conducía. Ha abandonado el pueblo, pero la encontraremos".

Caruso miró alrededor de la habitación del hospital y luego dijo: "Estoy bastante seguro de que ella no está aquí".

"Eres más interesante para mí que ella".

Dom cerró los ojos. "Entonces yo diría que tu investigación está jodida".

Naidu ignoró el insulto y, en cambio, miró su libreta. “No perdamos el tiempo con juegos. Sabemos que Yacoby era un ex miembro de las FDI. Si era algo más, necesito que me lo digas”.

“¿Algo más?”

“¿Era un espía judío?”

Dom luchó por controlar su impulso de criticar a Naidu. En cambio, dijo. “Quiero hacer una llamada telefónica. No diré nada más hasta que lo haga”.

La mandíbula de Naidu se flexionó. Lentamente dijo: “¿No quieres saber quién es el responsable de la muerte de tus amigos?”

Nada del hombre en la cama.

“No muestra ningún respeto por nuestra investigación, pero tal vez debería hacerlo. No eres un sospechoso. Sabemos que luchaste contra los atacantes. Tenías las manos manchadas de sangre de uno de los hombres encontrados en la cocina. No voy a acusarte de asesinato por eso, te alegrará saberlo.

Dom puso los ojos en blanco. No estaba pensando en las implicaciones para él mismo.

“Solo quiero que me ayudes a entender por qué vinieron por Arik Yacoby”.

“No puedo ayudarte. No sé."

Naidu suspiró. “Terroristas paquistaníes. La amenaza de una guerra nuclear. Nuevo conflicto con China. Delito. Corrupción. Enfermedad. ¿No crees que mi nación tiene suficientes problemas sin que los judíos vengan a nuestras costas y alienten a nuevos enemigos?

“¿Recibo mi llamada telefónica o quieres un incidente internacional cuando me vaya?”

“Recibes una llamada telefónica cuando digo que recibes una llamada telefónica. Te vas cuando yo digo que te vayas”.

“¿Siempre tratas a los invitados de tu país con tanta calidez?”

Naidu se rió. “No soy de la oficina de turismo, señor John Doe. Tal vez puedas organizar un paseo en elefante con ellos cuando salgas de prisión, pero estoy aquí para extraerte información”.

¿Prisión? Naidu estaba agitado. Dom sabía casi todo lo que había que saber sobre tácticas de interrogatorio; después de todo, había sido entrenado por el FBI. Se dio cuenta de que faltaba algo en las bravuconadas del detective. El ladrido estaba allí, pero Dom no sintió ningún mordisco.

Él sonrió levemente. “Puedo escucharlo en tu voz. Estás mintiendo. No tienes la autoridad para hacerme nada.

Naidu se desinfló un poco. Aunque mantuvo la barbilla en alto y su voz fuerte, Dom vio debilidad en sus ojos. Después de una larga competencia de miradas, Naidu rompió la mirada. “Me gustaría tenerte aquí. Al final abrirías la boca, te lo prometo. Pero alguien piensa que eres importante. Ha llegado un avión procedente de Estados Unidos. Mis superiores me han ordenado que lo coloque tan pronto como esté en condiciones de viajar”.

Con eso, Caruso se quitó las sábanas y pateó las piernas por el costado de la cama. Comenzó a sentarse, pero sólo había flexionado los abdominales cuando retrocedió de dolor. Sentía como si tuviera todas las costillas rotas o, al menos, muy magulladas.

Se dejó caer sobre la cama.

El detective esbozó una lenta sonrisa al notar la agonía del joven estadounidense. Se puso de pie y caminó hacia la puerta, luego se volvió, todavía con una sonrisa sólo medio oculta bajo su bigote.

Él dijo: “Perdóname, John Doe. En esta situación, debo encontrar mi satisfacción en las pequeñas cosas”.

ETHAN ROSS llegaba tarde al trabajo casi todos los lunes y hoy no fue la excepción. Nunca lo admitiría, pero llegar elegantemente tarde era intencionado; Descubrió que la puntualidad estaba por debajo de su posición y que la tardanza crónica no era más que una forma inofensiva pasivo-agresiva de protestar contra las reglas inflexibles de su organización.

Había dormido un poco esa mañana, no en su casa de Georgetown, sino en casa de su novia en Bethesda. La noche anterior, Eve y él habían salido a un bar para ver un partido de los Lakers que no terminó hasta después de las once aquí en la costa este, y luego se quedaron una ronda más que de alguna manera se convirtió en tres.

Finalmente llegaron a la cama a la una y a dormir a las dos después de que el humor amoroso de Ethan dominara a los cinco galgos que había consumido. Había planeado volver a casa para pasar la noche en su propia casa, pero después del sexo, todo lo que quería hacer era rodar hasta el borde de la cama y dormir hasta la mañana.

A las ocho y cuarto, Ethan se despertó repentinamente, despertado por una pronunciación estridente y aterrorizada de su nombre.

“¡Ethan!” La voz era la de Eve, y sus ojos se abrieron y se fijaron en el despertador de ella, porque ella lo sostenía frente a su cara.

“Cálmate”, dijo, pero ella se levantó y corrió hacia el baño, porque la puntualidad era más lo suyo que lo suyo.

Bajó las escaleras hasta su Mercedes cupé rojo unos minutos más tarde, puso música y condujo hacia el sur hasta su casa en la calle 34, donde se dio una ducha larga y tranquila y luego se tomó todo el tiempo que necesitaba para peinarse el cabello rubio. con arcilla para moldear. Se vistió y luego se paró frente al espejo de cuerpo entero para comprobar el ajuste, el corte y el brillo de su traje gris de piel de tiburón de Ralph Lauren. Satisfecho de que su corbata de lunares violeta no combinaba demasiado con la piel de tiburón, se puso un par de mocasines color cereza y se sometió a una larga evaluación más en el espejo, evaluando y luego aprobando su estilo y apariencia.

A las nueve bajó las escaleras de entrada de su casa adosada, todavía sin

prisas y sin estrés, volvió a subir a su cálido Mercedes y se dirigió al trabajo, con la música a todo volumen otra vez.

El tráfico en Wisconsin Avenue no era tan malo, pero se topó con su primer problema del día cuando descubrió que Pensilvania estaba sumida en un atasco. Mientras avanzaba, cantaba con su estéreo Blaupunkt. On the Beach, de Neil Young, fue un lanzamiento de 1974 que habría sido una opción de escucha única para la mayoría de las personas de treinta y dos años, pero Ross había crecido con él. Música revolucionaria, solía llamarla su madre, aunque Ethan se dio cuenta de que había cierta disonancia en el concepto de cantar canciones antisistema mientras conducía su coche de lujo de camino a su trabajo en el gobierno.

No importa. Ethan todavía se consideraba una especie de rebelde, aunque con una visión del mundo más realista.

Había estado escuchando sus viejos álbumes desde que salió del trabajo el viernes, solo y luego con Eve. A ella no le importaban mucho, pero no se quejaba y a él realmente le importaba un carajo. Eve era una chica coreana brillante pero irremediablemente sumisa que caminaría sobre vidrio por él si él se lo ordenaba y, a veces, a Ethan le gustaba desconectarse los fines de semana, para pasar de las cinco de la tarde a las 13:00 horas. del viernes al lunes a las nueve de la mañana sin revisar su teléfono, su iPad ni mirar televisión. No lo hacía a menudo, pero había momentos en los que su trabajo era demasiado asfixiante: interminables y aburridas reuniones, conferencias telefónicas y almuerzos con personas con las que no quería comer o viajes con personas con las que no quería viajar. Había tenido algunos meses así, su trabajo lo frustraba e interfería con su bien cultivada autoimagen como un poderoso jugador de D.C., y sólo desintoxicarse del trabajo e inocularse con la música de su infancia podía refrescarlo y prepárelo para enfrentar el trabajo nuevamente el lunes.

Eve no se quejó; Ethan estaba seguro de que ella estaba feliz de tenerlo para ella sola durante dos días completos.

Se revisó el pelo por el retrovisor, subió aún más el volumen de Neil Young y cantó, desafinando y desafinando la voz y luchando contra el poder como la única forma prudente de hacerlo en ese momento.

A ETHAN ROSS LE GUSTA contarle a la gente que trabajaba en la Casa Blanca, y era cierto, con una salvedad. Su oficina estaba en el edificio de

oficinas ejecutivas Dwight D. Eisenhower, al lado del ala oeste, y si bien la EOB de Eisenhower albergaba muchas oficinas para el personal de la Casa Blanca, no era, estrictamente hablando, la Casa Blanca. Los empleados del ala oeste se distinguieron de los empleados del edificio Eisenhower al decir que trabajaban "dentro de las puertas", mientras que el personal de la EOB trabajaba "fuera de las puertas". Ross no vio ninguna distinción por sí mismo. Era un miembro del personal de la Casa Blanca para cualquiera que preguntara, o para cualquiera que escuchara, de hecho.

Había pasado los últimos tres años aquí, a lo largo de dos administraciones, sirviendo como subdirector adjunto para asuntos de Cercano Oriente y Norte de África en el Consejo de Seguridad Nacional. Preparó documentos políticos para el presidente de los Estados Unidos, o al menos coordinó la preparación de documentos políticos para el asesor de seguridad nacional, quien luego determinó si el presidente debía ver un resumen de ellos. Los documentos provienen del trabajo del Departamento de Estado y de la comunidad de inteligencia de Estados Unidos, así como de una serie de centros de estudios e instituciones académicas nacionales e internacionales.

Su trabajo, como él lo describió, era brindarle al Presidente la mejor información disponible para que pudiera llevar a cabo políticas.

Pero su trabajo, como él realmente lo veía, era impulsar el papel mientras otros tomaban decisiones clave.

Ethan trabajó estrechamente con la comunidad de inteligencia de Estados Unidos y obtuvo datos de la mayoría de las dieciséis agencias relacionadas con su región. No sólo la CIA, sino también la Oficina Nacional de Reconocimiento, la Agencia Nacional de Inteligencia Geoespacial, la Oficina de Inteligencia e Investigación del Departamento de Estado y, a veces, incluso las agencias de inteligencia militar. Su función era la coordinación, él mismo no era quien tomaba decisiones, pero sí estaba al tanto de lo que sucedía en su región.

Era una posición moderadamente alta para alguien de su edad, aunque, en lo que a Ross concernía, estaba muy por debajo de él. Había considerado el trabajo apenas impresionante a los veintinueve años cuando fue designado para el cargo, pero ahora, dos semanas antes de cumplir treinta y tres años, todos y cada uno de los días se lamentaba de lo que consideraba su lento ascenso a las filas del poder. jugadores.

Su trabajo ya no lo empujaba. Ethan pensó que era lo suficientemente inteligente como para llamarlo, y eso es exactamente lo que había estado haciendo durante algún tiempo.

Esperaba salir pronto de este trabajo (no a algo más alto en el NSC, esto sólo había sido un marcador de posición para él), sino que quería abrirse camino en la delegación de Estados Unidos ante las Naciones Unidas. Había sido preparado para una vida de trabajo de alto nivel en una organización internacional. Su padre había trabajado como empleado de la ONU durante veinticinco años antes de convertirse en profesor de estudios internacionales, tanto en universidades en el extranjero como luego en Georgetown. Su madre había trabajado en la administración Carter como subsecretaria en la Misión de Estados Unidos ante las Naciones Unidas, luego como embajadora en Jordania durante los años de Clinton, antes de convertirse en profesora en Georgetown y autora de biografías políticas de gran éxito.

Ross era un empleado del gobierno, un trabajador federal, pero también era algo contrario. Lo obtuvo de su educación académica. Sentía que la mayoría de las personas con las que trabajaba en el gobierno eran poco inteligentes y aburridas. No hablaba de sus creencias políticas personales con sus compañeros de trabajo (no tenía ese tipo de trabajo en la Casa Blanca), pero silenciosamente se consideraba ideológicamente opuesto a la administración en el poder.

Como cada día laboral, Ethan estacionó su cupé Clase E rojo en un estacionamiento a una cuadra del edificio Eisenhower y, como cada día laboral, lo enojó cuando caminó hacia la EOB y vio espacios de estacionamiento abiertos en el estacionamiento. Su puesto no ameritaba una plaza de aparcamiento reservada; sólo las dos docenas de ejecutivos de más alto rango tenían tales privilegios.

Cruzó la puerta de la entrada de la calle 17 y luego sacó su placa del abrigo. Llegó lo suficientemente tarde como para que la fila de seguridad fuera corta, así que en menos de un minuto abandonó la monótona dependencia gris y subió las escaleras hacia el edificio principal.

El EOB Eisenhower solía ser conocido como el Edificio del Estado, la Guerra y la Marina, y había sido el nexo del poder extranjero estadounidense a finales del siglo XIX y principios del siglo XX, la era en la que Estados Unidos emergió como una potencia mundial. líder. Se construyó durante un período de diecisiete años a finales del siglo XIX y se diseñó en el ornamentado estilo

arquitectónico conocido como Segundo Imperio Francés. Las elaboradas crestas simétricas de hierro, las balaustradas y las cornisas estaban destinadas a retratar permanencia y carácter, y muchos sintieron que la enorme estructura, en muchos sentidos, eclipsaba a su vecina de al lado, la Casa Blanca.

Ethan no estaba tan impresionado con la arquitectura como los demás, porque sabía que el edificio Eisenhower ya no era el centro de poder que solía ser, y ciertamente nada como el edificio de al lado en 1600 Penn.

Llegó al ala NSC del tercer piso a las 9:39, entró en su pequeña oficina, puso su abrigo en el perchero y frunció el ceño. Su secretaria, Ángela, siempre tenía listo su café, un Venti mocha de Starbucks que recogía de camino al trabajo y lo colocaba junto a su teléfono, a la derecha de su escritorio.

Ángela estaba aquí, había visto su suéter colgado sobre el respaldo de su silla en su oficina exterior cuando entró, pero su café no estaba por ningún lado.

Ross suspiró. Tenías un trabajo, Angie, y dejaste caer la pelota a primera hora del lunes por la mañana.

Un momento después escuchó movimiento fuera de su oficina y gritó mientras se sentaba. “¿Angie?”

Un momento después apareció en la puerta su secretaria, de cincuenta y cuatro años. "Bien. Estás aquí”.

Con una mirada y un tono diseñados para transmitir sólo una pizca de disgusto, dijo: "¿Olvidaste mi café?"

“No, señor. Lo puse en tu casa en la sala de conferencias. Todos los demás están esperando”.

Ethan señaló con la cabeza su agenda matutina que estaba sobre su papel secante, preocupado por haber olvidado una reunión. Rara vez tenía algún evento planeado tan temprano un lunes. Pero su agenda confirmó que era libre. "No tengo nada hasta las diez y media, y eso es fuera del sitio".

"Dijeron que iban a llamar a todos cuando entraran. Pensé que habías entendido el mensaje".

Ethan había oído sonar su teléfono a través del sistema de sonido de su Mercedes, pero había silenciado la llamada sin mirarla. Al fin y al cabo, por los altavoces había estado saliendo Neil Young, y cuando las últimas notas humeantes de Ambulance Blues se alejaron, ya estaba entrando en el aparcamiento y se había olvidado de la llamada.

"¿Qué está sucediendo?"

“No lo sé, pero debe ser un gran problema. Se suponía que todo el mundo estaría en la sala de conferencias a las nueve y media.

Ethan miró su reloj. Eran las 9:41.

Suspiró de nuevo y se dirigió a la sala de conferencias.

ETHAN ENTRÓ por las puertas dobles abiertas de la sala de conferencias del NSC y vio una casa llena mirándolo. La mesa en forma de U estaba completamente ocupada y solo había espacio para estar de pie contra las paredes. Sabía que la mesa tenía capacidad para dieciséis personas, por lo que calculó que asistieron al menos veinticinco.

Su Venti mocha estaba justo allí, sobre la mesa, pero sentado frente a él estaba Walter Pak del escritorio de Asia Central y del Sur, y Ross no tuvo el descaro de abrirse paso entre la multitud y agarrar su bebida cuando todos los ojos estaban puestos. sobre él.

Mientras se dirigía hacia un lugar abierto junto a la pared, examinó los rostros rápidamente en un intento de discernir el motivo de la reunión de emergencia de esta mañana.

Vio a los subdirectores y adjuntos de todas las demás regiones: Europa, Rusia y Eurasia, Asia, el sur de Asia, África central e incluso el hemisferio occidental. Cualquiera que fuera el nuevo problema que había surgido parecía tener un alcance increíblemente amplio. Ross medio sonrió para sí mismo, preguntándose si la NASA se habría enterado de que los extraterrestres estaban a punto de atacar.

También notó a varios hombres y mujeres del departamento de TI. Esto le parecía extraño, pero no especialmente, ya que eran administradores de sistemas de nivel superior y llegaban a muchas reuniones de personal cuando surgían preguntas sobre el acceso y las redes.

Localizó un lugar en la pared y luego se volvió hacia el frente, y ahora notó a alguien que no pertenecía. Un hombre de aspecto atlético, de unos treinta y tantos años, vestido con un traje azul oscuro, estaba al frente de la sala, detrás de Madeline Crossman y Henry Delvecchio, quienes estaban colocados uno al lado del otro en el atril y obviamente se habían dirigido al grupo.

Ethan no conocía al chico del traje azul, pero sí conocía a Delvecchio y Crossman.

Delvecchio era el diputado para asuntos regionales, el jefe de todas las

regiones. Trabajó directamente para el asesor de seguridad nacional y eso lo convirtió en uno de los hombres más importantes del NSC.

Crossman, por otro lado, no era gran cosa en lo que a Ethan concernía. Cualquier preocupación que Ethan tuviera de que esto fuera algo de gran importancia se desvaneció en el instante en que vio a Maddy Crossman parada en el atril. Ella era directora de cumplimiento y seguridad, una administradora encargada de asegurarse de que todos llenaran los formularios de solicitud correctamente y no dejaran sus tarjetas de acceso en sus escritorios cuando iban al baño.

Ethan saludó con un gesto de arrepentimiento a Crossman y Delvecchio y dijo: "Lo siento, amigos. Problemas con el coche".

Henry Delvecchio asintió comprensivamente y volvió a centrar su atención en la habitación. "Nuevamente, me disculpo por apresurar a todos a primera hora, pero tenemos un problema que necesita su atención. Confío en que todos ustedes hayan oído hablar de los acontecimientos de anoche en la India".

Ethan miró a su alrededor y vio otras caras. Hubo asentimientos, claras indicaciones de comprensión.

Ethan Ross, por otro lado, no tenía ni idea de lo que había pasado en la India. De repente sintió como si estuviera de regreso en sus días de estudiante, llegando tarde a clase con resaca solo para descubrir que habría una prueba sorpresa y no tenía idea del tema de la prueba.

La buena noticia, en lo que a Ross concernía, era que esto no tendría nada que ver con él, ya que la India no era su territorio.

Instintivamente, su cabeza giró hacia Joy Bennett, subdirectora adjunta para India. Ésa era su zona de peligro. Sintió un poco de desánimo. No pudo evitarlo. Nunca había pensado mucho en Bennett.

Veamos cómo lidia con cualquier lío que esté sucediendo allí.

Sin embargo, le pareció extraño que Joy Bennett le devolviera la mirada.

Delvecchio continuó: "El ataque a los ciudadanos judíos en la costa de Malabar fue la primera incursión fronteriza por agua por parte de terroristas desde las masacres en la India hace dos años por terroristas paquistaníes. Y si

bien la pérdida de vidas esta vez fue solo una pequeña fracción de los ataques anteriores, hay razones para sospechar que no se trató de un intento fallido de causar un gran número de víctimas, sino más bien de un asesinato selectivo de un ciudadano israelí con vínculos clave con la comunidad de operaciones especiales".

Hubo algunos gritos de sorpresa en la habitación. "Los perpetradores, y esto aún no ha sido noticia, eran una mezcla de fedayines palestinos y yihadistas yemeníes que trabajaban juntos, lo cual es tan inusual como preocupante".

En la mente de Ross, empezaron a sonar zumbidos, bengalas y campanas de alarma. Israel, palestino, yihadista, ataque. Cristo. El hecho de que hubiera pasado el fin de semana lejos de su teléfono y computadora de repente había pasado de inteligente a estúpido en su mente, y Ross se consideraba cualquier cosa menos estúpido.

¡Mierda!

Delvecchio miró al jefe de Ethan, el subdirector de Oriente Próximo, quien a su vez miró a Ethan.

Se aclaró la garganta, asintió lenta y pensativamente y luego dijo tonterías. "Es algo que estamos analizando de cerca".

"¿Algo que quieras agregar desde el principio?"

Ross fingió una mirada distante que pretendía transmitir consideración. Luego sacudió la cabeza lentamente.

Delvecchio le lanzó a Ross un salvavidas. Dijo: "Probablemente no hayas tenido la oportunidad de leer el informe de la CIA. Acabo de llegar de Langley hace unos treinta minutos.

"Estaba a punto de levantarlo cuando escuché que nos íbamos a encontrar".

Delvecchio rellenó los trozos. "Una docena de muertos en suelo indio. Siete atacantes. Tres atacantes llevaban chalecos explosivos. Un chaleco detonó. Sería interesante incluso si las víctimas no fueran más que expatriados israelíes. Pero una de las víctimas fue el coronel Arik Yacoby, ex oficial de las Fuerzas de Defensa de Israel".

Intervino el subdirector adjunto de estrategia de lucha contra el terrorismo. “Henry, hay decenas de miles de ex oficiales de las FDI. Es de suponer que miles de personas se encuentran fuera de Israel en un momento dado. Con todo respeto a los muertos, pero ¿qué tiene de interesante este coronel retirado?

Delvecchio respondió: "El coronel Yacoby era el ex líder de un grupo de comandos navales israelíes". Miró una hoja de papel sobre el atril frente a él. “Shayetet Trece”.

El ADD de CTS asintió pensativamente. "Entiendo."

Delvecchio dijo: “La mayoría de ustedes recuerdan el ataque a la flotilla de ayuda turca frente a la costa de Gaza hace cuatro años. Shayetet Trece fue la unidad que abordó el carguero turco, el SS Ardahan. Según la CIA, el coronel Yacoby encabezó el grupo de abordaje. Si recuerdan, nueve palestinos murieron en el ataque, incluidos tres comandantes combatientes de las Brigadas AlQassam”. Delvecchio hizo una pausa para lograr efecto y luego añadió: “Es la misma unidad que la CIA cree que orquestó el ataque en India durante el fin de semana”.

Hizo una pausa para revolver algunos papeles en el atril y, mientras lo hacía, el ADD de estrategia de lucha contra el terrorismo preguntó: “¿Cómo sabe la CIA que Yacoby fue parte del ataque de las FDI al barco turco?”

“Nuestros amigos de Langley tenían un informante pagado sobre el SS Ardahan. Este agente pasó información crucial sobre la seguridad del barco a su encargado y luego, después de consultar aquí con el NSC, el Presidente ordenó a la CIA que transmitiera la información a los israelíes. En el transcurso de esta comunicación, se produjo una reunión en Tel Aviv entre oficiales de la CIA y comandos de Shayetet Trece, incluido el coronel Yacoby. Su nombre apareció en la base de datos de la CIA después de la reunión. Después del ataque a la flotilla por parte de Shayetet Trece, la CIA redactó una revisión posterior a la acción para su difusión interna”. Delvecchio hizo una pausa. “El nombre del coronel Yacoby fue puesto en el AAR”. Y añadió: “Por error”.

Alguien (Ross pensó que era Pak del sur y centro de Asia) dijo: "Ese es un error importante".

“De acuerdo”, dijo Delvecchio, “debería haber sido redactado y redactado

en código. No era nuestro expediente, no lo hicimos". Se apresuró a añadir. "No es que le importe al coronel Yacoby y su familia".

Madeline Crossman, directora de cumplimiento y seguridad, dijo: "Tenemos serias preocupaciones de que los terroristas palestinos hayan aprendido el nombre del Sr. Yacoby en el informe de la CIA".

Beth Morris habló. Fue subdirectora adjunta para el Hemisferio Occidental. "Lo siento, Enrique. Madeline. ¿Existe algún vínculo aquí con el NSC que no entiendo?

Enrique Delvecchio asintió. "Beth, tenemos motivos para creer que ha habido un compromiso interno".

Hubo suaves jadeos por toda la habitación.

Cuando se calmaron, dijo: "Hace cuatro meses se accedió a través de la red aquí, en la oficina del NSC, al archivo completo de la CIA sobre el SS Ardahan, incluido el nombre del líder del equipo Shayetet Trece. Los archivos se copiaron y se trasladaron a una sección para compartir archivos del servidor. A partir de ahí, sólo podemos asumir que fueron impresos o descargados".

Morris preguntó: "¿Quién accedió a ellos?"

Crossman dijo: "No lo sabemos. Hubo una violación de cuarenta y cinco documentos clasificados en el nivel secreto o superior. Quienquiera que haya movido los archivos ocultó la huella digital electrónica de la infracción".

La voz de Morris se elevó con indignación. "¿Y crees que uno de nosotros robó los archivos y se los entregó a las Brigadas Al-Qassam?"

Crossman respondió: "Beth, hubo, sin lugar a dudas, un comportamiento anómalo. Eso es todo lo que sabemos con seguridad en este momento. Necesitamos descartar cualquier acción nefasta".

Morris miró al personal de TI en la sala, que estaban más o menos sentados juntos. "Tenía que haber sido alguien que supiera cómo disfrazar la huella digital electrónica, sea lo que sea".

Todo el departamento de TI se enfureció ante el comentario, pero en general estuvieron más callados que el personal regional. Uno de ellos dijo:

"¿Estos archivos fueron retirados de JWICS?" JWICS era el Sistema Conjunto Mundial de Comunicaciones de Inteligencia, una especie de Internet para las agencias de inteligencia de Estados Unidos.

"Sí, eso es correcto", confirmó Crossman. "Específicamente, se accedió a los archivos en Intelink-TS". Esta era una red ultrasecreta que se ejecutaba en JWICS.

"¿Cuántas personas tuvieron acceso a los archivos TS?"

“Incluyendo al personal y administradores de TI, y agregando a los contratistas externos con acceso tanto a los archivos TS como a las terminales NSC. . . treinta y cuatro”.

Ethan Ross miró alrededor de la habitación, pero mientras contaba cabezas, Beth Morris volvió a hablar.

“¿Están aquí todos los que podrían haber accedido?”

“En realidad, hay treinta y uno aquí. Un administrador de sistemas se reportó enfermo hoy y dos están de vacaciones. Uno está viajando al extranjero. No tengo que decirle a nadie aquí que nos tomamos esta infracción increíblemente en serio. Más aún ahora que es muy posible que se hayan perdido vidas debido al compromiso”.

La sala cobró vida con la diafonía.

Pak, el ADD de Asia, preguntó: “¿Sabemos que fue nuestra fuga la que lo causó? ¿Cómo sabemos que los israelíes no han llegado a un compromiso propio o que la información sobre Yacoby podría haberse obtenido de otra manera?

Delvecchio dijo: “No, no sabemos que nuestra filtración provocó las muertes en la India. Pero no se ve bien. Otro archivo del caché fue una revisión de seguimiento de la participación de la CIA en la redada, realizada apenas el año pasado. Este archivo no mencionaba a Yacoby por su nombre, pero decía que el coronel Shayetet que dirigió la redada se había retirado y se había mudado a Paravur, India”.

Uno de los empleados sacudió la cabeza con incredulidad. “¿Por qué diablos pondrían eso en el expediente?”

“Aparentemente, el Servicio Clandestino Nacional de la CIA contrató al coronel retirado con fines de entrenamiento. Era una especie de artista marcial. El expediente decía que se le podía contactar para contribuir a la revisión, aunque al final nunca se contactó con él”. Delvecchio se aclaró la garganta. “Las dos piezas del rompecabezas que los palestinos necesitarían para el asesinato de ayer... . . siendo el nombre del hombre y su ubicación, ambos estaban en la brecha digital del NSC. Una vez más, no sabemos cómo los palestinos obtuvieron la información, pero se notificó al presidente y ya tomó la decisión de informarle al primer ministro israelí sobre el compromiso, por lo que necesitamos respuestas de inmediato”.

Ethan Ross habló ahora. “Henry, puedes estar seguro de que mi departamento realizará una revisión de seguridad completa. Estoy seguro de que los demás escritorios realizarán sus propias revisiones”.

Crossman habló antes de que Delvecchio pudiera responder. "Eso no será necesario".

"Es protocolo", dijo Ethan.

“Es un protocolo, pero para un asunto tan delicado, donde existe la posibilidad de una filtración de alto nivel de información clasificada, la revisión de seguridad será realizada por el Departamento de Justicia. Esto está muy por encima del nivel del escritorio, Ethan.

Hubo cierta conmoción, un nuevo estrépito de comentarios indignados en la sala.

Uno de los chicos de TI murmuró algo sobre la anticuada arquitectura del sistema informático y las débiles salvaguardias contra un ataque interno. Otro administrador de sistemas intentó hacer preguntas técnicas sobre la violación, pero Crossman lo cerró, diciendo que la investigación en curso le impedía responder detalles específicos.

Después de varios momentos, los murmullos en la sala de conferencias aumentaron y ni Henry Delvecchio ni Madeline Crossman parecieron capaces de recuperar el control. El hombre en forma con el traje azul oscuro que había estado de pie en silencio detrás de ellos se acercó al atril. Ethan pensó que tenía un peinado de Clark Kent y una constitución como la de un culturista aficionado.

En voz baja, Ethan murmuró. "Oh, mierda. Es una G".

El tono de Beth Morris era casi burlón cuando preguntó: "¿Y tú quién eres?".

"Agente especial supervisor Darren Albright. División de Contrainteligencia del FBI".

"¿CID? Dios mío", murmuró Morris. "Estamos siendo tratados como criminales".

Albright sacudió la cabeza con calma. Su voz era suave pero poderosa, como la de un hombre indulgente con los demás, pero apenas. "No, señora. No los tratan como criminales. Confía en mí." Miró la habitación. "No es así como tratamos a los criminales. Estoy trabajando con el director Delvecchio para organizar los polígrafos que hemos ordenado de una manera que sea menos intrusiva para el importante trabajo que todos aquí están haciendo".

Morris resopló. "Si no nos tratan como criminales, ¿cómo llaman arrastrarnos a los polígrafos del FBI?"

Albright habló cortésmente, pero no sonrió. A Ross no le parecía del tipo que sonríe. "Yo lo llamo tratarlos como sospechosos. Los delincuentes son esposados y llevados a la cárcel".

La sala estalló en una ira apenas controlada y sostenida ante el comentario. Beth Morris fue la más vocal del grupo. Albright conversó en voz baja con Madeline Crossman, pero Ethan pudo oírle preguntarle el nombre de Beth Morris. Como era de esperar para Ethan, Crossman se lo dijo con una pequeña mueca de desprecio. Después de todo, ella era la monitora del pasillo de la oficina.

Albright dijo: "Sra. Morris. Perdóneme por decirlo, pero ciertamente tiene muchas preocupaciones sobre este polígrafo. ¿Le gustaría hablar conmigo en privado después de que termine la reunión?

Beth miró fijamente tanto a Albright como a Crossman. Finalmente dijo: "No tengo ningún problema en tomar otra poli. Todos tenemos autorización de seguridad y eso va con el territorio. No estoy de acuerdo con el hecho de que estemos sentados aquí con el FBI. NSC tiene sus propios protocolos de seguridad".

Albright se limitó a sonreír a Beth Morris y luego se dirigió a la sala. “No me hagan caso, amigos. Estaré husmeando un poco durante los próximos días, pero ni siquiera sabrás que estoy aquí. Tendrás tus polis y luego todos podrán volver a trabajar”. Y añadió: “Es decir, casi todo el mundo. La persona responsable de la violación de datos tendrá algunas preguntas que responder”.

La reunión terminó poco después y Ethan regresó a su oficina, pasando junto a su curiosa secretaria sin mirar ni decir palabra. Inmediatamente sacó el informe de la CIA sobre el ataque a la India en su computadora y pasó varios minutos leyéndolo una y otra vez.

Veinte minutos más tarde volvió a pasar por el despacho de su secretaria, esta vez de camino a la puerta. Llevaba su abrigo y las llaves del auto colgaban de su mano, a pesar de que tenía que caminar diez minutos hasta su auto.

Notó que Angie lo miraba con sorpresa. Después de todo, sólo eran las diez y media, temprano para almorzar, incluso en Washington.

“Saliendo corriendo para mi reunión de las diez y media. Café con un funcionario consular en Dupont. Retén mis llamadas”.

DOMINIC CARUSO llegó al aeropuerto internacional Cochin de Kochi en la parte trasera de una ambulancia. Era media noche y el tráfico era ligero tanto en la autopista hacia el aeropuerto como en el propio recinto, lo que benefició tanto al gobierno indio como a las personas que enviaron el avión a recogerlo.

Dom pasó el viaje boca abajo con la muñeca esposada al brazo de su camilla. Supuso que tenía que agradecerle al detective Naidu por sus joyas. Fue una última muestra de descontento y agresión pasiva por parte del agente de la ley a quien los superiores del gobierno le habían ordenado que enviara a su único testigo de un acto terrorista en su camino sin ninguna apariencia de un interrogatorio adecuado.

Dom no pensaba mucho en Naidu personalmente, era, al menos, un imbécil, y a Dom le parecía que también era un antisemita. Pero Dom tuvo que admitir el hecho de que entendía la frustración del policía indio por perder a su testigo. Dom había sido un agente del FBI, todavía estaba oficialmente en el FBI (al menos en el papel) y sabía que si hubiera estado en el lugar de Naidu, trabajando en un caso crucial y con un testigo en sus manos, y luego recibido una llamada de algún oscuro y Si un superior poderoso le dijera que enviara a dicho testigo clave fuera del país inmediatamente, lo enojaría muchísimo. Y Dominic también sabía que no estaba por encima de una pequeña venganza, tal vez de una manera similar a como lo trató Naidu.

Dom hizo sonar un poco sus esposas, pero luego dejó caer su mano hacia la camilla.

La ambulancia se detuvo y sacaron a Dom y lo empujaron a lo largo de un asfalto caliente que brillaba y zumbaba con luces eléctricas. Podía oír el chirrido de los motores a reacción finamente afinados y pensó que sabía exactamente la marca y el modelo del avión que lo llevaría a casa, aunque no podía estar seguro.

Pronto escuchó voces, pero desde su posición ventajosa no podía ver quién hablaba ni oír lo que decían. Un policía le quitó las esposas; Luego vio otra figura acercarse por detrás.

Una atractiva rubia con el pelo recogido en un moño apretado se inclinó sobre él. Dom se sintió aliviado al ver a Adara Sherman, directora de transporte de su organización, e inmediatamente sintió que esta terrible experiencia en la India había llegado a su fin.

Adara no habló directamente con Dom, pero esto no fue una sorpresa. Dom había estado con Adara regularmente durante más de dos años y sabía que ella era educada, pero también sabía que era muy profesional, todo el tiempo. Su jefe mutuo, Gerry Hendley, había advertido a Dom y a los otros jóvenes solteros de la organización que Adara estaba fuera de los límites. Aun así, Dom y sus compañeros, en ocasiones, habían intentado al menos establecer una camaradería amistosa con ella. Pero cada vez que Dom o los demás intentaban establecer una relación con ella, incluso de la manera más jocosa y no amenazante, sus esfuerzos eran recibidos con absoluta profesionalidad.

En realidad, no tenía frío. . . pero definitivamente no estaba abrigada.

Adara Sherman miró a Dom de una manera que a Dom le pareció como si estuviera comprobando que tenía la pieza de equipaje correcta. Ella asintió rápidamente a los dos miembros del personal de la ambulancia y a los dos policías y dijo: "Necesito que lo suban al avión, por así decirlo. Hay un sofá que he preparado como cama atrás".

"Sí, señora", respondió uno de los asistentes.

Dom comenzó a sentarse solo, pero Adara le puso la mano firmemente en el hombro y lo empujó hacia abajo sin decir una palabra. Sabía que él mismo podría haberse levantado y subir a bordo; Le habría dolido, pero preferiría que lo llevaran en una camilla. Aún así, no iba a luchar contra Adara Sherman para hacerlo.

No tenía ninguna duda de que estos policías locales pensaban que ella era simplemente la atractiva azafata de un lujoso avión corporativo, pero Dom sabía algo que estos chicos no sabían. Sabía dónde mirar en su chaqueta azul para ver la huella muy tenue de una pistola SIG Sauer calibre .40 en su cintura. Y sabía que ella guardaba un arma de defensa personal HK MP7 escondida en un casillero oculto con resorte justo dentro de la cocina frente a la puerta, y que estaba entrenada para desplegar el arma y abordar las amenazas al avión en menos de tres segundos.

Sherman era azafata y coordinadora de transporte, pero era muchísimo más que eso, y Dom sabía que no debía ir en contra de sus deseos.

Adara se apartó del camino y Dom sintió que levantaban la camilla y la

llevaban a través de la escotilla del Hendley Associates Gulfstream G550.

Los médicos lo depositaron en el sofá, no fueron particularmente amables con él y su caja torácica sintió cada empujón y torsión. Dejaron que sus piernas colgaran a un lado y luego abandonaron el avión después de echar un rápido vistazo a los hermosos muebles de alta gama. Dom notó que uno de los oficiales de policía también había subido y este hombre se quedó atrás.

Después de que los hombres de la ambulancia bajaron del avión y Dom estuvo solo en la cabina con el policía, el indio se inclinó sobre el estadounidense y le dijo: “Naidu quería que te dijera que lo llamaras en algún momento. Si alguna vez tienes alguna información”.

Dom se encogió de hombros; le dolían las costillas magulladas al hacerlo. "Dígale que aprecio su hospitalidad". Y luego esperó a que el hombre se fuera. El policía desembarcó detrás de los médicos y se quedó afuera en la pista hablando con Sherman por un momento. Dominic se tomó el tiempo para incorporarse y sentarse. Gruñó y gimió por el dolor agudo en las costillas y el dolor sordo en la cabeza, pero en poco tiempo estuvo de pie, dirigiéndose a la cocina en la parte delantera del avión.

Quería prepararse una bebida.

Estaba a mitad de camino de la cabina cuando Sherman entró en el avión. Ella lo vio de pie y señaló el sofá cama. "Te necesito boca arriba ahora mismo, por favor".

Dom levantó una ceja. "Bueno, ahora estás hablando".

Ella le devolvió la mirada. Enojado.

“¿Puedo tomar un rápido…”

“No, no puedes. Acostarse. Me encargaré de todo una vez que estemos en el aire. Ahora tenemos que irnos”.

Dom regresó de mala gana al sofá, pero descubrió que tenía más problemas para sentarse que pararse. Sherman estuvo a su lado inmediatamente, ayudándolo a tumbarse boca arriba. Luego le levantó las piernas y las puso en el sofá, cubriéndolas con una manta.

Exhaló un largo suspiro de alivio. Tener los pies en alto redujo considerablemente el dolor en las costillas.

"Gracias."

Ella no respondió. En cambio, lo ató en el sofá cama, se dirigió rápidamente a la escotilla y la cerró, luego charló con el piloto y el copiloto por un momento. Al cabo de un minuto, el avión estaba en movimiento y Adara estaba de regreso en la cabina, abrochándose el cinturón en un asiento plegable junto a la puerta.

Mientras DOM yacía boca arriba durante el despegue, se le ocurrió que no era la primera vez que se lastimaba y estaba atado exactamente al mismo sofá. Le habían disparado en Pakistán un par de años antes y el largo vuelo de regreso a casa había sido incómodo. Esta vez sus heridas no fueron tan graves, pero hubo otra diferencia clave entre los dos eventos. En aquel entonces, el ambiente en el vuelo de regreso a casa había sido eufórico, él y sus compañeros acababan de evitar una detonación nuclear, y parecía que su herida había sido un pequeño precio a pagar por el éxito de la operación.

Esta vez regresaba a casa conociendo a una familia de cuatro personas, personas a las que había llegado a querer mucho, que habían tenido una muerte terrible, y tenía la sensación de que estaría cuestionando cada una de sus acciones y reacciones durante la lucha por un mucho tiempo por venir.

La Corriente del Golfo se estabilizó sobre la India y se dirigió hacia el este, hacia la Bahía de Bengala. Su plan de vuelo los llevaría sobre Tailandia y Taiwán, luego sobre el Océano Pacífico, hasta la costa oeste de Estados Unidos. Se detendrían en San Diego para repostar combustible y luego volarían el resto del camino de regreso a la base del avión en Baltimore, donde llegarían a casa dieciséis horas después de despegar de Kochi.

Cinco minutos después del despegue, Adara regresó con Dominic, quien seguía sintiéndose como una pieza de equipaje. En un intento de sacar la imagen de su mente, decidió insistir en el tema de conseguir una bebida.

"Adara, me vendría bien un Maker's Mark con hielo".

Se arrodilló y desabrochó las correas del sofá, luego comenzó a desabotonarle la camisa. "Lo siento. Habrá que esperar. No necesitas una azafata en este momento tanto como un médico. Voy a comprobarlo, a ver

qué necesitamos esperándonos en D.C. Hice que el hospital indio me enviara por correo electrónico sus películas y su evaluación, y las revisé durante el despegue. No hay nada roto, pero quiero ver los moretones en tu pecho".

Dominic reaccionó con ira contenida. "Estoy bien, Sherman. Pasé un día entero en el hospital. Me han evaluado".

"No por mí, no lo has hecho".

"Lo único que necesito es un trago y que me dejen en paz".

Pero Adara Sherman no dio marcha atrás. "Si vas a ser un idiota con esto, sólo me tomará más tiempo hacer lo que tengo que hacer". Hizo una pausa y su tono se suavizó ligeramente. "Este es mi trabajo, Dominic. Ahora sé un niño grande y déjame echarte un vistazo.

Dom se dio cuenta de que estaba descargando sus frustraciones con Adara. Lentamente se sentó lo suficiente como para que ella le quitara la camisa.

"Lo lamento. Un par de días difíciles".

Ella miró su torso magullado. El lado derecho de su caja torácica era negro y azul. "Sí, yo diría que sí. ¿Qué pasó aquí?

"Se cayó por unas escaleras. Creo que podría haber chocado contra algo en el camino hacia abajo.

Ella esbozó una pequeña sonrisa. "¿Qué te dio tu primera pista?"

Después de quitarle el vendaje del pecho y limpiar y desbridar la herida punzante allí, hizo lo mismo con su antebrazo vendado. Luego dirigió su atención a limpiar algunos cortes y raspaduras más pequeños en su pecho con antiséptico.

"¿No confías en los médicos indios?"

"Confío bien en ellos. Pero una cosa aprendí en Afganistán: las heridas no pueden estar demasiado limpias".

Dom sabía que la mujer había sido médico de la Marina, lo que en su caso no había significado estar sentada en un barco repartiendo Dramamine.

Había servido tanto en Irak como en Afganistán, tratando a marines estadounidenses, a veces ella misma bajo fuego. Dom había visto mucha acción en sus años con The Campus, pero pensó que era posible, incluso probable, que la atractiva "azafata" hubiera visto mucho más.

Dom preguntó: "¿Aún piensas en eso? ¿La guerra?

Estaba casi seguro de que obtendría algún tipo de falta de respuesta profesional, pero en lugar de eso, ella dejó de limpiarle la herida por un momento. El hisopo de algodón permaneció inmóvil, apenas rozando la carne dañada de su pecho.

Ella lo miró a los ojos. "Sólo todos los días".

Sus ojos se apartaron rápidamente de los de él, pudo verla reprendiéndose a sí misma por su incumplimiento de la distancia profesional y continuó limpiando las abrasiones sin hablar.

De vez en cuando hacía una mueca de dolor, pero la mayor parte del tiempo permanecía sentado en silencio.

Cuando terminó el examen y la limpieza y vendaje de sus heridas, se fue por un momento y regresó con algunos analgésicos y una botella de agua.

"No, gracias", dijo Dom.

"¿Te duele?"

"Dolores de cabeza. Nada mal."

Ella volvió a ofrecerle las pastillas y Dom negó con la cabeza. "Necesito pensar. No puedo pensar en eso".

"¿Qué tal si te preparo esa bebida?"

Esbozó su primera sonrisa en veinticuatro horas, aunque no fue gran cosa. "Si insistes".

DIEZ MINUTOS DESPUÉS, ADARA subió por la cabina a oscuras y se paró junto a Dominic, que ahora estaba reclinado en una de las sillas de cuero del capitán en la parte trasera de la cabina. Utilizó la luz de un teléfono satelital para iluminar su rostro, esperando encontrarlo ya profundamente dormido.

En cambio, sus ojos oscuros estaban muy abiertos y llenos de intensidad, y la miraron.

Ella le tendió el teléfono. "Es el Sr. Hendley".

Dom tomó el teléfono y miró la hora en un reloj junto a la silla. "Hola, Gerry."

Gerry Hendley, director de Hendley Associates, la firma de gestión financiera que sirvió como fachada del lado blanco de The Campus, y del propio Campus, era un ex senador de Carolina del Sur con un profundo acento sureño. "¿Cómo te va, Dominic?"

"Estoy seguro de que la señora Sherman le dio el resumen completo de mis heridas".

“Ella lo hizo. Te lo estoy preguntando”.

“Me siento como si me hubiera atropellado un autobús, pero estaré bien”. Hizo una pausa. “¿Tiene alguna información sobre lo que pasó?”

“Pensé que eso era todo lo que te importaría, así que he estado investigando. Me temo que todavía no tengo demasiado. Hablé con algunos amigos en Langley. Sabemos que al menos algunos de los terroristas eran miembros de las Brigadas Al-Qassam. Zarparon de Yemen hace cinco días y secuestraron un carguero indio para moverse sin obstáculos por aguas indias”.

Dom reclinó la cabeza en el sofá de cuero y cerró los ojos. “¿Al-Qassam? Maldito Hamás”.

"Así es."

“¿Sabemos por qué atacaron a Yacoby?”

Gerry dijo: “No, pero me estoy comunicando con mis fuentes aquí en los EE. UU. y en el extranjero para obtener una respuesta. Todo lo que sé en este momento es que Yacoby había servido hasta hace poco como comandante en Shayetet Trece”.

“¿Un comando naval israelí? Eso explica gran parte del entrenamiento al que me estaba sometiendo”. Tuvo un pensamiento. “Al Qassam es el ejército

de Hamás. Son fuerzas más o menos convencionales. ¿Cuándo empezaron a usar chalecos suicidas?

"Nunca. Debido a que su operación comenzó en Yemen, consideramos la posibilidad de que los tipos con los chalecos fueran AlQaeda".

"Yacoby era un hombre que vivía en el extranjero con su familia, básicamente un blanco fácil. ¿Por qué Al-Qassam utilizaría terroristas suicidas junto con sus pistoleros?"

"Hay mucha especulación al respecto. Una teoría, y para mí tiene cierto sentido, es que el plan era asesinar a Yacoby y luego ir a tomar rehenes a la sinagoga o algún otro lugar donde se congregara el pueblo judío de la comunidad. Los AQ con chalecos se martirizarían, se llevarían a tantos judíos como pudieran y los palestinos escaparían".

Dom asintió. "Y esto enmascararía un asesinato".

"Exactamente. Podrían hacer que pareciera que Arik y su familia quedaron atrapados en un ataque yihadista contra los judíos en el área, y no fueron atacados específicamente por los tipos de Gaza".

Dom lo pensó por un momento. "¿Hacer que parezca aleatorio para proteger a quien haya pasado la información sobre Yacoby y su paradero?"

"Probablemente. No sé. No especulemos demasiado".

"Punto justo." Dom se mordió el vendaje de su brazo y luego dijo: "La pregunta más importante es, ¿cómo se enteraron de él?"

Gerry dijo: "Desconocido en este momento. Me pregunto si los israelíes tendrán un traidor entre manos".

"Mierda", murmuró Dom. Luego dijo: "¿Sabes qué, Gerry? Estaba a unos dos segundos de conseguir una mira en la parte posterior del cráneo del atacante suicida. Podría haber evitado sus muertes".

"No pienses así. Sé que hiciste un gran trabajo. El informe de los indios es que usted mismo mató a varios atacantes".

Dom no estaba escuchando. Su mente estaba de nuevo en la granja de los Yacoby. "Arik tenía dos hijos".

“Lo sé, hijo. Lo sé."

"Si hubiera subido las escaleras un poco más rápido, podría haber..."

El acento sureño de Hendley resonó por el teléfono vía satélite. “¡Es posible que te hayan volado en pedazos con el resto de ellos! Mira, Dom. No puedo decirte cómo superar esto. Lo siento, pero no lo sé”. Después de una pausa, dijo: "Has pasado por este tipo de cosas antes".

Dom había pasado por este tipo de cosas antes. Su hermano gemelo, Brian, también agente de The Campus, había muerto en sus brazos dos años antes. Dom sabía que había cambiado desde la muerte de su hermano y temía que los cambios no fueran para mejor.

"¿Con Brian, quieres decir?"

"Sí. Yo fui quien te envió a ti y a tu hermano a Libia. Eso me pesa todos los días”.

Dom respondió sin reservas, porque nunca había culpado a Gerry por lo sucedido. “Hiciste la decisión correcta. Era necesario hacer lo que estábamos haciendo. Brian acaba de recibir la peor parte”.

“Y también lo hicieron Arik Yacoby y su familia. No hay nada que puedas hacer al respecto y no tiene sentido repetir esa noche en tu cabeza por el resto de tu vida”.

"Sí, señor." Caruso se sacó de la cabeza los pensamientos sobre la familia muerta en la India. “¿Cuáles serán las consecuencias para The Campus con esto?”

“Es difícil de decir. No sabemos cómo supo Al Qassam acerca de Yacoby, por lo que aún no podemos evaluar su exposición”.

Dom sabía lo que Hendley estaba pensando. “Hasta que no sepas cómo se supo la información sobre él y su ubicación, no sabrás si a mí también me han quemado. Por ahora necesito mantenerme alejado del Campus. De los chicos”.

Gerry dijo: “No debería ser difícil de hacer. El resto del equipo está repartido por todo el mundo. Mantendré a todos donde están, pero tú tómate un tiempo libre. Tómatelo con calma”.

Dom se rió entre dientes al teléfono satelital, pero su corazón no estaba en la risa. “Ya estaba en retirada antes de que esto sucediera. Ahora me estás diciendo que me pierda”.

"No. Te estoy diciendo que te mejores. La señora Sherman me dice que necesitará algo de tiempo de recuperación. Mientras haces eso, esta situación desaparecerá. Puedo ordenar a los pilotos que te lleven a donde quieras ir. ¿Quieres que Adara te busque un hotel resort en algún lugar de las Montañas Rocosas? ¿Una casa de playa en Hawaii? ¿En algún lugar donde puedas tomarte las cosas con calma hasta que todo pase?

“Honestamente, Gerry, sólo quiero volver a casa. De regreso a DC”.

"Me parece bien. Descansa un poco, Adara cuidará de ti”.

7

HARLAN BANFIELD era periodista impreso de profesión; había estado en esto durante más de cuarenta años y ciertamente tenía el aspecto adecuado. Era pequeño y desaliñado, con cabello plateado permanentemente desordenado y ojos grises brillantes que transmitían amabilidad y empatía incluso cuando estaban fijos en un político al que estaba entrevistando con el propósito de escribir un artículo denigrante.

El día de Harlan había comenzado en College Park, Maryland, en un desayuno de trabajo para una asociación de corresponsales extranjeros. Él mismo había sido corresponsal extranjero, con firmas de lugares tan lejanos como Ciudad Ho Chi Minh y Montevideo, y aunque se había establecido mucho en los últimos años y se había arraigado firmemente en el área de D.C., todavía le gustaba reúnase con otros reporteros trotamundos actuales y anteriores en el desayuno mensual.

La reunión terminó a las diez de la mañana, y poco después Harlan se subió a su Volkswagen de nueve años y se dirigió a su oficina de una sola habitación en un rascacielos de la calle K, en lo profundo del Triángulo Dorado del centro del distrito. Tenía una mañana de llamadas telefónicas por delante antes de tener que volver a almorzar con antiguos colegas del Washington Post.

La carrera de Banfield comenzó trabajando en la ciudad para The Philadelphia Inquirer en los años setenta. Trabajó en Nueva York con UPI en

los años ochenta, antes de finalmente empezar a trabajar como corresponsal extranjero para The Washington Post. Vivía principalmente en Europa y Oriente Medio, pero era a la vez un excelente periodista y un hombre soltero sin familia, por lo que lo enviaron a todos los lugares de moda durante veinte años antes de regresar a D.C. para trabajar en la oficina del Correo el 15th Street en el ocaso de su carrera.

Banfield tenía ahora sesenta y seis años, pero no se había jubilado. Seguía trabajando como autónomo en la ciudad, escribiendo principalmente para varios medios de comunicación electrónicos.

Además de su trabajo por encargo, Banfield también escribió un blog sobre los cabilderos de D.C. de un grupo decididamente anti-D.C. perspectiva cabildera. Su blog le llamó un poco la atención dentro de Beltway, pero no lo hacía para la corriente principal, porque el blog de Banfield, al igual que su esporádico trabajo independiente, era, en general, una fachada.

En verdad, Harlan Banfield era mucho más que un periodista. También fue el enlace estadounidense de una organización que se autodenominaba Proyecto de Transparencia Internacional. El sitio web del ITP expresó su declaración de misión de manera sucinta, identificando al grupo como un consorcio mundial flexible de filántropos, periodistas, abogados y activistas que se esforzaron por apoyar la apertura y la rendición de cuentas del gobierno. Lo hicieron buscando, alentando, financiando y protegiendo a los denunciantes.

La página de inicio del sitio web del ITP mostraba una imagen de un amanecer sobre Washington, D.C., con la frase “Verdad versus poder” en negrita encima. Había algo revelador en tener D.C. en la página de inicio del sitio web. La organización estaba (aparentemente, al menos) diseñada para exponer las malas prácticas gubernamentales en todos los países del mundo, pero en realidad, ITP centró la mayor parte de sus esfuerzos en lo que consideraba el imperio del mal: los Estados Unidos de América.

Banfield no odiaba a Estados Unidos, aunque creía probable que algunos de sus colegas extranjeros en el ITP sí lo hicieran. A Banfield simplemente le gustaba una buena historia, y nada le emocionaba más que revelar secretos celosamente guardados. Las filtraciones gubernamentales de alto nivel eran la moneda de cambio en Washington, y a Harlan Banfield le encantaba servir como cámara de compensación clandestina para las mayores filtraciones en la circunvalación.

Banfield sentía que en Estados Unidos existía un Estado profundo, un gobierno en la sombra, miembros de la industria ricos y bien conectados que eran el verdadero poder detrás de escena. Y trabajar como enlace de Estados Unidos con el ITP era su manera de despegar las capas superficiales del secreto gubernamental, con la esperanza de algún día profundizar lo suficiente como para encontrar la verdad sobre este gobierno en la sombra.

No estaba allí para llamar la atención: los miembros del Proyecto no revelaron sus identidades al mundo en general. Fue un intento de minimizar la exposición a la vigilancia gubernamental y, en el caso de Banfield, había funcionado. Hasta donde la mayoría de la gente sabía, él no era más que un anciano corresponsal extranjero que hacía tiempo que había sido puesto a pastar, pero le encantaba abrir las puertas seguras de D.C.

Entró en el garaje subterráneo de su edificio poco antes de las once de la mañana. Había empezado a lloviznar y se alegró de tener un lugar cubierto exclusivo. Acababa de cerrar su Volkswagen y comenzar a caminar hacia el ascensor, cuando sintió una figura en la oscuridad a su izquierda moviéndose entre los autos a lo largo de la pared del garaje.

Se detuvo, apretando las llaves en la mano como si pudieran ser algún tipo de protección adecuada contra un atraco.

La figura se acercó, pero permaneció fuera de la luz. Miró a Banfield pero no dijo nada.

"¿Hola?"

El hombre salió a la luz ahora. Llevaba una gabardina con el cuello levantado y un gorro de punto en la cabeza, justo encima de los ojos. A Banfield le resultó familiar al instante, pero le llevó varios segundos identificarlo.

“¿Ethan? ¿Eres tu?"

"Necesitamos hablar".

“¡Cristo, hijo! Me asustaste muchísimo.

"¿A dónde podemos ir?"

“¿Por qué el dramatismo? Podrías haberme enviado un correo

electrónico. Sube las escaleras. Iremos a mi oficina".

"¡No!" Dijo Ethan Ross, inclinándose hacia adelante mientras hablaba. Banfield retrocedió un poco, pero fue por sorpresa, no por miedo.

"¿Qué diablos está pasando?"

"Es posible que su oficina tenga micrófonos ocultos. Tu teléfono también".

"¿Por qué tendría micrófonos?"

"Vamos a tomar tu auto. Conozco un lugar donde podemos hablar".

Siguiendo la dirección de ROSS, condujeron hacia el oeste a través de Georgetown y cruzaron el puente Francis Scott Key hacia Virginia. Aquí se fusionaron con los carriles en dirección norte de George Washington Memorial Parkway, que corría hacia el noroeste alejándose del área metropolitana de DC.

"¿Debo cancelar mi reunión de almuerzo?" -Preguntó Banfield. Ross no respondió.

"¿Tengo que parar para echar gasolina? ¿Hasta dónde vamos?

"No mucho más lejos".

Banfield aprovechó la suerte e hizo todo lo posible para entablar conversación con Ross, pero el joven se limitó a mirar por la ventanilla del coche y no respondió.

La lluvia era ligera pero constante, y el único sonido dentro del Volkswagen era el suave chirrido de los neumáticos mojados y el lento ciclo de las escobillas del limpiaparabrisas.

Después de sólo unos minutos en la carretera sinuosa y montañosa, Ross le dijo a Banfield que girara a la derecha, e inmediatamente el periodista de sesenta y seis años se dio cuenta de que debían dirigirse a Fort Marcy Park.

El parque era un lugar boscoso y apartado, al otro lado del río y al noroeste del centro de D.C. Había sido un verdadero fuerte en la Guerra Civil, en una colina con vistas panorámicas tanto del Potomac como de las tierras

de cultivo abiertas, y completamente fortificado con muros de tierra. refugios y trincheras, muchas de las cuales aún podían discernirse como ondulaciones de aspecto antinatural en el paisaje.

Ahora estaba casi cubierto de maleza, no había edificios de ningún tipo, pero un par de cañones estaban sobre los terraplenes de tierra sobre trincheras llenas de altos árboles desnudos.

Banfield estacionó en el pequeño estacionamiento e inmediatamente se volvió hacia Ross en busca de respuestas, pero el joven abrió la puerta y comenzó a alejarse del auto, cuesta arriba y hacia el bosque. Banfield cogió un paraguas del asiento trasero y lo siguió.

Caminaron durante varios minutos, hasta que Ross se sentó en un banco de madera mojado junto a un cañón solitario, fuera de la vista del estacionamiento detrás de ellos. Banfield se sentó a su lado; estaban frente al Potomac pero no podían ver el río a través del follaje en la ladera frente a ellos. Banfield hizo una mueca cuando una brisa fría y húmeda le picó la cara. Había sido deferente con Ross durante los últimos quince minutos, pero su paciencia disminuyó rápidamente mientras estaban sentados allí, mirando hacia el bosque. “Ethan, soy un anciano habitante de la ciudad con bursitis en las caderas y alergia a casi todo, y tú me sacaste a una lluvia de treinta y ocho grados y me llevaste al bosque. ¿Qué diablos está pasando?

Ross ignoró la lluvia. Se levantó del banco y empezó a caminar de un lado a otro por el arcén junto al cañón. "Es la puta India, Harlan, eso es lo que está pasando".

"¿India?"

“El ataque de ayer. Has oído hablar de eso, ¿verdad?

“Bueno, sí. Seguro. Salió en las noticias. Pero no sé por qué...

"Fue un asesinato palestino de un ex comando israelí".

La expresión en blanco en el rostro de Banfield mostró que no tenía idea de cuál era el punto de Ross. “No vi eso en las noticias”, dijo, “pero... . . Lo siento . . . ¿Por qué me importa?

"El tipo asesinado en India era el comandante en escena de la masacre de la flotilla de paz turca".

Banfield parpadeó con fuerza, en señal de sorpresa. Ross lo miró a los ojos, buscando pistas de que ya lo sabía.

"Oh", dijo el anciano en voz baja. Su sorpresa le pareció genuina a Ross. “Veo de qué se trata todo esto. Aun así, no sabemos que...

“Lo sabemos. Te lo digo, el FBI nos estaba esperando a todos esta mañana cuando llegamos al trabajo. Dicen que saben sobre la descarga no autorizada de los archivos de la flotilla. Dicen que en los archivos se menciona al israelí muerto en la India, el coronel Yacoby, así como el hecho de que vivía en esa pequeña aldea”. Dejó de caminar y se inclinó sobre Banfield. “¡En los documentos de la CIA se hacía referencia a él por su nombre!”

“No recuerdo eso. Había muchas páginas en esos archivos”.

"Yo tampoco lo recuerdo, ¡pero los G parecen jodidamente seguros!"

El propio Banfield se puso de pie y miró hacia los árboles. “¿Cuándo me entregaste los archivos? Debió haber sido hace tres meses”.

“Eran las cuatro”.

“¿Y recién ahora revelan que se detectó la infracción? ¿Porqué es eso?"

Ross respondió en un susurro. “¡Porque alguien fue asesinado! Cuando te di esos datos, me juraste que cualquier cosa que pudiera poner vidas en peligro sería redactada y que las únicas personas que obtendrían la información serían los medios de comunicación. Dijiste que se los darías a un periodista afiliado al ITP en The Guardian, y él revelaría el hecho de que Estados Unidos brindó ayuda encubierta a los israelíes en el ataque a la flotilla. Se suponía que iba a avergonzar a la Casa Blanca, tal vez alejarnos de los vínculos encubiertos con Israel. Tal vez los halcones proisraelíes de la administración serían despedidos. Y la próxima vez que algo así sucediera en Israel, Washington estaría menos dispuesto a espiar en nombre de un régimen criminal”.

Ross se quitó el gorro de lana empapado y se pasó las manos por el cabello rubio, mojado y pegajoso, y luego dijo: —Nadie dijo una maldita cosa acerca de que terroristas hicieran estallar a una familia de cuatro.

Banfield se colocó frente a Ross, bloqueando su capacidad de caminar. Sostuvo su paraguas lo suficientemente alto para que el hombre más alto

pudiera caber debajo, pero Ethan no se acercó tanto. Banfield dijo: “Escúchenme con atención. Los archivos que me pasaste no llegaron a nadie en Palestina”.

"¿A dónde fueron?"

"Todavía los tenemos".

"¿Por qué no se los has dado a The Guardian?"

“¿Recuerdas lo que te dije cuando me diste la información? Si lo soltáramos tan cerca de la brecha, podría ponerte en peligro”. Banfield apretó a Ross en el hombro. “No voy a dejar que te pase nada. Mi organización ha perfeccionado el arte del enmascaramiento de la atribución de denunciantes. Estás a salvo”.

Ross se recostó lentamente en el banco. Quería creer, pero no estaba seguro.

"Me sentiría mejor si me dijeras que el ITP no tiene contactos en Palestina".

“Por supuesto que tenemos contactos en Palestina. Tenemos contactos por todas partes. Pero no se lo transmitimos a nadie. Nunca seríamos cómplices de un acto tan brutal. Nuestros socios en Palestina están tan alejados de los tipos de personalidad que cometieron este crimen como usted y yo lo estamos de los matones que corren por D.C. apuñalando a la gente por sus billeteras. Recuerde, el pueblo palestino tiene la misma variedad de tipos de personalidad que el resto del mundo. Hay manzanas podridas por ahí. Simplemente no estamos trabajando con ellos”.

Banfield se sentó junto a Ross y la lluvia del río les cayó en la cara. El paraguas no sirvió para nada, pero Banfield lo sostuvo de todos modos.

“No has hecho nada malo, Ethan, y estás cien por ciento a salvo. Esto de la India no tuvo relación con la denuncia que usted hizo hace cuatro meses, estoy seguro”.

“Bueno, el FBI no está seguro de ello. Van a realizar polígrafos más adelante esta semana”.

Banfield no mostró sorpresa alguna. “Eso es de esperarse. Es sólo una

expedición de pesca".

"Quizás, pero serán minuciosos".

"Nunca has tenido problemas con los polígrafos en el pasado".

Ethan suspiró, haciendo todo lo posible por recuperar la compostura. "Por supuesto que no. Fui a Harvard, no voy a dejarme engañar por un maldito graduado de una universidad estatal con una caja de cables y luces. Pero mis otros polis eran sólo exámenes anuales de seguridad. Un investigador de segunda categoría sin presunción de engaño. Sabía que triunfaría en la caja, así que lo hice. Esta vez será diferente. Será un poli de alcance único, los mejores investigadores del FBI en el CID, y sabrán a qué preguntas volver. Esta vez no será pan comido".

Banfield intentó calmar al joven. "El polígrafo es un elemento de utilería escénica. Es una mierda. La clave del polígrafo es comprender que el equipo es un engaño destinado a intimidar al culpable para que confiese. El examinador te interrogará y utilizará el polígrafo como pretexto para decir que no te cree. Es su herramienta para arrancar una confesión. No confieses, mantente relajado", sonrió Banfield. "Y creed lo que es verdad".

Ethan miró a Banfield. "No me estás diciendo nada que no sepa".

El mayor levantó las manos. "Lo lamento. Por supuesto que no. Pero sólo debes saber esto. Usted no tiene la culpa del ataque en la India. La información que obtuvo de los archivos de la CIA está tan segura ahora como lo estaba cuando la descargó. Simplemente lo estamos esperando para el momento adecuado".

Ethan miró a lo lejos y murmuró: "Puedo vencer a la caja". No parecía seguro y Banfield lo registró.

"Puede." Banfield rodeó a Ross con el brazo. "Te conseguiré algunos medicamentos para que tomes. Ayudará". Se inclinó para mirar el rostro de Ethan. Le dio otro apretón en el hombro. "Escúchame. Estás bien. Este tipo de cosas suceden todo el tiempo. Trabajamos con muchos patriotas como usted. Probablemente una vez al mes alguien pasa por un polígrafo sorpresa. Nunca ha salido nada de ello. Alguna vez."

"No me mientas, Harlan".

“No me atrevería. Y no solo te estoy besando el trasero cuando lo digo, sino que eres muchísimo más astuto que algunos de los otros denunciantes que existen. Él sonrió y puso los ojos en blanco, indicando el nivel de intelecto de los demás.

Ethan asintió, admitiendo el punto sin una pizca de timidez, y se iluminó un poco. Se tomó un momento para mirar alrededor del parque, como si fuera la primera vez. Él y Banfield eran las únicas dos personas a la vista.

"Bueno. Pasaré los próximos días preparándolo. Pero mientras tanto no voy a confiar en ninguna tecnología. ¿Quién sabe qué tan amplia y profunda será esta revisión de seguridad? Necesitamos tener cuidado. El FBI podría obtener una orden judicial para incluirnos a cada uno de nosotros con autorización TS en la EOB. Sin teléfonos ni correo electrónico”.

“Un teléfono está bien en caso de apuro si compras uno nuevo. Simplemente ve a una tienda de conveniencia y consigue un móvil barato. Úselo sólo en caso de emergencia. Yo haré lo mismo”.

"Está bien, pero prefiero conocerme en persona".

Banfield pensó por un momento. “¿Sigues saliendo a correr por las mañanas?”

"Algunas mañanas". dijo Ross. Y luego, "¿Por qué?"

"Compra algo de tiza".

"¿Tiza?"

"Sí. Durante los días siguientes, salí a correr por la mañana por Wisconsin Avenue. Gire hacia el este por N Street. En la esquina sureste hay una boca de incendios verde junto a la carretera. Si quieres encontrarte conmigo aquí, arrastra un pequeño trozo de tiza encima, de solo tres pulgadas aproximadamente, lo suficientemente grande como para que pueda verlo cuando paso de camino al trabajo. Si lo pones ahí, apareceré aquí a las ocho de la mañana”.

“¿Y si necesitas hablar conmigo?”

“Lo mismo. Marcaré la boca de riego si necesito reunirme contigo. Aquí las ocho de la mañana.

Ross asintió lentamente. "Un poco anticuado, pero está bien".

“Las viejas costumbres son las mejores, hijo. Los teléfonos están intervenidos. Se lee el correo electrónico no seguro. Ya nadie busca tiza”.

BANFIELD DEJÓ a ROSS en su automóvil, que estaba estacionado a varias cuadras de la oficina de Banfield en Thomas Circle, y luego condujo de regreso al estacionamiento debajo de su edificio. Tenía los ojos abiertos para detectar cualquier vigilancia, pero por lo que podía decir, estaba a salvo. Se consideraba a sí mismo una especie de aficionado competente en materia de vigilancia, y esto se debía a cierta formación que recibió al principio de su carrera. En los años setenta, un joven Harlan Banfield se había inscrito en un curso de cinco días sobre seguridad corporativa en Londres. Fue organizado para ejecutivos y periodistas que viajaban al extranjero, y Harlan encontró que el curso era heterogéneo. La parte del plan de estudios de defensa personal, en opinión de Harlan, era tonta e ingenua. Tomó el programa antes de viajar al Líbano para cubrir la guerra civil allí, y pensó que era poco probable que cualquier chiíta armado que estuviera en un control de carretera con el que se topó quedara muy impresionado por su habilidad para torcer el pulgar de alguien o aplicarle un cuchillo en la ingle.

Pero hubo algunos aspectos muy útiles del entrenamiento, ninguno más que la instrucción sobre los conceptos básicos de cómo identificar una cola y detectar otros tipos de operaciones de vigilancia.

Desde Londres, Banfield había suplantado este entrenamiento con décadas de experiencia en el mundo real, y en sus años trabajando en secreto para el ITP, había recurrido a su entrenamiento y práctica para estar atento a cualquiera que lo siguiera.

Llegó a su oficina del undécimo piso confiando en que nadie estaba más interesado en él ese día que cualquier otro, y se encerró. No se molestó en quitarse el abrigo o el sombrero de fieltro antes de sentarse frente a su computadora; en cambio, inmediatamente se conectó a un servicio de mensajes instantáneos cifrados llamado Cryptocat y luego escribió un código alfanumérico largo que había memorizado. Esto lo llevó a una pantalla donde podía seleccionar de una lista de amigos, pero en su lugar escribió la dirección de un destinatario de memoria porque no la había guardado en su lista.

Casi instantáneamente se autenticó el cifrado bipartito. Sus dedos se

cernieron sobre las teclas. Después de un momento, escribió: Tenemos un problema.

La respuesta llegó treinta segundos después. ¿Cuál es? Ethan Ross. Sí.

Banfield ladeó la cabeza. Escribió: ¿Sí? Sí, ¿qué? Acabo de enterarme de los detalles del ataque en la India. Esperaba tener noticias tuyas sobre nuestro amigo. Él cree que le proporcionamos la información. Está equivocado. Eso es lo que le dije. Confirme que estaba en lo cierto al decirle que aún no se lo hemos transmitido a The Guardian.

Tienes razón. El miércoles será poligrafiado. ¿Cómo está su estado de ánimo?

Preocupado. Yo diría que muy preocupado. Le dije la canción y el baile sobre cómo hacemos esto todo el tiempo. Creo que lo compró. Le daré un cóctel para derrotar al poli, pero, francamente, no sé si podrá vencerlo.

No tiene por qué hacerlo.

Harlan Banfield no entendió el mensaje. Escribió: ¿Qué quieres decir?

No hubo respuesta durante más de un minuto. Banfield resistió la tentación de enviar un signo de interrogación por el servicio de mensajería. En lugar de eso, hizo crujir sus nudillos y se obligó a esperar.

Finalmente apareció una nueva línea en su pantalla.

Estoy en camino.

Banfield se enderezó frente a su escritorio y su pecho se agitaba.

No tenía idea de lo que pasaba por la cabeza de la persona al otro lado del chat cifrado, pero sus preocupaciones de que los líderes del ITP no vieran la importancia del evento se disiparon instantáneamente, porque Banfield sabía que el director del ITP estaba en Suiza. .

Si estaba en camino, entonces entendía claramente la magnitud del problema en el que se había convertido Ethan Ross.

DOMINIC CARUSO RODÓ LENTA y cautelosamente fuera de su cama y se puso de pie con la ayuda de un cinturón que había atado alrededor del poste de la cama precisamente para ese propósito. Caminaba con piernas que se sentían letárgicas por estar acostado boca abajo durante un período prolongado de tiempo, y la bombilla brillante de su baño hacía que le palpitara la cabeza.

Desde que llegó a casa, sólo se había levantado de la cama unas pocas veces para responder al llamado de la naturaleza o para coger una botella de agua o algo de comida enlatada de la cocina. Adara Sherman lo había llamado pocas horas después de dejarlo en su casa; se ofreció a venir con algunas compras porque sabía que Dom no tendría nada fresco en su condominio. Dom le agradeció la llamada, pero le dijo que su vecino de al lado estaba haciendo recados para él en ese momento.

No era verdad. Dom simplemente no tenía ganas de recibir visitas. Ayer por la tarde se levantó y se movió un poco más. Bajó en ascensor hasta el pequeño mercado de su edificio y regresó a su casa con dos bolsas de plástico llenas de comida enlatada, yogur, refrescos y cerveza.

Cogió una lata de atún y otra de melocotones en almíbar, bebió una cerveza y volvió a la cama.

Dom estaba decidido a hacer algo productivo hoy, a pesar de los dolores y molestias. Comenzó a ducharse y luego se quitó las vendas del pecho y el antebrazo. Se quedó allí con su cuerpo dolorido presionado contra el frío azulejo al lado de la ducha durante varios minutos, hasta que finalmente entró al agua.

El rocío caliente le picó las heridas, pero contribuyó en gran medida a que volviera a sentirse humano. Después de la ducha, se cambió las vendas del antebrazo, tomó café y se dirigió a su sala de estar. Ahora tenía todas las luces apagadas en su casa porque aumentaban su dolor de cabeza, así que se sentó en la oscuridad con su computadora portátil en el sofá y pasó la primera parte de la mañana leyendo todo lo que pudo encontrar en línea sobre el ataque en India. Se había escrito mucho sobre el tema, pero la gran mayoría eran sensacionalismos, editoriales o simplemente conjeturas, y gran parte de ello (lo sabía porque había estado allí y lo había visto de primera

mano) estaba completamente equivocado.

Tuvo que apagar su computadora después de aproximadamente una hora. Las imágenes del suceso y las especulaciones al respecto sólo obligaron a su cerebro a revivir todo lo ocurrido, a vivir nuevamente el momento como un post-acción virtual.

Con este "lavado caliente", Dom inevitablemente analizó sus propias acciones de la manera más crítica posible. Se dijo a sí mismo que debería haber subido con Yacoby desde el principio, cubriendo el hueco de la escalera y manteniendo a los otros atacantes abajo en lugar de dividir sus puntos de acceso. Debería haber despachado a los atacantes mal entrenados en la cocina más rápido que lo hizo. Debería haber previsto que el terrorista con el cuchillo en el pecho no habría muerto rápidamente y, por tanto, seguiría siendo una amenaza.

Había muchas cosas que podría haber hecho de manera diferente, y ahora, mientras estaba sentado en su sofá en su condominio del quinto piso en D.C., deseaba haberlas hecho todas.

Cuanto más pensaba Dom en ello, más seguro estaba de una cosa.

Le había fallado a Arik y su familia.

La muerte del hermano gemelo de Dom, Brian, se desarrolló en su mente de la misma manera. Había pasado los años intermedios analizando cada aspecto del evento, considerándose responsable. Podría haber sido más rápido, si no en el tiroteo en sí, al menos en el tratamiento de la herida de bala de Brian. Podría haberlo salvado.

Dom sabía que había hecho lo mejor que podía, pero tanto en Libia como en la India, su mejor esfuerzo no había sido suficiente.

Poco después de las nueve, se sacudió las imágenes y la angustia de su mente el tiempo suficiente para servirse una nueva taza de café, la tercera de la mañana. Acababa de sentarse en el sofá con su computadora portátil cuando sonó su teléfono. Miró hacia abajo y vio que era Adara Sherman llamando, sin duda vigilándolo nuevamente. Dejó que la llamada pasara a su buzón de voz.

Poco después de esto, sonó el timbre de su puerta. El timbre hizo que le

palpitara la cabeza. Puso los ojos en blanco, pensando que debía haber sido Sherman, lo que significaría que ella era tremendamente eficiente en sus esfuerzos, aunque no esperaba menos. Pero cuando abrió la puerta del luminoso pasillo, parado frente a él había un hombre de apariencia en forma con traje y corbata debajo de una gabardina, con una raya perfecta en su cabello oscuro. Era varios centímetros más alto que Dom y tenía hombros grandes y redondos que su abrigo no podía ocultar. El hombre dijo: "¿Cómo estás, Dominic?"

Dom conocía a este hombre, aunque no lo había visto en varios años. "Es Albright, ¿verdad?"

Darren Albright asintió. "Así es. Buen recuerdo. Estoy impresionado". Se dieron la mano.

"Ha pasado un tiempo". La mente de Dom comenzó a acelerarse. Recordó a Albright de Quantico, la academia de entrenamiento del FBI. Según lo que recuerda Caruso, había sido policía durante varios años antes de unirse al FBI, y era varios años mayor que Dom.

"¿Agente especial?"

"Agente especial supervisor, por si sirve de algo". Dom estaba impresionado, obviamente había jugado sus cartas en la Oficina.

¿Qué diablos está haciendo este tipo aquí?

Albright dijo: "Qué bueno verte". Se quedó allí un momento, obviamente esperando que lo invitaran a pasar.

Caruso se arrastró.

El agente especial del FBI dijo: "¿Puedo tener unos minutos de su tiempo?"

"Seguro." Mierda.

Regresaron al condominio y Dom encendió un par de luces. Miró a su alrededor hacia su lugar desaliñado. La única compañía que tuvo por aquí fue la femenina: normalmente aventuras breves e intensas a las que invitaba para impresionar con una botella de vino y una comida italiana maravillosamente cocinada. En estos casos, normalmente tenía mucho

tiempo para dejar presentable su lugar.

Por otro lado, el día que regresó de la India, el romance había sido lo último que tenía en mente, y su condominio lucía peor por eso. "Perdón por el lugar", fue todo lo que pudo decir.

“No hay problema. Yo también era soltero hasta el año pasado”.

"¿Oh sí?" Dijo Dom, fingiendo interés en la vida amorosa de su antiguo compañero de clase. "Felicitaciones."

"Gracias. Tengo un bebé en camino en agosto”.

"Impresionante." Pensó en Dar y Moshe y dirigió la conversación en otra dirección con la esperanza de que las imágenes desaparecieran. “Entonces, ¿tienes la oficina local aquí en D.C.? Es un buen negocio. Obtuve Alabama como primera oficina de asignación”.

“Sé que lo hiciste. Eso que hiciste en Birmingham, multar a ese asesino de niños. Ese fue un trabajo justo. Me dije a mí mismo que te invitaría un whisky la próxima vez que te viera.

Caruso estaba de pie en medio de su sala de estar. “Son las nueve y cuarto de la mañana. Supongo que no es por eso que estás aquí”.

El grandullón negó con la cabeza. "No, no lo es, pero me conformaría con una taza de ese café que huelo".

Un minuto después, los dos hombres estaban sentados en la cocina de Dom en una mesa adornada con correo sin abrir y periódicos sin leer de un mes.

Tomaron café, o, más exactamente, Albright tomó café mientras Caruso se sentaba ansiosamente detrás de su tranquila taza, haciendo todo lo posible por fingir indiferencia.

Albright recordó algo que Caruso había dicho antes. “En realidad, no estoy en la oficina de D.C. Me asignaron Houston nada más salir de la Academia. Caliente como el infierno, todo el tiempo”.

Caruso dijo: “Antes de la Academia, usted era policía, ¿no? ¿SWAT de alguna fuerza local de la policía?

"Sí. San Luis".

Dom dijo: "Me sorprende que no hayas optado por la TRH". HRT era el tan cacareado Equipo de Rescate de Rehenes del FBI, los principales oficiales tácticos de las fuerzas del orden federales.

"Hice. Desafortunadamente, me rompí el pie en un accidente de entrenamiento. Ahora está bien, pero me dejó fuera de la TRH. Después de tres años en la oficina de Houston, me asignaron nuevamente aquí al CID".

Si Dom había estado preocupado por el hecho de que un agente especial del FBI hubiera venido a visitarlo, ahora lo estaba doblemente. ¿Qué diablos hacía un "G" de su División de Contrainteligencia en su apartamento?

Nada bueno, estaba seguro.

"¿CID?" Dijo Dom. "¿Trabajo interesante?"

Albright respondió: "Tiene sus momentos. Como ahora, por ejemplo. Tengo algunas preguntas sobre lo que pasó el otro día en la India. ¿Te importa?"

Dom se frotó la frente. Lo que más le preocupaba era que Albright estuviera aquí para hacer algunas preguntas sobre el Campus. Aunque algunos miembros de alto rango del FBI y otras organizaciones con buenas conexiones conocían la existencia del empleador no registrado de Dom, Albright no estaría en esta lista selecta.

El hecho de que Dom estuviera en la India, por otro lado, podría ser fácilmente conocido por el FBI en general. Se relajó un poco, pero aún permaneció en guardia sobre lo que podía y no podía decir. "Sí. Bueno."

"Escuché que sufriste una conmoción cerebral".

"Solo uno leve".

"¿Cómo te sientes?"

"Estoy bien, gracias".

Dom estaba nervioso y pudo ver que Albright estaba consciente de ello. Albright dijo: "¿Estuviste allí entrenando en Krav Maga con el coronel Arik

Yacoby, ex de las FDI?"

Dom se encogió de hombros. No sabía de dónde sacaba Albright su información. “Eso y algunas otras cosas del PT. Ni siquiera sabía que era coronel. También hice un poco de yoga con su esposa”.

"Yoga." Albright arqueó las cejas. La incredulidad en su rostro era obvia.

"Sí."

El agente del FBI asintió sin apartar la vista de Caruso para escribir nada.

"Pareces nervioso, Dom".

"De nada."

"¿No?"

"Debes estar malinterpretando mi confusión sobre tu presencia en mi cocina".

Albright tomó un sorbo. "Me parece bien. Entonces déjame ayudarte. Pondré mis cartas sobre la mesa. Esta mañana, cuando estaba en la oficina antes de venir aquí para entrevistarlo, recibí una llamada de Anthony Rivalto. Sabes quién es, ¿no?

"Sí. Es el director de la oficina local de Nueva York”.

Albright ladeó la cabeza. “Eso fue hace años. Ahora es el subdirector del CID”.

"Tu jefe, entonces".

“El jefe de mi jefe, pero sí. Me llamó directamente para decirme que debía andar con cuidado contigo. Puedo hablar contigo y preguntarte si quieres ofrecer algo como voluntario, pero tienes una especie de campo de fuerza a tu alrededor que me impide cavar demasiado.

Dom no respondió.

"Tienes conexiones, es lo que estoy diciendo".

Todavía nada del hombre de cabello oscuro frente a Albright en la mesa

de la cocina.

“Por supuesto, al principio pensé que era sólo porque tu tío es el presidente. Eso debería ser bueno para el trato de guante blanco. Pero te miré para ver qué estabas haciendo, dónde estabas asignado y si había alguna noticia sobre ti. Albright levantó las manos vacías. "Nada. Después de Birmingham, te volviste negro. Al lado oscuro, quiero decir.

“¿El lado oscuro?”

“Aún eres del FBI, eso lo confirmé a través del personal. Pero sólo en papel. En la vida real eres una especie de fantasma. Sé que no eres propiamente de la CIA, o al menos no es nada de lo que alguien quiera confesar. Supongo que podrías ser adscrito a alguna de las otras agencias de inteligencia, o tal vez estés afiliado al ejército de alguna manera, pero sé que tú tampoco prestaste servicio en uniforme. Puede que estés con alguna célula de fusión secreta y fantasma, pero no espero que confirmes nada de esto. De todos modos, AD Rivalto básicamente dijo que si entrara aquí y viera una bomba nuclear táctica en el mostrador de tu cocina no podría hacer nada al respecto.

Dom señaló el único electrodoméstico en la pequeña encimera de su cocina. “Para que conste, eso es un exprimidor. Lo probaría, pero está roto”.

Albright no sonrió. “Conozco el ejercicio. Llevo cinco años trabajando por aquí. Me he encontrado con un buen número de tipos que no podían decir una mierda sobre lo que estaban haciendo o para quién trabajaban. Sólo espero el temido guiño y asentimiento de mis superiores, y luego sigo adelante”.

“¿Y la llamada de AD Rivalto fue el guiño y el asentimiento?”

"Fue. Aún así, tú y yo somos amigos desde hace mucho tiempo, así que le dije a Rivalto que iría a visitarte para tomar una taza de café y charlar, y que me mantendría dentro de los límites.

Dom dijo: "Y aquí estamos". Jugaba distraídamente con la venda de su brazo. Él y Albright nunca habían sido amigos. Sólo compañeros de clase.

Albright preguntó: “¿Notaste alguna vigilancia sobre Yacoby o sobre ti mismo cuando estuviste en la India? ¿Algo fuera de lo común?

Éste era un territorio más cómodo para Caruso que hablar de sí mismo. Dijo: “Supongo que los palestinos estaban utilizando a un local para obtener información. Alguien que se mezclaba. Viajaban en un camión de productos lácteos que había visto por la ciudad varias veces en las semanas anteriores. Sé que los indios están investigando eso”.

"Escuché que mataste a tres de los tangos".

Dom respondió: “Son los cuatro que se me escaparon los que realmente cuentan”.

Albright todavía no estaba escribiendo nada. Dom notó esto porque los agentes especiales normalmente no entrevistan a un sujeto involucrado en una investigación sin escribir un FD-302, un formulario oficial, y para hacerlo necesitan mantener algún tipo de registro de la conversación. Dom encontró reconfortante la ausencia de lápiz y papel, aunque no estaba dispuesto a bajar la guardia.

“El coronel Yacoby no le dijo nada sobre ningún enemigo en Estados Unidos, ¿verdad?”

Esto sorprendió a Caruso. “¿En Estados Unidos? No."

“¿Algún enemigo? ¿En cualquier lugar?"

“No, aunque era obvio que era un ex-FDI. Haces eso por un tiempo y cabreas a algunas personas. Especialmente los palestinos”.

“Sí, me lo imagino. ¿Buen chico, este Yacoby?

"¿Bien? No, él era más que eso. Era un gran hombre con una gran familia”.

Albright asintió y tamborileó con los dedos sobre la mesa de la cocina mientras pensaba en su siguiente pregunta.

Caruso frunció el ceño. “Tengo que preguntar. ¿Por qué está involucrada la contrainteligencia estadounidense en esto? ¿Qué estás investigando exactamente?

Albright dejó su taza. "Una fuga".

"¿Una fuga?"

"Sí. Una brecha digital. El nombre y la ubicación de Arik Yacoby estaban en un archivo de la CIA que formaba parte de un caché de documentos descargados incorrectamente desde una terminal en el edificio Eisenhower hace unos meses.

"¿Qué tipo de archivos?"

“El archivo con el nombre de Yacoby era un informe posterior a la incursión de las FDI contra el carguero turco en la flotilla de Gaza hace un par de años. Clasificado TS. Lo nombró como el líder del equipo que bajó con cuerdas a la cubierta y mató a los agentes de Al-Qassam. Otro expediente hacía referencia al hecho de que el coronel vivía ahora en Paravur”.

“¿Está sugiriendo que alguien del gobierno de Estados Unidos delató el nombre y la ubicación de Yacoby a los terroristas?” Caruso casi gritó la pregunta.

"Tómalo con calma. No lo sabemos. Sabemos que su nombre estaba en los archivos y sabemos que alguien trajo los archivos a una terminal en el tercer piso del edificio Eisenhower, que es donde trabaja el personal del Consejo de Seguridad Nacional. Quien descargó los datos confundió cosas en el sistema, por lo que no podemos saber quién lo hizo. De todos modos, todavía no sabemos si comunicaron el contenido de los archivos a alguien, y mucho menos a los terroristas palestinos”.

Caruso apenas escuchaba. El edificio Eisenhower estaba a menos de media milla de donde ahora estaba sentado en su cocina en Logan Circle. Le hervía la sangre al considerar la posibilidad de que alguien en su pueblo, en su gobierno, hubiera estado involucrado en el asesinato de la familia Yacoby. Quería saltar de su silla, agarrar la pistola Smith & Wesson que estaba en lo alto de su estantería junto a la puerta y bajar corriendo por Vermont Avenue para exigir respuestas.

En cambio, aparte de una ligera flexión de los músculos de su mandíbula, no mostró evidencia de la profundidad de sus emociones. “¿Qué estás haciendo para encontrar al traidor?”

“Lo hemos reducido a treinta o cuarenta personas que tenían acceso y oportunidades. Mañana empezarán los polígrafos de alcance limitado. Haré

entrevistas secundarias si alguien flaquea después de ser castigado".

"¿Qué otra cosa?" Dom estaba desafiando a Albright ahora, casi acusatorio, pero Albright lo dejó pasar.

"Tenemos algunos expertos en informática forense tratando de reducir ese número un poco más profundizando en el conjunto de habilidades necesarias para lograr la infracción".

"¿Eso es todo?"

Albright se reclinó y se cruzó de brazos. Él era el que estaba siendo interrogado ahora. "He llevado casos de filtraciones antes. Cuando encontremos al culpable, lo más probable es que sepamos que la filtración no se ejecutó con malicia de antemano. En cambio, encontraremos a algún administrador de sistemas que tomó atajos porque quería irse temprano para el fin de semana, por lo que utilizó medios no autorizados para mover algunos datos sin seguir el protocolo y luego los ocultó después del hecho. Si no es así, será un idiota bien intencionado que cometió un error y movió los archivos equivocados a la parte del servidor de archivos del servidor, y luego los puso en circulación sin su conocimiento".

"¿Qué estás diciendo?"

—Lo que digo, Caruso, es que espero enterarme de que la información se ha filtrado de forma negligente, quizá incluso intencionada, pero no maliciosamente. La posibilidad de que haya un topo en el gobierno trabajando para los terroristas palestinos es casi nula".

Albright vio que esto no hacía nada para calmar al hombre ardiente sentado frente a él.

"Dicho todo esto, me tomo esta mierda en serio. Cualquiera que sea el motivo del acceso no autorizado, sucedió y voy a descubrir por qué".

Caruso dijo: "Me harías un gran favor si me llamas si descubres algo después de la polis".

"Lo siento, Dom. Es algo que hay que saber". Albright se levantó de la mesa de la cocina.

Caruso también se levantó, sólo que más rápido. "Necesito saber".

"¿Estás haciendo esto personal?"

Dom negó con la cabeza. "Por supuesto que no. La mierda no se vuelve personal conmigo. Sólo pido un poco de cortesía profesional. Después de todo, soy el FBI".

"En papel".

"En persona."

"Bien. Si está trabajando en algún tipo de célula de fusión dentro de la CIA, lo cual sospecho que es así, sabe que pueden realizar una solicitud formal de información. Hay canales". Dom negó con la cabeza. "Soy solo yo, Darren. Sólo soy yo quien te lo pregunta".

Albright pareció considerar esto mientras caminaba de regreso a la sala de estar. Al llegar a la puerta principal se dio la vuelta. "Está bien. Tienes mi palabra. Te avisaré si surge algo con esto, pero sólo si me prometes que me dejarás a mí y a mi equipo hacer el trabajo".

"Lo entendiste. Gracias."

Los hombres se dieron la mano y Albright dijo: "Mientras tanto, aquí tienes un pequeño consejo. Necesitas tomártelo con calma por un tiempo. El lado oscuro puede arreglárselas sin ti durante algunas semanas. No te ofendas, pero te ves como una mierda".

Albright salió al pasillo y Dom cerró la puerta detrás de él.

"Me gustaría que todos dejaran de decirme que me lo tome con calma".

DOM LLEGÓ A GERRY HENDLEY en su casa junto al mar en Myrtle Beach, Carolina del Sur, donde iba de vez en cuando para alejarse de las presiones de Hendley Associates, The Campus y Washington, D.C., en general. Dom informó su contacto y conversación con el agente especial del FBI Darren Albright, que tanto él como Gerry, después de algunas discusiones, determinaron que eran buenas y malas noticias para The Campus. Sí, coincidió Gerry, era una buena noticia que la filtración que expuso a Arik Yacoby ante los palestinos no pareciera tener nada que ver con Dominic Caruso o The Campus. Pero ahora el FBI en general estaba consciente de Dominic y estaba interesado en él. Esto podría, y probablemente atraería, más atención sobre él que de costumbre, incluso si fuera solo porque fue

testigo de un crimen. Albright ya había llegado, ¿quién puede decir, a medida que avanzaba la investigación sobre los documentos filtrados, que más federales con más preguntas no profundizarían en la vida cotidiana de Dominic Caruso?

Gerry decidió que Dominic necesitaba continuar su pausa en todas las actividades del Campus y en contacto con el resto del equipo. Fue sólo temporal, insistió a su frustrado oficial de operaciones.

Hendley terminó la conversación solicitando a Dominic la promesa de seguir tomándose las cosas con calma y recuperándose de sus lesiones.

Dominic no estaba contento, pero no vio ninguna alternativa a la lógica de Gerry, por lo que aceptó de mala gana. “¿Qué más voy a hacer, jefe?”

Colgó su teléfono y tomó el control remoto de la televisión, esperando poder encontrar algo que le distraiga de todo lo que estaba sucediendo, porque sabía que no poseía el tipo de personalidad para quedarse sentado sobre su trasero por mucho tiempo.

El VUELO 951 de UNITED AIRLINES, un Boeing 777 que volaba desde Bruselas, aterrizó en el Aeropuerto Internacional Washington Dulles a la una de la tarde. bajo una lluvia torrencial. Los primeros en desembarcar fueron los pasajeros de primera clase, y dentro de este grupo se encontraba un hombre pequeño de pelo negro corto y rostro juvenil.

Si alguno de los pasajeros que desembarcaban lo hubiera visto, habrían asumido que era un estudiante de intercambio extranjero, tal vez de Turquía, el Líbano o Arabia Saudita. Su mochila era elegante y moderna, sus jeans eran de diseñador y ciertamente no parecía tener más de veintitrés años.

En realidad tenía treinta y cinco años y no había venido a Estados Unidos a estudiar.

El nombre del hombre era Mohammed Mehdi Mobasheri, pero los documentos que presentó en el control de inmigración decían algo completamente diferente. Afirmaron que era un joven diplomático libanés que volaba desde Beirut vía Bruselas. Una llamada a la embajada libanesa en el barrio Woodley Park de D.C. habría confirmado su viaje y su buena fe, pero no fue necesaria ninguna llamada porque su visa diplomática parecía estar en regla.

Pero si bien era cierto que su vuelo se había originado el día anterior en el aeropuerto Rafic Hariri de Beirut, el tramo de su viaje del Líbano a Bélgica fue, de hecho, el segundo tramo, y no el primero. Había llegado a Beirut temprano la mañana anterior desde Teherán en un transporte militar, y había recibido su documentación libanesa sólo en una habitación vigilada en Rafic Hariri media hora antes de viajar a Bélgica.

Y ahora estaba en la cola de inmigración en Dulles. Estuvo de pie con una sonrisa agradable, aunque algo cansada, en su rostro mientras le autorizaban la entrada a los EE. UU. Pasó rápidamente y luego pasó rápidamente por la aduana sin nada que declarar.

Durante el vuelo, Mobasheri se había sentado solo en la cabina de primera clase, pero a bordo del UA951 había cuatro hombres más encargados de atenderlo. Los cuatro también habían viajado desde Teherán, aunque se habían mantenido separados unos de otros desde que

desembarcaron del transporte militar en Beirut. Volaron en clase turista y portaban una identificación libanesa, aunque sus documentos afirmaban que eran hombres de negocios y no diplomáticos.

Mohammed salió solo de la terminal del aeropuerto y lo recibió una limusina de la embajada libanesa en la señal de llegadas en Dulles y se lo llevaron rápidamente, y los otros cuatro fueron recogidos en una Chevrolet Suburban con vidrios polarizados.

Mobasheri se había ganado los privilegios que se le habían concedido. Era miembro de una unidad de élite especial dentro del ejército iraní de los Guardianes de la Revolución Islámica, más comúnmente conocida como Guardia Revolucionaria. Los cuatro hombres que viajaban con él de forma clandestina eran la Fuerza Quds, operaciones de inteligencia extranjera iraní. Todos habían venido de Irán a través del Líbano porque la inteligencia iraní utilizó al gobierno libanés Shiarun como representante cuando era necesario para pasar hombres y material a naciones donde equipos de agentes gubernamentales iraníes declarados podrían, de otro modo, levantar banderas rojas.

Los cinco se reunieron una hora más tarde en una casa segura en Falls Church, Virginia. Aquí se reunieron con más iraníes, dos agentes que vivían y trabajaban en D.C. Estos eran oficiales de inteligencia encubiertos de la embajada iraní y trabajaban para otro grupo más de la inteligencia iraní, MISIRI, el Ministerio de Inteligencia y Seguridad Nacional de la República Islámica. de Irán.

Los dos hombres de MISIRI eran conocidos por la contrainteligencia estadounidense, y el FBI hizo todo lo posible para controlar a todos los espías de Irán aquí en Estados Unidos, pero estos oficiales de MISIRI eran profesionales. Esto era lógico; sólo los mejores agentes de inteligencia de Irán fueron enviados a trabajar en la tierra del mayor enemigo de Irán, y sólo después de haber demostrado su valía en muchas otras estaciones hostiles en el extranjero. Los dos oficiales de MISIRI aquí en la casa de cuatro dormitorios en los suburbios de Falls Church eran expertos en alterar la vigilancia, y habían llegado aquí libres y limpios después de una ruta de vigilancia y detección de varias horas de duración.

Mohammed Mobasheri y sus cuatro subordinados se sentaron para recibir información de los dos oficiales "locales". Información integral para su misión aquí en los Estados Unidos. No es que los oficiales del MISIRI supieran

nada sobre estos nuevos hombres o su misión. Conocían al joven agente de la Guardia Revolucionaria sólo como Mohammed, lo cual era más común en farsi que John en inglés, y todo lo que sabían sobre su operación aquí era que viajaba con cuatro hombres del "cuerpo" de la Fuerza Quds en una misión especial. tarea, y se le debían ofrecer todas las cortesías y todos los recursos que necesitaba.

Todo por orden de Teherán.

Los espías de la embajada sabían que esto era muy inusual. No les gustó mucho el hecho de que este extraño de otra organización estuviera trabajando en su territorio, pero no importaba mucho lo que les gustara, porque tenía la sanción del Líder Supremo, el nivel más alto del gobierno iraní. Que no fueran interpretados en su misión era desconcertante, pero esa realmente no fue la parte más extraña de su día.

El propio Mahoma fue la parte más extraña.

Los espías del MISIRI habían trabajado con muchos oficiales de la Guardia Revolucionaria a lo largo de sus carreras, por supuesto, y sabían que todos ellos eran, por necesidad, alfas fuertes, confiados y poderosos. Nadie podría ascender en las filas del ejército iraní en ningún cargo sin poseer destreza de liderazgo y dominio personal intrínseco.

Pero inmediatamente después de conocer a Mohammed, pensaron que era una especie de pájaro extraño, que no era en absoluto un típico oficial de la Guardia Revolucionaria. Era claramente muy inteligente e intelectual, y parecía estar en buenas condiciones físicas, pero era más bien pequeño, con cara de niño y su comportamiento era tímido, introvertido y casi patológicamente apacible. Su voz era débil y parecía inseguro en sus acciones alrededor de los oficiales de MISIRI, casi como si estuviera intimidado por su presencia.

Hizo preguntas relevantes, por lo que no era un tonto torpe, pero a los experimentados hombres de MISIRI les parecía un niño adulto que nunca había salido de la casa de sus padres antes de ser enviado a los EE. UU. en una misión de obvia importancia nacional. .

¿Qué carajo fue todo eso?

Durante una pausa para fumar en el patio trasero, uno de los oficiales de

MISIRI con base en D.C. le dijo al otro: “Si nos tiene jodidamente miedo a nosotros, sus propios compatriotas, ¿qué diablos está haciendo aquí rodeado de enemigos reales?”

El otro bromeó: “Ese corderito ha volado un largo camino sólo para ir al matadero”.

Los hombres que llegaron con Mahoma, por el contrario, eran los típicos Quds. Aunque vestían como hombres de negocios y pasarían como tales a los no iniciados, a los oficiales de MISIRI les parecían ex militares, fuerzas de operaciones especiales, tal vez comandos de Takavar, operadores de élite cuidadosamente seleccionados que luego soportaron un programa especial de entrenamiento de veinte meses antes. siendo puesto en los combates y misiones más peligrosos de la República Islámica.

Estos hombres habrían recorrido la frontera hacia Irak durante la guerra, trayendo material y experiencia entrenando a los chiítas iraquíes para enfrentarse a las fuerzas de la coalición y destruirlas. Habrían luchado contra los israelíes en el Líbano, habrían trabajado con milicias en Pakistán y grupos insurgentes en la frontera con Afganistán.

Los espías iraníes sabían lo suficiente sobre la Fuerza Quds como para reconocer que estaban en presencia de tipos realmente aterradores.

Pero los cuatro contrastaban marcadamente con su líder de modales apacibles, que parecía como si probablemente no hubiera empuñado un arma desde su servicio militar obligatorio, que habría comenzado en su decimoctavo cumpleaños.

Los espías de la embajada tenían razón en todos los aspectos. Mohammed Mobasheri no era un excomando como el resto de su equipo. Era un joven experto en informática, hijo de empleados del gobierno con buenas conexiones, cuando ingresó al servicio militar obligatorio. Allí lo entrenaron en cómo pararse, marchar y en el uso de armas, pero luego dejó las operaciones de infantería y pasó a algo que utilizaba su conjunto de habilidades existentes, un programa especial para operaciones informáticas.

Como habían adivinado los hombres de MISIRI, ésta era la primera vez que Mobasheri estaba en Estados Unidos, pero hablaba bien inglés. Su padre era un ex-MISIRI, un general del Ministerio de Inteligencia y Seguridad Nacional de Irán, y estos MISIRI con sede en D.C. prácticamente se habrían

inclinado ante este niño si hubieran conocido su verdadera identidad y su ascendencia.

El joven Mobasheri aprendió inglés en la escuela de Teherán cuando era niño, luego pasó varios años viviendo en el extranjero, en Australia, Irlanda y el Reino Unido, tras los puestos encubiertos de su padre como funcionario agrícola.

Fue su padre quien lo impulsó a dedicarse a las operaciones informáticas en el ejército, principalmente para protegerlo de los peligros del combate, pero también porque Mohammed había mostrado interés y aptitud con las computadoras cuando era niño. Además, el general Mobasheri era un espía con visión de futuro y sabía que gran parte del espionaje del futuro implicaría sistemas de información computarizados, y quería que su hijo participara en una industria en crecimiento que también sirviera a la República Islámica.

Después del servicio militar obligatorio, Mohammed fue enviado a estudiar informática en el Imperial College de Londres. Regresó a Irán con un doctorado e ideas sobre el futuro de las tecnologías de la información y su aplicación a la inteligencia, y cuando tenía veintitantos años era jefe de planificación estratégica de la incipiente división ofensiva de operaciones cibernéticas de la Guardia Revolucionaria.

Durante los años siguientes, desarrolló capacidades de operaciones cibernéticas ofensivas para su nación y fundó una unidad con visión de futuro llamada Markazi Digital Security Team, uno de los grupos de piratería cibernética ofensiva más selectos del mundo.

La mayoría de los estadounidenses no son conscientes de que el ejército de Irán tiene capacidades tan sólidas de piratería informática, pero Mobasheri había sido uno de los líderes de este éxito casi no anunciado de la República Islámica. Él y su equipo de piratas informáticos habían irrumpido en las redes de defensa estadounidenses y habían colocado programas de agentes de infiltración en empresas inalámbricas estadounidenses que habían costado años y decenas de millones de dólares limpiar.

Su poder creció en la Guardia Revolucionaria, y el propio Líder Supremo se interesó especialmente en las operaciones del joven Mobasheri, allanándole el camino para expandirse hacia planes cada vez más audaces.

Lo que lo llevó hasta Falls Church, Virginia. Ahora, después de meses de

preparación y trabajo preliminar, Mohammed Mobasheri estaba aquí en Estados Unidos en una operación especial con una poderosa sanción.

Mohammed era increíblemente tranquilo y educado, incluso tímido, especialmente en comparación con los duros Takavaran que lo rodeaban. Pero no había llegado tan lejos en su organización mostrando debilidad. Era un hombre con grandes ideas, grandes aspiraciones, y estaba seguro de que muy pronto se comunicaría con Teherán a través de medios cifrados, pidiendo (no, exigiendo) aprobación para agregarla a los parámetros de su misión.

Los hombres de MISRI de la embajada pensaron que su apoyo a este equipo que trabajaba en Falls Church se limitaría a información, tal vez algunos vehículos y documentación. Pero Mohammed dejó claro, de manera informal y casi disculpándose, que necesitaría un equipo de vigilancia a primera hora de la mañana, y que podrían ponerlos a trabajar durante varios días seguidos.

Y armas. El hombrecillo que parecía un estudiante universitario entregó una hoja de papel escrita a mano a los oficiales de MISIRI, y en ella había una lista de pistolas, pistoleras, municiones y silenciadores.

Los oficiales del MISIRI no estaban contentos, pero cumplieron. Después de todo, este bicho raro de modales apacibles tenía el respaldo del Líder Supremo, por lo que no tenían más remedio que hacer lo que les exigiera, como si el Líder Supremo mismo estuviera frente a ellos dando las órdenes.

10

ETHAN ROSS PASÓ toda la tarde jugueteando en su oficina, haciendo todo lo que estaba a su alcance para transmitir una confianza relajada. Normalmente esto no sería difícil de manejar (después de todo, era su estado predeterminado de ser), pero desde la reunión en la sala de conferencias de esta mañana, su mundo se había desequilibrado y poco podía hacer más que sentarse en silencio con una mirada distraída en su rostro.

Durante el almuerzo, la conversación en el comedor versó, como era de esperar, sobre la violación de datos. Ethan permaneció en silencio mientras la mayoría del resto de sus colegas especulaban que algún experto en TI había accedido a los archivos y luego los había encubierto, ya sea porque había cometido un error en primer lugar o, simplemente tal vez, porque estaba asustando a una potencia extranjera. .

El único comentario de Ethan sobre el tema fue la esperanza de que su poli no interfiriera ni con la reunión del personal en el ala oeste el jueves por la tarde ni con su cita para hacerse una limpieza dental el viernes por la tarde. Se obligó a pronunciar las palabras, sabiendo que parecería muy culpable si no se quejaba de la intrusión junto con todos los demás.

Había asistido a una reunión de directores justo después del almuerzo y había caminado con otros miembros del personal hasta una sala de conferencias en el lado norte del edificio Eisenhower, sus voces resonaban en el ornamentado pasillo de mármol mientras el tema de conversación seguía siendo la investigación. . En la reunión hubo más conversaciones triviales sobre lo que la mayoría del personal vio como una invasión del NSC por parte del FBI, pero Ethan dijo poco. Se limitó a hojear las páginas de un folleto informativo en el que había estado trabajando e hizo todo lo posible por no mostrar ningún signo de preocupación.

A media tarde estaba de nuevo en su escritorio; frente a él había una copia impresa de una carta que había escrito solicitando un documento sobre la opinión popular en Jordania sobre el nuevo embajador de Estados Unidos. Era algo para distraerlo de su situación: el trabajo ocupado.

Excepto que no estaba funcionando.

Cada vez que alguien pasaba por su oficina sentía un nudo en el

estómago y las manos, ya secas y parecidas al papel, le quemaban las palmas. Tenía visiones de G como ese personaje de Albright que había visto esta mañana entrando a su oficina, arrasando su escritorio y diciéndole que se levantara y pusiera las manos detrás de la espalda.

Ethan sintió náuseas ante la posibilidad de que se descubriera su brecha, pero más que eso, estaba desorientado. Sabía que había hecho todo bien. Su infracción debería haber pasado desapercibida.

¿Qué diablos salió mal?

SE DICE QUE HAY cuatro motivaciones principales para cometer espionaje, y en el ámbito de la inteligencia el colectivo se abrevia como MICE: dinero, ideología, compromiso, ego. En el caso de Ethan, el dinero y el compromiso no eran relevantes. Su madre era rica y compartía su generosidad con su hijo adulto, y Ethan no tenía esqueletos reales en su armario que pudieran haberlo comprometido.

En cambio, sus motivos podrían caracterizarse mejor como una combinación de una parte de ideología y cuatro partes de ego. Para los pocos que realmente lo conocían, esto no sería una gran sorpresa, porque Ethan Ross era un tanto obstinado, pero definitivamente era un narcisista, y si estas predilecciones estaban inculcadas en él por naturaleza, su educación ciertamente no ayudó en nada. él los supere.

Los padres de Ethan, como todos los padres en todas partes, estaban convencidos de que su hijo era brillante y especial. A diferencia de la mayoría de los padres, su convicción fue confirmada por personas externas cuando, a la edad de cuatro años, el joven Ethan obtuvo una clasificación de Muy Superior en la prueba de coeficiente intelectual de la Escala de Inteligencia de Stanford-Binet. Después de esta verificación de su excelencia, se convirtió en el prodigio de la familia y fue tratado para siempre como tal. Lo colocaron en las mejores escuelas, le dieron tutoría en matemáticas, ciencias y lenguaje, y le dijeron regularmente que tendría un futuro no sólo importante sino también de poder.

Ethan creció como un miembro de la realeza, viviendo primero entre la clase alta de la Europa socialista cuando sus padres estaban en el gobierno y la educación en el extranjero, luego como hijo de profesores titulares en el mundo académico aquí en los EE. UU. Las creencias políticas centrales de sus padres en la fuerza, el poder , y la certeza de las resoluciones de la ONU, los

tratados de paz multinacionales y el derecho internacional aseguraron que Ethan creciera con la convicción de que una clase gobernante benevolente debería gobernar a aquellos incapaces de tomar decisiones por sí mismos.

Y Ethan fue criado como un heredero aparente de esta clase dominante. No pensó en el hecho de que tanto el vicepresidente de Francia como una de las princesas belgas fueran amigos cercanos de la familia. Esquió en Zermatt y varó a Mónaco, y la casa en Georgetown Heights donde pasó su adolescencia estaba en el mismo callejón sin salida que las casas de un senador, tres embajadores, un dramaturgo ganador del Pulitzer y uno de los Presentadores de televisión nacionales más conocidos.

Incluso antes de salir de casa para seguir una educación de la Ivy League, fue presentado a los líderes mundiales en fiestas como futuro secretario de Estado, o incluso como futuro presidente, y Ethan Ross creció hasta convertirse en un hombre creyendo en sus propias exageraciones.

En Yale estudió con miras al negocio familiar, la diplomacia, por lo que se especializó en asuntos internacionales, pero como muchos de su edad, desarrolló una pasión por las computadoras cuando era adolescente, y su agudo intelecto llevó su amor por la tecnología a un nivel nivel mucho más allá de la mayoría. Buscó una especialización en informática en Yale, para disgusto de sus padres. Pensaron que era pedestre de su parte pasar tanto tiempo con la cabeza en las minucias de las computadoras en lugar de en las grandes cuestiones macro que conducirían al mejoramiento de la sociedad. Su padre llamaba a los informáticos nada más que trabajadores administrativos glorificados. Su madre trataba su obsesión como una moda pasajera y una fantasía, como si él estuviera pasando su tiempo jugando Grand Theft Auto en lugar de lo que realmente estaba haciendo, aprendiendo programación basada en Linux y desarrollando su propio software.

Pero le fue bien en Yale en las dos disciplinas que eligió y luego, para eterno alivio de sus padres, asistió a la Escuela Kennedy de Harvard para centrarse exclusivamente en el arte de gobernar.

Después de la universidad, aceptó un trabajo en el Departamento de Estado en el Servicio Exterior. Pasó la mayor parte de sus veinte años en asuntos consulares, pero mientras que la mayoría de los funcionarios del servicio exterior tenían que pasar su tiempo en el escalón inferior de puestos consulares como Djibouti, Haití o El Salvador, el pedigrí familiar de Ethan Ross y algunas llamadas de senadores que estaban los buenos amigos de mamá y

papá lo alejaron de las zonas difíciles y, en cambio, sus tres destinos en el extranjero fueron tres de los lugares más buscados del cuerpo diplomático; Viena, Ámsterdam y París.

A los veintiocho años dejó el Estado para trabajar en la administración presidencial democrática como asesor junior de política exterior. Pronto tuvo en mente un puesto bajo el mando de embajador de Estados Unidos ante las Naciones Unidas, pero las perspectivas laborales fracasaron, por lo que pasó lateralmente de la Casa Blanca al Consejo de Seguridad Nacional para adquirir cierta capacitación práctica antes de asumir el siguiente puesto alto. puesto de alto rango en las Naciones Unidas que apareció.

Pero su trayectoria profesional se topó con obstáculos cuando su personalidad chocó tanto con el personal de línea dura del NSC con antecedentes militares como con los miembros de la nueva administración republicana en el poder, y con sus perspectivas cada vez más sombrías vino el humor sombrío común entre aquellos que sienten que su trabajo está por debajo de sus capacidades y sus talentos no son apreciados. El personal que consideraba inferior aceptó importantes puestos en la ONU, mientras que Ethan se quedó en su escritorio en el edificio Eisenhower, viendo pasar su vida.

Cuando tenía poco más de treinta años, el narcisismo de Ethan estaba a la vista. Su confianza en sí mismo se había transformado en arrogancia y, finalmente, en lo que unos pocos en su departamento consideraban arrogancia desenfrenada. En su tercer año en su cargo en el NSC se había indignado por lo que consideraba su pequeño papel en el ámbito diplomático estadounidense, y esto, junto con sus sentimientos de superioridad, hizo que su relación de trabajo con muchos de sus colegas fuera particularmente fría.

Dicho todo esto, nadie tenía sospechas de que él fuera responsable de transmitir secretos.

LA PRIMERA INCURSIÓN DE ETHAN ROSS en el nebuloso mundo del tráfico de inteligencia comenzó claramente, cuando fue seleccionado por el subdirector de la región de Medio Oriente para pasar una pequeña información sobre sus antecedentes a un conocido, un reportero de Politico.

Las filtraciones autorizadas por el gobierno son una herramienta común en el arte estatal. Los funcionarios que hablan en secreto con un periodista amistoso a menudo transmiten una información codiciada, teniendo cuidado

de obtener una promesa por parte del periodista de que entiende que ninguna atribución debe acompañar a la pepita.

El artículo filtrado de Ethan a Politico apareció en el periódico al día siguiente. No era lo suficientemente interesante como para extenderse más allá de Beltway o incluso fuera de las salas de conferencias alrededor del centro de D.C. y Foggy Bottom, pero apreció el impacto láser de la oportuna charla con un dócil miembro del cuarto poder.

Después de este exitoso aviso a su conocido de Politico, el personal del NSC lo utilizó en otras ocasiones para transmitir más temas de interés, la mayoría de los cuales equivalían a poco más que chismes.

Pero Ethan empezó a cogerle el gusto. Una idea de cómo aprovechar la información segura para lograr un impacto de bajo riesgo y un hambre por la sensación de poder que surgió al impulsar políticas a través de sus propias acciones.

Fue su ego, en última instancia, lo que lo convenció de que realmente no necesitaba la aprobación de un supervisor para sus revelaciones; él era más que competente para tomar la decisión de qué revelar. Y fue su ideología la que le dio el deseo de entregar fragmentos específicos de inteligencia a los medios. Creía que la política exterior estadounidense se había vuelto demasiado entrometida y autoritaria desde que la nueva administración llegó al poder. Vio demasiadas violaciones del derecho internacional bajo el pretexto de la seguridad nacional, demasiados soldados y espías estadounidenses trabajando junto con demasiados soldados y espías extranjeros. Las instituciones en las que realmente creía –la Corte Internacional de Justicia, las Naciones Unidas y otras grandes instituciones mundiales– nunca podrían florecer mientras potencias mundiales como Estados Unidos siguieran actuando en las sombras para inclinar la balanza a su favor.

Ethan tenía los medios y los motivos para hacer pequeños gestos para combatir tal extralimitación imperial. Pero sabía que ya no podía utilizar al reportero de Politico para revelaciones no autorizadas, porque sería sólo cuestión de tiempo antes de que Ethan fuera descubierto como el conducto de la inteligencia.

Necesitaba encontrar un nuevo recorte.

Se enteró por primera vez del Proyecto Internacional de Transparencia después de leer un artículo traducido de Der Spiegel. La revista alemana produjo una serie de informes de investigación sobre el complejo militar-industrial estadounidense y su compra de armas de guerra a empresas alemanas como Diehl BGT Defence y Atlas Elektronik. Utilizando memorandos confidenciales del interior de las empresas, Der Spiegel reveló presupuestos precisos, capacidades armamentísticas específicas y fechas de entrega exactas. Como prueba, mostraron los correos electrónicos filtrados entre los contratistas de defensa y el Departamento de Defensa de Estados Unidos.

En el artículo se atribuye al ITP el mérito de encontrar y luego proteger al denunciante que pasó la información a Der Spiegel, aunque el ITP no hizo ningún anuncio formal.

Este fue solo uno de los muchos "objetos" atribuidos por el ITP durante los siguientes meses, y cuanto más los examinaba Ethan, más le gustaba lo que veía. Estaba fascinado por la naturaleza anónima de la organización, la impresionante lista de éxitos que se les atribuía, aunque al principio se mostró escéptico ante las afirmaciones de que la organización mantenía seguros a los denunciantes mediante un cifrado que ni siquiera la Agencia de Seguridad Nacional estadounidense podía piratear.

Aun así, Ethan tuvo que admitir que el Proyecto parecía estar logrando resultados.

Aprendió más sobre el ITP en un documental premiado con el santurrón título El futuro de la verdad. La película retrataba al consorcio informal de denunciantes, periodistas de investigación y hackers éticos (la película utilizó el elogioso término “hacktivistas”) como un grupo de policías ciudadanos mundiales, una liga de idealistas que constituían la última línea de defensa entre gobiernos nacionales corruptos y el hombre común.

Por esa época, Ross estaba en Berlín para una conferencia de la OTAN y vio, por casualidad, que la directora y productora de El futuro de la verdad estaría hablando en la cercana Berlinische Galerie sobre su película y su tiempo documentando el trabajo del ITP. . De improviso, Ethan se acercó al evento. Como empleado del gobierno estadounidense con autorización de seguridad de TS, esto podría haber levantado una señal de alerta si alguien lo hubiera sabido, pero simplemente compró un boleto para la galería y se deslizó al fondo de la sala mientras el cineasta hacía su presentación.

La directora se llamaba Gianna Bertoli, era una italiana de cuarenta y cinco años que había aprendido cine en la Universidad de Berkeley y hablaba un inglés perfecto. Habló extensamente sobre el ITP, adulando tanto la integridad como la destreza técnica de la organización. El único periodista escéptico en la sala le preguntó sobre los rumores de patrocinio extranjero del grupo, pero Bertoli desestimó la acusación de plano, diciendo que en el año que pasó investigando y filmando su documental, nunca captó ni una sola pista de que el Proyecto fuera algo. más que un grupo bien intencionado de igualitarios patrocinados por progresistas ricos, principalmente en Estados Unidos y Europa. Ethan quedó tan impresionado con Bertoli como con el tema de su película, y al final de la velada decidió comunicarse con el ITP.

Ross se puso en contacto con la organización a través de su sitio web utilizando mensajes Cryptocat y, en cuestión de semanas, él y Harland Banfield se reunieron cara a cara en un restaurante de cuchara grasienta en Chantilly, Virginia. Fue idea de Ross conocernos en persona. No tenía intención de pasar información de inteligencia a otro país, y tenía que al menos considerar la posibilidad de que el sitio web y la película fueran parte de algún elaborado plan de bandera falsa para lograr que empleados del gobierno estadounidense revelaran secretos a los chinos o a los rusos. . Pero al reunirse con Banfield cara a cara y al investigar su historia pasada y sus afiliaciones, se convenció de que el Proyecto era exactamente lo que decía ser: una cámara de compensación clandestina donde los denunciantes podían compartir información de forma segura con los periodistas.

DURANTE ESA PRIMERA REUNIÓN, Banfield estaba en guardia, al igual que Ross. Había trabajado con fuentes desde antes de que naciera el hombre frente a él, sabía que no debía presionar a este confidente y miembro del personal de inteligencia del NSC para obtener información. En cambio, dejó que Ross hablara sobre su filosofía y su deseo de trabajar en las sombras contra políticas con las que no estaba de acuerdo. Banfield escuchó en silencio y con atención, y tomó nota del hecho de que Ross tenía algunas quejas contra sus compañeros de trabajo que no lo apreciaban y contra una administración que no compartía su visión del mundo ni sus creencias sobre el derecho internacional.

Banfield había estado dando vueltas a la cuadra varias veces, especialmente con los denunciantes, y aunque los amaba por el producto que transmitían, no les tenía mucha consideración. Ross, en opinión de Banfield, estaba lleno de ideas grandiosas sobre la diplomacia y la política. El

veterano periodista estaba de acuerdo con algunas de ellas, pero mientras estaba sentado en silencio en el restaurante escuchando hablar a Ross, se le ocurrió que si este apuesto joven algún día se postulara para un cargo político, Banfield no votaría por él.

El tipo era un narcisista pomposo.

Aún así, Harlan Banfield dijo todo lo correcto y le dijo a Ethan Ross que esperaba que pudieran trabajar juntos para corregir algunos de los muchos errores de la administración actual.

Banfield corría pocos riesgos en esta empresa. Sabía que en Estados Unidos nadie era procesado por publicar datos clasificados, sólo por filtrarlos. Aunque Banfield serviría como canal para las filtraciones de inteligencia y no como editor, era un miembro respetado del cuarto poder y por eso sabía que estaba a salvo. Ross no estaba allí para atraparlo, aunque todavía podría haber sido una planta del gobierno, y esto podría haber sido una estratagema para lograr que Banfield se revelara como el enlace del ITP en Estados Unidos. Banfield poco podría haber hecho para evitar esto, pero si el gobierno de Estados Unidos lo delatara, no podría ser arrestado. Simplemente pasaría el testigo a otra persona y pondría fin a su relación formal con el Proyecto.

En su primera reunión, Ross le entregó a Banfield una sola hoja de papel mecanografiada dentro de una bolsa de plástico. El documento no era un documento original, sino una pieza de inteligencia clasificada que Ross había escrito él mismo, y la bolsa debía mantener sus huellas dactilares fuera de ella durante el transporte.

Esta primera fuga fue pequeña; eran sus notas de una transcripción de una intercepción ultrasecreta SIGINT de la NSA entre dos ejecutivos de un banco israelí. En su conversación entraron en detalles sobre su práctica de no prestar a cuentas comerciales que habían apoyado a un candidato del Partido Laborista.

Ross no proporcionó ninguna prueba documental de que esta conversación haya tenido lugar, pero Banfield prometió hacer llegar la información de inteligencia a la persona adecuada para que surtiera efecto.

Más de un mes después de transmitir la información, Ethan recibió un correo electrónico seguro de Banfield. Adjunto había un breve artículo del ejemplar de ese día de Haaretz, un diario israelí de centro izquierda, que exponía al banco y sus prácticas crediticias por motivos políticos. Los ejecutivos negaron la acusación, pero se mostraron ambiguos, obviamente porque no sabían qué información había logrado descubrir Haaretz.

Banfield siguió el enlace con una nota.

"¡Buen trabajo! ¡No es prueba irrefutable, pero el banco está sobre aviso y los ojos del mundo están puestos en ellos!

Harlan estaba acariciando su ego, esto Ethan podía verlo claramente, pero Ethan sintió una sacudida de poder de todos modos, una confirmación de su capacidad para lograr resultados. Su propia revelación había marcado una diferencia positiva. No en gran medida, pero sentía que el riesgo había sido mínimo y que la recompensa merecía la pena.

El artículo de Haaretz se convirtió en una prueba de concepto. Ethan Ross era ahora un denunciante de ITP. Ross y el ITP formaban una combinación perfecta. Ninguno de los dos buscaba fama o notoriedad, y ambos sentían que sabían mejor que el gobierno de Estados Unidos qué debía clasificarse y qué debía revelarse al mundo.

Sus primeros éxitos como denunciante fueron impresionantes. Le deslizó a Banfield información sobre una operación de la CIA y el Mossad para desacreditar a un oponente abierto del gobierno respaldado por Estados Unidos en Jordania, y esto provocó duras críticas a esa política en la prensa mundial. Luego descubrió una empresa registrada en las Islas Caimán que era, en realidad, una empresa pantalla creada por el Mossad para sobornar a periodistas en América Latina que publicaban artículos que promovían los intereses comerciales israelíes. Esta revelación creó una pequeña tormenta en Argentina cuando una estación de televisión de centro derecha quedó expuesta como un cómplice de una potencia extranjera y el gobierno de izquierda revocó su licencia.

Durante más de un año Ethan continuó en esta línea con el Proyecto. Aproximadamente cada dos meses se reunía con Banfield en persona para charlar o le enviaba algo a través del correo electrónico cifrado. El proceso iba bien para ambas partes y, aunque Ross seguía frustrado por lo que consideraba su estancada carrera en el gobierno, realmente creía que ahora poseía más poder real que incluso aquellos con espacios de estacionamiento exclusivos en el edificio Eisenhower.

Entonces Ethan se enteró de la participación de Estados Unidos, unos años antes, en el ataque israelí al barco turco SS Ardahan que participaba en la flotilla de paz de Gaza. Había asistido a una reunión matutina con algunos miembros del personal de la Casa Blanca, ejecutivos de la CIA y altos asesores militares. El tema era la financiación de los partidos políticos de oposición en el Líbano, algo de lo que Ethan sabía bastante. Estaba allí para abogar silenciosamente por inyectar dólares estadounidenses a un programa de la ONU para educar a los refugiados palestinos a través de una organización apoyada por Hezbollah, pero su posición no estaba ganando mucha fuerza. Uno de los hombres de la CIA hizo un comentario casual sobre los beneficios secundarios de la financiación directa de la CIA a algunas de las facciones libanesas más pequeñas en las zonas donde estaban ubicados los campamentos palestinos. Un empleado de la Casa Blanca secundó esta línea y añadió: “Vimos lo beneficioso que puede ser tener gente dentro de los campos durante el llamado ataque de la flotilla de paz de Gaza. Beneficioso tanto para nosotros como para el Mossad”. Inmediatamente, uno de los ejecutivos de la CIA levantó una mano y le recordó al personal que no todos los presentes en la sala estaban autorizados para esa operación con palabra clave. El empleado se disculpó tímidamente (estas cosas sucedieron) y la conversación siguió adelante.

Ross pasó el resto de la reunión preguntándose de qué diablos estaba hablando el empleado. No sabía nada de la participación de la CIA en el ataque del Mossad al SS Ardahan (un acontecimiento que dominó el ciclo noticioso durante más de una semana y que casi llevó a Oriente Medio al borde de la guerra), pero estaba muy bien planeado descubrirlo. Cuando regresó a su escritorio, a Ethan le llevó sólo unos minutos encontrar los datos relevantes sobre la participación de la CIA en el asunto. Los documentos primarios estaban ubicados en una base de datos de acceso mediante palabras clave en Intelink-TS, pero Ethan pudo obtener acceso a un breve resumen de la operación con su acceso SCI.

La CIA tenía un informante en el barco, el informante tenía un teléfono satelital de la CIA, y la CIA le pasó al Mossad toda la inteligencia táctica necesaria para tomar el barco. No lo hicieron dando acceso primario a la fuente a través del teléfono satelital. No, mantuvieron en secreto la identidad de su informante para los israelíes. En cambio, un oficial de la CIA con experiencia militar se reunió con los comandos Shayetet 13 el día del ataque y les dio todos los detalles de los palestinos armados en el carguero de bandera turca.

Después del ataque, Tel Aviv hizo todo lo posible para enfatizar que Estados Unidos no había estado involucrado en la operación. Ethan compró la línea y ahora se dio cuenta de que lo habían engañado.

Ethan se enfureció. El simple conocimiento de que la CIA había pasado información a los comandos israelíes antes de que bajaran al barco y comenzaran a disparar contra los activistas por la paz lo enfureció.

Había entrado al servicio del gobierno para seguir los pasos de su madre y hacer del mundo un lugar mejor, no para reforzar un Estados Unidos hegemónico ayudando a sus cómplices de todo el mundo a matar a activistas por la paz.

Ya no había vuelta atrás. Ethan decidió actuar.

Pasó su información limitada y sin fundamento en un correo electrónico a Banfield, quien prometió hacérsela llegar a The Guardian.

Ethan se despertaba cada mañana para consultar el sitio web de The Guardian en busca de noticias sobre el ataque a la flotilla. Después de una semana sin nada, recibió una solicitud de chat de Cryptocat de Banfield. El

periodista mayor le dijo a Ethan que The Guardian desestimó la pista de Ethan porque no había proporcionado nada que fundamentara una acusación tan incendiaria.

Ross estaba furioso porque el periódico británico no publicó únicamente sus afirmaciones anónimas.

Banfield hizo lo que pudo para calmar a Ethan en el chat, diciendo que la acusación de SS Ardahan simplemente había demostrado ser demasiado para que The Guardian la tragara sin pruebas. Luego sugirió amablemente que si Ethan podía de alguna manera obtener evidencia documental de manera segura, entonces podrían transmitirla y obtener algo de tracción real para la información.

Ethan lo pensó, disfrutando el desafío mental de idear un plan para filtrar la información sin ser descubierto. Sabía que si descargaba los documentos de Intelink-TS, dejaría una huella digital de su acción. Tan pronto como saliera la noticia sobre la participación de Estados Unidos en el ataque de Ardahan, los funcionarios de seguridad informática de la CIA podrían rastrear al usuario que accedió a la información y la movió de la parte de la base de datos de la red a la parte de intercambio de archivos de la red. red, un paso necesario para que pasen los elementos descargados. Incluso si simplemente imprimiera los archivos, aún dejaría un rastro.

Cuanto más luchaba Ethan con el problema, más le decía su ego que tenía que encontrar una solución. Decidió resucitar su interés por las computadoras para tratar de encontrar una manera de borrar sus huellas y conseguir los documentos que necesitaba.

Comenzó a pasar las tardes estudiando informática con entusiasmo, leyendo todo lo que podía sobre la seguridad de los sistemas en los que trabajaba todos los días. En el trabajo, molestaba a los empleados de TI con problemas inventados relacionados con sus inicios de sesión y acceso, teniendo cuidado de adoptar una expresión constante de confusión y desconcierto en su rostro para que todo lo que explicaban fuera explicado dos o incluso tres veces.

Se ofreció como voluntario para proyectos que requerían que sus niveles de acceso aumentaran temporalmente para poder usar las redes del edificio que le daban cierto acceso, a través de JWICS, a regiones más profundas de las bases de datos clasificadas de la CIA.

Pero Ethan pronto se dio cuenta de que, a pesar de su increíble intelecto, había demasiadas cosas que ni siquiera él sabía. El problema, tal como él lo veía, no era su inteligencia; más bien, era que no existía manera para que un hombre en su posición profundizara más en el funcionamiento interno de la seguridad informática sin levantar sospechas.

Entonces Ross encontró una respuesta fortuita a este problema: su nombre era Eve.

ETHAN llegó a su casa justo antes de las seis de la tarde. Cayó una ligera lluvia helada, por lo que sostuvo su cartera de cuero sobre su cabeza mientras corría hacia la puerta principal y ponía la llave en la cerradura, pero antes de que pudiera girar el pomo, la puerta se abrió de repente. Eve Pang extendió la mano, lo agarró por la corbata, lo empujó hacia adentro y luego lo besó profundamente.

Él cerró la puerta detrás de él y ella le quitó la corbata, sus labios no se separaron de los de él mientras completaba la hazaña, y luego lo empujó contra la puerta y se puso a trabajar en su abrigo.

Ethan la vio rápidamente de cuerpo entero en el espejo contra la pared del pasillo. Ella ya se había cambiado del trabajo y ahora llevaba uno de sus zapatos Oxford blancos que combinaban con el color de sus bragas y sus gruesos calcetines de lana.

Eve le quitó el abrigo y trató de dejarlo caer al suelo, pero él lo atrapó detrás de su espalda y lo dejó en una silla junto a la puerta. Ella comenzó a quitarle la chaqueta del traje, pero él luchó contra sus intentos de bajársela.

Finalmente, ella separó su boca de la de él. "¿Pasa algo?"

“Un día difícil en el trabajo, cariño. ¿Podemos hablar?

Sorprendida, ella dijo: “Sí. Por supuesto."

"Bien", dijo Ethan, y subió las escaleras para cambiarse mientras Eve le colgaba el abrigo en el armario del pasillo.

EVE PANG ERA COREANA-Americana, ingeniera de sistemas de redes para Booz Allen Hamilton, un contratista del gobierno. Ross la conoció seis meses antes después de una presentación que ella dio en una conferencia de capacitación para empleados gubernamentales con seguridad TS en sus oficinas corporativas en Tysons Corner, Virginia. Se había inscrito en la clase de un día sólo para conocerla. Sabía que ella era una de las administradoras de red más clasificadas del gobierno, y mientras que la mayoría del resto del personal del NSC que asistía no podía esperar a salir del aburrido entrenamiento y regresar a D.C., Ross, por otro lado, estaba cautivado, principalmente por las clases sobre infraestructura de red segura y, en

segundo lugar, por la chica asiática con gafas nerd que administró una parte del curso. Era atractiva, pero lo más importante era que para Ethan era obvio que poseía un conocimiento increíble sobre la arquitectura de los sistemas más clasificados de la comunidad de inteligencia de Estados Unidos, y él quería algo de ese conocimiento. Eve había trabajado en la infraestructura de seguridad de JWICS desde que obtuvo su doctorado en el MIT a la edad de veinticinco años. Ahora, a los treinta y dos años, era una ingeniera de sistemas de Booz Allen muy bien remunerada con base en Fort Meade, pero trabajaba en todo el área de D.C. en protocolos de seguridad para las VPN de la comunidad de inteligencia estadounidense, o redes privadas virtuales, sistemas de acceso remoto que permitían a los empleados del gobierno iniciar sesión en algunas de las bases de datos más clasificadas de la comunidad de inteligencia desde fuera de las redes confinadas.

Ethan Ross la invitó a salir el día que la conoció y ella aceptó con los ojos muy abiertos y el corazón acelerado. Ella quedó estupefacta ante sus insinuaciones: sólo había salido con otros expertos en informática, y la mayoría de ellos eran coreanos, pero él era un empleado de la Casa Blanca atractivo, encantador y bien arreglado, que parecía tan interesante como inteligente.

Ethan sabía que la estaba usando, pero no le molestaban cosas así, porque nunca había tenido mucha conciencia cuando se trataba de relaciones.

Sus primeras citas implicaron muchas conversaciones sobre trabajo. Eve había vivido toda su vida en la informática, básicamente no tenía otros pasatiempos aparte de su trabajo, por lo que las redes y el código eran los temas de los que más fácil hablaba para ella. Y como su nuevo y curioso novio poseía autorización de alto secreto, ella lo hacía libremente. Claro, había aspectos de su trabajo que sabía que no debía ni podía discutir, ni siquiera con su novio, pero pequeñas cosas se escapaban aquí y allá, y no veía gran daño en eso.

Después de todo, estaban del mismo lado.

Ethan ni siquiera le dio una pista a Eve de que estaba filtrando información clasificada al Proyecto de Transparencia Internacional. Y hizo pasar sus preguntas sobre la infraestructura de seguridad informática como su propio interés personal en la informática y el deseo de garantizar que el NSC estuviera a salvo tanto de ataques externos como de infracciones

internas.

A Ethan le gustaba jugar a juegos de guerra con Eve mientras cenaban o se sentaban frente a la chimenea de su condominio. Sabía que él era extremadamente inteligente, al igual que ella, y que poseía mucha más curiosidad sobre su trabajo que ella sobre el suyo.

No le dolió que él le diera vino mientras hablaban, y sus labios se aflojaron por el vaso. Pero en realidad encontró que los juegos de guerra eran divertidos e intelectualmente desafiantes. Eve respondió a sus preguntas, orgullosa de que su genio novio mostrara un verdadero interés intelectual en su trabajo. Ella bromeó con él en más de una ocasión diciéndole que, aunque ella era una profesional de seguridad informática, él estaba más obsesionado con la seguridad que ella.

Una noche se sentaron en el sofá a discutir las vulnerabilidades del sistema, después de que una segunda botella de clarete yaciera vacía sobre un lado sobre la mesa de café y una tercera recién abierta. Entre sorbos de su vaso, Eve explicó que el aspecto más débil de la seguridad de la red estaba en el nivel de administrador de dominio predeterminado. El administrador de dominio predeterminado era la primera cuenta creada en una red y tenía amplios privilegios. Los profesionales de TI a menudo desactivan el DDA después de configurar otros usuarios con menor autoridad, pero, explicó Eve, en el caso de Intelink-TS, la red ultrasecreta de la CIA, el DDA estaba en funcionamiento, aunque solo se conocía la contraseña. por unos pocos administradores de alto rango, todos los cuales fueron examinados minuciosamente.

Eve afirmó que cualquiera que iniciara sesión como DDA tenía acceso virtual divino a todos los aspectos del Intelink-TS, eran las llaves virtuales del reino. Un administrador con malas intenciones podría hurgar en rincones secretos del sistema e incluso extraer datos y borrar el historial de la transacción.

Se despertó el interés de Ethan, pero necesitaba más información. "Guau. Esas personas que iniciaron sesión deben ser muy confiables".

Eve sonrió y le guiñó un ojo con un ojo ya medio cerrado por la bebida. "Lo tengo."

"No lo haces."

Su sonrisa se amplió. "Sí."

“¿Y con él puedes ir a cualquier parte y nadie se enterará?”

“Si quisiera. Nunca lo he hecho. ¿Por qué debería hacerlo?

A Ethan todavía le resultaba difícil de creer. “Existe un registro de auditoría para todo lo que hacemos. Madeline Crossman, la responsable de cumplimiento de seguridad de mi departamento, siempre nos controla mediante auditorías para asegurarse de que no intentamos obtener acceso no autorizado”.

Eve respondió: "No hay ninguna auditoría para la DDA que no pueda eludir, lo que significa que, cuando inicio sesión como DDA, no hay ninguna auditoría para mí". Ella se rió. "Ethan, a mi nivel, yo soy la auditoría".

“¿Entonces tu contraseña te hace intocable?”

“No es exactamente intocable. Trabajo con redes privadas virtuales que acceden a Intelink-TS a través de JWICS, y esto requiere autenticación de dos factores”.

Se acercó a su bolso y sacó dos pequeños llaveros idénticos del tamaño de llaveros con pantallas LCD. En las pantallas había media docena de números. Uno de los dispositivos tenía una etiqueta roja que decía Pang y el otro decía Pang-DDA.

“Yo uso estos. Puedo acceder a la red de la CIA a través de mi computadora portátil ingresando mi inicio de sesión y luego agregando el número en la pantalla, que cambia cada treinta segundos. Pero si quisiera iniciar sesión en la DDA, haría lo mismo y usaría este control remoto. Estos llaveros y los números que contienen me rastrean.

Ante los ojos de Ethan, los seis números de cada dispositivo cambiaron a seis números nuevos.

Ethan miró los mandos de cerca. "Pero estás diciendo que alguien que no inicia sesión de forma remota, como alguien dentro de la CIA o en algún lugar con acceso directo a la red, no necesitaría estas cosas".

“Exactamente correcto. Alguien en la red solo necesita iniciar sesión en DDA y luego puede hacer lo que quiera. He escrito artículos sobre ello, es una

vulnerabilidad real, pero nadie escucha". Ella se rió, guardó los llaveros en su bolso y cogió su copa de vino. "La mejor gente de TI en el negocio no trabaja para el gobierno, y nosotros, los contratistas, tenemos mucho poder de acceso, pero no mucha autoridad para tomar decisiones".

Ethan murmuró para sí mismo. "Increíble. Eres casi intocable".

Extendió la mano, tomó la mano de Ethan y la deslizó debajo de su camisa Oxford con botones. Ella puso su mano sobre su pequeño pecho. "Soy tocable. ¿Ver? Pero con mi contraseña y mi llavero, eres el único que puede tocarme". Ella se rió de su broma, y en su risa, Ethan pudo darse cuenta de lo ebria que estaba.

Decidió probar suerte. "¿Nunca te preocupa olvidar tu contraseña?"

Ella negó con la cabeza. "¿Mi contraseña? No, porque lo uso todos los días. Pero sólo uso las credenciales de la DDA cada pocos meses, así que las tengo anotadas".

"¿Qué? Eso no es inteligente, Eve. Incluso yo lo sé".

Ella lo besó. "No te preocupes. Te lo mostraré".

Salió de la habitación por un momento y Ethan se sentó allí, atónito. Nadie en TI entregó su contraseña, ni siquiera chicas borrachas y solitarias que intentaban impresionar a sus novios.

Él se apresuró a volver a llenar su copa de vino.

Cuando regresó abrió una sola hoja de papel. Intentó no arrebatárselo de las manos, porque sabía su importancia para su misión.

Pero cuando lo vio, se dio cuenta de que no tenía las llaves del reino que creía tener. Era una página llena de caracteres escritos a mano que parecían algún tipo de escritura asiática.

"¿Está en coreano?" Dijo Ethan. "Eso no es exactamente seguro, cariño."

"No es coreano. Es Idu. Una escritura milenaria que se utilizaba en Corea. No mucha gente puede escribirlo. Pero lo mejor es que parece chino tradicional. Como Kaishu, que existía al mismo tiempo. Si alguien intenta traducir las palabras y los números aquí, se equivocará porque pensará que

es chino tradicional. Idu está olvidado".

Ethan quedó impresionado y se lo dijo a su novia. Ella sonrió, se desmayó y diez minutos después se desmayó.

Ethan fotografió la página de Chicken scratch con su teléfono.

Mientras Eve dormía, Ethan pasó el resto de la noche felicitándose por su increíble intelecto y sus habilidades de ingeniería social, y preguntándose cómo diablos iba a traducir caracteres de Idu.

ETHAN ENCONTRÓ UN TRADUCTOR después de unos días de búsqueda en Internet, un profesor de lenguas antiguas de Asia oriental en la Universidad de Chicago. El profesor lo hizo gratis; le llevó sólo unos minutos enviar por correo electrónico una serie de letras y números de catorce caracteres. Luego, Ethan usó las credenciales de acceso de la DDA para iniciar sesión en una terminal JWICS en el ala de administración segura del NSC. Encontró los documentos sobre la operación de la flotilla de acceso a palabras clave del SCI. Él mismo no leyó cada página de cada documento, eso le habría llevado horas y solo tenía unos minutos. Robó los archivos usando las técnicas que Eve le describió durante la cena y se los envió a Harlan Banfield. Banfield los examinó y luego le dijo que se sentarían sobre ellos hasta que supieran que la brecha no había sido detectada, tal vez hasta seis meses. Ethan estaba impaciente, estaba seguro de haber ejecutado la infracción a la perfección, pero Banfield insistió en que el ITP utilizaría sus propios protocolos de seguridad probados y verdaderos. Y luego nada. Durante cuatro meses no había visto nada en las noticias sobre el ataque a la flotilla. Había pospuesto el robo de más documentos de JWICS porque quería ver cómo The Guardian explotaba este primer lote, pero el hecho de que Banfield y su grupo ni siquiera hubieran enviado los archivos a los medios lo enfureció. Y ahora esto. El FBI rondando el NSC, alegando una violación de datos, y alegando que la violación provocó la muerte de un ex comando israelí y su familia.

Algo salió mal con su exfiltración de datos.

Se las había arreglado para ocultar su participación; había iniciado sesión como DDA, por lo que no podían saber que era él, después de todo, pero de alguna manera habían notado la transferencia a la ubicación para compartir archivos.

ESTA NOCHE ETHAN Y EVE se sentaron en su casa, no en la de ella, pero bebieron clarete y hablaron sobre intrusiones en la red, muy parecido a esa noche hace medio año. Eve sabía todo sobre la violación del NSC, aunque no la involucraba a ella ni a una de sus redes privadas virtuales, le habrían informado sobre ello a primera hora de la mañana.

Ethan habló sobre la reunión con el hombre del FBI y la posibilidad de que hubiera algún tipo de topo en el NSC, pero todo esto fue solo para establecer su línea de investigación, porque quería desesperadamente saber qué salió mal. No pensó ni por un segundo que él mismo había cometido un error. No, estaba seguro de que Eve Pang se había equivocado al explicar la omnisciencia del inicio de sesión de la DDA en la red. Esto lo enfureció, pero no dejó que se notara.

Entre sorbos de vino y mientras acariciaba suavemente el cabello de Eve mientras estaban sentados uno frente al otro en su sofá, preguntó: "¿Qué crees que pasó?".

"Sé exactamente lo que pasó".

Esto sorprendió a Ross. "¿Tú haces?"

"Sí. Los piratas informáticos del gobierno son tontos. Dejaron que ocurriera la intrusión, pero luego tuvieron suerte. No fue más que eso".

Ethan se obligó a tomar un sorbo de vino. Sus dedos querían aplastar el vaso que tenía en la mano, pero se obligó a adoptar una actitud de calma. "¿Cómo tuvieron suerte?"

Eva sonrió. "Se realizó una auditoría puntual por comportamiento anómalo en la red. Esto sucede menos del cinco por ciento de las veces. Incluso entonces, los registros de auditoría nunca fueron revisados. Simplemente se almacenaron automáticamente en el servidor. Recogió los archivos que se trasladaban al servidor de intercambio de archivos en la oficina del Consejo de Seguridad Nacional".

"Ya veo", dijo Ethan. "¿Pueden saber si los archivos fueron descargados o impresos?"

"Lo más probable es que lo hayas descargado. Las propias impresoras habrían registrado el trabajo si se hubieran utilizado. Supongo que incluso el

personal de seguridad informática del gobierno es lo suficientemente competente para comprobarlo".

Y añadió: "Alguien debería haber empezado a investigar esto hace cuatro meses. En cambio, no fue hasta que sucedió en India cuando se pidió a los administradores del sistema en Langley que revisaran los archivos en Intelink-TS para asegurarse de que estuvieran seguros". Ahora ella se rió a carcajadas. "Debieron arrancar los troncos y gritar 'Oh, mierda' cuando vieron que los accedían y los exfiltraban". Luego añadió, casi como un aparte: "Nunca descubrirán quién lo hizo".

"¿Por qué no?"

"¿Recuerdas esa noche cuando te hablé del acceso de administrador de dominio?"

Ethan miró al vacío durante un largo momento. "Vagamente."

"Apuesto lo que sea a que alguien inició sesión como DDA a que lo haría. No puedo probarlo. Ese es el problema con las credenciales del DDA, pero creo que eso es lo que sucedió. Nunca sabrán quién rompió de esa manera, así que mejor dejen de buscar".

"¿Qué tal eso?" Dijo Ethan. Quería atravesar la pared con la mano.

Tal como esperaba, había hecho todo exactamente bien. Sólo había sido un golpe de muy mala suerte.

Su intrusión probablemente nunca habría sido notada si no fuera por la muerte completamente coincidente del israelí en la India.

Eve intentó hacer otro movimiento con Ethan, pero él no estaba de humor. Ella se fue a la cama temprano y él se sentó en su sala de estar con una copa de vino en la mano, mirando una película en la televisión que le importaba un carajo.

Ahora todo su enfoque estaba en vencer el polígrafo. Si hiciera eso, estaría bien. Se dijo a sí mismo que no había ni un solo agente del FBI en el mundo que pudiera burlarlo. La investigación fracasaría, o de lo contrario esa zorra de Beth Morris en el escritorio del Hemisferio Occidental sería sospechosa de la violación.

Lo único que le quedaba por hacer era dominar la caja.

DOMINIC CARUSO estaba de pie junto a la cocina, revolviendo tomates cortados en cubitos en una cacerola llena de camarones grasos, aceite de oliva y hierbas. El olor a ajo y orégano prevalecía, y el pimiento rojo triturado le hacía llorar los ojos. El calor de la estufa creó una fina capa de sudor en su frente, que se secó con la toalla que llevaba al hombro. Cuando su frente estuvo nuevamente seca dejó la toalla sobre su hombro, manteniéndola lista. Después de todo, se trataba de camarones Fra Diavolo. Realmente empezaría a sudar sólo cuando lo comiera.

A Dom siempre le había encantado cocinar; cuando era joven, lo acercó a su mamá y a su abuela, y ahora lo devolvió a su infancia, y con eso surgieron algunos pensamientos felices. Y ese era el plan esta noche. No estaba cocinando porque tenía hambre. Esta noche pensó que podría ser una buena idea hacer algo productivo para ocupar su mente durante un par de horas. Así que se bajó del sofá, ignoró sus costillas magulladas y su ligero dolor de cabeza mientras luchaba por ponerse el abrigo, y luego se aventuró a salir a hacer la compra.

Preparar una cena de verdad no era gran cosa, pero era mejor que pedir una pizza y que sentarse en su apartamento oscuro y meditar.

Dom bajó el fuego de la cacerola y se alejó por un momento para abrir una botella de Trebbiano que había encontrado escondida en la parte trasera de su refrigerador. Bebió un trago de la botella mientras regresaba a la cocina, vertió un poco en el Fra Diavolo y ahuyentó el vapor que rugía del recipiente burbujeante.

Mientras cocinaba, su mente vagaba, pensando en la última comida que había preparado aquí en su lugar. Había sido la noche anterior a su vuelo a la India y, a diferencia de esta noche, no había estado solo, porque Dom, por regla general, no cocinaba para uno.

Su nombre era Abbie; ella era camarera en un salón exclusivo en Georgetown. Había sido un cliente habitual de su bar, aunque era callado y prefería sentarse en la oscuridad a interactuar con sus otros clientes habituales. Una noche se quedó hasta el cierre y los dos fueron a un bar local nocturno para tomar una copa. Se sentaron a hablar durante una hora mientras tomaban unas cervezas.

Él le había dicho que trabajaba en seguridad corporativa y, aparte de "genial", ella no había vuelto a hacer ningún comentario sobre su trabajo.

Primero habían hecho el amor en su casa, pero después de un par de noches más de reunirse para tomar unas copas antes del inevitable encuentro nocturno, Dom la invitó a su condominio para disfrutar de una comida casera. Preparó un auténtico plato de albóndigas de ternera y ricotta y lo sirvió a la luz de las velas con uno de sus Chianti Classicos favoritos. Ella pareció gratamente sorprendida de que él realmente supiera cocinar, pero no había venido por la ternera, así que poco después de que sus platos estuvieron apilados en el fregadero y la botella de Chianti vacía en la mesa de café, Dom y Abbie desaparecieron en su dormitorio oscuro. y la comida quedó casi olvidada.

Dom disfrutó esa última noche antes de India, pero apenas había pensado en Abbie durante su viaje, y ella no le había enviado un correo electrónico ni llamado ni una sola vez mientras él no estaba.

Así que eso fue todo. Dom decidió que tendría que evitar su bar por un tiempo, para que ambos pudieran seguir adelante.

Dom sirvió su cena y se dirigió a la sala de estar, agarrando el Trebbiano en el camino. En marcado contraste con la cena a la luz de las velas con Abbie, esta noche se sentó solo en su sofá con los pies sobre la mesa de café; La televisión estaba sintonizada en un torneo de póquer, pero él no le prestaba atención. Bebió un sorbo de vino, se comió los camarones y se puso de mal humor. Estaba orgulloso de la cena de esta noche, tenía el equilibrio adecuado de sabores: la dulzura mantecosa de los camarones, el picante de los pimientos rojos y el toque picante de los cítricos. Pero estaba de mal humor, en parte porque no tenía una mujer allí para comerlo con él y adularlo antes de que pudiera llevársela a su cama.

Después de todo, Dom era italiano. Era muy consciente del poder seductor de la comida.

Su mente se alejó de la comida, de las mujeres, y pensó en los Yacoby y las comidas que habían compartido, y pensó en los niños, y pensó en el hijo de puta estadounidense que los vendió a los terroristas como si sus vidas no significaran nada.

Esta línea de pensamiento le hizo pensar una vez más en su propia

responsabilidad en sus muertes. Por más que intentó ser objetivo acerca de sus acciones, continuó cuestionándose a sí mismo por no poder salvarlos.

Dom luchó con las imágenes en su mente durante la cena. Cuando su plato y su botella estuvieron vacíos, consideró revisar su refrigerador nuevamente para ver si había otra botella fría de Trebbiano escondida en algún lugar. Pensó que podría intentar mirar televisión y beber otra botella antes de acostarse.

No. No podía quedarse aquí toda la noche bebiendo solo y pensando en pensamientos peligrosos.

Miró su reloj. Las diez y media de la noche.

Se le ocurrió un nuevo plan para la noche y al instante su mente se alejó de los Yacoby. Sabía que era temporal, tal como lo había sido cocinar el Fra Diavolo para uno. Pero era mejor que estar sentado aquí cavilando.

"No lo hagas, Dom."

No sabía por qué se hablaba así a sí mismo. Sabía que lo iba a hacer. Su cuerpo ignoró su voz interior, se puso de pie, entró en su habitación y se puso unos vaqueros y una chaqueta de cuero marrón. Al deslizar su brazo izquierdo en la manga sintió como si alguien le estuviera torciendo una costilla con un par de alicates, pero luchó contra el dolor y lo logró. Antes de salir por la puerta de su casa se tomó cinco minutos para ordenar su lugar, porque aunque no estaba seguro de hacia dónde iba, y no tenía idea de con quién se encontraría allí, no tenía intenciones de regresar solo.

A las once de la noche. Caruso estaba sentado en un taburete de un gastropub de la calle 14 llamado The Pig. Había estado aquí una docena de veces en el pasado, cada vez buscando comida, bebida y tal vez algo más. Mientras bebía su cerveza, examinó el oscuro y animado establecimiento, sus ojos recorrieron docenas de mesas, cada una con un grupo de clientes divirtiéndose.

Y Dom identificó varios objetivos potenciales.

Esto siempre le pareció a Dom un poco como las operaciones de vigilancia en posiciones fijas que hacía con El Campus. Excepto que no estaba siguiendo a terroristas ni a mafiosos rusos ni estaba atento a las operaciones

de contravigilancia enemigas.

No, él estaba aquí para ligar con una chica.

La lista de contactos telefónicos de Dom estaba repleta de otras oportunidades de encuentros sexuales, pero todas implicarían una cierta cantidad de conversación familiar que implicaría, inevitablemente, un alto nivel de compasión y preocupación. Dom era rudo y andrajoso, mental y físicamente, y todas sus amigas, incluso las más periféricas, intentaban ser mi madre, tratando de descubrir qué diablos estaba mal.

Dom no buscaba ser mimado como madre esta noche.

No se dio cuenta de la mujer que estaba al final de la barra en su primer examen de la habitación, pero eso no fue porque no fuera atractiva. Por el contrario, era una morena llamativa, unos años mayor que él, con ojos almendrados y labios carnosos. Al principio no la había notado porque estaba rodeada por tres hombres jóvenes y muy grandes. Uno se sentó a cada lado de ella en la barra y el tercero estaba cerca de ella. Uno de los hombres se rió a carcajadas y la rodeó con el brazo, mientras los otros dos bebían whisky en vasos bajos y miraban alrededor de la habitación con sonrisas maliciosas en sus rostros.

Los ojos de Dom siguieron adelante. Después de todo, su radar buscaba objetivos de oportunidad, y este objetivo potencial en particular se perdió en la interferencia de la señal de la testosterona.

Terminó su cerveza y pidió otra. Una pelirroja sentada con un amigo en un apartamento cerca de la pared del fondo llamó su atención, y él la de ella. Dom buscó un anillo de bodas en su dedo anular como un profesional experimentado y vio que su dedo no estaba adornado, pero luego notó los gestos dramáticos de la mujer en su conversación con su amiga, y sus uñas andrajosas eran evidentes incluso desde el otro lado de la habitación. La consideró más agotada y emocional de lo que estaba dispuesto a afrontar en ese momento, y reanudó su escrutinio de la habitación.

Una rubia alta y atlética con traje de negocios miró hacia un gran grupo de compañeros de trabajo, tanto hombres como mujeres, pero su vestido y la pandilla que la rodeaba le dijeron que trabajaba en Hill. Dom conocía a algunos miembros del personal del Congreso, no tenía nada en contra de ellos personalmente, pero en realidad no estaba de humor para escuchar

políticas partidistas tontas ni chismes cínicos del guardarropa del Congreso, así que siguió adelante y continuó con su lento estudio de los elegibles. mujeres en la taberna.

Dom suspiró para sus adentros mientras buscaba. Cuanto mayor se hacía y mejor interpretaba a la gente, más difícil le resultaba encontrar a alguien con quien fuera compatible. Se preguntó si realmente quería casarse alguna vez o no, ya que le resultaba muy difícil conectarse mentalmente con alguien, incluso por una sola noche.

Después de otro largo trago de su cerveza, Dom reconoció que el verdadero impedimento para una conexión era su propio estado de ánimo. India lo había jodido, incluso por algo tan insensible y momentáneo como dormir con alguien.

Vamos, D. Soldado.

Pidió su tercer trago de la noche, y cuando llegó pensó en dirigirse hacia una mesa de tres guapas mujeres en edad universitaria en medio del comedor, pero su plan se descarriló cuando escuchó a la hermosa morena Justo al final de la barra, alzó la voz con molestia hacia uno de los tres hombres grandes que la rodeaban. “¡Dije que no!”

Las cejas de Dom se alzaron, prácticamente había descartado a la mujer durante su escaneo inicial porque estaba en un grupo de hombres, pero ahora preparó sus oídos en la conversación entre la morena y los jóvenes, y los miró a todos más de cerca. .

Los tres tipos vieron a Dom como un problema que valía unas setecientas cincuenta libras. Sus músculos se tensaban en camisetas ajustadas adornadas con águilas, calaveras, lobos y otras tonterías, tatuajes rodeaban sus antebrazos y sus abrigos de cuero yacían al azar sobre tres sillas en una mesa cercana. Examinó sus ojos y posturas y confirmó que los tres estaban borrachos o al menos en camino.

Dom evaluó la situación rápidamente. La bella mujer no conocía a estos chicos; ella era varios años mayor y estaba mucho mejor vestida que ellos, y parecía increíblemente pequeña y dolorosamente incómoda mientras ellos se elevaban sobre ella.

Dom usó sus practicados poderes de observación para determinar que la

mujer había llegado sola; tal vez estaba en un viaje de negocios aquí en D.C., tal vez alojándose en una de las grandes cadenas de hoteles de cuatro estrellas del vecindario. Ella había venido para cenar tarde y tomar una copa de vino, y luego aparentemente había sido víctima de un grupo de idiotas cachondos adictos a los esteroides.

Esta no es tu noche, cariño.

Dom se centró en el hombre de cabello rubio con pecho abultado y perilla que parecía estar hablando. Él fue quien provocó la ira de la pequeña morena. Él le dijo algo, Dom no pudo entenderlo, pero ella le respondió poniendo los ojos en blanco y sacudiendo la cabeza.

Ahora el hombre dijo: "No tienes que ser una perra por eso".

“No estoy siendo una perra. Estaba tratando de ser amable, pero no me escuchabas”.

“Te envié a tomar una copa. Lo mínimo que puedes hacer es ser amigable y unirte a nosotros en nuestra mesa”.

“Lo siento, no debería haberlo aceptado. Tengo un vuelo temprano mañana y...

“¡Un trago más! ¿Qué te va a doler? -gritó, y se cernió sobre ella siniestramente.

Nadie más en el bar había mostrado interés en la conversación excepto un caballero bien vestido al otro extremo, que miraba con ociosa curiosidad. Los camareros estaban fuera del alcance del oído y se reían con otros clientes.

Los dos amigos del rubio de perilla mantuvieron la boca cerrada mientras él y la mujer discutían. Dom consideró esto un momento y determinó que cualquier verdadero amigo habría alejado a su amigo de esta confrontación y le habría dicho que estaba actuando como un idiota, por lo que el hecho de que estos dos se mordieran la lengua le indicó a Caruso que el rubio era el alfa del trío. .

La morena intentó ignorar al joven rudo. Le dio la vuelta al billete, luego sacó su billetera y puso un par de billetes de veinte en la barra. Intentó empujar el taburete de la barra hacia atrás para levantarse, pero el hombre

detrás de ella no se movió. El rubio de la perilla le puso la mano en la espalda, manteniéndola justo donde estaba.

Él dijo: “¿Adónde vas? Tienes que intentarlo”.

Dom bebió lo último de su cerveza, arrojó su propio dinero en efectivo sobre la barra y luego dio un paso adelante hacia la refriega.

CINCO SEGUNDOS DESPUÉS Dom colocó su mano suavemente sobre el pecho del rubio barbudo y se acercó como para gritar por encima de la música y el estrépito de la multitud.

Mantuvo una leve sonrisa en su rostro cuando dijo: “Hola, amigo. Preguntaste. Ella respondió. Deja ir a éste. No te preocupes, atraparás el siguiente”.

El comportamiento de Dom era inquietante y confuso para el hombre más joven y más grande. ¿Este extraño lo estaba amenazando? ¿Con una sonrisa en el rostro? ¿Quién carajo era este tipo?

"¿Quién carajo eres?" Dom creyó detectar Michigan en la voz del hombre.

"Nadie. ¿Qué tal si me dejas invitarte a un whisky? ¿Qué estás bebiendo? ¿Evan Williams? Gastador." Dom levantó la mano hacia el camarero y le lanzó una rápida mirada a la morena. Esperaba que ella entendiera que su mirada significaba "Ve". Ahora."

Pero ella simplemente se quedó allí.

Uno de los otros hombres grandes agarró a Dom por el hombro y lo hizo girar. Dom se encontró mirando directamente al musculoso pecho del joven. Sus ojos se elevaron y sonrió. "Tómalo con calma. Le estaba diciendo a tu amigo que retomaré esta ronda”.

La mujer se alejó de la barra y se puso el bolso al hombro, pero no caminó hacia la puerta. Se limitó a mirar al hombre de cabello oscuro que había venido a rescatarla, sin saber qué decir o hacer.

El hombre rubio con perilla hizo girar a Dom hacia él, usando el hombro de Dom nuevamente como si fuera la manija de una puerta y causando que sus costillas magulladas tuvieran espasmos de dolor. “Nadie estaba hablando contigo, imbécil. Mantente al margen de esto”.

Dom suspiró un poco. Sabía que debía desconectarse. Esta gente no significaba nada. Esto no era un callejón sin salida, en un infierno del Tercer Mundo. Esta mujer no corría peligro real; Si ella empezaba a gritar, seguramente algún otro hombre eventualmente se levantaría y vendría a

defender su honor.

Pero Dom no pudo evitarlo. Se mantuvo firme.

El rubio dijo: “¿En serio, hermano? ¿Quieres un pedazo de mí?

Dom sabía que la pregunta era una provocación, pero la consideró detenidamente. ¿Quiero un pedazo de ti? se preguntó a sí mismo.

Tenía que ser honesto. Sí. Un pedazo de este imbécil era exactamente lo que quería. No era maduro ni profesional, pero Dom estaba en ese tipo de humor.

Por mucho que sabía que podía salir de esto sin recurrir a la violencia, no se retiró.

El rubio sonrió mostrando los dientes manchados por el tabaco de mascar. Para Dom, parecía un tipo que se dio cuenta de que no iba a echar un polvo esta noche, pero que estaba igual de feliz, si no más, de descubrir que al menos iba a poder darle un puñetazo a un hombre en la cara.

Un bonito premio de conciliación para un tipo como él.

Dom agregó: “Ella y yo salimos por la puerta principal. Ustedes, muchachos, deberían quedarse aquí”.

El rubio dijo: "Sal por esa puerta con ella y yo te seguiré y te romperé el cuello".

Dom no creía que tuviera un cuello de lápiz, pero no discutió ese punto. En cambio, simplemente se giró, tomó a la morena del brazo y le dijo: "Vamos".

Mientras pasaba junto a los dos hombres grandes que habían estado parados detrás de él, uno de ellos se abalanzó sobre él de repente, con el puño en alto como si estuviera a punto de golpear a Dominic en la mandíbula. Lanzó el puño, pero lo detuvo a un centímetro de la cara de Dom.

Dom ni siquiera se inmutó, sabía que este tipo no le daría un puñetazo porque el alfa del grupo ya lo había reclamado como su premio. Simplemente le dio al hombre una pequeña sonrisa y siguió caminando.

El hombretón con el puño en alto quedó desconcertado. Estaba acostumbrado a que hombres más pequeños se acobardaran ante sus amenazas. Se recuperó rápidamente y empezó a fanfarronear. Alegremente dijo: “Shane te va a patear el trasero. Será una pelea de un solo golpe, perra”.

Dom simplemente continuó hacia la puerta con la chica a cuestas, y los tres hombres grandes se apresuraron a agarrar sus abrigos.

Mientras Dom pasaba por el final de la barra, notó al distinguido caballero del bonito traje sentado solo. Se dio la vuelta y miró hacia su Manhattan, aunque Dom estaba seguro de que el hombre había visto y oído todo.

Detrás de él escuchó al hombre gritar de nuevo. "¡Una pelea de un solo golpe!"

Momentos después, CARUSO, la niña y los tres hombres tatuados con chaquetas de cuero estaban parados en la acera oscura frente a El Cerdo. Algunas parejas pasaron junto a ellos, desinteresadas o inconscientes del problema inminente. El rubio con perilla se colocó frente a Caruso, sus fosas nasales palpitaban mientras la adrenalina del momento aceleraba su respiración.

La niña dijo exactamente lo que Dom esperaba que dijera: “Por favor. No hagas esto por mí”.

Caruso no respondió, sólo le sonrió un poco. Ya no se trataba de la chica. Se enfrentó al gran hombre, mientras los otros dos estaban detrás de su líder.

"¡Pelea de un solo golpe!" El chico lo volvió a decir. Dom se preguntó si alguna vez dijo algo más.

“¡Cállate, Doyle! Tú también, Joey. Este pendejo es todo mío”, respondió el rubio de perilla.

Dom mantuvo un exterior relajado. Por dentro ya se estaba reprendiendo a sí mismo por no haber aliviado la situación. Se obligó a hacer un intento más a medias. "Entonces, Shane, ¿hay alguna posibilidad de que quieras dar por terminada la noche?"

"Te voy a dar una paliza".

Dom no respondió. Sabía que Arik Yacoby no se habría sentido orgulloso de él en absoluto, y eso sólo lo enojó aún más consigo mismo.

Shane iba a sufrir por la ira de Dom.

Shane avanzó con indiferencia y Dom vio que estaba tratando de acortar la distancia que necesitaba para derribarlo con un solo golpe. Dom lo dejó acercarse, mantuvo las manos a los costados y los hombros relajados. Incluso cuando el gran rubio ajustó su postura, dando un paso hacia adelante y el otro hacia atrás, preparándose para lanzar un jab, Dom continuó retratando un aire de alguien ajeno a lo que estaba a punto de suceder.

Sin embargo, Dom no fue ajeno. Estaba leyendo todos los indicios. Shane era claramente un boxeador entrenado, diestro, que buscaba un tiro en la cabeza, y su plan era derribar a su oponente, sin duda con un tiro en la mandíbula para impresionar a sus amigos.

Dom respiró medio para calmarse, sus ojos no estaban fijos en nada, pero todos sus sentidos estaban preparados para el ataque que se avecinaba.

Doyle gritó una vez más. "¡Una pelea de un solo golpe!"

La mano derecha de Shane estaba a su lado, pero Dom notó el instante en que se transformó en un enorme puño cuadrado. Cuando el puño se disparó hacia la cara de Dom, estaba preparado para alejarse de él, pero en lugar de eso usó su velocidad para llevar su codo izquierdo al costado de su cabeza mientras giraba su torso. El golpe rebotó en el codo alto y fue desviado por el giro de Dom, golpeando el brazo de Shane sobre su propio cuerpo y causándole perder el equilibrio ya que había arrojado todo su peso detrás del jab.

Dom continuó su giro cruzando su cuerpo con su pierna izquierda, ganando velocidad mientras giraba en su lugar, alejando su propio brazo derecho de su cuerpo y lanzándolo en un arco de 360 grados, una mancha de nudillos y chaqueta de cuero. que se avivó en el aire de la noche.

El puño giratorio de Dominic golpeó perfectamente la mandíbula del gran hombre barbudo, el húmedo golpe de hueso contra hueso con carne atrapada entre ellos resonó en las ventanas delanteras del pub. La cabeza de Shane se giró hacia la izquierda y sus piernas cedieron, como si se hubiera accionado un interruptor y todos los músculos que lo mantenían erguido

acabaran de desactivarse por la noche.

Shane se desplomó torpemente en la acera mientras sus dos grandes amigos permanecían estupefactos.

Dom miró a Doyle. “¿Qué sabes? Tenías razón”.

Como esperaba Dom, Doyle fue el siguiente en atacar. Telegrafió sus movimientos mientras cargaba. Era zurdo, planeó un gancho tan pronto como estuvo a una distancia de ataque, pero Dom entró en diagonal en el gancho, lo paró con su antebrazo y luego retrocedió ante el avance de Doyle. Dom empujó su cabeza hacia la cara de Doyle, luego tomó su brazo izquierdo y lo usó para arrojar al hombretón sobre su espalda, estampándolo contra la acera con una fuerza increíble.

El aire salió de los pulmones de Doyle con el impacto, y jadeó como un pez en un muelle, desesperado por volver a llenar sus pulmones.

El tercer grandullón, Joe, no había dicho gran cosa. Parecía estar en shock de que sus dos amigos estuvieran acostados boca arriba frente a él, pero mantuvo su atención en el hombre que lo puso allí.

Levantó los puños y se acercó.

Dom dijo: “No tienes que hacer esto, Joe. Shane es tu jefe, ¿no?

"Sí."

"¿Construcción?"

“Entrega de electrodomésticos grandes”.

"Entrega de electrodomésticos grandes", repitió Dom, como si esto debería haber sido obvio. Luego, “Estará sin trabajar por un par de semanas. Doyle también. Se enojará porque no lo defendiste después de que él y Doyle cayeron, pero al menos de esta manera puedes generar algunos ingresos para él mientras está fuera.

Joe pareció considerar esto; De hecho, sopesó los pros y los contras. Finalmente se encogió de hombros. “Él no lo verá así. No es un gran hombre de negocios”.

"Entonces busca un nuevo jefe", dijo Dom.

“Economía difícil”.

Dom miró la declaración. "Verdadero. Supongo que será mejor que me dejes sacarte la mierda a golpes.

Antes de pronunciar las últimas palabras, Joe atacó. Dom se sorprendió por la repentina velocidad e intensidad del hombre, y el atacante logró entrar en el golpe de Dom y envolver sus brazos alrededor de los brazos de Dom, inmovilizándolos por encima de su cabeza.

Las costillas magulladas de Dom lloraron de agonía y los músculos alrededor de ellas se agarrotaron, su espalda sufrió espasmos desde el omóplato hasta el coxis.

El hombretón lo levantó en el aire con facilidad. Dom no tenía dudas de que era un gran repartidor de electrodomésticos grandes.

Cuando Dom sintió que se invertía detrás de la cabeza de Joe, se liberó del agarre que tenía alrededor de los brazos y luego pateó con más fuerza, lejos en el aire detrás de su atacante. Aterrizó de pie, inestable y dolorido, pero perfectamente posicionado cuando Joe se giró para encontrar al hombre al que acababa de arrojar como un muñeco de trapo un instante antes, ahora frente a él en posición de lucha.

Dom le dio un fuerte puñetazo al hombre en la nariz. Su cabeza se echó hacia atrás pero rápidamente volvió a la posición neutral. Tenía la nariz roja, pero no mostraba signos de ningún déficit físico por recibir un fuerte golpe en la caja de mocos.

Joe le sonrió a Dom como diciendo: "¿Eso es todo lo que tienes?"

Dom respondió a la pregunta no formulada disparando otro golpe, pero esta vez extendió los dedos, convirtió su puño en una lanza y se clavó en el plexo solar del hombretón, luego siguió con una lanza de su mano izquierda en la garganta de Joe, justo lo suficiente como para ponerlo boca arriba, rodando en la calle en un ataque de tos, a cinco pies de distancia de Shane, que todavía estaba inconsciente, y de Doyle, que había rodado sobre manos y rodillas pero todavía estaba jadeando en busca de aire para reponerlo. sus pulmones vacíos.

Dom se paró en el medio y observó su obra. Sabía que Arik no se habría sentido orgulloso de la incapacidad de su alumno para alejarse de una amenaza evitable. Pero Arik no podría haber criticado sus habilidades de lucha. Le había enseñado mucho a Dom en un mes de lucha y entrenamiento diario.

Y Dom lo había puesto en práctica.

Sin embargo, después de un momento, recordó que en este altercado había involucrado una mujer. Miró a su alrededor buscándola y la encontró parada junto a la acera. Esta no fue su primera pelea en un bar por una mujer. Sabía que la morena sentiría repulsión por la pelea y pensaría tan poco en Dom como pensaba en los hombres de los que estaba tratando de protegerla, y en ese caso se alejaría rápidamente, ahora que todo había terminado, o de lo contrario sentirse atraído por él. Ella se aferraría y no iría a ninguna parte sin su valiente defensor.

Miró hacia la acera para ver cuál iba a ser esta chica. La vio parada allí esa noche, con los brazos cruzados fuertemente sobre su cuerpo, protegiéndose de la pelea frente a ella.

Ella dijo: “Fue honorable lo que hiciste. Tratando de convencer a ese tipo de que no lo haga.

“Él no lo quería más que yo. Simplemente estaba obligado. Las reglas de los niños”.

Ella asintió. Dijo: "Gracias".

"No lo menciones".

"Realmente pensé que la caballerosidad estaba muerta".

“Está en cuidados intensivos. Señales ocasionales de vida”.

Ella sonrió y parpadeó. Vio lo que estaba pasando detrás de los ojos. Estaba evaluando esta situación. Las peleas en los bares y los extraños que acudían en su ayuda no eran el tipo de cosas que le pasaban.

“Soy Mónica”.

“Dominico.”

Se dieron la mano. Dom se giró para regresar a su casa, haciendo todo lo posible por ocultar el hecho de que sus costillas y espalda lo estaban matando, pero ella no lo dejó avanzar ocho metros antes de alcanzarlo.

“Odio parecer trillado, pero ¿me dejarías invitarte a una bebida? Parece lo mínimo que puedo hacer”.

Dom señaló con la cabeza hacia El Cerdo. Las ventanas estaban llenas de clientes y empleados que miraban a los tres hombres grandes en la acera y al hombre más pequeño que los había puesto allí. "Voy a arriesgarme y decir que no soy bienvenido allí esta noche".

“Podemos ir al bar de mi hotel. Estoy en el Loews Madison. Está a la vuelta de la esquina”.

Dom suspiró un poco, pero no dejó que se notara. Sus planes de tener sexo sin sentido esta noche se habían quedado en el camino en el momento en que el abrazo de oso agravó el dolor en sus costillas gravemente magulladas. Por muy hermosa que fuera la mujer frente a él, en ese momento sentía más pasión por regresar a casa para una relación a corto plazo con una bolsa de hielo.

"Te acompañaré de regreso a tu hotel", dijo. “Por si acaso esos tipos logran recomponerse y salir a la calle buscando travesuras. Pero luego voy a dar por terminada la noche”.

Mónica parecía un poco abatida, solo asintió sin responder. Dom pensó que eso mejoraría aún más su prestigio con ella. Una vez que superara la vergüenza del rechazo, tomaría su rechazo como una caballerosidad.

THE ECONOMY INN en Richmond, Virginia, era un establecimiento de propiedad y gestión local, aunque hacía todo lo posible para engañar a los viajeros que pasaban bajo su cartel en la Interestatal 64 haciéndoles creer que era parte de una cadena nacional de dos estrellas muy conocida y con un nombre similar. Cualquiera que se dejara engañar para pasar la noche, pensando que encontraría algún estándar de al menos una calidad mínima, se sentiría decepcionado tan pronto como lo dejaran entrar al pequeño vestíbulo. El cartel de cebo y cambio sobre la interestatal había sido claramente el principal foco de marketing de los propietarios, porque la propiedad en sí era un basurero sin complejos. Muebles baratos, alfombras viejas y raídas y un olor agrio saludaban a cualquiera que entraba al área común del hotel de tres pisos estilo pista de motor, y las habitaciones en sí no eran mejores.

La posada estaba ocupada menos del quince por ciento, pero dos hombres de mediana edad estaban sentados juntos en una cama llena de bultos en la habitación 309, fumando ansiosamente cigarrillos y mirando sus teléfonos móviles. Ambos hombres eran grandes; uno era un ex ala cerrada en Virginia Tech, aunque eso había sido veintidós años antes, y desde entonces su trabajo en un minorista de repuestos para automóviles le exigía levantar nada más pesado que alguna que otra batería de automóvil. Y el otro hombre simplemente estaba gordo. Nunca había hecho mucho de nada relacionado con el deporte. Sólo un joven nerd que se había transformado de forma bastante natural y cómoda en un perezoso de mediana edad.

El ala cerrada iluminó la pantalla de su teléfono por vigésima vez en los últimos treinta minutos. “Diez cincuenta y ocho. ¿Dónde diablos está esta madre...?

Un suave golpe en la puerta hizo que ambos hombres se levantaran de golpe. El gordo nerd se puso de pie y dio un paso atrás para alejarse, y el ala cerrada se puso de pie y miró por la mirilla de la puerta. Hizo un gesto a su cohorte y luego la abrió lentamente.

Un hombre pequeño, de aspecto joven, estaba de pie en la penumbra del rellano del tercer piso. Estaba solo; sus ojos oscuros parecían muy abiertos y aterrorizados mientras miraba al hombre que llenaba la puerta. "Oh . . . ¿Es usted el señor White? Su acento era francés.

Detrás del ala cerrada en la entrada, el hombre gordo junto a la puerta del baño dijo: “Ese soy yo. ¿Es usted el señor Black?

El hombre pequeño en el rellano miró rápidamente a los dos hombres de un lado a otro. Parecía que iba a darse la vuelta y huir. En cambio, dijo: “Yo. . . No lo entiendo, Sr. White. Teníamos un acuerdo. Ibas a estar solo”.

El ala cerrada lo agarró por el cuello y lo condujo, sin tirarlo del todo, al interior de la habitación. Dio una patada a la puerta detrás de él.

El señor White dijo: “Relájate. Traje a un amigo en caso de que trajeras a alguien contigo o intentaras algo divertido. Te buscará un cable.

El ala cerrada tenía al joven contra la pared un segundo después, le quitó la mochila y la arrojó sobre la cama, luego palpó debajo de su chaqueta, rascándose las manos por todas partes.

El joven extranjero dijo: “A. . . ¿cable? ¿Qué quiere decir esto?" Su voz se quebró mientras hablaba. Parecía y actuaba petrificado, lo que relajó considerablemente a los dos americanos.

“Sólo cálmate”, dijo White. “Entiendes mi situación aquí. Tengo que asegurarme de que usted no sea un federal”.

“Pero tú me conoces. Llevamos más de un año comunicándonos”.

“Y tú me conoces, Black. Estoy tomando un jodido gran riesgo al encontrarte así. No sé si esto no es una especie de trampa. Mi amigo se asegurará de que seas legítimo y luego podremos ponernos manos a la obra”.

El ala cerrada levantó la camisa del hombre y se dio cuenta de que el extranjero no podía pesar ciento veinte libras empapado. Se giró para mirar a White. "Está limpio".

“Vamos, hombre. Olvidaste revisar su bolso”.

"Ah, claro". Abrió la mochila, sacó una delgada computadora MacBook Air, un teléfono móvil y algunos cables de alimentación. Le dio la vuelta a la bolsa y la agitó sobre la cama, pero no salió nada más.

"Bien", dijo Blanco. "Toma asiento".

El extranjero se sentó en la pequeña silla junto al escritorio y White se recostó en la cama. Había menos de cinco pies de distancia en la pequeña habitación.

El ala cerrada estaba junto a la puerta, mirándolos a ambos.

El señor Black puso las manos en las rodillas como para estabilizarse o luchar contra una oleada de náuseas.

"¿Estás bien?" preguntó Blanco.

“¿Estaría bien si tu amigo esperara afuera mientras hacemos negocios? Lo siento, pero estoy un poco nervioso por esto”.

White se limitó a sonreír, encendió otro cigarrillo y asintió con la cabeza a su amigo. "Eddie, sal y fuma". Miró al pequeño extranjero que tenía delante. “Gritaré si necesito algo”.

El ala cerrada dijo: "Estaré afuera". El gran ala cerrada salió por la puerta, sacando sus cigarrillos y el encendedor de la mesa al salir.

SEÑOR. EL NOMBRE DE WHITE no era White, era Phillip McKell. Era analista de infraestructura de sistemas para L-3 Communications Corp., un contratista del gobierno que trabajaba, como Booz Allen Hamilton, en las redes de inteligencia clasificadas del gobierno de Estados Unidos. Era un experto en infraestructura JWICS y tenía una autorización de seguridad ultrasecreta. Había conocido a Black, al menos en el mundo virtual, en un foro de tecnología en línea un año antes. La relación comenzó con algunos comentarios en las publicaciones de cada uno, pero pronto McKell se dio cuenta de que los dos compartían muchos intereses. Al principio, el hombre que llegó a conocer como Black afirmó ser un estudiante universitario interesado en todo lo relacionado con Estados Unidos y la informática, pero con el tiempo, Black reveló durante conversaciones privadas cifradas con McKell que, de hecho, era ciudadano francés y, Lo más interesante para McKell es que era miembro de Anonymous, el grupo hacktivista más grande y más infame del mundo.

McKell no lo creyó al principio, pero cuando Black le contó, de nuevo en privado, sobre un próximo ataque informático de denegación de servicio de Anonymous a los sitios web del gobierno británico, y luego el ataque realmente ocurrió, McKell se dio cuenta de que estaba en comunicación con

el verdadero trato: un verdadero hacktivista de Anonymous.

McKell sabía que no debería haber continuado la relación en línea. Ya estaba violando las regulaciones de la empresa al tener una identidad en línea y comunicarse con otros en foros técnicos; Si L-3 descubría que había mantenido conversaciones privadas con un miembro de Anonymous, lo despedirían en el acto y le quitarían su autorización de seguridad. Pero McKell vio en Black un posible día de pago. Había una recompensa por información que condujera al arresto de miembros de la organización de Black, y McKell sabía que las personas que recibieran la recompensa podrían permanecer en el anonimato. Este fue un intento de proteger a los traidores de la organización Anonymous, pero McKell pensó que podría cobrar una recompensa por entregar a Black a las autoridades, por lo que permaneció en contacto con el francés. Al principio se dio cuenta de que no tenía nada tangible sobre el hombre e intentó cultivar una mayor amistad con la esperanza de conocer información real sobre su identidad. Estaba seguro de que eso le reportaría una gran recompensa.

Desafortunadamente para Phillip McKell, sin embargo, sus prioridades cambiaron cuando perdió su trabajo en L-3 y su codiciada autorización de seguridad, después de que una auditoría sorpresa de la computadora de su casa revelara un registro de sus publicaciones en foros en línea. McKell argumentó que no compartía información clasificada sobre redes gubernamentales y que toda su correspondencia en línea se mantuvo en un nivel general de fuente abierta. Pero los investigadores no lo vieron así. Compartir cualquier detalle sobre su trabajo fue una violación de su autorización de seguridad y luego, con la autorización retirada, vino la pérdida de su trabajo en redes seguras.

De hecho, el principal investigador del gobierno sobre su caso le dijo: “Nunca volverás a trabajar en esta ciudad”.

Después de perder su trabajo, rápidamente se desesperó por dinero. Se esforzó más para que Black revelara su identidad para poder cobrar la recompensa, incluso compartió información sobre sí mismo; ya casi no importaba que le habían retirado su autorización. Pero cuando Black no cedió, McKell decidió que ganaría dinero trabajando en el extremo opuesto de esta ecuación. El estadounidense desempleado de hecho le hizo una propuesta a Black. Le dijo que podía darle a Anonymous información sobre el funcionamiento interno de las redes del gobierno de Estados Unidos. Su pensamiento era que la organización de Black podría pagar por ayuda técnica

para diseñar su propio ataque directo de denegación de servicio en Washington, D.C.

Black prometió que les preguntaría a sus superiores cuánto pensaban que valía y luego, unos días después, regresó a McKell con una impactante contrapropuesta.

Anonymous quería llevar a cabo una infiltración real en la red ultrasecreta Intelink-TS de JWICS y querían que McKell construyera el software del agente de infiltración para hacerlo.

McKell se rió cuando leyó la solicitud de Black y rápidamente respondió que era imposible, ya que no se podía acceder a la red ultrasecreta a través del acceso estándar a Internet a menos que uno tuviera acceso a una red privada virtual. McKell no estaba conectado a una VPN cuando trabajaba para L-3, y seguro que no lo estaba ahora. Alguien tendría que violar físicamente la red sentándose frente a una computadora en el sistema para cargar el software. Los piratas informáticos anónimos no podrían hacerlo desde algún sótano en Francia o Alemania.

Black respondió simplemente: “Ese es nuestro problema, no el tuyo. Si construye el agente de infiltración, encontraremos a alguien que lo cargue. Por tu trabajo te pagarán tres millones de dólares”.

A partir de ese momento, McKell no pensó más que en todo ese dinero y en cómo conseguirlo. Abrió una cuenta en Dubai, le dio la cuenta y los números de ruta a Black, y en cuestión de horas se depositaron en la cuenta cien mil dólares como garantía. Satisfecho de estar tratando con personas que podían cumplir y cumplirían su parte del trato, Phillip McKell se encerró en su casa y no comió nada más que pizza a domicilio durante casi seis semanas mientras trabajaba en su código para el agente de infiltración.

McKell conocía la infraestructura de inteligencia de EE. UU. de principio a fin y, a través de este conocimiento, conocía las ubicaciones de los discos físicos donde se guardaba información ultrasecreta. La clave de su programa infiltrado era su función de “rastreador”, que ingresaba a la ubicación, luego copiaba y categorizaba los datos antes de descargarlos.

Después de semanas de trabajo constante y pizza interminable, la tarea de McKell estaba completa. Se puso en contacto con Black y se confirmó la fecha de entrega.

Y ahora el señor Black se sentó frente a él. Pero así como el nombre de White no era White, el nombre de Black no era Black.

Su nombre era Mohammed Mehdi Mobasheri. Había llegado desde Teherán vía Beirut el día anterior para esta reunión, después de haber pasado el año pasado cultivando a McKell en los foros de tecnología, al mismo tiempo que confirmaba su posición y acceso con L-3 Communications.

Este fue sólo el primer paso del plan de Mahoma, aprobado por el Líder Supremo, pero el resto del plan dependía del estadounidense obeso, amoral y obviamente impío sentado en la cama sucia frente a él.

Tan pronto como EDDIE salió de la habitación para pararse en el entresuelo y fumar, Mohammed dijo: “Gracias. Ahora, ¿tienes la unidad de infiltración?

"¿Tiene el dinero listo para transferir?"

Tocó su MacBook Air. "Puedo hacerlo yo mismo al instante tan pronto como tenga el dispositivo".

McKell asintió, cruzó la pequeña habitación y buscó detrás de una lámpara en la mesa al lado del televisor. De detrás sacó una memoria USB amarilla y la sostuvo en alto.

Mohammed lo miró de cerca. En él había varias letras mayúsculas de diferentes colores. Él ladeó la cabeza. "Lo lamento. ¿Qué quiere decir esto? ¿NASCAR?”

"Sí, no pensé que ustedes, los franceses, supieran sobre la Asociación Nacional de Carreras de Autos Stock Car".

"No."

“Es sólo un señuelo. Alguien ve esta memoria USB de aspecto tonto y no pensará que tiene nada importante”. McKell sonrió ante su propia inteligencia. "¿Bien? Pero la verdad es que esto no es una pequeña memoria USB. Esta es una unidad HyperX de un punto dos terabytes. Tiene el infiltrado cargado y los archivos descargados se almacenan directamente a bordo. Puedes obtener cientos de miles de archivos en un TB de espacio en disco”.

“Ya veo”, respondió Mahoma.

McKell dijo: “Está bien. Lo he dicho antes y lo diré de nuevo. La verdad en la publicidad y la divulgación total y toda esa mierda. Con este dispositivo no podrás hacer absolutamente nada. Necesitarás estar en la red. Estoy hablando físicamente. Esta unidad debe ingresar a un puerto en un nodo que ya haya pasado los firewalls. Luego el programa saldrá, reunirá y categorizará los datos y los filtrará”.

"Esto no es un problema".

McKell siguió hablando. Era un informático y la precisión era primordial para él, incluso en una situación como ésta. “Supongo que la única otra cosa que podrías hacer, en teoría, sería encontrar a alguien con acceso a una VPN. Esa es una red privada virtual. Si pudieran superar todos los pasos de seguridad adicionales para iniciar sesión en Intelink desde fuera del cable, entonces podrían usarlo de forma remota”.

Mohammed tomó el disco en sus manos y lo miró más de cerca. Ignoró lo que dijo McKell e hizo su propia pregunta. “Ha estado varios meses alejado de su puesto. ¿Cómo sabes que no han cambiado las cosas de una manera que hará que este programa quede obsoleto? McKell sacudió la cabeza con otra sonrisa. Estaba sumamente seguro de sí mismo. “Esa es la belleza del gobierno, chico. Los contratos de R-3 y las demás empresas han sido renovados y son un asunto de dominio público. Sé qué sistemas existen porque son los únicos que pueden hacer el trabajo. Claro, cambiarán las contraseñas, los códigos de acceso y los protocolos de admisión, pero no pueden cambiar los aspectos prácticos de la recuperación de datos”.

“¿Y qué pasa con el cifrado? Si extraes datos de los servidores, ¿cómo puedes estar seguro de que son legibles?

“Los datos no se cifran en reposo, es decir, donde se almacenan. Si tiene la clave para acceder a los datos, entonces los datos son legibles. Es tan simple como eso”.

"Veo." Mohammed abrió su computadora e insertó el disco en el puerto. “Evaluaré tu código. Si se ve bien, te daré la contraseña aquí y ahora. Concluiremos nuestro negocio”.

"Me parece bien".

Durante los siguientes treinta minutos, McKell observó mientras el señor

Black hojeaba los directorios. Los conocimientos técnicos de Mohammed eran insuficientes para crear esto él mismo; se necesitaría alguien como McKell y sus años de experiencia en la construcción y mantenimiento de la arquitectura. Pero el iraní reconoció el código lógico cuando lo vio, y buscó hasta el nivel del código fuente señales de alerta que indicarían que McKell había tomado atajos o había omitido partes necesarias que impedirían que su programa realmente funcionara.

Le hizo algunas preguntas al estadounidense, quien respondió amablemente.

Finalmente, Mohammed expulsó el dispositivo de su computadora y dijo: “Estoy satisfecho. Gracias."

“No, Negro. Gracias. Fue muchísimo trabajo, pero ahora viene la parte divertida. Continúe y transfiera el resto del dinero”.

Mohammed cerró su computadora portátil, puso todo en su mochila y se levantó del escritorio.

“El dinero”, repitió McKell.

Mohammed levantó las manos a modo de disculpa. "No hay más dinero".

El hombre gordo que estaba en la cama parecía genuinamente confundido. “¿Qué quieres decir con que no hay dinero? Más vale que haya mucho dinero.

“Espero que hayas gastado los cien mil haciendo algo agradable. No habrá más transferencias”.

Los ojos de McKell se abrieron como platos. No sintió peligro, sólo una traición. “Mira, Negro. Parece que lo olvidas. Traje refuerzos. No me jodas o las cosas se pondrán feas”. Se volvió hacia la puerta. "¡Eddie!"

La puerta de la habitación se abrió rápidamente y el gran ex ala cerrada llenó la entrada al rellano, pero sólo por un momento. McKell vio el agujero irregular en la frente de su amigo justo cuando su cabeza se inclinaba, y luego Eddie cayó de bruces en la habitación. La parte posterior de su cráneo casi había desaparecido. Materia cerebral y sangre estaban apelmazadas en el cabello alrededor de otro agujero irregular, pero éste era diez veces más grande que el de su frente.

McKell miró el cuerpo y luego miró hacia la puerta. Eddie había sido retenido por dos hombres que ahora estaban en el rellano. Eran mucho más pequeños que Eddie, pero aún eran mucho más grandes que Black, que ahora estaba justo al lado de Phillip McKell.

Los dos nuevos hombres entraron en la habitación. Mientras McKell estaba sentado en la cama, todavía desorientado por el rápido giro de los acontecimientos, uno de los dos hombres buscó debajo de su abrigo de cuero negro y sacó una pistola larga con un silenciador en el extremo. Lo levantó hasta la frente de McKell.

MOHAMMED NO SABÍA los nombres reales de sus cuatro hombres encargados del cuerpo de Quds. No había ninguna razón oficial para esto; sus identidades no estaban por encima de la autorización de seguridad de un mayor de la Guardia Revolucionaria. En cambio, Mahoma les había dicho a los hombres cuando los encontró en Teherán que le dieran el nombre de la ciudad de su nacimiento, y él los llamaría por la ciudad. Le resultó más fácil recordar, explicó.

De modo que Mohammed conocía a los cuatro hombres sólo como Shiraz, Kashan, Ormand e Isfahan. Ellos, a su vez, lo conocían sólo como Mahoma, lo cual les resultaba bastante fácil de recordar, ya que dos de los cuatro hombres Quds se llamaban ellos mismos Mahoma.

Mohammed saludó con la cabeza a Shiraz y Kashan, luego se levantó de su silla frente al escritorio y se sentó junto al gordo estadounidense en la cama. “Felipe. Sí . . . Sé quién eres. Phillip McKell. Cuarenta y tres años, soltero, desempleado. Ahora es el momento de que te des cuenta de tu situación. No se le pagará, pero aún puede optar por alejarse de esto con su vida. Realmente espero que esa sea la elección que hagas”.

El rostro de McKell se había puesto blanco.

En farsi, Mohammed habló con Shiraz. "Esperamos un momento y morirá solo". Los hombres permanecieron impasibles, sin reírse de la broma.

McKell escuchó las palabras y luego soltó una pregunta ronca. “¿Eres árabe?”

Mohammed miró a los otros dos hombres. En inglés dijo: “Americanos. No hay comprensión cultural”. Se volvió hacia McKell. “Soy de la República

Islámica de Irán. No un árabe. Un persa".

"Tú . . . ¿No estás con Anónimo?

Mohammed se encogió de hombros y sonrió disculpándose. "A veces lo soy. Cuando sea conveniente para mi trabajo. Ellos y otros grupos como ellos lo son. . . ¿cuál es el término? Idiotas útiles". Mohammed volvió a encogerse de hombros, en señal de arrepentimiento. "No muy diferente a ti."

"¿Qué deseas?"

"Oh, en realidad, tengo lo que quiero. Ya me lo diste. Sólo ahora necesito saber que funcionará. Esperamos intentar la brecha en las próximas cuarenta y ocho horas. Te mantendrán aquí mismo. Mis amigos se quedarán contigo. Si hay algún problema con el incumplimiento. . . cualquier problema, se les ordenará que lo castiguen y que se tomen su tiempo para hacerlo. Espero que no llegue a esto".

"Ay dios mío."

"Me iré, y cuando sepa si su software funcionó como se describe, me comunicaré con mis amigos aquí y les daré una de dos órdenes. O sigues viviendo o mueres de forma muy lenta y desagradable".

Los ojos de McKell se nublaron y sus labios temblaron.

"Ya ves, me voy ahora con el disco, y esta es tu última oportunidad de decirme si omitiste algo, pusiste algo o le hiciste algo que lo dejara ineficaz".

Ahora Phillip McKell empezó a llorar.

Mohammed miró incómodo durante casi un minuto.

Finalmente McKell habló, entre sollozos y gorgoteos de mocos en la garganta. "No es una trampa. ¡Juro por Dios que funcionará! Puso su cabeza entre sus manos y comenzó a lloriquear abiertamente. "Por favor. Por favor, déjame ir".

Mohammed simplemente hizo una mueca de malestar y luego miró a Shiraz. En farsi dijo: "Le creo".

Shiraz asintió, dio un paso adelante y presionó la punta del silenciador de

su Glock en la parte superior de la cabeza del hombre sentado. McKell se quitó las manos de la cara rápidamente y comenzó a gritar, pero el agente de la Fuerza Quds le disparó a quemarropa.

Cayó muerto al suelo a los pies de la cama, la sangre goteaba de su boca y de sus fosas nasales y los iraníes comenzaron su trabajo. Shiraz y Kashan recogieron las pertenencias personales de los dos estadounidenses muertos y se llevaron todo lo que pudiera usarse para identificarlos. Luego levantaron a ambos hombres del suelo y los acostaron en la cama tamaño king.

Mientras esto sucedía, Mohammed permaneció cerca de la pared junto al baño, con los ojos fijos en los cuerpos. Mientras contemplaba a los muertos, llamó con su teléfono móvil a Isfahán, que apareció en la puerta con un par de botellas de refresco de dos litros en las manos. Abrió la primera botella y comenzó a verter gasolina sobre la cama, y le entregó la otra botella a Kashan, quien la tomó y la vertió sobre todos los cuerpos, teniendo cuidado de empapar bien cada prenda de ropa.

Cuando terminaron su trabajo, Shiraz se dirigió al comandante de la operación. “Mohammed, deberías ir al coche. Ormand está esperando. Estaremos justo detrás”. Mohamed meneó la cabeza, sin dejar de mirar los cadáveres. “Dame el encendedor. Quiero hacerlo”.

“Señor, hay muchos humos. Subirá rápidamente. Será mejor que...

Mohammed extendió una mano. "Por favor. Quiero hacerlo”. Shiraz miró a los demás. Encogiéndose de hombros, dijo: “Claro. Por supuesto. Pero quédate en la puerta abierta y tíralo. Las llamas pueden ser impredecibles”.

Los tres agentes de la Fuerza Quds salieron al rellano y comprobaron la zona, luego miraron hacia abajo para asegurarse de que Ormand todavía estaba allí, al volante del Chrysler de cuatro puertas en funcionamiento. Cuando estuvieron satisfechos de que todo estaba en orden, Shiraz sacó su encendedor Zippo del bolsillo y se lo tendió a Mohammed.

"¿Está seguro?" preguntó.

"Por supuesto. ¿Por qué no?" Mohammed tomó el encendedor con mano temblorosa e hizo lo que sugirió el agente de la Fuerza Quds, parándose en la puerta, y luego arrojó el encendedor encendido sobre la cama. Estalló en llamas y luz, y Mohammed permaneció allí observando durante varios

segundos, mientras los cuerpos eran envueltos en el infierno.

"¿Señor?" Shiraz dijo desde atrás. "¡Debemos irnos inmediatamente!" Mohammed observó el fuego que avanzaba rápidamente, la muerte y la destrucción que había causado, hasta el momento en que Shiraz le puso la mano en el brazo y lo sacó suavemente de la puerta. Luego, el oficial de Quds cerró la puerta de la habitación (que ya estaba completamente invadida desde el baño de atrás hasta las cortinas de la ventana delantera) y empujó al pequeño mayor de la Guardia Revolucionaria hacia el hueco de la escalera, con los otros dos hombres a la cabeza.

15

ETHAN ROSS CORRIÓ por las calles caras de Georgetown en un gélido amanecer, pasando por casas adosadas, elegantes tiendas y cafeterías que aún no habían abierto durante el día. Había varios corredores en la acera con él, incluso ahora a las seis de la mañana. Al igual que Ethan, la mayoría llevaba zapatillas caras para correr, pantalones de compresión para climas fríos, capas base y guantes. Prácticamente nadie tenía más de cuarenta años y prácticamente todo el mundo llevaba auriculares en los oídos. Pero en lo que a Ethan concernía, las similitudes terminaban ahí. Dudaba que alguno de ellos tuviera a Joan Baez tocando sus auriculares como él. También dudaba seriamente que alguno de los otros corredores aquí en Georgetown planeara pasar por un punto predeterminado en el vecindario para buscar una señal secreta que indicara que la reunión en el bosque para más tarde en la mañana era un éxito.

Ethan no había dormido nada bien. Su polígrafo estaba programado para las tres de la tarde, y aunque sabía objetivamente que tenía las habilidades que necesitaba para superarlo, su armadura siempre había sido su impenetrable confianza. Su armadura había recibido un duro golpe, y esta inseguridad desconocida resultó en su ataque de nervios y falta de sueño.

A las seis y diez pasó junto a la boca de incendios verde delante de Gap Kids, en la esquina de Wisconsin y N Street. Lo miró rápidamente mientras pasaba corriendo. Creyó haber visto la reveladora marca de tiza, pero no estaba seguro, así que aceleró su carrera y se detuvo por completo. Se quedó allí, fingiendo un aire de indiferencia mientras pretendía estirar las pantorrillas apoyándose en el hidrante, y mientras lo hacía se inclinó y lo examinó con atención.

Sí, se había hecho una clara marca de tiza blanca en la parte superior del dispositivo de hierro.

Su plan había sido continuar por N Street y hacer un gran círculo de regreso a su casa, pero ahora que sabía que tenía que reunirse con Banfield antes del trabajo, interrumpió su carrera y giró para regresar a Wisconsin.

Fue una maniobra ridícula, pero nadie estaba mirando y se salió con la suya.

ETHAN LLEGÓ A FORT Marcy Park a las ocho de la mañana y aparcó en el pequeño aparcamiento situado a poca distancia del Volkswagen de Harlan Banfield. Bajó de su Mercedes y caminó rápidamente colina arriba a través de la helada mañana con las manos hundidas en los bolsillos de su gabardina de lana. El sendero hasta el punto de encuentro serpenteaba alrededor de un espeso bosquecillo de árboles, por lo que no fue hasta que Ross giró la curva que se detuvo en seco.

Harlan Banfield estaba allí, de pie junto al cañón, y no estaba solo. Con él estaba una mujer de cabello negro, largo y rizado. Llevaba un abrigo negro y estaba de pie con las manos hundidas en los bolsillos. El vapor de su respiración flotaba alrededor de su rostro, oscureciendo su apariencia.

Ethan sintió una rápida punzada de pánico y su rostro enrojeció de ira y confusión. Su primer pensamiento fue que el FBI estaba allí, entre los árboles, e iban a derribarlo al suelo y llevárselo a rastras. Miró a su alrededor, medio esperando el omnipresente sonido generado en Hollywood del chasquido y ruido de las armas cuando le apuntaban.

Pero no se oyó ningún sonido salvo el estruendo de un gran camión que avanzaba por Chain Bridge Road unos cien metros más adelante a través del bosque.

Banfield llamó a Ross, con la mano en alto y haciéndole señas para que siguiera adelante. “Está bien, Ethan. Todo está bien. Ven aquí, tengo a alguien a quien me gustaría presentarte”.

Ethan quería darse la vuelta y correr de regreso a su auto, pero no vio ninguna posibilidad de escapar si se trataba de algún tipo de trampa. Se obligó a continuar hacia el cañón y las dos personas que lo esperaban allí.

Había llegado hasta la mujer antes de reconocerla. La había visto en la televisión y en Internet, y una vez la había visto en persona en Berlín.

Ella extendió su mano y Ethan la estrechó. "Mi nombre es Gianna Bertoli".

"Sé quién eres". Su ira disminuyó rápidamente, pero su preocupación permaneció. Mientras miraba una vez más hacia los árboles, dijo: “Vi tu película. Admiro el trabajo que haces por la causa”.

Ella sonrió. "Gracias, pero eres tú quien merece admiración".

Después de un silencio incómodo los tres se sentaron en el pequeño banco.

Ethan tosió nerviosamente. "Espero que no hayas venido a filmar un documental sobre todo esto".

Ella sacudió la cabeza con una sonrisa. "No. Por supuesto que no. Acabo de llegar anoche de Ginebra. Estoy aquí para asegurarle personalmente que lo cuidaremos durante esta investigación".

"Entonces supongo que eso te convierte en el jefe del Proyecto de Transparencia Internacional".

Su sonrisa se amplió y asintió. "Mientras trabajaba en el documental obtuve una mirada íntima a cada aspecto del Proyecto. Conocí a todos los jugadores. Llegué a respetar el trabajo que hacían. Dio la casualidad de que me pidieron que tomara las riendas después de que el exdirector enfermara de salud, y fue un honor hacerlo". Ella sonrió. Era tan encantadora como la recordaba de Berlín. "Es un papel que mi trabajo cinematográfico facilita y complica al mismo tiempo".

Ethan respiró vapor en la fría mañana. "Estás aquí porque Harlan te habló del polígrafo".

Ella sonrió. "Él lo mencionó. Y sé que también mencionó que pasarás el polígrafo tan pronto como te des cuenta de que no tienes nada que ocultar".

"Le pido disculpas, señora Bertoli, pero tengo algo que ocultar".

"Pero no es culpa ni nada de qué avergonzarse. Usted no tuvo ningún papel en lo que pasó en la India. Estoy aquí para garantizarte eso. Fue simplemente mala suerte. Mala suerte para todos".

Banfield metió la mano en su abrigo y sacó tres frascos de plástico pequeños y sencillos, cada uno de los cuales contenía varias pastillas. Dijo: "Estos ayudarán. Los dos primeros son sertralina y clonazepam. Te relajarán. Querrá tomar las pastillas esta mañana, tan pronto como pueda, para ver cómo le afectan. Pon a prueba tu discurso. Un buen examinador de polígrafo puede determinar si te estás dopando para superar la caja. Sólo toma uno cada uno. Esto no debería sedarlo demasiado. Tome uno más de cada media

hora antes del examen".

"¿Y la otra botella?"

"Glicopirrolato. Inhibirá su capacidad de transpirar. Tómate dos pastillas ahora y eso debería cubrirte para el resto del día".

Ethan tomó los frascos de pastillas que le tendía Banfield y los metió en el bolsillo de su abrigo de lana, pero sus ojos permanecieron en la mujer italiana. "No habrías venido si no estuvieras preocupado. Crees que fracasaré, ¿no?

"Por el contrario, si te arrestan, serás una causa perdida para mí. Si pensara que eres una causa perdida, no estaría aquí. Tengo toda la intención de sacarlo de este problema a corto plazo y devolverlo al importante trabajo que está haciendo. Hemos invertido mucho en usted en el Proyecto. Tenemos muchos denunciantes trabajando para nosotros". Ella le guiñó un ojo. "Pero tú eres nuestra estrella de rock".

Ethan se consideraba inmune a los encantos de los demás. Trabajando como diplomático, había tratado con cientos de personas a lo largo de su carrera que intentaron utilizar su carisma para cautivarlo y así controlarlo.

Esas tácticas rara vez funcionaban con Ethan.

Pero Bertoli era diferente. Transmitía a la vez un aire sexy, maternal, inteligente y compasivo. Transmitía una apariencia de calma y control. Ethan se sintió atraído por su magnetismo.

Ella dijo: "Quiero que sepas que estamos preparados para hacer todo lo que sea necesario, sin ninguna restricción, para protegerte. Los denunciantes como usted merecen nuestros servicios mientras los necesiten". Y añadió: "Estarás a salvo".

"Gracias."

"Sin embargo, hay algo que puedes hacer para ayudarte a ti mismo".

"¿Qué es eso?"

"Crea un as en la manga".

"No entiendo."

Bertoli le sonrió. Simpático. Compasivo. “Sí, lo haces. Me refiero a que tomes información de carácter sensible de los archivos donde trabajas. Algo condenatorio. Y luego lo cifra y lo mantiene listo para usarlo como una tarjeta para salir de la cárcel si surge la necesidad”.

Ethan Ross miró hacia el bosque. "Estás hablando". . . estás hablando de un rasguño”.

Banfield miró de un lado a otro entre los dos. “¿Un rasguño?”

Ross dijo: “Quiere que obtenga todos los datos clasificados que pueda tener en mis manos. Guárdelo en algún tipo de dispositivo portátil y protegido”. Su voz se quebró. “Y luego seguir adelante”.

"No", dijo ella. “No es necesario que corras ahora, pero sí debes estar preparado. Es la única manera, Ethan. Obtener algo de los archivos de naturaleza clasificada que, si se revela, podría causar más problemas al gobierno estadounidense de los que está dispuesto a afrontar. No estoy hablando de compartirlo con nadie. Ni siquiera yo. No, esto es sólo para ti. Sólo por tu propia seguridad. Si necesitas protegerte, puedes tenerlo listo para agitarlo delante de sus narices”.

“No soy tan ingenua, señora Bertoli. Si el FBI se entera de lo que hice, entonces estoy jodido”.

“Es Gianna. Y es ingenuo pensar que el FBI no pone la otra mejilla cuando un objetivo crea más problemas de los que vale. Lo he visto suceder. Lo mantienen en silencio, por supuesto. Nadie admite que abandonaron una investigación porque un objetivo tenía algo sobre sus cabezas, pero sucede”.

Ethan dijo: "Ni siquiera sé raspar".

Gianna buscó en su bolso. "Traje algo conmigo de Europa". Levantó una memoria USB amarilla, sólo un pequeño rectángulo de plástico con un conector USB. En él estaba escrito NASCAR.

Ross no entendía por qué estaba marcado con publicidad de carreras de autos stock, pero sabía exactamente qué era, y su arrogancia significaba que necesitaba decírselo.

"Eso es un rastreador".

La suiza asintió solemnemente con la cabeza.

Banfield todavía estaba al margen de esto. Como periodista, se ocupó de fuentes y pistas. No piratería informática. "¿Qué hace?"

Ross respondió: “Sra. Bertoli quiere que introduzca esto en el NSC y lo conecte a un puerto de mi computadora. Enviará un programa parecido a una araña y extraerá datos. Luego lo colocará todo en un archivo en el servidor y lo extraerá. ¿Cuántos datos?” preguntó.

"Eso es uno punto dos terabytes".

Ethan susurró: "Mierda". Miró la memoria USB más de cerca. "¿Sabes que funcionará?"

“Funcionará. Fue creado por ex empleados de la NSA. Personas que saben cómo explotar la red Intelink-TS, pero personas que ya no tienen acceso al sistema”.

Banfield dijo: “Así que cualquiera que pueda acceder a una computadora de la Casa Blanca puede conectarla y…”

Ethan lo interrumpió. "No. Necesita el acceso de administración adecuado”.

Gianna dijo: “Y sabemos que puedes obtener ese acceso. Estamos muy impresionados con sus habilidades informáticas”.

Ethan suspiró. "Insultarás mi inteligencia si finges que no sabes que estoy saliendo con un experto en seguridad informática que trabaja para un contratista del gobierno".

La sonrisa de Gianna ahora se volvió de disculpa. “Lamento la fachada. No estaba seguro de cómo lo tomarías si supieras que te investigamos. No mucho, sólo un poco”.

“Simplemente hace que su organización parezca competente. Eso es importante para mí, especialmente en estos momentos”. Suspiró de nuevo, todavía pensando en la posibilidad de sufrir un rasguño. "Tengo una manera de hacer esto, pero si me descubren, asumirán que ella me ayudó".

"No hay ninguna razón para que se descubra a menos que se lo revele a las autoridades, y sólo se lo revelará a las autoridades si lo necesita como moneda de cambio".

Gianna se suavizó. “Por supuesto, Ethan, soy parcial porque te tengo cariño. Pero aquí debes pensar en tu propia supervivencia. Eva estará bien. Si necesita su tarjeta para salir de la cárcel, será sólo porque ha sido descubierto. Si lo han descubierto, significa que saben que accedió a la red. No Eve Pang”.

“¿Qué está diseñado para exfiltrar el rastreador?”

"A NOSOTROS. activos proxy de inteligencia en todo el mundo”.

"¿Por todo el mundo?"

"Correcto."

Ethan sacudió la cabeza enfáticamente. “No entiendes mis motivos. La información que he pasado se ha hecho por motivos ideológicos. Causas en las que creo. No soy enemigo del Estado. No soy un hacker con granos que quiere extraer todos los secretos de Estados Unidos para publicarlos en Internet. Tengo quejas específicas con la administración en el poder y estoy trabajando contra objetivos específicos. No Estados Unidos en sí”.

“Como dije, esta es tu decisión. Pero tengo cierta experiencia en la protección de patriotas valientes como usted, y mi sugerencia surge de muchos años de experiencia. Nueve de cada diez veces es completamente innecesario, pero de todos modos consideré prudente hacer la sugerencia. Sólo recuerde, si más adelante decide que necesita huir, puede que sea demasiado tarde para acceder a los datos que necesita. El gobierno bloqueará su acceso a redes seguras si tienen alguna sospecha de su denuncia de irregularidades”.

El rostro de Ethan se ensombreció y se inclinó hacia Bertoli. “¿Es por eso que viniste? ¿Para que saque más información de la red antes de que me arresten? ¿Para obtener una pieza más de información antes de que no valgo nada para ti?

“Tu imaginación es muy vívida. No, Ethan. No es por eso que estoy aquí. Te lo digo, no quiero la información que tomas”.

Ethan se puso de pie, una forma de terminar la reunión. “No necesitaré el rastreador, porque no necesitaré un as en la manga. Voy a ganarle a la caja, los G van a pasar a otra cosa en unos días y todo el asunto quedará olvidado. Créame, sigo teniendo el control de esta situación”.

Si Gianna estaba decepcionada, hizo un buen trabajo ocultándolo. “Por supuesto, Ethan. Y estamos aquí a su servicio”.

Ethan les estrechó la mano a los dos y luego los dejó allí entre los árboles.

Volvió sobre sus pasos hasta su vehículo y condujo de regreso a D.C. Se tomó varias pastillas de Banfield y se las tragó con la garganta que por alguna razón se había secado.

DOMINIC CARUSO DESPERTÓ a las nueve, tarde para él. Al instante sintió el dolor en la cabeza, la rigidez en las costillas y el escozor persistente de la herida en el brazo.

Se sentó y se frotó la cara. Su carácter, en todo caso, era peor ahora que antes de salir de su apartamento anoche. Más que nada, estaba enojado consigo mismo por enfrentarse a los tres imbéciles del bar. No porque no lo merecieran, sino porque su compromiso debería haber sido su trabajo clandestino con The Campus, y la instigación de peleas de bar no figuraba en ninguna parte de la declaración de misión de The Campus.

Lo que hizo anoche fue un compromiso potencial para su organización; fue tan simple como eso.

Sintió que merecía algo de dolor y penitencia por su comportamiento, así que después de una ducha rápida se vistió para correr por la mañana y salió por la puerta hacia el frío.

Corrió hacia el oeste por Rhode Island; A su alrededor, los peatones matutinos llenaban las calles, junto con otros corredores. El tráfico de vehículos estaba congestionado y tuvo que correr en casi todas las farolas durante las primeras cuadras.

Tomó la calle M durante un rato, y luego New Hampshire hasta la K, y luego continuó hacia el oeste hasta Georgetown.

La primera carrera de Dominic desde su lesión en India no fue un completo desastre, pero rápidamente se dio cuenta de que no iba a poder esforzarse. Sus piernas estaban bien, no estaba cansado, pero la respiración agitada que provenía incluso de este ligero esfuerzo era un infierno para su dolorida caja torácica.

Corrió a través de Georgetown y tomó el sendero Chesapeake y Ohio Towpath, y tomó este hacia el oeste, a lo largo del río Potomac. Había otros corredores en el camino aquí, y aunque seguramente estaba en mejor condición física que la gran mayoría, se movía más lento que muchos para mantener su respiración mesurada y tranquila.

A su izquierda, en el brillante cielo azul, los aviones se alineaban sobre el

río Potomac y seguían las curvas del río en dirección al aeropuerto nacional Ronald Reagan de Washington hacia el sur. Dom sabía que este era el acercamiento visual fluvial a la pista 19, y mientras los aviones aterrizaran desde el norte y las condiciones fueran VFR, estos aviones se deslizarían por el cielo despejado durante todo el día. Los vio acercarse y eso le distrajo de sus problemas durante todo el camino hasta el embalse de Georgetown.

Aquí se dio la vuelta y comenzó a regresar a casa.

Corriendo hacia el este, no tenía aviones para ocupar sus pensamientos y su mente vagaba. Estaba de regreso en la India, aspirando el opresivo calor de la noche, el barro pegado a sus tobillos y el agua del lago en sus fosas nasales.

Entonces él y Arik se toparon con la furgoneta de la lechería.

Sacudió la cabeza en un vano intento de vaporizar las imágenes, y aceleró el paso para agregar a la mezcla ácido láctico ardiente en sus muslos para ayudarlo a enfocar sus pensamientos en el aquí y ahora.

Dom dejó el camino de sirga y se dirigió hacia el norte, hacia el campus de la Universidad de Georgetown. Estaba bombeando a gran velocidad ahora, tratando de empujar durante unos minutos más a pesar de que su pecho palpitaba y dolía. Corrió por las calles alrededor del campo de fútbol, planeando dar una vuelta más antes de reducir el paso y caminar, pero delante de él apareció la banda de animación de la Universidad de Georgetown. Comenzaron a cruzar la calle frente a él para subirse a una fila de autobuses junto al campo. Decenas de hombres y mujeres jóvenes vestidos de calle llevaban sus instrumentos, música, mochilas y equipaje con ruedas. Eran una operación lenta, por lo que Dom detuvo su carrera, no queriendo luchar a través de ellos, se giró y regresó por donde había venido.

Casi de inmediato se dio cuenta del coche.

Un Mazda gris de cuatro puertas, de algunos años de antigüedad y completamente anodino, había estado girando hacia la carretera universitaria de dos carriles, cincuenta metros detrás de él. Justo cuando Dom lo miró, el conductor del vehículo pareció cambiar de opinión y giró a la izquierda por las canchas de tenis.

Dom fue entrenado para notar cosas como esta. Siguió corriendo hacia la

intersección, pero al hacerlo consideró la posibilidad de que su cambio de dirección hubiera provocado la maniobra brusca del coche. Se preguntó si el auto acababa de ver la banda obstruyendo el camino y por eso había dado media vuelta. Dom miró por encima del hombro para comprobar esto y vio que la banda estaba protegida de la intersección por una fila de autobuses estacionados en la curva a lo largo de la cerca hacia el campo de fútbol.

Sin nada más que hacer, el coche quedó para él poco más que una curiosidad, y siguió corriendo hacia el este.

Cinco minutos más tarde terminó su carrera hacia Wisconsin. Sabía que no tenía fuerzas para regresar a su condominio, así que comenzó a caminar por Georgetown. Decidió tomar un café con leche y un croissant en una panadería y luego tomar un taxi de regreso a casa.

Entró en la panadería y se puso en fila detrás de una docena de hipsters. Mientras esperaba, miró por la ventana hacia la calle. Thomas Jefferson estaba casi vacío de tráfico en ese momento, pero por capricho estiró el cuello hacia adelante y hacia atrás. Ladeó la cabeza sorprendido cuando vio un Mazda gris de cuatro puertas detenerse al otro lado del camino de sirga, una cuadra hacia el norte, apenas visible a través de la ventana. Se parecía al coche que había visto en la universidad quince minutos antes, pero no estaba seguro. Se reprendió a sí mismo por no estar en su juego y prestar más atención.

Salió de la panadería con su desayuno, todavía pensando en el Mazda gris. Ya no estaba estacionado cerca del camino de sirga, pero decidió comprobar si lo seguía o no caminando por el camino de sirga para ver si aparecía en la siguiente calle. Caminó lentamente sobre Thomas Jefferson mientras sorbía y comía, luego giró hacia el camino de sirga y desapareció de la calle. Esto lo protegió durante una cuadra, por lo que sabía que si estaba bajo vigilancia, cualquiera que lo observara tendría que reposicionarse en algún lugar antes de su dirección de movimiento. Tiró su café con leche a un cubo de basura y echó a correr con el croissant en la boca, con la esperanza de adelantarse a cualquiera mientras se reposicionaban en una vigilancia estática.

Cuando llegó a la calle 29 no vio nada fuera de lo común. Aquí no había estacionamiento en la calle y no vio vehículos detenidos al costado de la carretera de dos carriles. Pasaron algunos peatones, pero un vistazo rápido a ellos los descartó como vigilancia obvia.

Dom cruzó la calle 29 y continuó por el camino de sirga, comió algunos bocados del croissant (aunque estaba bajo vigilancia todavía tenía apetito) y estaba a medio camino del final cuando rápidamente se detuvo y revirtió su ruta. Casi se apresuró a regresar a la calle 29, salió a la calle desde el este y vio el Mazda gris detenido junto a la acera, mirando hacia el sur. Los dos hombres que iban en el coche, ambos en los asientos delanteros, tenían la vista mirando hacia el oeste, hacia el camino de sirga.

Habían juzgado su sincronización por la velocidad a la que había caminado sobre Thomas Jefferson, y al correr por el camino de sirga pudo acercarse sigilosamente a ellos por detrás.

Dom sabía que debería haberlos observado durante unos minutos para ver si podía tener alguna idea sobre quiénes eran, pero la cola lo indignó y su naturaleza impetuosa ganó. Cruzó la calle corriendo y golpeó con los nudillos la ventanilla del lado del conductor, sorprendiendo a los dos hombres que miraban en la dirección opuesta. Lentamente la ventanilla bajó. Un conductor de mediana edad, con cabello canoso y tez mediterránea, le devolvió la mirada con ojos cansados y avergonzados.

Dom preguntó: "¿Por qué me sigues?"

"No sé de qué estás hablando". Su acento era fuerte y algo familiar, pero Dom no pudo identificarlo de inmediato. Dom metió la mano rápidamente y sacó las llaves del contacto. Mientras retiraba la mano con las llaves, el conductor extendió la mano y puso la mano de Dom en una llave de muñeca sorprendentemente fuerte y segura.

Dom se dio cuenta de que todavía sostenía el croissant en su mano izquierda. Lo dejó caer, metió la mano en su cintura y sacó un pequeño cuchillo Ka-Bar con forma de gancho de una funda con cierre que colgaba de la cintura de su ropa interior y pantalones cortos. Llevó la gruesa espada de color negro mate a la gruesa garganta del hombre mayor. Su propia mano derecha todavía estaba apretada con una llave dentro del auto.

El hombre en el asiento del pasajero alcanzó su propia cintura ahora, Dom pensó que iba a por un arma.

Dom empujó el cuchillo con más fuerza contra la garganta del conductor con su mano izquierda.

“¡Tú dibujas y yo lo corto!”

El pasajero levantó ambas manos de su cintura y las levantó en el aire. Con un acento parecido al del conductor, dijo: “No es necesario, señor Caruso. Somos amigos”.

“Conozco a mis amigos y no a ti. ¿Quién eres y por qué diablos me sigues?

El conductor de mediana edad soltó el brazo de Dom. "No tenemos autoridad para hablar con usted".

"Entonces, ¿quién lo hace?"

"Sí."

Dom se giró ante el sonido de la voz del hombre detrás de él. Allí, de pie en la acera, estaba el mismo caballero de aspecto distinguido que había visto tomando un Manhattan en The Pig la noche anterior. Ahora llevaba un abrigo color camel largo y una gorra de conducir.

"¿Tú?"

“Por favor, Domingo. Guarda el cuchillo antes de que alguien por aquí llame a la policía.

Dom enfundó el Ka-Bar de mala gana y lo cubrió con su sudadera.

"Muy bien. ¿Por qué no damos un breve paseo por el camino de sirga? Parece que te gusta esta ruta. Responderé a tus preguntas mientras paseamos”.

CAMINARON DE REGRESO hacia el oeste, en silencio porque un club de atletismo con dos docenas de corredores pasaba de uno en uno y de dos en dos. Cuando los corredores desaparecieron en una curva y los dos hombres volvieron a tener el camino de sirga para ellos solos, Dom dijo: “Está bien, estamos caminando. Empieza a hablar”.

El hombre mayor dijo: “Mi nombre es David. Trabajo para el gobierno israelí”.

"Te refieres a la inteligencia israelí".

"Sí."

"Te refieres al Mossad".

"Tal vez."

“¿Me has estado observando desde anoche?”

"Sí. Estuviste muy impresionante”.

Dom dejó de caminar. “¿Qué hice que te impresionó?”

El israelí soltó una carcajada. “Los tres hombres que enviaste con tus conocimientos de Krav Maga, por supuesto. No nos impresionó mucho cuando llevaste a la encantadora joven llamada Jennifer de regreso al Loews Madison y luego le dijiste buenas noches en el vestíbulo para que pudiera irse a la cama sola”.

"No es que sea de tu incumbencia, pero su nombre era Mónica".

David se echó a reír. “No, fue Jennifer Hartley. Ella te dio un nombre falso. Eso es rico. Supongo que ustedes dos realmente no tienen mucho futuro”.

“¿Ella estaba contigo?”

"No. Pero la investigamos”.

Dom consideró esto. “¿Entonces no organizaste eso anoche? ¿Algún tipo de altercado para poner a prueba mis habilidades y luego una trampa para usar en mi contra?

“¿Configurarlo? Por supuesto que no. No somos promotores de peleas y no somos un servicio de citas. Te estábamos observando y luego mirándola a ella, tratando de descubrir para quién trabajas exactamente. Ya sabíamos que usted sabía pelear, porque sabemos que se entrenó bajo la tutela privada del coronel Yacoby”. Él se encogió de hombros. “Pero créame, señor Caruso. No nos importa en lo más mínimo si sabes hacer el amor.

"Está bien", respondió Dom con inquietud, todavía sin tener idea de lo que estaba pasando.

David comenzó a caminar de nuevo y Dom siguió su ejemplo.

David dijo: “Su altercado de anoche generó más preguntas de las que respondió. No parece que estés tratando de mantener ningún tipo de cobertura. Desde una perspectiva profesional, tomaste algunas decisiones terribles”.

Dominic bajó la cabeza, avergonzado, pero no respondió.

David continuó. “Así que no creo que estés trabajando aquí en D.C. Creo que te han dicho que te tomes un tiempo para ti mismo. De hecho, sospecho que sus líderes, sean quienes sean, lo han ordenado después de lo ocurrido en Paravur”.

Dom no iba a confirmar nada sobre su empleador, pero no cuestionó el comentario. "Lamento decepcionarte con mi oficio".

“No estoy decepcionado. Me siento aliviado. Me ayudó a llegar a una conclusión útil”.

“¿Qué conclusión?”

“Mi conclusión es la siguiente: estás enojado. Furioso por lo que le pasó a Arik. Te está consumiendo. Recurres a otras salidas para canalizar tu ira, pero sólo una cosa te proporcionará un consuelo real”.

“¿Eras amigo de Arik?”

"Un viejo colega".

“¿Era el Mossad?”

“Yo no dije eso. Yo era las FDI. Era de las FDI”.

“¿Eras Shayetet Trece?”

David sonrió. “Yo tampoco dije eso. Haces muchas preguntas. Simplemente dije que era un antiguo colega de Arik Yacoby. Así como no te preguntaré más sobre para quién trabajas, te exigiré que no me preguntes nada más sobre mí”.

“Preguntaré esto. ¿Qué es lo que quieres?

“En resumen, quiero. . . queremos, lo que quieres. Queremos a la

persona que filtró información sobre la operación contra el SS Ardahan".

Dom se detuvo de nuevo. Pasó un corredor y esperó un momento para hablar. Finalmente dijo: "¿Cómo sabes de la fuga?"

"Su gobierno le dijo a mi gobierno. Hemos pedido que nos informen sobre su investigación. Queremos un nombre y no lo tenemos".

"No sé quién lo hizo. El FBI ni siquiera sabe quién lo hizo".

"Soy consciente de esto. Esperamos que eso pueda cambiar. Esperamos que se identifique al culpable".

"¿Y luego?"

David se encogió de hombros, empezó a caminar de nuevo y Dom lo siguió. David dijo: "Su gobierno está buscando respuestas. Está bien. Pero esperamos que tú, Dominic, busques venganza. Venganza es lo que queremos. Lamentablemente, no podemos hacer nada que ponga en peligro nuestras relaciones aquí en Washington atacando a un funcionario del gobierno de los Estados Unidos. Somos grandes admiradores del presidente de los Estados Unidos, su tío, y esperamos que él también lo sea de nosotros. Eso hace que nuestras acciones aquí sean, cuanto menos, delicadas".

"¿Entonces quieres usarme?"

"Queremos que nos utilices. Logística, información, planificación, equipamiento".

Dom caminó en silencio y pensó en la extraordinaria oferta que le habían hecho. Su mente cambió de repente.

"¿Qué pasó en el SS Ardahan?"

David claramente esperaba esta pregunta y tenía una respuesta lista. "El Ardahan y otros tres barcos se dirigían a Gaza, supuestamente con suministros de socorro. Sabíamos que los otros tres eran señuelos, cargados con alimentos y suministros médicos, pero el Ardahan también llevaba cohetes para Al-Qassam. El coronel Yacoby y su equipo llegaron en helicóptero. Saltaron a cubierta con cuerdas rápidas, pero fueron atacados instantáneamente, atacados con cuchillos y tubos de hierro mientras todavía estaban sujetos a las cuerdas. Los activistas por la paz, si así se les quiere

llamar, le dieron una paliza a varios de los muchachos de Yacoby. Muchos huesos rotos. Dejaron inconsciente a un comando y lo arrojaron por la borda. Nuestra marina lo sacó vivo, pero a duras penas".

"¿Y luego?"

"El coronel Yacoby estaba autorizado a usar fuerza letal sólo en respuesta a fuerza letal. Él y sus hombres defendieron a varios atacantes con nada más que puños y culatas de rifle, pero cuando su hombre fue arrojado inconsciente al mar y un palestino sacó el rifle del comando de la cubierta, Yacoby vio esto y le dio la orden a su equipo para atacar con fuego mortal".

Dom había visto imágenes de vídeo granuladas del evento, tomadas por los manifestantes a bordo del Ardahan. Hombres rana vestidos de negro y con rifles de cañón corto abrieron fuego contra una cubierta llena de hombres y mujeres vestidos de civil. Al final quedaron nueve muertos y veintidós heridos.

David dijo: "No voy a decir que todo salió según lo planeado. No fue así. Pero no fue la masacre de inocentes lo que la prensa mundial presentó. Arik Yacoby mostró moderación hasta que se dio cuenta de que esa moderación haría que mataran a todo su equipo. El barco transportaba cohetes y material para fabricar bombas para Hamás, escondidos en depósitos de fórmula para bebés. La confiscación del equipo en alta mar redundaba en beneficio de los intereses de seguridad nacional de nuestra nación. Somos . . . cómodo con lo que pasó".

Dom pensó en Arik. Creía que habría hecho todo lo posible para ejecutar su misión sin pérdida de vidas. Pero también creía que Arik habría hecho cualquier cosa para mantener a salvo a sus propios hombres. Dom dijo: "Mira. Soy un fanático de Israel, en lo que respecta a eso. Y me encantaría poner mis manos alrededor del cuello de este traidor. Pero no estoy espiando para un gobierno extranjero".

David quedó desconcertado. "¿Espionaje? ¿Quién dijo algo sobre espionaje?

"En realidad, no has dicho mucho sobre nada. ¿Qué es exactamente lo que quieres que haga?

"El culpable es un empleado del gobierno de Estados Unidos. Eso es

obvio. No emprenderemos acciones directas contra un empleado del gobierno estadounidense, especialmente aquí en Washington".

"¿Pero lo haré?"

"Podrías. Planeamos tomarnos un tiempo para descubrir si podría sernos útil. No habríamos hablado contigo hoy si no fuera más astuto que mi equipo de vigilancia. Planeábamos observar para ver si estaba operativo. Sabemos todo lo que hiciste en la India para intentar salvar a Arik y pensamos que podría ser importante para ti que se hiciera cierta justicia".

Dom asintió.

David dijo: "Estás solo. Sabemos que te estás aislando para no exponer a tus amigos en este momento".

"¿Y queréis ser mis nuevos amigos?"

David sonrió. "Amigos con beneficios. Pero sin condiciones. Algo así como la oportunidad que dejaste pasar anoche en el hotel Loews.

"No creo que eso se considere una amistad. Eso se llama una aventura de una noche".

"Bueno, entonces. Estoy seguro de que es un fenómeno sobre el que usted tiene algún conocimiento". David buscó en su bolsillo y sacó una tarjeta de presentación. Lo puso en la mano de Dom. "Llámanos si podemos ser de alguna ayuda".

Dom miró la tarjeta. Estaba en blanco, aparte de un número de teléfono escrito a mano con una central de D.C. Dijo: "No prometo nada".

"No quiero promesas. Sólo espero que llames alguna vez".

Dom puso los ojos en blanco. "Tu metáfora de la aventura de una noche es tensa".

David se rió un poco. "Creo que es una buena metáfora de lo que estamos pensando. Cuando surja alguna evidencia contra quien robó los datos, úsanos para tus necesidades".

Dom dijo: "Voy a necesitar echarte un vistazo. Un tipo se me acerca en la

calle y...

"Por supuesto. Conoces a otros oficiales del Mossad. Habla con tus amigos. Ellos responderán por mí. No me conocen. Pero pueden establecer mi buena fe llamando al número que figura en la tarjeta. Los pondré en contacto con las personas adecuadas en Tel Aviv y ellos te devolverán la llamada y te dirán que soy exactamente quien digo que soy".

Ya habían llegado a Wisconsin Avenue, así que abandonaron el camino de sirga. David salió a la calle y un Taurus blanco se detuvo a su lado. Dom recordaba vagamente haber notado el auto cuando corría por el embalse de Georgetown, pero no lo había marcado como sospechoso. Detrás del Taurus estaba el Mazda gris.

Los dos vehículos con los agentes del Mossad se incorporaron al tráfico de la mañana. Cuando el Mazda pasó junto a Dom, el conductor de mediana edad con expresión avergonzada le hizo una mueca.

17

DESDE el momento en que Ethan Ross llegó al edificio Eisenhower a las nueve de la mañana, justo después de su reunión clandestina en Fort Marcy Park, había permanecido encerrado en su oficina, fingiendo que trabajaba manteniendo la mayor distancia posible con su secretaria. Mientras hojeaba libros informativos y borradores de documentos políticos, prácticamente ignoraba las palabras e ideas que tenía delante y, en cambio, utilizaba su fértil cerebro para otros esfuerzos.

De primordial importancia era su necesidad de probar los efectos del clonazepam y la sertralina en su sistema nervioso central antes del polígrafo de esta tarde. Después de una hora para dejar que los medicamentos se disolvieran en su torrente sanguíneo, sintió que estaban estabilizando significativamente su estado de ánimo y también estaba razonablemente seguro de que nadie sería capaz de detectar que había tomado medicamentos para alterar su carácter. Para confirmarlo doblemente, hizo una llamada improvisada a su madre en la costa oeste y charló con ella durante varios minutos. Sabía que ella detectaría cualquier confusión en su voz o cambio en sus patrones normales de habla, y decidió que sería mejor probar su coherencia con ella que con su secretaria u otro personal del Consejo de Seguridad Nacional.

Su madre no mencionó su discurso durante la conversación, por lo que se sintió al menos algo seguro de que el clonazepam y la sertralina harían su trabajo hoy sin amenazar con revelarse haciendo que pareciera como si su boca estuviera llena de canicas.

Y el glicopirrolato sin duda estaba haciendo su trabajo. Si bien no tendría motivos para transpirar en su fresca oficina, se dio cuenta de que tenía la boca incómodamente seca y supuso que se debía a los efectos de la droga. Tomaría otra pastilla antes de la prueba, sólo para estar seguro, y esto contribuiría a su apariencia completamente tranquila e imperturbable.

Mientras estaba encerrado en su oficina, también pasaba sus horas ante el poliestrategia elaborando estrategias para superar la prueba. Había pensado mucho en esto durante el año en que había estado pasando inteligencia al Proyecto y, de hecho, le resultaba divertido inventar juegos mentales y procesos de pensamiento para alterar sus ondas cerebrales.

Durante el tiempo que estuvo denunciando irregularidades, se había sometido a dos polígrafos de rutina y no había tenido ningún problema con ninguno de los dos. Dicho esto, hoy sería mucho más desafiante y sabía que tendría que mejorar su juego debido a la naturaleza específica de las preguntas de hoy.

ETHAN TOMÓ su segunda dosis de los medicamentos a las dos y media; otro glicopirrolato, otro clonazepam y otra sertralina, y luego salió al polígrafo diez minutos antes. Decidió dejar la chaqueta del traje en la silla y agacharse en mangas de camisa. Podría mostrarle que está más relajado y cómodo, y eso podría ayudarle durante el examen. Mientras caminaba por el pasillo de mármol, hizo un balance de su carácter y su situación, y se dio cuenta de que en realidad se sentía muy bien.

Ningún graduado de una universidad estatal con mal traje iba a ser más astuto que él, se dijo Ethan, y esperaba con ansias el desafío que le esperaba.

Los exámenes se llevaban a cabo en una oficina en el tercer piso del edificio Eisenhower, y Ethan no pudo evitar notar que la sala de examen estaba justo al lado de las computadoras de la oficina de administración donde se había colado para acceder a los archivos de la flotilla de Gaza cuatro meses antes. Sospechaba que esto era sólo una coincidencia, esta oficina era el lugar lógico para el examen, por lo que no le causó ninguna consternación real.

Esperó en un sofá en la oficina exterior de la suite mientras otro miembro del personal del NSC se sometía a su propio examen y, mientras esperaba, Ethan conversó con la secretaria. El agente especial supervisor del FBI Darren Albright, que ahora estaba trabajando en una oficina aquí en el edificio Eisenhower, pasó por allí para presentarse, y él y Ross intercambiaron breves bromas. Ethan intentó congraciarse un poco con el cincelado y erguido hombre G, pero Albright era todo negocios; Aparte de un agradecimiento poco sincero por la aparición de Ross en el examen obligatorio, no tuvo mucho que decir y abandonó la habitación poco después.

Unos minutos antes de las tres de la tarde, Walter Pak, subdirector adjunto para Asia Meridional y Central, salió de la sala de examen. Él mismo estaba en mangas de camisa, Ethan se sintió aliviado al verlo, y Ethan también se sintió más cómodo cuando Pak le guiñó un ojo relajado mientras salía de la habitación.

Ethan le devolvió el guiño y luego se levantó del sofá cuando el examinador asomó la cabeza fuera del santuario interior de la suite. “Subdirector Adjunto Ross. ¿Estás listo?" Ethan mostró una amplia sonrisa. “Listo y esperando”.

EL EXAMINADOR era un agente especial del FBI con el nombre étnicamente confuso de Rigoberto Finn. Parecía tener cerca de sesenta años, pero estaba en buena forma, y Ethan no podía decir si el espeso cabello oscuro en su cabeza era suyo o de un excelente peluquín.

Ethan había planeado identificar aspectos del examinador para entablar una conversación amistosa antes de la prueba para ganarse el favor del hombre, pero los contrastes en el agente especial Finn hicieron que Ross perdiera el equilibrio desde el principio.

Finn acompañó a Ethan de regreso a una pequeña oficina sin ventanas, lo sentó en una silla de madera con una almohadilla negra cuadrada en el asiento, y luego el agente del FBI pasó los siguientes minutos conectándolo con todos los sensores utilizados en el examen.

Finn colocó un par de tubos con cables alrededor del torso de Ethan; uno midió la función respiratoria superior y el otro la función respiratoria inferior. Se colocaron tres sensores en sus dedos índice, índice y anular para registrar su EDR, la respuesta electrodérmica o reflejo galvánico de la piel, una medida de su secreción de sudor.

Mientras el examinador del FBI ajustaba el velcro en su lugar, Ethan reprimió una sonrisa. Debido al glicopirrolato, el agente especial Finn podría encerrarlo en una sauna y Ross no sudaría nada hoy.

Por último, Finn colocó un manguito de presión arterial en la parte superior del brazo izquierdo de Ethan.

Ethan también se sentó en un asiento con sensor de actividad. Este dispositivo registraba movimientos corporales mayores y menores, asegurando que el examinador tuviera un registro computarizado de cómo reaccionaba el cuerpo del examinado a las preguntas formuladas.

Finn se puso a trabajar detrás de su computadora, monitoreando las señales para asegurarse de que todo estuviera conectado correctamente y operativo. Dio dos vueltas alrededor del escritorio para ajustar las correas de

los dedos. Ethan se preguntó si a Finn le sorprendió la poca transpiración que detectó en los sensores del EDR incluso antes de que comenzara la prueba.

"¿Todo bien?" preguntó Ethan.

"Muy bien", respondió Finn distraídamente mientras regresaba a su computadora.

Mientras Finn pasó un momento detrás de la computadora portátil en el escritorio revisando algunas de las preguntas, Ethan intentó entablar una pequeña charla con el hombre mayor. Le preguntó a Finn cuánto tiempo llevaba haciendo esto y él, sin levantar la vista de su trabajo, respondió: “Mucho, mucho tiempo. ¿Empezamos?

"Sé mi invitado".

Ross había esperado ganarse un poco más el favor de Finn antes de comenzar la conversación, pero se dio cuenta de que este viejo bastardo canoso no iba a jugar.

Lo que sea, se dijo Ethan. Vamos a hacerlo.

Estaba seguro de que las drogas lo estaban relajando, y esta creencia se alimentaba de sí misma, ayudándolo a mantener bajo su nivel de ansiedad.

El agente especial Finn comenzó el examen previo con una entrevista de referencia, una serie de preguntas simples e incluso absurdas diseñadas para ver cuál sería la respuesta física típica del examinado al mostrar indicios de veracidad o engaño. Estas preguntas de referencia siempre fueron similares. Las primeras se dieron para obtener respuestas que Finn supiera que eran veraces.

“¿Te llamas Ethan Ross?”

"Sí."

“¿Trabaja usted en el Consejo de Seguridad Nacional?”

"Sí."

“¿Vives en los Estados Unidos?”

"Sí."

Después de algunas preguntas más, Finn hizo preguntas que sabía que provocarían una respuesta nerviosa, incluso si el sujeto decía la verdad. “¿Alguna vez has dicho una mentira?”

Ethan dudó un momento. "Sí."

“¿Alguna vez has hecho trampa en un examen, incluso cuando eras niño?”

Otra vacilación. "Sí."

“¿Alguna vez has visto pornografía?”

"¿Quién no?"

“Sí o no, por favor”.

"Sí."

Por último, se formularon algunas preguntas específicamente para obtener un "No", para ver cómo se vería una respuesta negativa veraz en la computadora.

“¿Te llamas Archie Bunker?”

"No."

“¿Tienes una serpiente como mascota llamada Simón?”

"No."

Cada vez que Finn hacía una pregunta, Ross mantenía su rostro tranquilo y pasivo, pero apretaba los dedos de los pies e incluso el esfínter tan fuerte como podía, haciendo todo lo posible para ocultar visualmente la tensión a Finn y al mismo tiempo esperaba activar su sensor. lecturas en la computadora. Al mismo tiempo, dejó que su mente retrocediera hacia su pasado y pensó en recuerdos embarazosos y dolorosos.

Finn hizo otra batería de preguntas básicas, Ethan respondió de la misma manera, pero después de la décima pregunta, Finn frunció el ceño y luego

miró a su sujeto. "Por favor, intenta relajarte".

Ross se dio cuenta al instante de que estaba exagerando. Los sensores estaban leyendo demasiada angustia en las preguntas donde no debería haber ninguna. Estaba tratando de confundir la línea de base, pero en lugar de eso se dio cuenta de que corría el riesgo de agitar una bandera roja al examinador. Lo último que quería era que Finn tuviera motivos para sospechar que había jugado la prueba. Él sonrió, asintió y dijo: “Yo era así en la escuela. Siempre me ponía un poco inquieto el día del examen. Estoy seguro de que ves a mucha gente así”.

Finn miró a Ross por encima de su computadora portátil. “Veo mucho de todo”.

Ethan sonrió, pero el agente del FBI había vuelto a centrar su atención en su computadora y no lo entendió.

Finn terminó la entrevista inicial y pasó a la prueba preliminar, hablando con Ethan durante unos minutos sobre las preguntas siguientes. Una por una, fue repasando la lista de preguntas que haría cuando estuviera en marcha el verdadero polígrafo. Ethan sabía que las preguntas del examen se formulaban antes del examen por dos razones. Uno, una persona inocente se relajaría un poco sabiendo de antemano todo lo que se le iba a pedir. Y dos, una persona culpable sólo se volvería más ansiosa al saber lo que estaba por venir, y los sensores registrarían la reacción intensificada a la pregunta que precede a su engaño.

Una vez que hubo respondido todas las preguntas, comenzó el examen.

Finn habló en un tono lento y mesurado. “¿Planea responder con sinceridad durante este examen?”

"Sí."

Repasó muchas de las preguntas básicas nuevamente y luego preguntó: "¿Descargaste los archivos no autorizados de la CIA en cuestión?"

Por primera vez en las sesenta o más preguntas formuladas por el agente Finn, Ethan no apretó los dedos de los pies ni el esfínter cuando respondió la pregunta. En lugar de eso, trató de canalizar los pensamientos más pacíficos y relajados que pudo. Había planeado esto, por lo que la tranquila imagen de

un retiro de yoga en la playa de Tailandia que había visitado con su madre y una antigua novia hace unos años entró en su cabeza rápida y fácilmente. Se imaginó acostado en la estera de yoga, con el sonido de las campanillas de viento y una suave brisa cayendo en cascada sobre él.

"No."

Finn permaneció inclinado sobre la computadora, no hizo ninguna reacción exterior, pero no hizo la siguiente pregunta de inmediato.

La habitación estaba perfectamente silenciosa. Ethan luchó contra el deseo de moverse en su asiento e hizo todo lo posible por mantener la respiración controlada. Miró a un lugar en la pared para que el estrés de tratar de medir la reacción de Finn no lo hiciera moverse y, por lo tanto, aumentara sus lecturas.

Nada. El agente Finn todavía parecía estar mirando su computadora. Ethan luchó por mantener las pacíficas imágenes en su mente mientras esperaba la siguiente pregunta.

Finalmente, Finn preguntó: “¿Sabe quién fue el responsable del uso no autorizado de los archivos de la CIA relacionados con el ataque del Mossad al SS Ardahan?”

Una vez más, Ethan intentó encontrar un pensamiento zen. Cascadas. La playa de Phuket. Música de yoga.

"No."

Otra larga pausa. Luego, "¿Te llamas Ethan Ross?"

Atrás quedó el retiro de yoga y regresaron los apretón de manos y las imágenes estresantes.

"Sí."

Finn pasó a otras preguntas, pero volvió varias veces más a los interrogatorios sobre los archivos de la CIA. Cada vez tardaba más y más en parecer satisfecho de haber leído todos los sensores, y luego pasaba a otras preguntas, antes de volver una y otra vez al tema bajo investigación.

Ethan estaba jugando con este examen, pero estaba bastante seguro de

que Finn también estaba jugando. Parecía estar tratando de tener una idea de la ansiedad de Ross por las preguntas pertinentes, y mantenerlo en el banquillo un poco más de tiempo era una manera de hacerlo.

Finn detuvo la prueba dos veces, cerró la computadora portátil y salió de la habitación. Una vez durante cinco minutos, otra vez durante quince minutos. Cada vez que regresaba le preguntaba a Ethan si estaba aplicando contramedidas para vencer el polígrafo.

De hecho, Ethan estaba usando muchas contramedidas, pero no encontró que estas preguntas le provocaran mucho pánico, porque se lo habían preguntado en todos los poli para los que se había presentado. Finn estaba siguiendo los movimientos, se dijo Ethan, y se concentró en seguir ocultando los resultados.

Aproximadamente noventa minutos después de que Ethan se sentara, el agente Finn anunció que el examen había terminado. Ethan recordó sus tiempos anteriores en la caja y pensó que este podría haber sido un poco más largo que el promedio, pero no de manera alarmante. Medio le preocupaba haberse provocado una hernia con tanto apretar, pero luchó contra el impulso de mostrar incluso el más mínimo signo de alivio de que la prueba hubiera terminado.

El agente Finn parecía más educado ahora mientras desenganchaba los sensores de transpiración de los dedos de Ethan, los monitores respiratorios de su pecho y el tensiómetro de su brazo. Le ofreció a Ethan una botella de agua y Ethan la tomó, luego Finn volvió a sentarse detrás de su escritorio.

Ross sabía que éste era el verdadero examen. La entrevista postexamen. Ahora el agente Finn intentaría hacer tropezar a Ethan, y Ethan estaba listo.

Finn miró a Ethan durante un largo rato y luego dijo: "Tuvimos un pequeño problema con eso, ¿no?"

"¿Problema? ¿Problemas con qué?

“Las lecturas de la computadora sobre sus preguntas mostraron cierto nivel de engaño. No creo que estés mintiendo per se, pero necesito intentar aclarar el engaño”.

Ethan simplemente negó con la cabeza. “Dije la verdad”.

“Sí, te escucho, pero hay un millón de matices de verdad. Incluso los tonos más grises son cien por ciento benignos y bien intencionados. La computadora tiene problemas para discernir los diferentes tonos”. Finn sonrió un poco. Ahora era todo sonrisas. “Simplemente huele a problemas. Se necesita un ser humano para resolver ese problema y no obtener falsos positivos”.

Ethan sabía exactamente lo que estaba pasando. Finn estaba jugando una rutina de policía bueno y policía malo con la propia máquina. Se disculparía por la desconfianza de la máquina hacia él y se presentaría como el buen actor de la ecuación.

Ethan simplemente se encogió de hombros. “No sé qué decirte. Me siento muy cómodo con todas mis respuestas”.

“Mire, señor Ross. Sé cómo es trabajar en una oficina gubernamental. Puede haber muchísimas buenas razones para sacar un archivo de una red. No vinimos aquí pensando que alguien fuera un... . .” Ethan pensó que estaba fingiendo buscar la palabra. “Un espía o algo así. Este es un error administrativo. No te preocupes, alguien va a hacer que esto sea más de lo que es”. Dudó. “A menos que no podamos resolver el engaño. Entonces tendremos que profundizar un poco más”.

Ethan intentó mantener un tono mesurado. “Honestamente, agente Finn, no se me ocurre ninguna razón para acceder a un archivo no autorizado. Mi trabajo es demasiado importante para mí. Realmente no vale la pena perder la autorización de seguridad”.

“Puedo ver que te estás conteniendo un poco. Decir la verdad evitará que Albright y su equipo trabajen mucho más de lo necesario. Si descargó el archivo con el inicio de sesión de otra persona, es posible que le retiren la autorización durante un mes. Quizás sólo una nota en su expediente. Pero si su poli resulta engañoso y usted no resuelve eso, entonces el CID lo considerará un potencial oficial de inteligencia para una potencia extranjera. Cosas de la Ley de Extranjería y Sedición. Toda la enchilada grande. Nadie necesita eso”. Otra sonrisa, de disculpa.

Ethan no pudo evitarlo ahora. Él se rió. Si hubiera pensado que realmente estaba en peligro, se habría callado y entrado en modo de autoconservación, pero este tipo estaba insultando su inteligencia al usar una tonta psicología de patio de recreo. "¿En realidad? ¿Esta es tu estratagema? ¿Esto alguna vez

funciona? ¿Es este el punto del polígrafo en el que una mente pequeña simplemente estalla en una confesión completa porque cree que va a ser acusada de una ley de doscientos años de antigüedad y a pasar el resto de su vida en Leavenworth? ¿En serio?"

“¿Estás diciendo que confesarías si no fueras tan inteligente?”

Otra risa. "Como dije, no tengo nada que confesar".

Finn dijo: "He estado haciendo esto por mucho tiempo". Dejó que la declaración quedara suspendida en el aire en la tranquila habitación.

"¿Sí?"

El agente Finn se puso de pie y extendió la mano. Ethan se sorprendió por lo repentino del acto. Se puso de pie y lo sacudió.

Finn dijo: “Gracias por pasar por aquí. Creo que tengo lo que necesito”.

Cuando Ethan se giró para salir por la puerta, Finn lo llamó: "Una cosa más, señor Ross". . . el examen ha terminado. No tienes que responder si no quieres”.

Ethan sonrió. "Como he dicho, no tengo nada que ocultar".

“¿Es usted, por casualidad, hiperhidrótico?”

"¿Lo lamento?"

"Solo tengo curiosidad por saber si sufres de hiperhidrosis palmar".

"Me temo que no sé qué es eso".

“Es una condición médica. Sudoración excesiva de las manos”.

"¿Qué? No. Por supuesto que no”. Ethan juntó sus manos. Sonrió con confianza. "No estoy sudando en absoluto".

“Ese es precisamente mi punto. Tus manos. Están secos como papel. O tienes algún tipo de daño en el tronco nervioso simpático de la región torácica o estás tomando un anticolágeno para reducir la sudoración. Existen algunas pastillas diferentes para combatirlo, que pueden dejarte seco como

un hueso si tomas demasiadas. Pero todos estos medicamentos requieren receta médica. Podemos verificar sus registros médicos. Tenemos la autoridad para hacer eso, ¿sabes? Pero ya sé lo que encontraremos".

"No encontrarás nada".

La sonrisa de Finn se hizo tan amplia que el postizo de su cabeza se reveló al moverse como una unidad. "Sé que no lo haremos".

"Entonces . . . ¿Cuál es tu punto?

El agente Finn dijo: "No importa. Gracias de nuevo por venir".

Ethan esbozó una pequeña sonrisa para mostrarse, pero no pudo sostener la mirada de Finn cuando se giró para irse.

A Ethan esto no le pareció una estratagema. El agente Finn parecía realmente sospechoso.

18

A diferencia de la noche anterior, esta noche Dominic Caruso no estaba buscando mujeres desconocidas ni metiéndose en peleas a puñetazos. Para la cena se sentó en su sofá, comió las sobras de Fra Diavolo que había calentado en el microondas y las regó con un vaso de agua.

Ahora tenía otras cosas en mente. La comida era sólo combustible.

Adara Sherman lo había llamado una vez más, poco después de que él regresara de su carrera matutina, y nuevamente le preguntó si podía venir a revisar sus heridas o hacerle recados. Dom apreció el gesto, aunque estaba casi seguro de que Gerry Hendley le había pedido a Adara que le hiciera algunos controles de bienestar para asegurarse de que se estaba portando bien y convaleciente tranquilamente en casa.

Dom le dijo a Adara que estaba bien y que ella no lo había presionado demasiado. Gerry probablemente también había orquestado eso, diciéndole que no presionara a Dom de inmediato.

Gerry vería a Adara como el único miembro del Campus que podría servir como conducto entre el resto de la fuerza y Caruso. Ella no era una oficial de operaciones, era una empleada de una compañía fantasma que operaba Hendley Associates Gulfstream, lo que le proporcionaba una capa secundaria de destacamento del Campus.

Dom sabía que tarde o temprano tendría que interactuar con Sherman, de lo contrario recibiría una llamada de Gerry. Pero por ahora su mente estaba en otra parte.

La conversación de Dom con el oficial del Mossad en Georgetown había determinado sus acciones para el resto del día. Tan pronto como colgó el teléfono con Adara, llamó a un ex miembro del Mossad que conocía y que vivía en Maryland, quien accedió a llamar al número de teléfono que figuraba en la tarjeta de David para ver si este hombre, de hecho, representaba a Israel. Una hora más tarde, el amigo de Dom volvió a llamar y verificó la identidad de David. Según un amigo israelí de Dominic, era un ex coronel de las FDI que ahora trabajaba para el Mossad aquí en D.C.

Satisfecho de no correr el riesgo de verse arrastrado a algún tipo de

situación de bandera falsa, Dom se acercó al agente especial del FBI Darren Albright y le dejó dos mensajes durante el transcurso de la tarde. Albright aún no le había devuelto la llamada, lo que le molestó, pero en el breve y fugaz momento en que se puso en el lugar de Albright reconoció que el agente especial supervisor de la División de Contrainteligencia probablemente estaba más ocupado que un fan bailarín manco en el momento con la investigación de fugas en el NSC.

Dom no lo liberó por no devolverle la llamada inmediatamente, pero se obligó a posponer el dejar un tercer mensaje en su correo de voz.

Ya era tarde en la noche, Dom estaba de regreso en su baño, cambiándose las vendas. Quitó un trozo de cinta médica de un rollo con la boca y luego la usó para asegurar un pequeño cuadrado de gasa blanca sobre los puntos de su antebrazo. Repitió esto una vez más, fijando la gasa en su lugar con una segunda tira de cinta adhesiva. Estaba satisfecho con su trabajo, y doblemente porque se estaba recuperando lo suficientemente rápido como para que ya no necesitara el vendaje más grande en su brazo.

Acababa de dejar caer la cinta y la gasa en un cajón del baño cuando sonó su teléfono móvil. Lo cogió del tocador y contestó al primer timbrazo.

"¿Hola?"

“¿Caruso? Muy bien aquí. Te devuelvo la llamada. Tus llamadas, debería decir.

“Oye, hombre. Te lo agradezco."

“Muy ocupado. ¿Qué puedo hacer por ti?"

“¿Me preguntaba si aprendiste algo de la polis?”

"Pensé que te había dicho que te llamaría cuando tuviera algo".

“Lo hiciste. Sólo soy un hijo de puta prepotente. Lo lamento."

"Bien."

"¿Cualquier cosa?"

Albright vaciló antes de decir: “En realidad, no. Un par de posibilidades

suaves”.

“Háblame de ellos”. Dom agregó: "Por favor".

Después de un largo suspiro, el agente especial respondió: “Uno de los altos funcionarios del NSC, mujer. Cuando la conocí el otro día parecía agitada por la investigación. El examinador la presionó bastante y la prueba no resultó concluyente. No tengo muchas esperanzas, incluso el examinador dijo que tal vez estaba tan nerviosa que a la máquina le costó entenderla, pero pensé en volver mañana con una visita sorpresa a su oficina, tal vez sacudirla. árbol y ver si algo se cae”.

Dom pensó que podría ser una buena idea, aunque no parecía una pista prometedora. "Mencionaste dos posibles".

“Sí, hay otro miembro del personal del NSC que podría merecer una mirada más cercana. Nada definitivo, pero investigaremos un poco. Ningún engaño claro sobre el poli, otro no concluyente. Pero en este tipo el examinador pensó que algo andaba mal”.

"¿Qué quieres decir?"

“El examinador es el mejor de la Oficina. Pensó que el sujeto estaba jugando con el sistema. Ya sabes, apretar el ano, morderse la mejilla, tomar medicamentos para controlar la transpiración y cosas así.

"¿Eso funciona?"

“Lo creas o no, a veces es así. Hemos atrapado a tipos de la CIA, el FBI y el Departamento de Defensa que espiaron durante décadas y superaron sus polis anuales durante toda su carrera. Todas las personas son diferentes, los dispositivos solo pueden hacer mucho para dar cuenta del individuo, pero al final se trata de una media estadística. Puedes superar el examen siendo diferente de la media”.

“¿Y este personaje que intentó torcer la caja? ¿Cuál es su papel en el NSC?

“Es el subdirector de la División de Medio Oriente y África del Norte. Su experiencia es sólida. Ni una sola señal de alerta, aunque no es muy querido en la oficina. No parece demasiado prometedor, pero hay una cosa en él que hace que me interese un poco más”.

"¿Qué es eso?"

“Está saliendo con una mujer que trabaja para un contratista de tecnología del gobierno. Ella está en el campo de infraestructura de seguridad de redes clasificadas”.

“¿Está recibiendo una poli?”

"No. No tenía acceso específico a los archivos de las SS Ardahan ni siquiera al edificio Eisenhower, y está tan limpia como parece. Es digno de mención que este asistente del NSC podría haber obtenido algunos conocimientos técnicos de su novia. Quien haya movido esos archivos al servidor de intercambio de archivos sabía cómo ocultar su identidad”.

“¿Cómo se llama este asistente del diputado?”

“Ross. Ethan J. Ross. Su madre es Emily Ross”. Eso no le sonó nada a Caruso, y Albright lo registró desde el silencio. “Ella es una biógrafa muy conocida. Escribí un montón de libros sobre Primeras Damas y cosas así. No puedo decir que haya leído ninguno. Tiene influencia política, lo que significa que su hijo podría haber recibido un trato preferencial en el camino, pero repito, todos sus controles de seguridad y policía anteriores han sido estelares”.

Dom caminó hacia su sofá y se inclinó sobre su computadora portátil. Escribió "Ethan Ross" mientras hablaba.

"¿Conociste a este chico?"

“Me presenté. Eso es todo."

“¿Cuál es tu opinión sobre él?”

Albright resopló al teléfono. “Caruso, si pudiera detectar a un espía por su apretón de manos, sería una maldita estrella de rock. No sé."

“¿Le van a dar un golpe y una cola?”

Otro resoplido. “Detengan sus caballos. Nada de eso todavía. No sé cómo hacen las cosas ustedes en el país de los espectros, pero no damos un paquete a todo el que levanta una ceja. El examinador piensa que es turbio, pero no suspendió el examen, así que no puedo convertirlo en persona de

interés hasta que encuentre algo más. Ya comencé a indagar un poco más en su historial laboral, recuperando polis anteriores para buscar anomalías. Hablaremos con sus superiores sobre su actitud y charlas más frías. Ese tipo de cosas. Mañana pasaré por su oficina y le echaré un vistazo, a ver si se caga en los pantalones.

"¿Eso es todo?"

“Si merece más atención, la obtendrá. Además, tengo un mal ojo. Créame, le tocaré al tipo si es necesario.

Mientras hablaban, Caruso ya había buscado en Google al hombre y encontró una biografía y una foto suya de sus días de trabajo en la Casa Blanca. Amplió la imagen y miró fijamente a los ojos de un hombre joven y delgado sentado frente a una bandera de Estados Unidos en un asta. Tenía cabello rubio, un lindo traje y una pequeña sonrisa que Dom interpretó como algo engreída.

"Una cosa más", dijo Dom. “El examinador del polígrafo. Dijiste que era el mejor del Departamento.

"Hice."

"Ese debe ser Jim Barker".

Albright silbó por teléfono. “Maldita sea, Caruso. Necesitas actualizar tu Rolodex. Barker se mudó a Los Ángeles hace tres o cuatro años. No, hablo de Rigoberto Finn. Está en la oficina de Baltimore y es tan bueno como parece. El CID lo lleva a D.C. con regularidad.

"Finlandés. Cierto”, dijo Dom, aunque nunca había oído hablar de ese hombre. Garabateó el nombre en una libreta al lado de su computadora, junto con la palabra "Baltimore". Luego dijo: "¿Y Finn dice que necesitas trabajar con este Ross?"

“Él lo hizo y yo lo haré. Pero ya te lo dije, llevará algún tiempo”.

“Entonces no te mantendré al teléfono. Darren, realmente aprecio la llamada. Si consigues algo más...

“Si encuentro algo más, te llamaré. Prometo que no me olvidaré de ti en el país de los espectros.

“Esto no es un país de fantasmas. Este es mi condominio. Soy solo yo”.

"Bien." Albright colgó.

Dom continuó mirando la foto lenta y cuidadosamente.

Ross era un chico guapo, tuvo que admitir Dom. También tenía su propia página de Wikipedia, pero Dom encontró un artículo sobre él en el Post que parecía más confiable. Tenía treinta y dos años y estaba en Mensa, la organización para personas con coeficientes intelectuales geniales. Este artículo mostraba una foto del hombre parado junto a su madre, Emily Ross, y la identificaba como una ex-estadounidense. embajador y profesor titular desde hace mucho tiempo en Georgetown.

Caruso volvió a centrarse en Ethan Ross. Lo miró a los ojos.

“¿Eres tú el chico? ¿Eres el cabrón que hizo que mataran a los Yacoby?

Dom no tenía idea de si Ross era el responsable, pero al mismo tiempo, no tenía otros sospechosos reales. Por capricho, buscó el número de móvil del agente especial Rigoberto Finn en una lista de teléfonos interna del FBI. Eran casi las once de la noche, pero marcó el número de todos modos.

Después de suficientes timbres hasta donde Dom estaba seguro de que pasaría al correo de voz, respondió un hombre brusco y con voz cansada.

"Finlandés."

“Agente especial Finn, lamento mucho molestarlo tan tarde. Soy el agente especial Caruso llamando desde D.C.

Después de un par de toses para aclararse la garganta, Finn dijo: — ¿Dominic Caruso?

"Así es."

“Que me condenen. El sobrino del presidente”.

"A su servicio".

"Recuerdo que fumaste ese asesino de niños en Georgia hace unos años".

"Alabama. Sí, un asunto desagradable".

"Ese fue un rodaje muy bueno. Lo que hubiera dado por estar en tu lugar sólo una vez en mi carrera".

Dom se aclaró la garganta incómodo, sin estar seguro de qué decir.

Finn preguntó: "¿Qué puedo hacer por ti?"

"Estoy llamando por Ethan Ross. Tengo entendido que lo golpeaste esta tarde.

"Sí. ¿Trabajas con Albright?

Dom vaciló por un momento, buscando la cosa menos falsa que pudiera decir. "Ya conoces a Darren. Las once de la noche y acabo de hablar por teléfono con él. Estoy haciendo un pequeño seguimiento de Ross".

"Sí, ese Albright es un rompepelotas. Todavía estoy en el edificio Hoover. Me tiene archivando informes de los exámenes de hoy. Mañana a primera hora volveré al NSC para boxear con otro grupo de empleados".

"Te escucho. Sobre Ross. . . ¿Darren dijo que te agradaba como sospechoso?

"Tal vez no sea un sospechoso, pero sí una persona de interés, sin duda. Inteligente como el infierno, pude leer eso en él al instante, pero él estaba jugando conmigo".

"¿Estás seguro de eso?"

"Se lo dije a Albright y te lo diré. Ethan Ross se presentó a ese examen dispuesto a ocultar todos los índices fisiológicos relativos. La gente no se toma tantas molestias sólo por diversión. Me importa un carajo lo que diga la caja sobre los resultados. Tuve que calificarlo como no concluyente, porque Ross hizo un buen trabajo ocultando su engaño, pero apostaría mi pensión que pronto será relevante e insuficiente a que estaba ocultando algo significativo".

Dom agradeció a Finn por su tiempo y esperó con todas sus fuerzas que el examinador no tuviera ningún motivo para mencionar esta llamada telefónica la próxima vez que hablara con la agente especial Albright, luego

colgó. A continuación, Dom decidió pasar el resto de la noche planificando su operación unipersonal para profundizar en la vida de Ethan J. Ross.

Un aguanieve constante siseaba en las calles de Georgetown, pero Ethan lo atravesó corriendo. Cualquiera que mirara por la ventana de una casa adosada o pasara por allí temprano en la mañana seguramente pensaría que el hombre de la cazadora naranja era un corredor excepcionalmente dedicado, pero la verdad era muy diferente. Levantarse una hora antes para correr por las calles había sido un infierno para Ethan esta mañana, y ahora caminar bajo el aguanieve que le quemaba los ojos y las mejillas parecía una locura, pero se dijo a sí mismo que tenía que hacer la revisión antes del amanecer de la boca de incendios verde en Wisconsin. Podría haber pasado por allí, por supuesto, pero habría sido completamente impropio de su parte hacerlo, e incluso sin ningún entrenamiento real en oficios, Ethan sabía que eso habría levantado señales de alerta en el improbable caso de que lo estuvieran vigilando.

Pasó junto a la boca de riego y no vio ninguna señal reveladora de Banfield. Se preguntó si podría haberse lavado con el tiempo, pero pensó que era poco probable, ya que la boca de riego estaba seca. Continuó, trotando hasta el puesto 29 y sin dejar ninguna marca detrás de sí. Aunque quería hablar con Banfield y Bertoli sobre el polígrafo de ayer, decidió darle un día para que las cosas se calmaran antes de dejar una señal y regresar a Fort Marcy.

Continuó solo bajo el aguanieve, perdido en sus pensamientos. Todavía estaba preocupado por el poli, a pesar de que había trabajado duro para convencerse de que simplemente estaba siendo paranoico. Incluso si el agente Finn tenía sospechas sobre su veracidad, Ethan sabía que lo mejor que podía hacer por sí mismo era mantener la calma y seguir actuando como si todo fuera normal, tanto en casa como en el trabajo.

Finn no tenía nada, Albright no tenía nada, y si simplemente se calmara, se dijo Ethan, estaría bien.

En un esfuerzo por parecer tranquilo, había invitado a Eve la noche anterior, habían salido a cenar a una barbacoa coreana en Adams Morgan y luego regresaron a su casa para ver una película hasta irse a la cama. Eve dejó en claro a mitad de la película que quería sexo, pero Ethan se negó. Una vez más, no estaba de humor.

Eve estaba un poco decepcionada, pero no demasiado sorprendida. Ethan normalmente era el agresor, pero últimamente parecía distraído.

Pasó la noche, pero se fue a casa temprano en la mañana mientras Ethan salía a correr. Antes de irse, le preparó una taza de café y sacó su taza del gabinete, colocándola junto a la cafetera. Encima de la taza dejó una nota adhesiva con un corazón que dibujó con un marcador.

Ethan regresó de la carrera a la casa vacía, entró en la cocina, arrugó el Post-it y lo arrojó a la basura. Luego se sirvió una taza de café y subió las escaleras para empezar a ducharse.

A LAS OCHO CUARENTA A.M. Salió por la puerta principal de su casa adosada en Georgetown. Para entonces las nubes ya habían desaparecido y el cielo estaba brillante y azul. Se abrochó el abrigo de lana para protegerse de la brisa fría mientras bajaba las escaleras y se dirigía a su Mercedes en el camino de entrada.

Un momento después encendió el motor y el estéreo. Estaba de humor Rage Against the Machine esta mañana, así que seleccionó una lista de reproducción en su teléfono y luego se fue por la calle 34 en dirección al trabajo.

DOMINIC CARUSO lo vio irse.

Estaba parado en una pequeña arboleda al otro lado de la calle en Volta Park, con las manos en los bolsillos para protegerlas del viento frío. Tenía la cabeza y el rostro cubiertos con un gorro de lana y una polaina, y vestía un mono gris y zapatillas negras. Llevaba un casco blanco metido en el hueco de su brazo y una pequeña mochila negra colgaba de su hombro.

Parecía un trabajador que acababa de bajarse de un autobús desde uno de los sectores más pobres de la ciudad, aquí en el elegante Georgetown, para trabajar en las carreteras o en un proyecto de remodelación exterior de una casa en la zona.

Después de que el Mercedes de Ethan Ross desapareciera calle abajo con una especie de música rap atronadora que Dom no pudo identificar a todo volumen a través de las ventanas cerradas, volvió su atención a la casa de Ross: 1598 34th Street era una casa estrecha, de ladrillo encalado, de dos pisos, con un camino de entrada a un lado y escalones al frente que

conducían al pequeño porche y a la entrada del sótano. No era un edificio grande en absoluto, tal vez mil quinientos pies cuadrados aproximadamente, pero en este lujoso vecindario Dom calculó su valor en más de dos millones de dólares. Dom dudaba que el empleado promedio del NSC fuera capaz de conseguir una hipoteca aquí, lo que significaba que la madre adinerada de Ross probablemente estaría pagando la factura.

Dom no sabía si este tipo era el traidor o no, pero ya había creado algunos prejuicios en su contra.

Desde su posición en el parque del vecindario, Dom podía ver las fachadas de todas las demás casas adosadas a lo largo y ancho del otro lado de la calle 34. Se tomó unos minutos para asegurarse de que ninguno tuviera cámaras de seguridad en sus porches que estuvieran en ángulo para captar la acera frente a la propiedad de Ross. Sabía exactamente dónde buscarlos y no encontró nada que indicara que un vecino registraría para la posteridad una aproximación de 1598.

Luego pasó unos minutos analizando otras características cruciales de la propiedad de Ross y del vecindario desde su punto de vista aquí en el pequeño y tranquilo parque. Cuando tuvo toda la información que necesitaba, se dio la vuelta y regresó calle arriba hacia Wisconsin Avenue. Su misión por ahora era salir del frío y disfrutar tranquilamente de una taza de café. Quería asegurarse de que todos los habitantes del vecindario que se dirigían al trabajo o a la escuela esa mañana se hubieran ido, por lo que decidió programar su entrada para las diez de la mañana.

Anoche, después de hablar por teléfono con Albright, Dom leyó la biografía y el CV de Ross y algunos artículos que había escrito para Foreign Affairs y otras publicaciones. No había encontrado nada notable en sus escritos más que un sesgo contra Israel, lo cual no era nada infrecuente en los círculos diplomáticos estadounidenses. Luego buscó el nombre y la fecha de nacimiento de Ross en una base de datos de registros inmobiliarios de D.C. y encontró su dirección en Georgetown, buscó el vecindario en Google Maps y usó Street View para caminar virtualmente por el área. Esto le dio una comprensión básica del diseño y el estilo de los edificios, e incluso pudo usar su computadora para mirar por encima de una cerca en el patio lateral que le mostraba la parte trasera de la propiedad de su objetivo.

Dom sabía que había muchas cosas que Street View no podía revelar (después de todo, el mapa no era el territorio), pero también sabía que pasar

unos minutos en su tableta mirando el área era muchísimo más seguro que pasar el tiempo deambulando físicamente por el lugar. calles alrededor de su ubicación objetivo y escalar vallas.

Ningún entrometido de vigilancia del vecindario iba a llamar a la policía mientras estaba sentado en su sofá mirando virtualmente la casa de Ross, incluso si pasaba toda la noche haciéndolo.

Había otro programa en la computadora de Dom que hacía prácticamente lo mismo, aunque con mayor detalle. EagleView Technologies tenía un servicio de mapeo satelital similar a Google Maps, pero tenía más cobertura y mayor resolución en lugares donde Google Maps no se molestaba en proporcionar datos, lo que lo convertía en un gran recurso para fines militares y de inteligencia. Dom podría haber usado EagleView para investigar la casa de Ross, pero para sus necesidades (una vista de una calle de Georgetown) Google Maps estaba bien.

Dom apreciaba avances tecnológicos como este. Su tío había sido una especie de espía en los viejos tiempos, en los años ochenta. Dom no podía imaginar cómo era eso de operar contra la Unión Soviética sin un teléfono inteligente ni imágenes satelitales de todo el mundo.

Pensó que debía haber sido agotador.

Después de pasar media hora en Google Street View y la búsqueda en los registros de propiedad de la casa de Ross que le dieron el diseño básico, decidió que, con algo de habilidad y planificación, podía hacer una visita encubierta a la casa de Ross para buscar más información.

Fue una decisión que no tomó a la ligera. Después de todo, esto era B&E, allanamiento de morada. Cien por ciento contra la ley, incluso para un tipo con una placa que decía que era del FBI. Pero Dom estaba impulsado por la muerte de los Yacoby y la vaga sensación de que estaba siguiendo el rastro de una de las personas responsables de sus muertes, y si el mejor examinador de polígrafo de la Oficina sospechaba que Ross estaba ocultando algo, Dom decidió que eso era suficiente para él para husmear en los asuntos del hombre.

Albright, por otro lado, tendría que pasar por canales, lo que significaba que tendría que pasar por una enloquecedora serie de obstáculos burocráticos. Dom se dijo a sí mismo que profundizaría un poco en Ross, y si

resultaba puro como la nieve, Dom retrocedería rápida y discretamente, sería castigado por su comportamiento impetuoso, pero no habría daño ni falta. . Por otro lado, si encontraba evidencia de que este chico maravilla de la Casa Blanca con apariencia de modelo y la casa multimillonaria tenía algo que ver con las muertes en la India, entonces sabía exactamente lo que iba a hacer.

Dom iba a pedirle a Gerry autoridad letal para matarlo.

ETHAN ROSS TUVO SUERTE con el tráfico esta mañana y llegó al trabajo un poco temprano, algo tan raro que uno de los guardias de seguridad en la caseta de entrada al edificio Eisenhower hizo una broma acerca de que él competía por un ascenso. En su oficina, Ethan se quitó el abrigo, tomó el café que esperaba de su escritorio y salió a la oficina de su secretaria. Charló con Angie durante unos minutos, muy consciente de su necesidad de parecer tranquilo y casual, y bastante impresionado con su capacidad para hacerlo. Angie preguntó por el poli y él se mantuvo relajado, entrando en pequeños detalles pero asegurándole que no era más que una molestia.

De hecho, trabajó algo en la primera parte de la mañana. El propio asesor de seguridad nacional tenía una cita en el Oval esa tarde, y el jefe directo de Ethan le había enviado un par de preguntas para responder sobre una disputa en la Knesset que podría o no surgir durante la reunión. Ethan investigó un poco en sus archivos y en el sistema Intelink-TS, y llamó a un colega de la CIA. Envió sus respuestas a su jefe antes de las nueve y media de la mañana.

Todo iba bien hoy, y la conducta fingida y relajada de Ethan se transformó en una compostura auténtica a medida que avanzaba la mañana. Podía ver la luz al final del túnel; la investigación del FBI fracasaría en unos días y todo esto quedaría atrás antes de que se diera cuenta.

Se tomó un largo descanso después de enviarle su trabajo a su jefe, tomó una taza de café en el comedor y conversó con otros empleados, luego regresó a su escritorio. Acababa de volver a sentarse cuando escuchó a Angie hablando con alguien en su oficina y levantó la vista. Allí, justo afuera de su puerta, estaba el agente especial del FBI Darren Albright.

El agente del FBI parecía enorme y amenazador cuando apareció en la puerta, con los ojos fijos en Ethan y los anchos hombros rectos hacia él.

Ethan sintió que su cabeza retrocedía, sólo uno o dos centímetros. Apretó

los lados de su escritorio con ambas manos.

¿Qué está sucediendo? ¿Estaba bajo arresto? ¿Albright iba a decirle que se levantara y se diera la vuelta?

Ethan se relajó un poco cuando Albright dijo: "No te levantes", pero de todos modos Ethan se mantuvo con las piernas temblorosas.

El agente especial dijo: “Acabo de entrar para ver a su secretaria y verificar su agenda. Me pregunto si tienes tiempo para una entrevista rápida”.

“¿Una entrevista?”

“Es una rutina”, dijo Albright, pero la expresión en blanco en su rostro permaneció y Ethan la interpretó como siniestra. "¿Tienes unos minutos?"

Luego, Ross se inclinó sobre su papel secante para revisar su agenda de la semana. Mantuvo su agarre en el borde del escritorio mientras lo hacía, temiendo que le temblaran las manos.

“En realidad, tendremos que hacerlo otro día. Me tomo la tarde libre. Saldré de aquí en unos minutos”.

"¿Vas a alguna parte?"

"Al dentista", respondió Ethan rotundamente, cuidando de ocultar cualquier actitud defensiva.

Albright no parpadeó. "Esto no tomará más que un minuto".

Ross levantó la vista de su papel secante. Se encogió de hombros, un gesto indiferente que le hizo preguntarse si se había pasado. "Bien . . . Estoy justo en el medio…”

“Cinco minutos rápidos. Sólo un par de preguntas”.

Mierda. Deseó haber tomado las pastillas de Harlan esta mañana. Debería haberlos tomado, debería haber estado preparado para un interrogatorio improvisado como éste. No sudaría: el glicopirrolato le duraría varios días, pero lamentaba no haber tomado los medicamentos estabilizadores del estado de ánimo.

Ethan señaló la silla detrás de su escritorio y él y Albright volvieron a sentarse. Se cruzó de brazos delante de él y apoyó los codos en el secante. Empujó con fuerza contra ellos, ahora prácticamente obsesionado con la idea de evitar mostrarle a Albright la ansiedad que sentía al exhibir temblores.

El hombre del FBI sacó una libreta y un bolígrafo y empezó a hojear las páginas, como si buscara algo. "Tu novia". Arrojó otra página a un lado y desplazó un poco más hacia abajo. "Eva Pang".

Ethan apretó la mandíbula y enderezó ligeramente la espalda. “¿Qué pasa con ella?”

"Ella es gerente de seguridad de sistemas de información en Booz Allen".

"Eso es correcto."

"Trabajando, por lo que veo, en plataformas VPN y con firewall".

Ethan entrecerró los ojos y miró por encima del hombro de Albright hacia un lugar contra la pared como si estuviera pensando. “No estoy seguro. No hablamos mucho de trabajo, pero creo que suena bien”.

Albright ladeó la cabeza. Ethan no sabía si estaba genuinamente sorprendido o desempeñando algún papel. “¿No hablas de trabajo?”

"No precisamente."

“Tienes tu B.A. en informática, ¿no?

"Sí."

"Así que probablemente tengas mucho de qué hablar".

"No precisamente. Lo que ella hace está a años luz de mi conocimiento”.

Albright sonrió. Ross se dio cuenta de que nunca había visto al hombre hacer esa expresión. "¿Cómo sabrías lo que hace si ustedes dos no hablan de trabajo?"

"Bien. Quiero decir . . . En general, sé lo que hace”.

"¿Tú haces? ¿Cómo es eso?"

Ethan sintió que le hervía la sangre. Las preguntas provocativas y provocativas de Albright fueron rápidas y concisas y estaban diseñadas para hacerlo divagar, tal vez para incriminarse a sí mismo. Ethan no sabía si todo esto se debía a las sospechas de Finn de ayer, o si todos los que estaban en el tercer piso estaban recibiendo el mismo trato, pero sintió un miedo genuino hundirse en la boca del estómago. El día anterior había tenido tiempo de planificar su polígrafo y, más o menos, estaba preparado. Esta inquisición improvisada lo había tomado completamente desprevenido. Su mente estaba llena de dudas y preocupaciones. ¿Por qué diablos le dije que podía hablar? ¿Habría parecido peor negarse a hablar? ¿Qué puedo decir para detener esta entrevista ahora mismo? “De verdad, agente especial Albright, no creo que sea apropiado que usted meta a Eve en esto. Ni siquiera trabaja aquí y...

"Quiero decir . . . es natural hablar de trabajo. Hablo del trabajo con mi esposa, cosas generales, claro está, porque ella no tiene autorización de seguridad. Me imagino que Eve probablemente le contó todo sobre la violación no autorizada de los archivos de Ardahan tan pronto como ocurrió, hace cuatro meses. No habría nada malo en eso. Estás libre de TS”.

Albright volvió a quedarse en silencio, Ross sintió que intentaba sacar palabras de la boca de Ethan.

Ethan se limitó a sacudir la cabeza lentamente.

Otro G está intentando que confieses. Cierra la puta boca.

Albright se sentó pacientemente.

Por fin, y sólo para romper un silencio interminable que Albright parecía contento de durar para siempre, Ross dijo: “No. Ella no dijo nada al respecto. Por supuesto que no lo haría, ¿verdad?

"¿No es así?"

Los dos hombres se miraron durante un largo momento en un silencio sepulcral. Finalmente Ethan dijo: “No. Delvecchio dijo que aunque la infracción ocurrió hace meses, sólo se identificó después del ataque en India el fin de semana pasado”.

“Ah, claro. Eso es correcto”. Albright tosió y miró sus notas, una afectación que lo hizo parecer incómodo. “Mi error”.

Lo he atrapado, pensó Ethan. Este hijo de puta pensó que iba a ganar una batalla de ingenio con Ethan Ross. Animado ahora, Ethan dijo: “Está dando vueltas, agente especial Albright. Lo entiendo. Necesitas atrapar al culpable. Sinceramente espero que lo hagas. Pero estás ladrando al árbol equivocado”.

Albright se encogió de hombros, con sus grandes hombros levantados dentro del traje. “Tal vez sea así. Quizás no”.

“¿Necesito involucrar a mi abogado en esto?”

Albright frunció el ceño como si estuviera genuinamente confundido. “¿Tu abogado? No lo sé, señor Ross. Supongo que si estás en algún tipo de problema, entonces sí, es posible que necesites un abogado”.

La habitación volvió a quedar en silencio.

Albright dejó que la tensión creciera antes de hablar. “Voy a entrevistar a la Sra. Pang. Quizás quieras aprovechar esta oportunidad para exponer todo lo que ella diga”.

“¿Entrevistarla? Ella no tiene nada que ver con la red aquí”.

“Sí, pero ella tiene mucho que ver contigo. No la boxearemos, pero le preguntaremos sobre sus conversaciones. Si hubo algo que dejó escapar en su conversación de almohada, cualquier cosa que pudieras haber utilizado para facilitar la descarga de los archivos de Ardahan, bueno, no serás el único en problemas.

“Eso es escandaloso”.

“Lo que es indignante es el hecho de que alguien en esta oficina, alguien a quien se le confió información clasificada, violó esa confianza. También sería indignante que la novia de alguien le ayudara, ya sea de forma consciente o no. Seguramente perdería su autorización, perdería su reputación. Si pudiera acusarla, lo haría”. Albright se inclinó hacia adelante. "La arrastraría a través de las brasas, sólo para joder al tipo que traicionó a su nación".

Ethan mantuvo una cara de póquer. "¿Hay algo más, agente especial Albright?"

Albright asintió. "Así es, tienes que estar corriendo para poder ir a

limpiarte los dientes".

“Y supongo que debes avanzar por el pasillo hasta la siguiente oficina para intentar asustar a Walter, y luego pasar de él a la oficina de Beth para aterrorizarla. Interesante trabajo el que tienes. Debe ser una maravilla”.

El hombre del FBI se dirigió hacia la puerta, pero se detuvo, se giró y miró hacia atrás. “En realidad, esta parte del trabajo apesta. Pero la mejor parte, la parte por la que vivo, es ese momento en el que mirandizo a un imbécil arrogante que pensó que iba a salirse con la suya.

"Bueno, entonces te deseo suerte con eso".

Albright dijo: "Sí, nos vemos" y salió de la oficina sin decir una palabra más.

Ethan permaneció sentado en silencio durante varios minutos, con los codos todavía sobre el escritorio, reflexionando sobre la conversación con el agente especial del FBI. Luego levantó su abrigo del perchero, agarró su maletín y se dirigió hacia la puerta.

DOMINIC CARUSO REGRESÓ a Volta Park a las diez de la mañana y se paró detrás de una valla, mirando el 1598 34th St NW, al otro lado de la carretera. Todavía vestía su mono gris y ahora llevaba su casco y sus gafas de sol.

Dom encajaba perfectamente en el tejido del vecindario, nadie que pasease a su perro o pasara por allí lo notaría en absoluto, aunque no había mucho tráfico de automóviles o peatones en la calle a las diez de la mañana de un viernes.

La mayoría de los robos en casas ocurren durante el día porque es cuando la gente no está en casa, por supuesto, pero también hay algo en el mediodía que hace que las defensas naturales disminuyan. Las personas que parecen pertenecer rara vez son notadas y casi nunca se sospecha de ellas.

Dom cruzó la calle en la esquina, luego caminó hasta 1598 y entró en la propiedad como si tuviera toda la razón y el derecho de estar allí. Bajó las escaleras hasta la entrada del sótano y allí se quedó protegido de la calle y de cualquiera que pasara.

Dom dudaba seriamente que Ross tuviera un inquilino en un apartamento privado aquí abajo, pero aun así llamó y luego tocó el timbre. Cuando nadie respondió después de un minuto, repitió el proceso arriba, y sólo después de estar seguro de que no había nadie en casa volvió a bajar las escaleras y se dirigió al pequeño y estrecho camino de entrada.

Junto al medidor eléctrico al costado de la casa, Dominic encontró la caja de conexiones telefónicas. Usó un destornillador de su mochila para abrir el panel y luego simplemente desconectó la línea telefónica saliente.

Si el sistema de seguridad hubiera sido inalámbrico, habría tenido más dificultades, pero el pequeño cartel que sobresalía de una maceta en el porche de entrada le dijo todo lo que necesitaba saber. Esta empresa en particular no ofrecía seguridad inalámbrica para el hogar en esta área, por lo que Dom se sintió cómodo al poder derrotar el sistema con facilidad.

Volvió a bajar a la entrada del sótano, donde nuevamente era invisible desde la calle. No se detuvo, no se cuestionó. En lugar de eso, sacó de su

mochila un juego para abrir cerraduras, se arrodilló y se puso a trabajar. Derribó el cerrojo y la cerradura de la vieja puerta en ochenta segundos.

Abrió la puerta muy lentamente. Inmediatamente, la alarma antirrobo empezó a sonar. Esto notificó al propietario que tenía sesenta segundos para desactivar la alarma antes de que sonara y, en circunstancias normales, se comunicó con la estación de monitoreo.

Pero Dominic había impedido la llamada saliente, por lo que la alarma era más un ruido molesto que un dispositivo de seguridad.

Mantuvo las gafas puestas y el casco bajo en la cabeza mientras entraba a la casa, todavía agarrado a la puerta y moviéndose a un ritmo glacial. En ese momento estaba buscando cámaras detectoras de movimiento, del tipo que Ross podría haber conectado a su enrutador inalámbrico. Estos funcionarían independientemente del sistema de seguridad del hogar.

Dom calificó a Ross como un aficionado al techno. Después de todo, tenía experiencia en computadoras, por lo que podía configurar fácilmente su propio sistema mejorado de monitoreo doméstico usando su red inalámbrica.

Dom caminaba lentamente ahora, todo su cuerpo se movía menos de tres pulgadas por segundo, lo que significaba que cada paso por la casa tomaba diez veces más de lo normal. En el mercado, los detectores de movimiento generalmente estaban configurados para detectar movimientos que se registraban a más de tres pulgadas por segundo, por lo que Dom y sus compañeros de equipo en The Campus habían pasado muchas horas tontas pero laboriosas de entrenamiento para derrotar a los sensores de movimiento caminando por pasillos como juguetes de cuerda cuyos Los resortes habían saltado, dándoles poca energía para moverse.

Esto requirió paciencia y cuidado. Si Dom golpeaba algo en una mesa aquí en la casa de Ross, si dejaba caer algo de su bolsillo, si pateaba algo en el suelo o si simplemente se movía una pulgada por segundo más rápido de lo planeado, la cámara lo notaría, y Ethan Ross recibiría un mensaje de texto urgente en su teléfono alertándole de un disturbio en su casa. Se enviaría una foto de captura de movimiento junto con el texto, mostrando a Dom con su atuendo de trabajador de la construcción residencial, y se grabaría un video en tiempo real en un sitio web administrado por el fabricante de la cámara de seguridad.

La alarma comenzó a sonar fuerte en toda la casa después de un minuto, pero Dom la ignoró, sabiendo que era un pequeño riesgo que alguien en el área la oyera, un riesgo menor que alguien llamara a la policía si lo hiciera, y un riesgo infinitesimal para que la policía aparecería a tiempo para atraparlo en el acto.

Encontró lo que buscaba tres minutos después de entrar. Subió las escaleras hasta el piso principal y entró a la cocina por una entrada trasera al pasillo. Una pequeña cámara estaba en la península de la cocina, frente a la sala de estar y la puerta principal. Dom se acercó a la cámara desde atrás, por lo que se movió a un ritmo normal y simplemente presionó un interruptor en la parte posterior que la apagó.

Ahora libre de moverse por la planta baja a voluntad, encontró la caja cerrada del sistema de seguridad en la pared del pasillo y la abrió en diez segundos. Desconectó la alarma, deteniendo la estridente sirena. Dejó la caja abierta y el cable colgando de ella mientras reanudaba su búsqueda por toda la casa de ojos electrónicos.

Esperaba descubrir otra cámara de seguridad inalámbrica frente a la puerta trasera, por lo que no se sorprendió cuando la encontró mirando hacia un porche trasero acristalado, pero esta cámara era más complicada que la primera, porque Ross la había escondido en lo alto de una despensa. armario con un pequeño agujero en la puerta. Consideró apagar todo el sistema inalámbrico de la casa, pero habría un registro de eso en la memoria del enrutador, así que después de pasar un minuto tratando de descubrir cómo podría desactivar el dispositivo sin abrir la puerta y activarlo, simplemente Decidí evitar por completo todo el porche trasero, a pesar de que frente a la lente de la cámara había un sofá de mimbre y una mesa de café llena de papeles sueltos que parecían contener algunas notas escritas a mano.

Dom subió las escaleras hasta el segundo piso, donde encontró otro detector de movimiento, pero éste estaba vinculado al sistema de seguridad del hogar y, por lo tanto, ya había sido desactivado.

Miró su reloj. Su invasión y salida del local había llevado siete minutos y doce segundos.

Para el paso dos, la evaluación de seguridad, hizo un recorrido rápido por la casa, buscando evidencia de un compañero de cuarto que no estaba en

casa pero que podría regresar, un perro que había salido a pasear con un andador, una novia que vivía con ella y que podría aparecer. a casa para almorzar, niños que necesitaban ser llevados temprano a casa de la escuela o cualquier indicio de que otros iban y venían. Por los armarios determinó que Ethan vivía solo, aunque estaba claro que dos personas habían dormido en la cama la noche anterior.

Dom sabía por Albright que el hombre tenía novia, pero las únicas fotografías que encontró en la casa fueron del propio Ethan o de la madre de Ethan.

A continuación, Dom se centró en el archivador de la pequeña oficina de Ross. Hojeó los archivos meticulosamente indexados hasta que encontró una pestaña que decía Seguridad del Hogar. Sacó el archivo, hojeó algunos papeles y localizó una tarjeta que contenía la contraseña del panel de claves del sistema. Devolvió los documentos donde los encontró, bajó corriendo las escaleras, volvió a enchufar la corriente a la caja de la pared y cerró la caja. En el panel de llaves junto a la puerta principal, ingresó la contraseña y desactivó la alarma, poniéndola en un modo inactivo que no se activaría si las puertas se abrieran o cerraran.

La segunda etapa se completó doce minutos y veinte segundos después de que él entró por la puerta del sótano.

Todavía mirando su reloj, Dom sintió que probablemente tenía varias horas antes de que Ethan regresara del trabajo, pero no tenía ninguna información sobre una posible ama de llaves, por lo que se dio solo treinta minutos para hacer lo que tenía que hacer dentro de la casa. .

Ahora llegó la etapa tres; la ESS, o explotación de sitios sensibles.

Subió las escaleras, al dormitorio, y encontró un teléfono móvil junto a la cama de Ross, lo que le sorprendió. La mayoría de las personas tienen un solo teléfono y lo llevan consigo. Por un breve y aterrador segundo, a Dom le preocupaba que Ross todavía estuviera en algún lugar de la casa, pero el pensamiento desapareció rápidamente cuando Dom se dio cuenta de que ya había revisado todas las habitaciones al menos una vez. Este tipo simplemente poseía más de un teléfono, por alguna razón. Dom revisó el teléfono rápidamente en busca de algún indicio, cualquier cosa que Ross pudiera haber configurado para saber si había sido manipulado, luego confirmó cuidadosamente que el dispositivo estaba protegido con

contraseña. Sí. Maldición.

Sacar información del dispositivo requeriría un equipo de piratería que Dom no tenía, pero encontrar este teléfono no fue un fracaso total. Lo examinó detenidamente y decidió que era nuevo, que los botones estaban rígidos y el estuche estaba impecable. Luego abrió con cuidado la parte posterior del teléfono con un destornillador pequeño y fotografió el número de la tarjeta SIM. Dom sabía que, con el equipo adecuado, el número del módulo de identidad del suscriptor podría usarse para rastrear el teléfono o rastrear su uso.

A continuación revisó la sala de estar. Era bastante majestuoso para su pequeño tamaño, con techos altos y estanterías antiguas. Dom no tuvo tiempo de revisar todos los libros en busca de documentos ocultos u otras pruebas incriminatorias, por lo que configuró su teléfono para grabar en video todo lo que estaba a la vista, prestando especial atención a los números de teléfono escritos a mano, talones de estacionamiento, recibos y otros elementos. que Ethan generó en su vida cotidiana y que podría vincularlo a una persona o a un lugar.

Dom pasó los siguientes minutos revisando las papeleras, hojeando el correo y los recibos, y filmando todo a medida que avanzaba.

No tuvo tiempo de repasar todo, pero esto fue explotación, no análisis. Cuando regresaba a casa, pasaba el archivo de vídeo a través de un software analítico que identificaba, evaluaba y categorizaba palabras y números extraídos de cada imagen.

Dominic filmó una pila de libros en un estante y una pila similar en la mesa de café. Todos y cada uno de ellos tenían que ver con la seguridad informática.

Por supuesto, Dom sabía que la novia de Ross era una experta en seguridad informática, pero parecían libros de texto, no algo que ella necesitaría, ya que había obtenido su doctorado años atrás.

¿Entonces pertenecían a Ross? ¿Era este tipo un experto en políticas o era un programador de computadoras? Dom se dio cuenta de que estaba buscando razones para sospechar del hombre, y esto no probaba nada en sí mismo, pero era al menos un poco curioso.

Siguió buscando.

En el sofá de la sala había una MacBook Pro. Dom lo revisó rápidamente en busca de trampas obvias de detección de manipulación, como un cabello adherido a la tapa y la base que se rompería si alguien la abriera. Al igual que con el teléfono, no encontró señales delatoras, lo que hizo que Dom pensara que Ross se comportaba como la mayoría de las personas normales, y había puesto su fe erróneamente en un sistema de seguridad para el hogar que cualquiera podía derrotar con un destornillador y un poco de conocimiento.

Dom abrió la computadora portátil y confirmó que, de hecho, estaba protegida con contraseña. Imaginó que había respuestas en el disco duro, pero no tenía los recursos para descubrirlas. Pensó en David y su promesa de apoyo logístico del Mossad, pero no se le ocurría una manera de explotar el disco duro en el tiempo que tenía para hacerlo sin que Ross supiera que alguien había estado husmeando en su casa.

No. Eso no funcionaría. Dom tendría que encontrar pistas en otro lugar.

Cinco minutos más tarde estaba de nuevo arriba en la oficina de Ross, hojeando el papel sobre su escritorio y luego rebuscando en los cajones. En una carpeta de archivos encontró una copia del título limpio de Ross en un Mercedes Benz Clase E cupé 2013. Rojo. Dom tomó una fotografía del VIN. Si pudiera encontrarlo más tarde, ya sea aquí en la casa de Ethan o en un estacionamiento cerca del edificio Eisenhower, colocaría un localizador GPS debajo del parachoques para poder rastrear el vehículo con una aplicación en su teléfono.

En una pizarra en la pared junto al escritorio, Dom vio que Ross se había escrito algunas notas y las absorbió en la grabación de video.

Su reloj sonó, alertándole que le quedaban diez minutos de los treinta asignados. Bajó las escaleras para echar un vistazo rápido a la cocina y allí miró en cajones y armarios, y en latas y tarros. Grabó cajas de cerillas, bolígrafos y libretas con logos, incluso los nombres y añadas de los vinos de su botellero. Encontró pequeños frascos de pastillas de plástico en la península y se destacaron porque, a diferencia de la mayoría de los medicamentos recetados, no había marcas en ninguno de los frascos. Dentro de cada una vio varias pastillas, y cada frasco contenía pastillas de un color y forma diferente. Dom los fotografió cuidadosamente y luego los volvió a colocar donde los había encontrado.

Acababa de empezar a comprobar si había marcas en una libreta en blanco pegada al frigorífico cuando oyó un ruido, como una pisada, en el pequeño porche de ladrillo frente a la puerta principal de la casa adosada, a sólo veinticinco pies de donde ahora estaba. permaneció. Al principio se sorprendió, comprensiblemente, pero al cabo de medio segundo dedujo que debía haber sido el cartero.

Dom se quedó allí por un momento, mirando la ranura del correo,

esperando que su suposición fuera confirmada cuando una pila de cartas y anuncios cayeron al suelo. Mientras observaba, se acercó y encendió la cámara de seguridad inalámbrica que cubría la entrada y la sala de estar.

Pero justo cuando presionó el interruptor, Dom escuchó el sonido inconfundible y aterrador de una llave deslizándose en la cerradura de la puerta principal. El pestillo de la puerta hizo clic al instante y un rayo de luz procedente del exterior corrió hacia él a lo largo del suelo de madera.

DOMINIC SE CAYÓ boca abajo en la cocina detrás de la península, protegiéndose de la entrada. Se dio la vuelta para mirar hacia la puerta en la parte trasera de la cocina, que conducía al pasillo que recorría el lado norte del primer piso. Comenzó a impulsarse hacia adelante con las manos para que sus zapatillas no chirriaran sobre las tablas pulidas, usando su mono de algodón para deslizarse silenciosamente.

Detrás de él, pudo escuchar cómo se cerraba la puerta principal y alguien en la sala de estar se acercó al teclado del sistema de seguridad de la pared y presionó un par de botones.

Una voz masculina murmuró: "¿Qué carajo?"

Dom sospechaba que se trataba de Ross, y obviamente acababa de notar que el sistema de seguridad estaba desarmado, lo que significaba que alguien lo había cambiado o se había olvidado de configurarlo esta mañana cuando se fue a trabajar.

Dom siguió arrastrándose por el suelo, lenta pero seguramente. Mientras lo hacía, pensó que Ross tendría que estar increíblemente excitado o ser un completo obsesivo-compulsivo para no tener dudas de que se había acordado de alarmar el sistema.

Había una entrada al pasillo hacia las escaleras traseras desde la sala de estar y otra desde la parte trasera de la cocina. Dom esperaba con todas sus fuerzas que Ross pasara por alto la cocina por completo, pero escuchó los pasos crujientes sobre la madera dura cuando Ross comenzó a moverse en su dirección.

Dom aceleró el paso, moviéndose por el suelo. Mantuvo las piernas en alto y se impulsó con los antebrazos, utilizando la baja fricción de la superficie resbaladiza para deslizarse sobre su pecho y caderas. Se necesitó toda la fuerza de la parte superior de su cuerpo para lograr esto, y hacerlo sin gruñir por el esfuerzo fue difícil.

Salió al pasillo fuera de la vista y acababa de sacar las piernas de la cocina cuando la luz de la cocina se encendió. Ross estaba a sólo cinco metros detrás de él en el interruptor de la luz, y muy posiblemente todavía se dirigía

hacia las escaleras que conducían a su dormitorio.

Dom se puso de pie y retrocedió por el pasillo, haciendo que sus pasos fueran lo más suaves posible y haciendo todo lo posible para mantenerlos en perfecta cadencia con los pasos más fuertes de Ross detrás de él. Dom pasó la escalera a su izquierda y se agachó por la puerta abierta de un pequeño cuarto de lavado a la derecha. El espacio oscuro apenas tenía espacio suficiente para una lavadora y secadora apiladas, pero Dom se presionó con fuerza contra los electrodomésticos para permanecer fuera de la vista desde el pasillo.

Escuchó llaves caer sobre un mostrador y los pasos detrás se detuvieron por un instante, pero luego comenzaron de nuevo.

Mirando directamente hacia adelante, Dom pudo ver las escaleras frente a él. Si Ross subiera las escaleras, sólo tendría que mirar hacia abajo y a su derecha para ver a un hombre con un mono gris y un casco blanco recostado en su lavadora y secadora.

Ethan Ross entró al pasillo a la izquierda de Dom y comenzó a subir las escaleras.

Dom se empujó contra su mochila con todas sus fuerzas, retrocediendo uno o dos centímetros más. Estaba furioso por permitirse llegar a esta posición comprometida y peligrosa. Tenía una pistola en una pistolera debajo de su mono, pero no estaba dispuesto a apuntarla a un tipo del que, hasta el momento, Dom tenía pruebas suficientes para sospechar que sólo era un hijo de mamá rica. Si Ross lo viera, Dom no podría hacer más que correr hacia la puerta principal.

ETHAN SUBIÓ LAS ESCALERAS hacia el segundo piso, lenta y distraídamente, en gran contraste con sus movimientos desde que salió de su oficina media hora antes. Casi había corrido a casa, con la intención de ponerse en contacto con Banfield y Bertoli lo antes posible, pero todo esto cambió en el momento en que entró a su casa e intentó apagar el sistema de seguridad de su hogar solo para descubrir que ya había sido desarmado. Estaba fuera de sí hoy, no tenía tanta confianza como necesitaba, pero no podía creer que no hubiera armado el sistema de seguridad antes de irse esta mañana. Pensó en retrospectiva y estaba casi seguro de recordarlo, pero tenía que admitir que, a pesar de su agudo intelecto, en tareas mundanas y repetitivas no era difícil confundir un día con el siguiente.

Ethan sacó de su mente el sistema de alarma mientras se dirigía a su habitación, e inmediatamente volvió a su principal preocupación. Agente especial Darren Albright. Ethan había dejado el trabajo poco después de que Albright dejara su oficina. No le preocupaban las apariencias, le dijo a Angie que saldría a almorzar antes de su cita con el dentista y que estaría fuera por el resto del día. Y aunque estaba seguro de que ella había escuchado al menos parte de su conversación con el agente especial, sabía que Angie no sospecharía ni por un instante que él fuera un denunciante. Se quitó el traje y luego entró en su armario para coger un par de vaqueros y un suéter de cachemira. Mientras tanto pensaba en cómo se pondría en contacto con Banfield. Tenía que ser más listo ahora, más de lo que obviamente había sido hasta ahora. Por supuesto, establecer contacto con Banfield sin utilizar la señal de la boca de incendios era un peligro, pero ahora lo consideraba tan importante que incluso valía la pena arriesgarse a llamar por teléfono, aunque sabía que tenía que utilizar algún tipo de código en caso de que él o Banfield estaba bajo vigilancia.

Cuando todavía estaba vistiéndose, cogió el teléfono de su casa del soporte junto a la cama y luego se lo llevó a la oreja. Al hacerlo se dio cuenta del móvil que Banfield le había convencido para comprar unos días antes y se le ocurrió que sería una tontería por su parte utilizar su teléfono fijo para realizar la llamada.

Acunó el teléfono de casa y cogió el móvil. Mientras marcaba el número con una mano, luchaba por sacar la cabeza a través del suéter de cachemira.

DIRECTAMENTE ABAJO, Dominic se quitó las zapatillas y luego ató los cordones rápidamente para poder colgarlas alrededor de su cuello. En calcetines, se deslizó por el suelo del pasillo de abajo para permanecer lo más silencioso posible y se dirigió a la parte trasera de la casa. Entró al porche cubierto; estaba frente a la lente de la cámara de seguridad de la despensa, pero sabía que no importaría ahora que Ross estaba en casa. La cámara inalámbrica no enviaría una alerta a su teléfono si estuviera conectado a la misma red, porque sabía que estaba en casa.

Dom primero planeó salir por la puerta trasera, escalar la cerca y despejar la escena, pero el hecho de que Ross estuviera en casa le dio una oportunidad que Dom no podía dejar pasar.

Se arrodilló junto a la desordenada mesa de café en el porche cerrado y grabó todo el papeleo allí con la función de video de su teléfono con cámara.

Encontró más papeles en un revistero al lado del sofá, los sacó y los revisó rápidamente, con cuidado de registrar cada hoja.

Mientras trabajaba, mantuvo sus oídos atentos a las pisadas que se producían directamente encima de él. Podía oír a Ross entrando y saliendo de su armario, y luego escuchó una voz apagada.

Solo hablaba Ross, por lo que Dom supuso que estaba hablando por teléfono.

Dom no sabía si estaba usando el teléfono móvil junto a la cama u otro móvil, pero seguro que no estaba usando el teléfono fijo de la casa, porque Dom había desconectado el cable de la caja de afuera.

Dom no pudo entender nada de lo dicho hasta el final de la conversación unilateral, cuando Ross casi gritó, con voz agitada: "¡Quiero decir, hoy! ¡Maldita sea ahora mismo!

Dom pensó que esto sonaba muy sospechoso. Terminó su trabajo en el porche y se dirigió hacia la puerta. Tenía una cerradura corredera expuesta y un cerrojo enorme. Dom abrió el cerrojo, pero justo cuando alcanzaba la cerradura corrediza, se detuvo bruscamente. Detrás de él, en el pasillo, se oyó el crujido de unas escaleras: Ethan Ross estaba bajando.

Mierda.

Al otro lado de la puerta trasera había una puerta mosquitera, y Dom imaginó que sería una propuesta ruidosa abrirla rápidamente. Se alejó de la salida y se deslizó en calcetines hasta un armario del pasillo junto a la entrada del porche. Se empujó hacia adentro, escondiéndose detrás de la serie de abrigos gruesos que colgaban allí. Sólo necesitaba un lugar donde permanecer fuera de la vista hasta que Ross saliera de la casa. Había echado un vistazo al armario antes y ahora decidió que era la mejor opción posible.

Pero la Ley de Murphy entró en acción. Escuchó los zapatos de Ross chirriar en las tablas del piso del pasillo cuando giró en las escaleras y comenzó a caminar en dirección a Dom. Dom se dio cuenta de que Ross se dirigía hacia ese mismo armario. Dominic puso los ojos en blanco, empujó su mochila con fuerza contra la pared y luchó contra el impulso de sacar su Smith & Wesson de la pistolera.

La puerta del armario se abrió, Dom permaneció presionado contra la pared trasera de cedro, no movió un músculo y contuvo la respiración.

Hijo de puta.

Ross jugueteó con sus abrigos durante lo que a Dominic le pareció una eternidad. Sacó una chaqueta de montar de gamuza, luego la volvió a poner en favor de un abrigo de lana de color camel de tres cuartos, y finalmente se decidió por una chaqueta de esquí de plumón sintético North Face roja de alta tecnología. Cuando lo sacó, Dom quedó expuesto en el fondo del armario, pero Ross ya se había dado la vuelta. Cerró la puerta y se dirigió hacia el frente de la casa, y Dom dejó escapar un largo y silencioso suspiro.

Cuando Ross entró en la sala, sonó su teléfono móvil. Dom lo escuchó responder y logró captar la mayor parte de la conversación porque la voz de Ross se escuchó por el pasillo.

“Hola, mamá. No, salí temprano. Te dije. Cita con el dentista. Tomarse el resto del día libre”.

Luego vinieron algunas quejas de Ross que Dom no pudo entender, y luego dijo: “Lo haré más tarde. No tengo tiempo en este momento”.

Después de varios segundos más de quejas frustradas, dijo: “Me voy por la puerta. Está en mi oficina. Te llamaré más tarde y... Dom pudo oír una larga vacilación y un suspiro casi infantil incluso a través de la puerta cerrada del armario. "¡Está bien! Espera un minuto”.

Dominic escuchó a Ross corriendo escaleras arriba; Parecía molesto y apresurado. Cuando Dom supo que Ross había entrado a su oficina del segundo piso, salió del armario y caminó en calcetines hasta la puerta trasera. Allí abrió con cuidado la puerta de madera y luego empujó lentamente la puerta mosquitera. Como sospechaba, chirrió al abrirla, pero Ross estaba hablando por teléfono en el piso de arriba y le dio a su madre el nombre y la dirección de correo electrónico de alguien.

Dom caminó por el pequeño patio trasero, manteniéndose cerca de la pared de la casa en caso de que Ross estuviera mirando por una ventana del segundo piso en ese momento. Llegó al camino de entrada, se arrodilló para volver a ponerse los zapatos y luego se giró para dirigirse hacia el frente de la propiedad.

Dom encontró el Clase E rojo estacionado en el camino. Metió la mano en su mochila mientras caminaba hacia ella, y apenas perdió el paso cuando se arrodilló y colocó un receptor GPS debajo del parachoques trasero.

Volvió a conectar la línea telefónica en la caja de conexiones, luego la cerró y se dirigió hacia la calle. Con un rápido vistazo a la puerta principal de la casa adosada de Ross para confirmar que estaba libre, Dom salió a la 34 y comenzó a caminar hacia el norte.

Mientras se alejaba, escuchó a Ross abrir y luego cerrar la puerta de entrada. Dom no miró hacia atrás, ni siquiera cuando el Mercedes salió del camino hacia la calle y arrancó chirriando hacia el sur, de nuevo con música pesada a todo volumen en sus parlantes.

Dom se relajó por primera vez en una hora. Lo había hecho, no creía haber obtenido mucho por sus problemas, pero había recopilado algunos datos que podía analizar y tenía una manera de ver hacia dónde se dirigía Ross. Sospechaba que no iba al dentista. Ross, con quienquiera que se reuniera, parecía pensar que se trataba de una emergencia.

Dom no intentaría rastrearlo hasta su reunión, era demasiado arriesgado. En cambio, decidió ir a casa, sentarse frente a su computadora portátil y observar sus movimientos en tiempo real mientras cargaba todos los datos que había recogido en el software analítico.

ETHAN SE ENCONTRÓ de nuevo en Fort Marcy Park por tercera vez en cuatro días. Él no había conducido hasta allí; en lugar de eso, estacionó su auto en un estacionamiento cerca de Washington Circle y desde allí tomó un taxi hasta Arlington/Shirlington. Caminó por The Village at Shirlington, un exclusivo centro comercial al aire libre, luego tomó un autobús que lo llevó a media milla del parque y recorrió el resto del camino a pie.

El largo tránsito no fue idea suya. Harlan Banfield le indicó que tomara un camino tortuoso durante su breve conversación telefónica, después de decirle primero que dejara su teléfono móvil principal en casa. Todo esto le pareció un montón de tonterías de espionaje a Ethan, había mirado por encima del hombro varias veces y no había notado que nadie lo seguía, pero Banfield insistió, y el viejo periodista parecía saber de lo que estaba hablando, así que Ross De mala gana, arrojó su teléfono principal sobre la cama, tomó su nuevo teléfono y salió de su casa para comenzar algo que Banfield llamó dramáticamente una “limpieza en seco”.

Había corrido durante cuarenta y cinco minutos, ya era mediodía, y tan pronto como entró en el parque, Ethan vio que él y sus colaboradores no tendrían el lugar para ellos solos como lo habían tenido en su reunión anterior. Además del Volkswagen de Banfield, en el pequeño aparcamiento había otros vehículos aparcados, y Ethan vio a hombres y mujeres comiendo almuerzos al volante de sus coches. Un grupo escolar de unos veinticinco alumnos de cuarto grado deambulaba por el emplazamiento de armas de la época de la Guerra Civil, liderados, más o menos, por un maestro y un guardaparque, y una pareja joven vestida con uniforme militar (después de todos estos años en el NSC Ethan todavía tenía problemas para distinguir las diferentes ramas por sus uniformes de servicio: caminó de la mano por el sendero.

Por un momento le preocupó que todos en el parque (con la posible excepción de los alumnos de cuarto grado) estuvieran trabajando para el FBI y estuvieran allí sólo para atraparlo en el acto. Pero se quitó esto de la cabeza. No tenía nada incriminatorio contra él y Banfield le había dicho que lo despediría si no se sentía cómodo con su nivel de privacidad cuando llegara.

Banfield y Bertoli estaban junto al cañón, exactamente en el mismo lugar

donde los vio dos días antes. Ethan buscó una señal de Banfield; tenía un periódico bajo el brazo que dejaría caer al suelo si quería que Ethan los pasara y siguiera caminando, pero mantuvo el periódico bajo el brazo mientras Ethan se acercaba.

Banfield habló apenas Ross estuvo cerca. "¿Sabes absolutamente que no te siguieron?"

“Por supuesto que no lo sé. Quiero decir, no lo creo. No me di cuenta de nadie, pero soy un formulador de políticas en la Casa Blanca, no un detective privado de bajo costo”.

Bertoli hizo a un lado la preocupación. “¿Qué te ha molestado tanto hoy, Ethan? ¿El polígrafo de ayer?

Ethan dijo: “La poli pareció ir bien, pero el examinador me preguntó si estaba tomando medicamentos para evitar sudar”.

Banfield hizo una mueca. Con expresión grave dijo: “Le dijiste que no, claro”.

“Por supuesto que sí. Pero no creo que se lo haya creído”.

"Podría ser simplemente una expedición de pesca", anunció Banfield, pero Ross no estaba seguro de si lo creía.

“Y luego hoy. Agente especial Albright. Simplemente apareció y me interrogó una y otra vez. Le pregunté si necesitaba un abogado y él se echó atrás, pero sospechan. Al menos eso creo”. Se pasó las manos por el pelo rubio. "Quiero decir . . . mierda. No sé. Quizás simplemente estoy perdiendo el control”.

Banfield dijo: "Podrían estar haciéndole esto a todos los que tuvieron acceso al archivo".

"Tal vez. Pero dijo que iba a entrevistar a Eve para ver si ella podría haberme contado sobre las técnicas de pasada que se utilizaron en la descarga de la flotilla de la paz. Ella nunca me traicionaría intencionalmente. . . pero Albright es bueno. Podría retorcerla. Haz que ella diga algo que lo haga sospechar más”.

Los tres permanecieron un momento en silencio en el parque, sopesando

la situación. Banfield dijo: "Podemos averiguar si usted realmente es una persona de interés o si el agente del FBI simplemente estaba tratando de sacudir su jaula".

"¿Cómo?"

“Si eres un PDI, te pondrán un paquete de vigilancia. Esperemos que no lo hayan hecho todavía, pero la limpieza en seco a la que te envié los habría sacudido si te estuvieran siguiendo.

"Nuevamente, no vi nada".

“No sería obvio, hijo. Habrá varios autos entrando y saliendo cuando usted esté en su vehículo. Media docena de hombres y mujeres, probablemente más si vas a pie. Intervendrán el teléfono de su casa y de su oficina y utilizarán una orden judicial para acceder a su teléfono móvil”.

"Jesús Cristo."

"Cálmate", dijo Gianna. “Harlan, ese sería el peor de los casos. No hagamos que las cosas sean más estresantes de lo necesario”. Se volvió hacia Ross. "Aún no sabemos si te están vigilando".

Banfield dijo: “Esto es lo que haremos. Te llevaré un poco por la ciudad, solo te haré ir de aquí para allá sin ninguna preocupación en el mundo”.

"¿Y?" preguntó Ross.

"Y tengo cuidado con cualquiera que te siga".

“¿Podrás…”

“Por supuesto que lo haré. No me caí simplemente del camión de nabos. Como les dije antes, esta no es la primera vez que nos enfrentamos a este tipo de cosas. ¿Qué tan pronto podremos realizar una pequeña prueba?

Ross miró su reloj. “Estoy libre por el resto del día. Tengo cita con el dentista a la una.

"Bien. Comprará unos auriculares para que podamos mantenernos comunicados a través de su nuevo teléfono, regresar a su automóvil e ir a su cita. Si te están vigilando y te perdieron, sabrán que ahí es donde pueden

recuperarte. Una vez que haya terminado, lo dirigiré a un lugar donde estaré esperando para identificar a cualquier miembro del personal del FBI que lo esté siguiendo".

Ethan asintió distraídamente, pero Gianna dio un paso adelante y le dio un abrazo. "Ojalá todo esté bien", dijo. Para Ethan, esto fue quedarse corto. "Pero si hay motivos de preocupación, tomaremos las medidas necesarias para mantenerlos a salvo. Por favor, debes relajarte y confiar en mí".

Ethan miró a Bertoli a los ojos. Pensó en su madre, aunque Bertoli fuera veinte años menor. "Sí."

Banfield dijo: "Tendrá que darse prisa para programar su cita con el dentista".

DOMINIC PASÓ media hora sentado en la mesa de su cocina, cargando datos de su teléfono en un software de su computadora portátil que analizaría y categorizaría su hallazgo. Era más trabajo para la computadora que para Dom, así que mientras todo se cargaba y funcionaba, abrió su aplicación de recepción de GPS en su computadora y comenzó a rastrear el Mercedes de Ethan Ross.

En el mapa vio que el vehículo llevaba más de cincuenta minutos aparcado en un aparcamiento de Washington Circle. Simplemente sentado ahí. Dom interpretó que esto significaba que quienquiera que Ross se apresuró a encontrar vivía o trabajaba en el área. Si Ross era realmente el traidor, esto era una muy mala noticia, ya que las opciones en el área para un hombre con inteligencia estadounidense clasificada y la voluntad de compartirla con partes no autorizadas eran abundantes. Embassy Row estaba a poca distancia hacia el norte, y otras embajadas y organizaciones extranjeras salpicaban el área. Dom supuso que había más actores estatales enemigos de Estados Unidos en un área de diez cuadras alrededor de ese estacionamiento que en cualquier otro lugar de los Estados Unidos.

Pero se dio cuenta de que se estaba adelantando y haciendo suposiciones basadas en muchas especulaciones. Luchó contra la tentación de continuar con estas suposiciones sin, al menos, comprobar algunas teorías contrapuestas sobre lo que estaba haciendo Ross.

Escribió "oficinas de dentista" en una búsqueda de la zona en Google Maps y vio media docena a un par de cuadras del estacionamiento donde

estaba el Mercedes.

Mierda. Por lo que sabía, Ross simplemente había ido a hacerse una limpieza dental.

"No." Lo dijo en voz alta. Los fragmentos de la conversación telefónica que había retomado en Georgetown le hicieron estar casi seguro de que Ross se reuniría con otra persona. "¡Maldita sea ahora!" No fue algo que alguien le dijo a la recepcionista del consultorio del dentista. Había una emergencia en el mundo de Ethan Ross, y Dom tuvo que imaginar que involucraba la investigación sobre la filtración del SS Ardahan.

Dom sabía que esto no era evidencia suficiente para Albright, ni siquiera revelaría lo que había aprendido porque solo alertaría al FBI de que Dom estaba en juego y se estaba insertando en la investigación. Pensó en llamar a David, pero el Mossad no tenía nada que hacer en ese momento. Tenía un carácter sospechoso y exigía una reunión clandestina con . . . alguien.

No era mucho, pero en este momento era suficiente para Dom. Decidió que vigilaría a Ethan Ross lo mejor que pudiera. Dom estaba completamente solo y no podía seguirlo de manera efectiva. Pero decidió que también podría probar con una vigilancia móvil suave. Volvió a ponerse la pistolera y comprobó que su Smith & Wesson estaba bajo el brazo. Luego se puso una gruesa chaqueta de cuero negra y agarró su casco de motociclista y sus llaves. Encendió la aplicación de su teléfono para el rastreador para poder seguir a Ross si salía del estacionamiento mientras Dom estaba en camino, y luego se dirigió a su motocicleta de calle Suzuki TU250. . . .

DOM LLEGÓ al estacionamiento de Washington Circle justo cuando Ethan Ross bajaba de un taxi a pocos metros de su vehículo.

A Caruso eso le pareció muy sospechoso. ¿Por qué aparcaría su coche y luego lo llevaría a otro lugar? Ciertamente no podía imaginar ningún escenario que involucrara a un dentista.

Dom rodeó la cuadra para darle tiempo a Ross de subirse a su auto, y cuando Dom dio la vuelta ya estaba rodeando la rotonda que servía como perímetro para Washington Circle Park. Dom esperaba que se dirigiera hacia el oeste por K Street de regreso a Georgetown, pero en lugar de eso, Ross se incorporó al tráfico que se dirigía hacia el este por K.

Dom se metió en el tráfico con varios vehículos detrás de él. Se mantuvo protegido por los coches y camiones que intervinieron, a pesar de que su visor ahumado y la gran distancia habrían hecho imposible que Ross identificara su rostro incluso si hubiera estado buscando vigilancia.

Dom siguió el vehículo rojo brillante y fácil de rastrear hasta Chinatown, donde Ross aparcó en un aparcamiento cubierto a una manzana al norte del Verizon Center, pagando once dólares la hora por ese privilegio. Dom tuvo suerte y encontró estacionamiento en la calle a una cuadra hacia el sur y cerró su bicicleta con llave mientras vigilaba la salida del estacionamiento. Ross apareció un minuto después, pero en lugar de caminar hacia Chinatown, se alejó de allí, hacia el este por H Street. Había varios edificios de oficinas aquí, pero el personal del NSC siguió caminando entrada tras entrada, continuando hasta Massachusetts. Dom estaba muy detrás de él y al otro lado de la calle, atento a cualquier intento de Ross de detectar vigilancia. Esto podría haber sido un DEG; un intento de ver si alguien estaba sobre él, pero Dom estaba actuando tan suavemente que se sentía lo suficientemente seguro por el momento.

Finalmente, después de quince minutos de caminar en el frío, Caruso se dio cuenta de que Ross se dirigía directamente a Union Station. Su primer pensamiento fue que su objetivo descendería al Metro justo afuera de la estación, lo que sin duda habría hecho que la vigilancia continua de él fuera difícil, si no imposible. Pero en lugar de eso, Ross entró en la propia Union Station. No llevaba ningún equipaje, sólo una bolsa de cuero, por lo que Dom dudaba que se fuera de la ciudad esa tarde.

Dom asumió que Ross estaba aquí para encontrarse con alguien, ya sea para un almuerzo tardío perfectamente franco o para una reunión clandestina de algún tipo. Si resultaba ser lo primero, Dom pensó que simplemente entraría y encontraría un lugar para establecer una vigilancia estática y vigilar al hombre, tal vez ver con quién cenó. Si este último fuera el caso, si él estaba aquí para interactuar con alguien subrepticiamente, bueno, Dom era realista. Union Station era un área enorme que podía cubrir un solo hombre, con docenas de pasillos, tiendas, restaurantes, baños y trenes.

Dom no iba a quedarse tan cerca como para ver algo demasiado dramático. Eso pasó sólo en las películas.

Tan pronto como Ross entró por la puerta cerca del Metro, Dom se dirigió a la entrada de la Avenida Massachusetts y luego entró al enorme y

cavernoso salón principal. Eran más de las dos de la tarde; la mayoría de la gente en D.C. almorzaba entre el mediodía y la una, por lo que la zona no estaba ni mucho menos abarrotada.

Ross entró desde el West Hall al Main Hall, pasando a doce metros de Dominic sin siquiera mirar en su dirección. Dom lo observó por el rabillo del ojo mientras caminaba alrededor del Center Café circular en medio del piso de mármol, luego se dirigió a través de una puerta doble hacia el vestíbulo del centro comercial del nivel principal de la estación.

Dom permaneció junto a él, lo suficientemente atrás como para correr un riesgo significativo de perderlo si Ross intentaba alguna táctica de evasión o "limpieza en seco". Pero permaneció lo suficientemente cerca como para mantenerlo en la mira siempre y cuando Ross mantuviera las cosas simples.

Y Ross cooperó sin saberlo. Entró en una librería y hojeó durante unos minutos. Dom se quedó al otro lado del pasillo en una tienda de ropa con estantes de trajes lo suficientemente altos como para esconderse si fuera necesario, y encontró un espejo que justo recogía la chaqueta de esquí de Ethan mientras él estaba parado en un estante para libros al otro lado del pasillo.

Ross no compró nada y pronto estaba subiendo las escaleras hacia las tiendas del entresuelo.

Dom lo dejó ir, decidiendo esperar aquí abajo en el nivel principal y vigilar ambas escaleras que conducen al entrepiso. Si Ross tenía planeada una reunión en el segundo piso, entonces Dom no tendría suerte, pero la vigilancia era una compensación, y no quería asustar a este tipo y hacer que levantara sus defensas.

Dom se posicionó entre las dos escaleras hasta el entrepiso y fingió hacer una llamada telefónica mientras esperaba que regresara su objetivo. Pasó su tiempo observando a los demás subir las escaleras. Hombres y mujeres de negocios que mataban el tiempo esperando los trenes que los llevarían a Nueva York, Baltimore, Richmond o Filadelfia. Madres jóvenes luchando con los cochecitos de camino a las tiendas del entresuelo. Una pareja de ancianos subía lentamente las escaleras, pero rápidamente fueron adelantadas por dos hombres universitarios vestidos con chándal y mochilas que subieron más rápidamente.

Ethan Ross bajó las escaleras del extremo opuesto del centro comercial unos minutos más tarde. Dom se colocó detrás de él mientras regresaba a lo largo del piso principal, luego pasó mientras Ross entraba a una tienda de ropa, cruzando una gran pared con espejos cerca del frente.

Mientras miraba en el espejo, Dom notó por primera vez que su objetivo llevaba un auricular Bluetooth en su oreja derecha. No parecía estar conversando con nadie, pero Dom no podía estar seguro.

También notó que Ross no estaba en ninguna ruta real de detección de vigilancia, porque en ningún momento buscó si alguien lo seguía, ni siquiera miró en la pared de espejos en busca de alguna indicación clara de que alguien lo estaba siguiendo.

Las piezas se fueron uniendo lentamente para Dom, pero se unieron. El deambular ocioso, la absoluta falta de interés por lo que le rodea, el auricular en la oreja.

Ross estaba en un SDR, pero no fue él quien realizó la detección. Alguien más estaba allí, un cómplice suyo, observándolo o, más exactamente, vigilando a alguien que estuviera detrás de él.

A Caruso se le erizaron los pelos de los antebrazos debajo de la chaqueta al pensar en los ojos del enemigo sobre él en ese momento.

CUanto más DOM volvía mentalmente sobre sus propios pasos durante la última media hora, más se convencía de que había realizado su vigilancia correctamente hasta el momento. No había seguido a Ross hasta el evidente punto de estrangulamiento de las escaleras del entrepiso, había dejado que el hombre se acercara a él en el centro comercial en lugar de simplemente caminar detrás de él. Si la oposición, quienquiera que fuera y dondequiera que estuvieran, había contactado a Dom, entonces estaba seguro de que lo habían catalogado para un escrutinio más detenido como uno de los muchos posibles sicarios. Estaba seguro de no haber dado a entender definitivamente que era un vigilante.

Ross salió de la tienda de ropa (una vez más, no había comprado nada) y regresó a las escaleras, esta vez descendiendo al patio de comidas en el sótano.

La primera inclinación de Caruso fue retroceder, salir corriendo de Union Station antes de que el hada madrina de Ross, en algún lugar cercano y con los ojos puestos en ese momento, le avisara de que lo estaba siguiendo un tipo con una chaqueta de motociclista negra. Pero cuando comenzó a caminar, Dom decidió que su mejor movimiento era dejar en claro que no era un perseguidor al volar su cobertura a propósito. Así que caminó hacia la escalera, alcanzó a Ross y luego lo pasó mientras bajaba, casi rozándolo mientras descendía. Fue un movimiento tan abierto que, según determinó Dom, cualquiera que lo viera lo descartaría como un posible observador.

En el patio de comidas, Dom hizo cola en un puesto de gyros. Durante casi tres minutos se obligó a mirar al frente, esperando que alguien que sospechara de él lo estuviera observando todo el tiempo, notando su total desinterés por cualquier cosa que no fuera su almuerzo. Pidió una brocheta de cordero y una Coca-Cola, las pagó y luego esperó mientras preparaban su pedido. Todo el tiempo miró hacia el soporte del giroscopio o hacia su teléfono. Sólo cuando tuvo su comida en la mano y encontró una silla de plástico y una mesita junto a la escalera central, miró hacia arriba y hacia la gran sala.

Fue solo un vistazo rápido, y luego volvió a mirar su almuerzo, pero Dom había sido entrenado para usar una sola mirada para tomar una fotografía de su entorno con la cámara en su cerebro. Mientras empezaba a comer,

procesó la foto que acababa de tomar. Había unas cincuenta mesas frente a él, los puestos de comida a la derecha, el pasillo a los baños a la izquierda, y allí, de espaldas y dirigiéndose hacia los baños, estaba Ethan Ross.

Dom levantó la vista nuevamente mientras tomaba un sorbo de su Coca-Cola, manteniendo su mirada relajada y natural. Ethan desapareció por el pasillo hacia el baño de hombres. No había manera de que Dom lo siguiera, incluso si no sospechaba que Ross tenía un observador en algún lugar de esta habitación vigilándole las espaldas. El pasillo era otro punto de estrangulamiento al que el observador enviaba a Ross para identificar una cola demasiado entusiasta.

No, Dom decidió que dejaría que su objetivo orinara solo.

Caruso comió otro bocado de comida, pero dejó de masticar repentinamente cuando vio algo curioso frente a él. Un hombre de unos treinta años, vestido con un traje gris carbón y un abrigo, caminó hacia el pasillo del baño que conducía al baño de hombres. No había nada particularmente interesante en eso, pero Dom notó que el hombre intercambió una mirada rápida pero inconfundible con dos jóvenes sentados en una mesa comiendo pizza. En una segunda mirada, Dom se dio cuenta de que estos eran los dos hombres en edad universitaria con trajes deportivos que había visto detrás de Ross dirigiéndose al entrepiso diez minutos antes.

El hombre del traje color carbón no parecía estar con los universitarios, ciertamente no habían estado juntos antes, pero la mirada era de inseguridad. Inquietud.

Para Dom, la mirada decía: "¿Debería seguirlo?"

Después de la mirada, el hombre, de hecho, se dirigió por el pasillo hacia el baño.

Dom había estado atento pasivamente al observador de Ross, pero sabía que estos tipos no estaban trabajando con Ross. La mirada decía algo más.

No eran las hadas madrinas de Ross.

Esta era una cola.

Dom se corrigió. Esta era otra cola. Tenía que ser el FBI el que estaba vigilando a Ross, y esto enfureció a Caruso. Quería golpear la pared junto a él

con el puño, pero luchó contra el impulso. Sabía muy bien que el observador de Ross habría visto al hombre que había canalizado hacia el punto de estrangulamiento, y esto significaba que Ross ahora se asustaría y se escondería, haciendo que probar algo contra él fuera mucho más difícil.

Dom sacó su teléfono y marcó un número que había guardado en la memoria. Después de algunos timbrazos, respondió un hombre.

"Muy bien."

-susurró Caruso, aunque no había nadie alrededor. "Maldita sea, Darren, tus muchachos están jodidos".

"Mi . . . chicos? ¿Qué chicos?

“Escúchame. La cola de Ross tiene que retroceder. Lleva un DEG, pero tiene un observador. Tu equipo está tratando de acercarse demasiado a él. Mierda, estoy noventa por ciento seguro de que ya es demasiado tarde. Uno de ellos acaba de ser arrastrado hasta un cuello de botella”.

"¿Dónde estás?"

Dom suspiró. “Estoy en Union Station. El patio de comidas”.

"¿Estás siguiendo a Ethan Ross?"

"Mucho mejor que tu equipo lo está siguiendo".

“Te lo dije antes, debes mantenerte al margen de la investigación. Y usted estuvo de acuerdo con eso. Además de eso, ni siquiera es objeto de investigación”.

"Si no es objeto de investigación, ¿por qué le estás siguiendo...?"

"¡No le seguimos!"

Dom observó a los dos jóvenes en la mesa mientras se levantaban y se dirigían hacia las escaleras, deslizándose entre la ligera multitud. Dom esperaba que subieran y encontraran un lugar de vigilancia estática para cuando Ross ascendiera.

Dom preguntó: "Entonces, ¿quiénes diablos son estos tipos?"

Albright no respondió a la pregunta. En cambio, dijo: “Quiero que te vayas a casa. Iré más tarde y hablaré contigo sobre esto”.

“¿Esta cola sobre él no es del FBI? ¿Estás cien por ciento seguro?

“No estoy dispuesto a discutir ninguna parte de la investigación con usted en este momento, ya que obviamente no ha cumplido su parte del trato. Pero para que usted retroceda y no acose a ningún civil que se presume inocente, puedo confirmar categóricamente, sobre la tumba de mi madre, que no tengo ningún paquete de vigilancia de ningún tipo sobre Ethan Ross, miembro del personal del NSC”.

“¿Qué vas a hacer con estos tipos?”

“Le sugiero que se comunique con el NSC. Si hay un problema de seguridad que involucra a uno de sus empleados, ellos deben encargarse de ello”. Albright colgó el teléfono.

Dom puso los ojos en blanco. Claramente, Albright no creía que las preocupaciones de Caruso fueran válidas.

Los dos jóvenes ya no estaban a la vista, pero Dom pensó en su apariencia. Ambos tenían cabello oscuro y tez algo aceitunada, pero podrían haber sido de cualquier lugar excepto Escandinavia. El hombre del traje color carbón tenía el pelo entrecano y la piel más clara, aunque tampoco era exactamente rubio.

Realmente no podía sacar conclusiones definitivas sobre ellos a partir de su apariencia.

Ross apareció desde el pasillo del baño y Dominic miró su comida. Cuando volvió a levantar la vista, treinta segundos después, Ross ya no estaba. Aparentemente había subido la otra escalera, en el lado más alejado del sótano de donde ahora estaba sentado Dom.

Dom no fue tras él. Ya estaban sucediendo demasiadas cosas por aquí para su gusto, así que decidió terminar su almuerzo e irse a casa.

Le dio un mordisco al giroscopio, pero se dio cuenta de que había perdido el apetito. Pensar en Ross, el hecho de que tuviera cómplices, el hecho de que ahora sabía que estaba bajo sospecha y que ahora actuaría de una manera que bien podría hacerlo estar más seguro, a Dominic se le revolvió el

estómago. Se puso de pie y arrojó las sobras en un cubo de basura cercano, luego se dirigió hacia las escaleras más cercanas a él.

Justo frente a él, un hombre mayor y corpulento con un abrigo de lana de color camel se giró para subir las escaleras, y Dom tuvo que reducir la velocidad para dejarlo pasar.

Dom acababa de dar el primer paso cuando miró por encima de él, más allá del hombre mayor, y notó que un par de policías uniformados del metro de DC descendían. Uno habló por el micrófono adjunto a su charretera y ambos hombres se movieron con determinación, como si los estuvieran enviando escaleras abajo en una misión.

Casi instintivamente, Dom se dio la vuelta y comenzó a alejarse de las escaleras.

Supo al instante que Darren Albright había llamado a la policía local.

No para agarrar a Ross. No para atrapar al tipo que buscaba a Ross. No para agarrar a los hombres que seguían a Ross.

Pero para agarrar a Caruso.

"Maldito Albright", murmuró para sí mismo.

Pasó por el pasillo hacia los baños a su izquierda y continuó hasta las escaleras en el extremo oeste del sótano. Justo antes de llegar a ellos, se giró rápidamente y fingió usar un cajero automático a su derecha, de espaldas a las escaleras.

Dos policías de Metro más bajaron por la escalera oeste y lo pasaron sin darse cuenta. Después de que entraron en la habitación, Dom se giró y subió las escaleras, luego salió de Union Station.

TAL COMO DOM había sospechado, el hada madrina de Ethan Ross había visto a los hombres detrás de él. Harlan Banfield se había sentado en el patio de comidas, en un banco junto a una crepería, delante de Caruso, pero fuera de su vista al otro lado de una columna de apoyo.

En el momento en que vio a los hombres, Banfield los identificó como del FBI. Este fue un sesgo de confirmación. Ross pensó que los federales estaban tras él; de hecho, alguien estaba tras él, por lo que Banfield supuso que eran

los federales.

Estuvo en constante comunicación con Ethan, pero no le dijo que lo estaban siguiendo. En cambio, Banfield le dijo a Ethan que comenzara a caminar de regreso a su auto en Chinatown y que él le diría qué hacer a continuación. Una vez que Ethan salió del baño y subió las escaleras del sótano, Harlan se dirigió a la escalera más cercana a él, pasó corriendo junto a un joven con una chaqueta de motociclista y subió. Un par de policías de DC se acercaban, pero Banfield no les prestó atención, ya estaba pensando en qué hacer a continuación con Ethan Ross.

Mientras regresaba a su motocicleta en Chinatown, Dom buscó en su bolsillo y sacó la tarjeta que el oficial del Mossad le dio la mañana anterior. Marcó el número y David contestó al primer timbrazo.

"Señor. Caruso, qué amable de tu parte llamar. ¿Cómo puedo ser de utilidad?

“¿Tiene usted vigilancia sobre alguien aquí en D.C.?”

David se rió entre dientes. “Esa es una pregunta vaga. Por supuesto que tenemos a alguien bajo vigilancia. Diplomáticos sirios. Radicales palestinos. Agregados militares egipcios. Tu ciudad capital es un entorno sorprendentemente hostil. Sin embargo, supongo que te refieres a alguien específico.

"Alguien que podría haber estado involucrado en la violación de la NSA".

David respondió inequívocamente. "En absoluto. Como te dije, esperamos que puedas ayudarnos con eso. Por supuesto, tenemos otras sondas, pero hasta ahora nada sólido. Si me dice que ya tiene un sospechoso, estaré muy impresionado”.

"Bueno, tengo un sospechoso, y tiene una cola".

“¿FBI?”

"El FBI dice que no".

"Es interesante. ¿Algún otro actor lo está siguiendo?

"Eso parece".

“¿Cómo se llama este hombre? Lo investigaré por mi parte”. Dom vaciló. No, no estaba dispuesto a involucrar al Mossad en esto. Eran sólo una parte más de una situación que rápidamente se estaba volviendo extremadamente complicada. Dom decidió que era mejor mantenerlos al alcance de la mano, al menos por ahora. “Es sólo una corazonada. Te avisaré si descubro algo más”.

“Si dices que este hombre está bajo vigilancia, entonces es más que una corazonada. Involúcranos, Dominic, y podremos utilizar nuestros recursos para examinarlo.

"Te llamaré de nuevo." Dom colgó el teléfono y siguió caminando. David tenía razón, Ethan Ross era más que una corazonada. Pero por ahora, todo lo que Dominic podía hacer era intentar pensar en una manera de convencer a la agente especial Albright de este hecho.

DESPUÉS DE UNA HORA de Ross navegando por varios centros comerciales y cadenas de tiendas en una tintorería de aspecto muy natural, Banfield no vio más señales de vigilancia sobre su denunciante. Aún así, para Banfield estaba claro que el FBI estaba, al menos, intentando monitorear los movimientos de Ross.

A las tres y media de la tarde llamó a Ethan y le dijo que fuera a un aparcamiento subterráneo en Columbia Heights. En ese momento, Ethan subió al coche de Banfield y juntos los dos hombres condujeron en medio del tráfico de hora punta hasta el Ritz-Carlton en la calle 22, donde estacionaron en el estacionamiento subterráneo debajo del hotel.

Mientras Ethan esperaba en el auto, Banfield subió solo a la suite de dos habitaciones de Gianna Bertoli, revisó el área y la ruta hacia una escalera trasera y luego regresó para guiar a Ethan con él.

Los tres subieron el volumen del televisor y dejaron correr el agua de la bañera y de la ducha y luego se sentaron juntos en sillas del salón de la suite. Bertoli no tenía sospechas reales de que estuviera bajo vigilancia, pero como directora del Proyecto de Transparencia Internacional, había aprendido a tomar una serie de medidas necesarias para garantizar su privacidad.

Sólo cuando todos estuvieron sentados con el vino del minibar en la mano, Banfield informó a Ross que, sin duda, estaba bajo vigilancia del FBI.

Los ojos de Ross se pusieron vidriosos.

Bertoli preguntó: "¿Estás seguro, Harlan?"

"Sí. Identifiqué al menos a tres hombres que lo seguían por Union Station. Nos alejamos de ellos después de eso, y él estaba limpio cuando lo recogí. Pero la cola era real".

"Mierda", murmuró Ethan.

Banfield se volvió hacia Ethan y se animó un poco. “Esa es la mala noticia. La buena noticia es que consulté con otro de mis denunciantes y esta persona tiene acceso a los archivos de los empleados federales de EE. UU. Le pedí que revisara los registros de los empleados del NSC y no hay nuevas

banderas ni restricciones de seguridad en las credenciales ni en el acceso a la computadora de ningún miembro del personal. Eso me hace pensar que la vigilancia sobre usted es muy preliminar. Sospechan y seguirán investigando, pero por ahora no tienen suficiente para hacer nada más que seguirte.

En lo que a Ethan concernía, Banfield simplemente lo estaba endulzando. Ethan sintió que toda su vida se le escapaba. Su familia no lo entendería. Si bien sus padres simpatizarían con las razones ideológicas detrás de sus acciones, eran ex hackers del gobierno y lo considerarían un traidor como el resto del mundo.

Se reclinó en la silla y miró al vacío.

Bertoli se arrodilló en el suelo junto al joven miembro del personal de la NSA y lo abrazó con simpatía, como si los dos se conocieran desde hacía años.

Ethan habló desde la suavidad de su cabello rizado. “¿Qué voy a hacer?”

Ella puso su brazo sobre su hombro y lo sostuvo firmemente. "Por ahora, es necesario actuar con naturalidad".

“Albright va a hablar con Eve y él se apoyará en ella. Les dirá que me habló de vulnerabilidades específicas del sistema y luego me arrestarán”.

Bertoli dijo: “Estás en una situación grave, no quiero minimizarla. Pero no es grave. Aún no. El problema es que, cuando la situación se vuelva grave, será demasiado tarde para ayudarse a sí mismo”.

"¿Qué significa eso?"

"Hay algo que debes hacer y debes hacerlo ahora".

“¿Estás hablando del maldito rasguño otra vez?”

"Sí. Harlan acaba de decir que todavía tienes acceso a tu sistema. Vaya a trabajar mañana por la mañana y descargue los archivos, luego protéjalos de la forma que crea mejor. Por si acaso necesitas tu as en la manga.

Sacudió la cabeza. “Simplemente cavaré mi hoyo más profundo. Mejor me arriesgo ahora. Si me arrestan, conseguiré el mejor abogado que el dinero pueda comprar y haré todo el ruido que pueda. Quizás si tengo

suerte...

Bertoli puso su mano en la mejilla de Ethan. “Mi pobre e ingenuo Ethan. Si te atrapan, no serás famoso. No habrá un gran juicio para que usted exprese sus quejas”.

Ethan dijo: “Esto es Estados Unidos. Tendrán que llevarme a juicio”.

Ella negó con la cabeza. "No. Te psiquiarán”.

“¿Psicarme?”

“Te consideran un riesgo para la seguridad y luego te internan en un centro psicológico, te llenan de medicamentos y te hacen una especie de lobotomía química. Se olvidarán de ti. Todos se olvidarán de ti”. Con una sonrisa arrepentida, dijo: “La peor parte es. . . te olvidarás de ti”.

Ethan había oído rumores en ese sentido, pero nunca los había creído. Pero Bertoli parecía absolutamente creíble. Le resultó imposible dudar de ella.

“¿Qué propones?”

Banfield dijo: “Haces tu riña y luego te vas de la ciudad. En algún lugar lejano donde puedas evitar el arresto y arreglar las cosas según tus términos. No el de ellos”.

"Podría ir a casa de mi madre en San Francisco".

Bertoli negó con la cabeza. “No, Ethan. Estoy hablando de ir al extranjero. Estoy hablando de asilo”.

Puso su cabeza entre sus manos. "¿Asilo? No. Dios, no”. Murmuró para sí mismo, con los ojos distantes como una víctima de un shock, mientras el peso de su situación caía sobre él.

El disco de NASCAR apareció en su mano y lo dobló en la de él. Él no se resistió. Una vez más dijo: “Si esperas hasta que lo necesites, será demasiado tarde”.

Banfield también se acercó. “A través de mi contacto sabré si tu acceso está bloqueado. Ésa será nuestra indicación de que el FBI está planeando

realizar un arresto. Pero entonces ya será demasiado tarde".

Ethan guardó el rastreador en el bolsillo de su chaqueta y se levantó. "No sé. Necesito pensar en ello".

Bertoli dejó ver la preocupación en su rostro, pero dijo: "Está bien. Entiendo."

Harlan y Ethan dejaron a Gianna unos minutos más tarde, salieron por las escaleras traseras y bajaron al estacionamiento.

Mientras los dos hombres salían del vecindario para dejar a Ethan en una parada de taxis en Petworth, Ethan decidió hablar con Eve para tener una idea de lo mal que estaban las cosas. Si Albright la hubiera entrevistado, si la situación pareciera completamente desesperada, él iría a la oficina mañana por la mañana y robaría secretos para usarlos como moneda de cambio.

Pero lo haría sólo si fuera necesario. Se dijo a sí mismo que todavía tenía el control, ni Banfield, ni Bertoli, ni Albright. Haría lo que fuera mejor para él. Ethan no creía en nada más que en su propio intelecto, y todavía pensaba que podía convertir esta situación aparentemente desesperada en algo más. Quizás no sea una victoria para él. Era demasiado esperar. Pero tal vez un empate. Una distensión entre las partes.

Ethan Ross tenía fe en su brillantez. Superaría esto de alguna manera y saldría intacto del otro lado.

DOM CARUSO SENTADO en su sofá con una botella medio vacía de cerveza Harp en la mano. La televisión estaba apagada, su computadora apagada y en otra habitación, y había ordenado un poco su sala de estar, porque esperaba tener compañía pronto.

En la tranquilidad del momento hizo un examen mental de sus heridas. Los dolores de cabeza habían desaparecido, estaba agradecido por ello. Todavía sentía la opresión en la caja torácica; el dolor había disminuido mucho, pero el espasmo seguía constante y el dolor del tejido magullado subía y bajaba con cada respiración. Los cortes en su brazo y pecho se estaban curando, probablemente no los volvería a vendar después de su próxima ducha, aunque lucirían bastante feos durante unas semanas más.

Dom tenía un poco de experiencia detectando golpes y abolladuras. Fue

lo suficientemente fuerte como para ignorarlos mentalmente mucho antes de que desaparecieran físicamente.

El golpe en su puerta se produjo cuando lo esperaba. Incluso la naturaleza y el temperamento de los golpes, cuatro explosiones atronadoras y furiosas, sonaron más o menos como él había imaginado que serían. Al principio no se levantó del sofá. En lugar de eso, tomó un sorbo de cerveza, se reclinó en el sofá y esperó la siguiente serie de furiosos golpes.

No tenía sentido apresurar lo que estaba por venir.

Después de varios golpes más escuchó: "¡Caruso!"

“Está abierto”, respondió Dom.

Darren Albright entró un momento después; vestía un traje azul oscuro, no llevaba abrigo y tenía las manos vacías. Cerró la puerta detrás de él, vio a Dominic sentado en el sofá y casi corrió hacia él.

"Toma asiento". Dom señaló una silla de cuero, pero Albright la ignoró.

"Teníamos un trato".

"Pensé que era más bien un acuerdo de caballeros".

“¿Y usted no es un caballero?”

“Hay un momento para eso, seguro. Esto simplemente no es así”.

Albright jadeó como si reuniera fuerzas para seguir hablando con un niño desobediente. Se sentó y se inclinó hacia adelante. “No puedo permitir que interfieras con la investigación. Ethan Ross es sólo uno de los muchos sujetos potenciales en esto; tomará algo de tiempo y un buen trabajo de campo para identificar al verdadero culpable. Cualquier cosa que pueda poner en peligro un buen arresto va a...

"Creo que es tu hombre".

"Si sabes algo que te lleve a esa conclusión, me gustaría escucharlo".

Dom abrió la boca para hablar, pero Albright levantó una mano rápidamente. “A menos, por supuesto, que lo que usted diga pueda

comprometer esta investigación o hacer imposible un procesamiento exitoso. No puedo saber qué habéis hecho tú y tus amigos fantasmas para violar los derechos de la Cuarta Enmienda de Ross, por ejemplo. Si es inadmisible en el tribunal, lo cual supongo que es probablemente el caso con cada maldita cosa que ustedes hacen, entonces haganme el favor de mantenerme al margen.

Dom cerró la boca. No tenía nada que decir ahora. Albright notó esto. "Excelente. Eso es jodidamente genial. Voy a jugar como si no supiera que usted y su gente llevaron a cabo algún tipo de registro e incautación irrazonables".

"¿'Registro e incautación irrazonables'? Recitar palabras de moda de la Cuarta Enmienda no te ayudará a atrapar a tu hombre".

Albright saltó de la silla. "¡Pero me ayudará a condenar al culpable! Eso es todo lo que me importa. Puedo verlo en tus ojos, Caruso. Esto es personal. Muy personal. Pero cuando un fantasma extraoficial hace que las cosas sean personales, la ley y el orden son las primeras cosas que se tiran por la ventana".

"¿Quién dice que soy un fantasma no registrado?"

"¡He mirado los libros! No estás en ellos. Soy un agente del FBI. Saco conclusiones. Mira, tú y yo hicimos el mismo juramento cuando nos unimos al FBI. Afirmamos que apoyaríamos y defenderíamos la Constitución de los Estados Unidos contra todos los enemigos, internos y externos. La última vez que lo comprobé, la Cuarta Enmienda todavía formaba parte de la Constitución".

Dom dijo: "Sí, bueno, nuestras tácticas son diferentes, pero ambos perseguimos al mismo enemigo".

Albright respondió. "Estás detrás de Ross. No sé si él es el enemigo".

"¿Aún no tienes idea de quién lo estaba siguiendo en Union Station?"

"Sí."

Caruso se animó rápidamente. "¿OMS?"

"¡Tú!"

Ahora Caruso se dejó caer en el sofá y puso los ojos en blanco. “¿Vamos a superar eso? Te lo aseguro, alguien más está interesado en Ross.

Albright pareció tomarse la idea en serio por primera vez. “Si tenía cola, entonces tal vez sean los israelíes. Tienen sondas alrededor del edificio Hoover. Quieren respuestas. Tal vez descubrieron que era una de las personas que estábamos investigando, por lo que están realizando su propia vigilancia”.

Caruso negó con la cabeza. "No."

"¿No?"

"Tendrás que confiar en mí en eso".

"En este momento no confío en ti para nada".

Dom pensó en lo que debería decir y en lo que debería omitir. Finalmente habló lentamente, con evidente cuidado. “Los israelíes se acercaron a mí el otro día y me hicieron preguntas. Perdieron a un buen hombre y están enojados. Querían ver si tenía alguna información. Yo no lo hice, pero estaba claro que ellos tampoco”.

"¿Cómo sabes que no se han enterado de Ross de otra manera?"

“Créanme, se están agitando. No saben nada de Ethan Ross. Quien lo sigue, trabaja para otra persona. No sé quién es, pero a menos que uno de los otros treinta o cuarenta potenciales filtradores del NSC haya jugado con su polígrafo y tenga una entidad misteriosa detrás, entonces Ethan Ross podría ser tu mejor opción en este momento”.

Albright aceptó el punto con un lento movimiento de cabeza. Él dijo: “Está bien. Esto es lo que haré. Si retrocedes, y me refiero a retroceder por completo, entonces pondré un paquete de vigilancia sobre Ross.

Dom preguntó: "¿Cuándo?"

“Eres un hijo de puta prepotente. Puedo tenerlo listo mañana a la mañana”.

“¿Por qué no ahora?”

“¡Porque lleva tiempo! Eres el FBI, o al menos finges serlo, así que lo sabes. Si estuviera absolutamente seguro de que Ross era el hombre, si supiera que está en juego con información nueva, entonces sí, sacaría recursos de todas partes y establecería vigilancia en nada plano, pero no sé nada de eso. Volveré a la oficina ahora mismo y hablaré con SSG y Tecnología y con todos los demás con quienes necesito hablar para poner el grifo y la cola en su lugar”.

"Será mejor que sean buenos, ya está nervioso".

“No te preocupes por SSG. Son los mejores”.

Eso era discutible, pensó Dom, pero no lo dijo. Eran buenos, de eso no había duda, pero Dom sospechaba que algunas otras agencias estadounidenses tenían personal de vigilancia que podría competir con ellos por su dinero.

"De nuevo." Albright señaló con el dedo a Dom. “No haré nada hasta que tenga tu palabra de que no interferirás. Y no tu palabra como caballero, porque ese barco ya zarpó, sino tu palabra como un tipo que sabe que lo arrestarán si lo veo en algún lugar cerca de Ethan Ross. Me importa una mierda que tu tío sea presidente. Tu padre podría ser el Papa y yo todavía te sacaría a pasear como rana si sigues haciendo más mierda.

Dom se puso de pie y extendió una mano. "Prometo. Estoy fuera de esto. Ahora depende de ustedes”. Albright estrechó la mano de Caruso, de mala gana porque todavía estaba molesto, y salió por la puerta camino al edificio Hoover.

Podía verlo en el rostro del agente especial del FBI. Albright sabía que le esperaba una larga noche.

25

ETHAN tomó un taxi hasta un bar en la calle M, a unas cuadras de su casa, y luego caminó el resto del camino hasta su vecindario. Llegó faltando cuarto para la medianoche y luego se quedó al otro lado de la calle en Volta Park durante varios minutos, observando su casa desde la distancia, buscando alguna vigilancia en los coches, las ventanas o los árboles.

Una camioneta con televisión por satélite estaba estacionada en Q Street, justo al norte de su casa, y esto llamó su atención y lo puso nervioso. Había visto suficiente televisión y películas como para saber que la vigilancia del FBI a menudo estaba estacionada en camionetas disfrazadas justo en frente de su ubicación objetivo, y se preguntó si dentro del vehículo oscuro e inmóvil, tres o cuatro hombres estaban sentados frente a bancos de computadoras con auriculares puestos, simplemente esperando. para el regreso de Ethan.

Pero después de diez minutos arrastrando los pies en la oscuridad y el frío en un rincón del parque, Ethan vio cómo un hombre vestido con el uniforme de la compañía de televisión por satélite salía de la casa de un vecino, charlaba con la señora en la puerta por un momento y luego subió al interior de la furgoneta. Se alejó calle abajo y desapareció.

Satisfecho y algo sorprendido de que su casa no estuviera siendo vigilada, Ethan se acercó a su casa y entró por la puerta principal. Como era su costumbre, cruzó la sala oscura hacia el teclado de seguridad para apagar la alarma antes de encender las luces de la sala.

Pero cuando llegó al teclado se dio cuenta de que su alarma había sido desactivada.

¿De nuevo?

Permaneció allí en silencio, mientras un poco de luz de las farolas de la calle 34 se filtraba a través de las persianas y por el suelo, pero por lo demás la casa estaba a oscuras. Dio un paso hacia la lámpara de la mesa junto al sofá y se detuvo de repente. Sintió una presencia allí en la habitación con él.

Se quedó helado. Su voz se quebró cuando habló. "OMS . . . ¿Quién está ahí?

“¿Qué has hecho?” Era Eva. Su voz baja y plana. El tono es a la vez

lamentante y acusatorio.

El terror que sintió al pensar que estaba a punto de ser arrestado por Albright desapareció rápidamente y fue reemplazado por el conocimiento de que Eve Pang ahora sospechaba de él. ¿Qué sabía ella? ¿Qué le había dicho al FBI?

Se acercó a una pequeña lámpara sobre una mesa junto a la pared y la encendió. Allí, en su sofá, estaba sentada Eve Pang. Todavía vestida para ir a trabajar con una falda larga negra y una blusa blanca. Su cabello recogido en un moño y sus gafas de ojos de gato en su rostro. Rara vez la había visto vestida para ir a trabajar; invariablemente llevaba el pelo suelto y las lentillas puestas cuando tenían una cita, y sudaderas o camisas de vestir cuando estaban fuera. Su aspecto serio y profesional le resultaba tan desconcertante como su voz.

Sin hablar, se sentó en la silla frente a ella. Todavía con el abrigo puesto y las llaves del coche colgando de los dedos. Olió a alcohol (vodka, pensó), pero no vio un vaso ni una botella, por lo que supuso que ella debía haber consumido mucho para que emanara de su piel.

"¿Dónde está tu coche?" preguntó.

"Estacioné atrás para que no supieras que estaba aquí".

"¿Por qué?"

"¿Dónde está tu coche?"

Ethan se aclaró la garganta. “Tomé un taxi”.

“Te miré a través de la ventana. No hay taxi”.

"I . . . Se le pinchó una rueda”.

"¡Mentiras! Estás mintiendo. Me has estado mintiendo todo este tiempo”.

"¿Qué? No."

"El FBI vino a hablar conmigo hoy".

Ethan asintió. Entonces Albright había dicho la verdad. Dijo: “No tienen

ningún sospechoso en este caso de filtración, por lo que están intentando fabricar uno. No funcionará. Simplemente me eligieron porque saben que eres un especialista en seguridad. Creen que tal vez usted podría estar involucrado de alguna manera. Les dije que era una locura".

"Estoy involucrado. ¿No es así?

"Por supuesto que no."

Sacudió la cabeza y una lágrima cayó de su ojo y corrió por el interior de la montura de sus gafas. "El hombre del FBI me contó cómo se perpetró la violación. Alguien inició sesión como administrador del dominio desde el portal NSC JWICS. Exactamente el vector de amenaza interna del que les hablé. Me emborrachaste y. . ." Ella empezó a llorar. Su rostro profesional desapasionado desapareció por completo ahora. "Me emborrachaste todas esas veces. Pensé que nos estábamos divirtiendo. Pensé que me amabas. Pensé que eso era exactamente lo que hacen los amantes aquí en Estados Unidos. Pero todo fue sólo para hacerme hablar".

La conmoción inicial de Ethan en ese momento había dado paso a una fría calma. Se dijo a sí mismo que podía negociar para salir de esto. "Eso no es cierto. El FBI te ha metido esta mierda en la cabeza. No puedes dejar que te hagan pensar esas cosas. Os pondrán en mi contra". Los ojos de Ethan se entrecerraron. "¿Qué les dijiste?"

Ella estaba sollozando abiertamente ahora. "Les dije que estaban equivocados. Tenía que hacerlo, ¿no? No puedo dejar que te atrapen, Ethan. Eso destruirá todo por lo que he trabajado tan duro. Ya me has roto el corazón. No dejaré que arruines mi vida. Mi futuro".

"Cálmate, Eva. Estás siendo dramático. No tuve nada que ver con la infracción".

"Cuando les hablé sobre el uso del inicio de sesión del administrador de dominio, no les hablé sobre el registro de auditoría puntual que se realiza en él. Simplemente no pensé en eso. No sé por qué. Resulta que ese fue el único error que cometió el filtrador, y cualquier verdadero experto en sistemas informáticos que haya iniciado sesión como administrador del dominio lo habría sabido. No . . . la persona responsable de la infracción tenía las credenciales para obtener acceso. . ." Ella esbozó una pequeña sonrisa triste. "Pero no la experiencia".

La mandíbula de Ethan se apretó con fuerza y apretó las llaves de su auto hasta que sus dedos se pusieron blancos. "No sabes de lo que estás hablando".

Se quitó las gafas y empezó a secarse los ojos con el pañuelo que tenía en la mano. Ethan podía ver en sus ojos ahora que estaba ebria. Ella dijo: “Pensé que eras más inteligente que esto. ¿Por qué serías un traidor? Los tontos son traidores. Hombres atrapados en trampas”.

Ethan se levantó, tratando de controlar una furia creciente.

Ella continuó. “Sé en qué trampa estabas atrapado. Una trampa que tú mismo creaste. Sobreestimaste tu inteligencia. Sobreestimaste tu importancia”.

"No tengo que escuchar esto", dijo. "Me voy. Conseguiré un hotel. Puedes quedarte aquí esta noche, estás demasiado borracho para ir a ningún lado”.

Esto tomó a Eva por sorpresa. Ella se puso de pie. "¡No! No te irás. No he terminado de hablar contigo”.

Pero Ethan ya había abierto la puerta de entrada, estaba en el porche, ella lo siguió y lo agarró por el cuello.

Ethan vio un solitario sedán de color oscuro llegar a una calle 34, por lo demás oscura y vacía. Se dio la vuelta mientras empujaba a Eve adentro con brusquedad, pero se enfrentó al sedán nuevamente mientras se dirigía a las escaleras de su porche.

El sedán se detuvo en la calle justo delante de él. La ventanilla del lado del conductor bajó. Ethan supuso que algún vecino o transeúnte entrometido lo había visto empujar a una chica y estaba a punto de que le gritaran.

Él le gritaría en respuesta.

Pero desde el interior del coche escuchó: "¡Ross!"

Ethan se detuvo en lo alto de las escaleras. Eve salió corriendo de la casa y volvió a ponerse detrás de él, frenética.

“¡Háblame, Ethan! ¡Dime por qué! Lo gritó entre sollozos llorosos.

Pero Ross no estaba escuchando. Sólo vio el arma ahora, porque el conductor sacó el brazo del interior oscuro y tenía el arma en la mano y el cañón de metal se reflejaba en las farolas. El cañón se elevó, apuntando directamente a Ethan, a una distancia de sólo diez metros.

"¡Por favor!" Eve gritó mientras lo agarraba del hombro por detrás.

Ross se agachó.

Un destello de luz del cañón del arma, luego un chasquido hueco que resonó por toda la calle, no más fuerte que el portazo de un coche.

Ethan se agachó en el porche, detrás de él escuchó un grito de sorpresa y luego un golpe en el piso de madera de su sala de estar, pero no se giró para mirar. En cambio, vio cómo el cañón del arma desaparecía dentro del vehículo y luego el sedán aceleró con calma, todavía en dirección norte por la calle 34. Desapareció en segundos.

Ethan se giró y encontró a Eve Pang boca arriba en el suelo de su sala de estar. Sus manos a los costados. La sangre se expande desde el centro de su pecho, enrojeciendo su blusa blanca.

"¡Víspera!" Se arrastró hacia ella, pero sólo después de mirar por encima del hombro en busca del sedán una vez más. La empujó hacia el interior de la casa, cerró la puerta principal y luego se arrodilló junto a ella. Tenía los ojos cerrados, el rostro relajado y el cuerpo pequeño e inmóvil.

Se arrastró hasta la ventana y miró a través de las persianas hacia la calle, pero todo parecía perfectamente tranquilo, como si el vecindario no tuviera idea de que acababa de producirse un intento de asesinato de un empleado de alto rango de la Casa Blanca entre ellos.

Ross sólo estaba seguro de dos cosas: una, que la bala que había matado a Eve estaba destinada a él. Y dos, todas sus opciones se habían agotado. Necesitaba ejecutar el raspado.

Se puso de pie, tomó a Eve de los brazos y la arrastró por el suelo de madera, empujándola detrás del sofá. La dejó allí y luego encontró su bolso en la península de la cocina, justo al lado de una botella abierta de Grey Goose y un vaso de hielo derretido. Buscó en el bolso, encontró las llaves del auto y de la casa, luego buscó un poco más y sacó su llavero de seguridad de

autenticación de dos partes que decía Pang-DDA. Lo metió en el bolsillo de su chaqueta, cerró la puerta principal y salió por la parte trasera de su casa hacia el auto de Eve.

ETHAN LLEGÓ A LA CASA DE EVE en Bethesda a pie después de estacionar su auto en un restaurante a seis cuadras de distancia y luego caminar el resto del camino, mientras buscaba extraños en la calle. Como había hecho en su propia casa una hora antes, observó su casa desde el otro lado de la calle, pero cuando comenzó a llover ligeramente, interrumpió su reconocimiento y entró por la puerta trasera, tanteando su camino en la oscuridad hasta que encontró Eve tenía una linterna rosa de Hello Kitty encima de su refrigerador. Utilizó esto para llegar al dormitorio de invitados de la planta baja que ella utilizaba como oficina. Su computadora portátil estaba allí, configurada como siempre; al lado había una taza de té y una bolsa de galletas. Eve solía trabajar aquí hasta altas horas de la noche cuando no pasaba la noche con Ethan.

Puso la mano sobre la taza fría y pasó la punta del dedo por el borde. Ethan no era un hombre sentimental, pero no pudo evitar sentir una punzada de tristeza por Eve. Aún así, su mente se alejó rápidamente de esto mientras consideraba el atentado contra su vida en el que ella tuvo la desgracia de interponerse.

Ethan pensó que el asesino debía haber sido un empleado de uno de dos grupos posibles: la CIA o el Mossad israelí. En el retorcido sentido de justicia de ambos grupos, podía imaginar que tendrían motivos para atacarlo, si de alguna manera supieran lo que había hecho. Ethan se preguntó si a Eve se le había escapado algo ese mismo día durante su entrevista con el FBI, algo que se había filtrado a los espías y asesinos contra los que Ethan había luchado robando los archivos de la flotilla de la paz en primer lugar. Sí, eso debe haber sido lo que pasó.

Lo reconfortó un poco pensar que Eve podría haber tenido algo que ver en su propia desaparición.

Se sentía como si todos quisieran atraparlo. Como si los muros se cerraran por todos lados. Pensó en la prisión, pensó en la psique, pensó en los asesinos que podrían haber pensado que habían logrado silenciarlo, pero pronto llegarían a la conclusión de que había sobrevivido.

Ethan sacó esos pensamientos de su cabeza. No hay tiempo para eso

ahora. Ahora era el momento de crear valor para sí mismo y, para ello, tenía que actuar.

Ethan conocía la contraseña de la computadora portátil de Eve, ya que la obtuvo mediante ingeniería social. Una noche habían estado preparando la cena, usando una receta que Eve había encontrado en línea para langosta Newberg en hojaldre, y su computadora portátil había estado colocada en la isla en el medio de la cocina para que ambos pudieran seguirla. El salvapantallas se activó mientras Eve retiraba con cuidado los delicados pasteles del horno, tenía las manos ocupadas y Ethan había visto una oportunidad. Él había insistido en que desbloqueara la máquina en ese instante porque necesitaba saber, sin demora, si las yemas debían batirse antes o después de agregar el brandy.

Sin levantar la vista del horno, Eve había gritado un código alfanumérico de ocho dígitos que Ethan había usado para desbloquear la pantalla, luego lo había memorizado el tiempo suficiente para agregarlo como una nota en su teléfono inteligente cuando iba al baño. Lo probó unos días después, cuando ella estaba en la ducha, con curiosidad por saber si lo habría cambiado o no después de dárselo. Para su placer, ella no lo había hecho, y siempre había recordado que tenía acceso a su máquina si alguna vez encontraba un momento en el que estuviera cien por ciento seguro de que ella no lo atraparía.

Ahora, mientras se sentaba frente al portátil y sacaba el FOB de su chaqueta, se dijo a sí mismo que nunca había estado más seguro de nada en su vida.

Escribió la contraseña y la pantalla cobró vida, luego inició el acceso a la red privada virtual. Unos segundos más tarde se le pidió que ingresara las credenciales, las credenciales de dominio directo y el código actual en el FOB DDA de Eve.

“Acceso concedido”.

Con un suspiro de alivio, deslizó la unidad de rastreo en una ranura USB. Era un programa autoejecutable y al instante se lanzó en Intelink-TS y comenzó a buscar ubicaciones de servidores específicas donde se almacenaban datos de inteligencia de alto nivel.

Ethan no sabía cómo se creó este rastreador ni quién lo creó, pero

parecía saber exactamente a qué servidores acceder y cómo acceder y extraer la información pertinente.

Los piratas informáticos externos a menudo ejecutan sus ataques con días, semanas o incluso meses de reconocimiento virtual, revisando los datos en busca de información crítica. Pero Ethan no disponía de esa cantidad de tiempo. Tenía horas. De hecho, sólo unas horas. Supuso que extrañarían a Eve en el trabajo por la mañana, que la gente no tardaría mucho en ir a su casa a buscarla y que no tardaría mucho en mirar su historial de inicio de sesión de DDA en la red privada virtual. . Su cuerpo sería descubierto cuando se entrara a su casa, y eso sucedería cuando él no se presentara a trabajar por la mañana.

Ethan miró su reloj y vio que era la una y media de la madrugada. Sabía que la velocidad de transferencia a través de la red privada virtual sería de cien megabits por segundo, una pequeña fracción de la velocidad de la red misma. Aunque tenía un terabyte de espacio de almacenamiento en su disco, un terabyte de datos tardaría veintiún horas en descargarse, y no pensó ni por un segundo que tuviera esa cantidad de tiempo. En cambio, decidió que se daría cuatro horas, eso le daría ciento cincuenta gigabytes de inteligencia ultrasecreta, y eso tendría que ser suficiente.

Bajó las escaleras para prepararse un poco de café, moviéndose lentamente en la oscuridad.

26

ETHAN YA ESTABA SENTADO en el banco junto al cañón en Fort Marcy Park cuando Gianna Bertoli y Harlan Banfield llegaron poco antes de las ocho de la mañana.

Cuando se acercaron, se enderezó y miró su ropa. Estaban arrugados y sucios, estaba seguro de que su rostro estaba demacrado y demacrado, y podía ver el cabello rubio y liso, cabello que normalmente mantenía peinado hacia atrás con arcilla moldeable, ahora colgando sobre sus ojos. Tenía una mochila negra asegurada a la espalda y llevaba una gorra de los Nacionales de Washington en la cabeza y gafas de sol que había comprado en un CVS en Bethesda.

Harlan se acercó a él y le estrechó la mano. “Vi la marca de tiza. Maldita sea, hijo. Parece que dormiste aquí toda la noche”.

Sacudió la cabeza lentamente de un lado a otro.

Bertoli le ofreció un abrazo. Ethan se levantó y la abrazó, con el cuerpo pesado por el cansancio. “Intentaron matarme”.

Bertoli jadeó mientras Banfield ponía cara de incredulidad. “¿Matarte? ¿De qué diablos estás hablando?

“Un hombre en un coche. Anoche. Me disparó”. Ethan se encogió de hombros. Luego añadió. “Él falló. En su lugar, mató a Eve”.

Banfield agarró a Ethan por los brazos. "Ay dios mío. ¿Cómo puedes estar seguro? No eres médico”.

“Un disparo en el puto corazón, Harlan. No hace falta un médico”.

“¿Quién lo hizo?”

Bertoli respondió antes que Ethan. “El Mossad. Apostaría mi vida. Eres así de importante”.

Banfield empezó a caminar de un lado a otro. “¿Dónde está su cuerpo?”

"En el piso de mi sala de estar".

"Cristo, hijo."

“¿Qué diablos se suponía que debía hacer? No iba a enterrarla en el maldito patio trasero y no podía llamar a una ambulancia”.

"Sí. Por supuesto que no”, dijo Banfield. A Ross le parecía un anciano que acababa de darse cuenta de que estaba muy por encima de su cabeza.

Ethan se liberó del agarre de Banfield. “¿Qué hago ahora?”

Banfield no respondió. No parecía tener ni idea. Pero Gianna emanaba un aire de calma. Ella le puso la mano en la mejilla. “Corre, Ethan. Tú corres”.

“¿Correr hacia dónde?”

Bertoli dijo: “Puede que les sorprenda saberlo, pero los venezolanos tienen una muy buena operación aquí en Washington. Su embajada ha sido de gran ayuda con nuestros esfuerzos en el pasado. En algunas ocasiones

pudieron brindarnos una asistencia rápida y discreta".

"¿Venezuela ayuda a los denunciantes estadounidenses? Nunca escuché sobre eso".

Ella esbozó una media sonrisa. "Te dije que eran buenos. Los incidentes nunca salieron a la luz".

"¿Los federales no se enteraron de ellos?"

"Descubrieron las acciones y las identidades de los denunciantes, sí. Pero tenían sus razones para mantener los incidentes en secreto. Tu caso es muy parecido. Si te quedas callado, ellos se quedarán callados. Pero la clave es salir del país tan pronto como sepas que vienen por ti. Si todavía estás por aquí, te agarrarán y nadie volverá a saber de ti". Ethan miró a Banfield. El hombre mayor simplemente asintió con gravedad. Ethan dijo: "Los muchachos que fueron a Venezuela. ¿Todavía están allí?

Bertoli dijo: "Lo último que supe fue que uno vivía en París. Bien, debo añadir. Un destacado periodista. Lo visité el otoño pasado".

"Estás bromeando".

"Otro se fue a Buenos Aires. Se casó con una local de allí. Una tercera regresó a Estados Unidos. Se le otorgó inmunidad procesal a cambio de que dejara el servicio gubernamental. Ahora enseña en una destacada universidad del sur de Florida". Bertoli sonrió. "Un buen intercambio, creo. Miami es hermosa. Pero lo más importante es que en todos estos casos el gobierno decidió retirar los cargos porque los denunciantes habían tomado más datos que nunca explotaron, y simplemente devolvieron esos datos y aceptaron dejar el servicio gubernamental para siempre a cambio de que el gobierno cancelara la persecución. Todo quedó en silencio".

Ross reaccionó como si le hubieran lanzado un salvavidas. "Eso es lo que necesito, Gianna. No quiero que mi madre se vea involucrada en un gran escándalo. No quiero que me persigan jodidos sicarios. Sólo necesito que esta mierda desaparezca".

Ella dijo: "Venezuela te ayudará, estoy segura, pero no lo hará gratis. Si tuvieras algo que ofrecerles, podría contactar a un amigo suyo y hacer arreglos".

Ethan sonrió por primera vez hoy. "Lo hice. Lo tengo".

"¿El rasguño?"

"Sí. Ciento cincuenta conciertos. Todo categorizado y con capacidad de búsqueda".

"Oh, Ethan. Eso es maravilloso".

Ross pensó en qué joyas podría sacar del problema de Intelink-TS que los venezolanos encontrarían valiosas. "Puedo conseguir los nombres de todo el personal contratado por la CIA que trabaja en su país. ¿Eso me permitirá comprar un billete para salir de la ciudad?

Bertoli sonrió. "Estoy seguro de que así sería".

"Les daré algo para que sepan que tengo los bienes que quieren. Pero la mayor parte permanecerá en el disco y encriptada hasta que salga de los EE. UU.".

"Creo que eso les resultaría agradable". Gianna pensó por un momento. "Necesitaré unas horas para configurarlo. Te esconderemos hasta entonces".

"No", dijo Ethan rápidamente. "Tengo algo que debo hacer primero. Me reuniré con ustedes dos más tarde hoy".

"No estás a salvo solo".

"Me arriesgaré. Necesito unas cuatro o cinco horas".

Bertoli le dio a Ethan el número de teléfono de un móvil que había comprado aquí en D.C. y que aún no había activado, y le dijo que la llamara tan pronto como estuviera listo.

Ethan marcó el número en su teléfono, pero miró a Banfield. "¿Y tú, Harlan?"

Banfield guardó silencio, pero dijo: "Aquí es donde tú y yo nos despedimos. Soy el director local del ITP, no te atenderé cuando vayas al extranjero". El hombre corpulento y calvo parecía más blanco de lo habitual. Obviamente no se había recuperado desde que Ethan le habló del asesino, pero estrechó la mano de Ross y le deseó suerte. "Ten cuidado, hijo", dijo, y

Ethan regresó solo por el sendero mientras los otros dos lo observaban irse.

DARREN ALBRIGHT se arrastró en su asiento, molesto por los retrasos pero energizado por la anticipación de la acción. Miró la hora en su teléfono móvil por tercera vez en los últimos diez minutos y tamborileó con los dedos en el tablero del GMC Yukon negro mientras miraba por la ventana al 1598 de la calle 34, una casa adosada encalada de dos pisos.

Hoy se había producido una virtual cabalgata de acontecimientos sospechosos, y todos llevaron a Albright hasta aquí, a la casa del subdirector adjunto del Consejo de Seguridad Nacional, Ethan J. Ross.

Todo comenzó cuando Albright se enteró de que Ethan Ross llamó al trabajo esta mañana para reportarse enfermo. Esto en sí mismo no era digno de mención aparte del hecho de que ahora era una persona de interés en una investigación federal de la Ley de Secretos Oficiales. En segundo lugar, el equipo del Grupo de Vigilancia Especial que lo había estado esperando en secreto afuera de su casa no había reportado ninguna actividad a las diez de la mañana. Si Ross estaba realmente enfermo, eso no significaba nada, pero las sospechas de Albright comenzaron a crecer de que ni siquiera estaba en casa.

Alrededor de las once, empezaron a sonar verdaderas alarmas cuando Albright recibió la noticia de que la novia de Ross, Eve Pang, experta en TI en Booz Allen Hamilton, no se había presentado a una reunión que había programado con el personal de TI en la Base Conjunta Anacostia-Bolling. Debía llegar a las ocho, pero como viajó a muchos lugares remotos diferentes, nadie la marcó como desaparecida durante casi tres horas. El propio Albright llamó a su móvil y no obtuvo respuesta, por lo que envió agentes a su casa en Bethesda con autorización para forzar la entrada si fuera necesario.

Los agentes derribaron la puerta principal a patadas cuando no hubo respuesta, y dentro no encontraron señales de la Sra. Pang ni señales de nada fuera de lo común.

Inmediatamente después de escuchar a sus hombres en Bethesda, Albright abandonó toda otra actividad en el caso y dedicó toda su fuerza a localizar a Ethan Ross y Eve Pang. Al mismo tiempo, solicitó una orden para entrar en la casa de Ross (Ross no estaba oficialmente desaparecido, por lo que no podía derribar su puerta sin una orden judicial), pero mientras

esperaba la orden ordenó que se enviara una BOLO. a la policía local de DC tanto en Ross como en Pang.

Albright y tres agentes especiales llegaron a la casa de Ross a la una de la tarde. Un par de expertos en vigilancia del SSG habían estado encubiertos como paisajistas en el parque al otro lado de la calle, y habían notificado a Albright que no habían visto señales de que hubiera alguien en casa, pero en ese momento el agente especial supervisor decidió simplemente ir a la puerta y toco.

No hubo respuesta.

Caminó por el exterior del edificio, golpeó la puerta del sótano y la puerta trasera, y luego regresó a su Yukon para esperar la orden judicial y monitorear el tráfico de radio SSG mientras buscaban a las personas de interés desaparecidas.

UN OFICIAL DE POLICÍA DEL METRO DE D.C. identificó a Ross a las tres de la tarde. Ella notó a un hombre que se parecía mucho a la imagen en la pantalla de la computadora en su patrulla mientras bajaba de un taxi en Pennsylvania Avenue. Llevaba gafas de sol y una gorra y llevaba una mochila negra. Al oficial de policía le parecía un personaje turbio, por lo que llamó al avistamiento para despachar. En cinco minutos, un par de oficiales del SSG llegaron corriendo al área y vigilaron al hombre. A través de las lentes de largo alcance de sus cámaras confirmaron su objetivo y observaron cómo Ross subía a otro taxi.

Mientras el taxi avanzaba por la calle, un equipo completo de seguimiento SSG de dieciséis personas convergió hacia él.

No todos los que trabajan para el FBI, incluso en estado operativo, son agentes especiales. El Grupo de Vigilancia Especial es una entidad del FBI encargada de funciones de apoyo a la investigación para la Oficina, es decir, operaciones de vigilancia física. Llevan credenciales del FBI, pero no tienen autoridad para realizar arrestos y no portan armas de fuego en el campo.

Las filas del SSG están llenas de hombres y mujeres de todas las formas, tamaños, colores y procedencias, porque un componente clave del trabajo es parecer normal, no sobresalir como un Fed, incluso ante un objetivo que sabe muy bien lo que es. La Reserva Federal parece. Los especialistas en vigilancia que operan en los equipos de seguimiento están capacitados para

permanecer en las sombras mientras siguen a sus sujetos en vehículos y a pie.

Los especialistas de investigación del SSG, Beale y Nolan, estaban trabajando juntos esta tarde, siguiendo el vehículo de su sujeto como parte del equipo de seis vehículos. Los dos hombres eran hombres blancos y viajaban juntos por D.C. en un vehículo, y esto corría el riesgo de alertar a su objetivo de que eran federales, excepto por el hecho de que Beale conducía un taxi marrón y Nolan era su pasajero en el asiento trasero.

Beale tenía veintiún años y había trabajado en un servicio de entrega de paquetes antes de conseguir ese trabajo en el FBI. Nolan tenía cuarenta y seis años y había sido policía en un suburbio de Des Moines antes de decidir que quería hacer algo más interesante con su tiempo que multar a los conductores que manejaban exceso de velocidad y arrestar a los bebedores adolescentes en los partidos de fútbol de la escuela secundaria, así que respondió a un anuncio en línea del FBI, y en cuestión de meses se encontró siguiendo a espías extranjeros por las calles de D.C., generalmente en nombre de la División de Contrainteligencia del FBI.

El sujeto de esta tarde, Ethan J. Ross, era diferente de su nota promedio. Era estadounidense, un empleado de relativamente alto rango de la Agencia de Seguridad Nacional y, si había que creer en el informe de Beale y Nolan del agente a cargo Darren Albright, era una amenaza interna potencial para la comunidad de inteligencia estadounidense.

Ambos hombres del SSG llevaban mochilas en el taxi que contenían varias prendas de vestir, anteojos, sombreros y otras formas de disfraz, pero viajar por D.C. en un taxi era una excelente manera de pasar desapercibido y no tenían planes de deshacerse de su auto. por un pie sigue esta tarde. Dicho esto, la vigilancia siempre estuvo dictada por la persona bajo vigilancia, por lo que Beale y Nolan tenían que estar preparados para improvisar si la situación lo requería.

El equipo de seis vehículos había recogido a Ross diez minutos antes del aviso de la policía, y ahora permanecían formando una caja en las calles muy familiares de la capital mientras el taxi de Ross serpenteaba entre el tráfico. Condujeron hasta Georgetown, donde dejaron a Ross frente a la tienda Nike en M Street; afortunadamente para el equipo SSG, uno de sus vehículos había estado pasando en el momento exacto en que Ross se bajó porque la camioneta de reparto que había estado sirviendo como el ojo lo perdió de

vista en el giro anterior.

Los movimientos de los vehículos de Beale y Nolan, al igual que los movimientos de todos los automóviles, camiones, scooters y motocicletas del equipo, fueron dirigidos por un centro de operaciones que mantenía contacto por radio con todos los oficiales a través de auriculares. Su taxi estaba varios autos fuera de rotación cuando Ross salió del taxi, por lo que siguieron las órdenes de moverse al este de la ubicación del sujeto y estacionarse en Thomas Jefferson Street.

Reanudaron el ojo unos minutos más tarde mientras caminaba hacia el sur a través de Georgetown. Le tomaron algunas fotografías al hombre con la gorra de los Nacionales y la mochila, pero lo hicieron desde lejos para no correr el riesgo de comprometerse.

“¿Alguna idea sobre adónde se dirige?” Preguntó Nolan mientras guardaba la cámara en su bolso.

Beale pensó por un momento. "Si es corrupto y trabaja con un servicio de inteligencia extranjero, podría dirigirse a cualquiera de las docenas de embajadas que hay por aquí".

Nolan dijo: “Acércate un poco. Si parece que vamos a perderlo, podrían autorizar un arresto in extremis. Si tenemos que salir corriendo para enfrentarnos a este tipo, no quiero iniciar una persecución a pie. Este idiota parece un corredor”.

Beale dijo: “Me encantaría que fuera corredor. He estado involucrado en un par de arrestos, pero nunca he realizado una persecución a pie”.

“Niño, puedes ser mi invitado. Perseguí a muchos yahoos cuando era policía en Iowa. Me sentaré aquí y miraré”.

“Hombre, no creo eso. Si ese tipo empieza a correr, sabes que empezarás a perseguirlo”.

Nolan sonrió. "Sí. La mierda se te mete en la sangre”. Se puso serio otra vez. “Aun así, aprieta. Parece rápido”.

Beale se rió entre dientes, acercó el taxi un poco más e informó su ubicación al centro de operaciones al otro lado de la radio.

DARREN ALBRIGHT SENTADO en su Yukon, contemplando la casa de Ethan Ross a sólo seis metros de distancia. La maldita orden estaba tardando una eternidad, pero para esperar el momento oportuno tenía un walkie-talkie en la mano y con él escuchó la cola del SSG de una de sus dos personas de interés.

Por la imagen mental que Albright tenía de los movimientos de Ross, parecía como si estuviera en la tintorería en ese momento, lo que lo hacía parecer aún más sospechoso. Uno de los agentes en el asiento trasero del Yukon obviamente estaba pensando lo mismo, porque murmuró algo sobre tal vez mover a Ross del estatus de persona de interés al estatus de sospechoso, pero antes de que Albright tuviera tiempo de responder, su teléfono sonó en su bolsillo. Rápidamente guardó el walkie-talkie en su cadera y contestó su teléfono. "¿Sí? Bueno. Bien." Se guardó el teléfono en el bolsillo y se volvió hacia los hombres que iban en el todoterreno que lo acompañaban. “Llegó la orden judicial. Estamos listos para comenzar. Veamos qué hay en esa casa”.

Salió de la camioneta y sus tres agentes hicieron lo mismo. Uno dio la vuelta a la parte trasera de 1598 Albright mientras los otros dos subían los seis escalones hasta la puerta principal.

Golpeó la puerta una vez y gritó: “¡FBI! Orden de registro." Los tres hombres sacaron sus armas reglamentarias, pistolas SIG Sauer calibre .40, y el propio Albright pateó la puerta. Había pasado mucho tiempo desde que había tenido el placer de una entrada cinética, pero la ejecutó a la perfección. La puerta crujió en la cerradura y se astilló, y se abrió por completo, activando una sirena de alarma de seguridad.

Albright ignoró el ruido y condujo a los hombres a través de la puerta, con el arma en alto frente a él.

Pero ese único paso fue todo lo que necesitó para registrar un olor que estaba entrenado para reconocer, aunque nunca se había acostumbrado del todo a él. “Eso es un cadáver”, dijo por encima del sonido de la alarma, y luego se adentró más para que sus hombres pudieran barrer el área.

Encontró a Eve Pang detrás del sofá en el medio de la habitación. Albright

estaba seguro de que estaba muerta, pero de todos modos se arrodilló para comprobarle el pulso. Mientras los otros dos agentes se deslizaban silenciosamente por el pasillo para comenzar a limpiar el resto de la casa, Albright se llevó el walkie-talkie a la boca. Ya estaba configurado en el canal que se comunicaba directamente con el jefe del equipo SSG que seguía a Ross.

Gritó por encima de la sirena. “¡Este es el agente especial supervisor Albright! ¡Quiero que recojan a Ethan Ross ahora mismo! ¡Consideradlo armado y peligroso!

La concisa respuesta llegó al instante: "Entendido".

Albright se levantó del cuerpo, se colgó el walkie-talkie en el cinturón y sacudió la cabeza con incredulidad. "Hijo de puta."

POR TERCERA VEZ en esta operación de vigilancia, Nolan y Beale se habían hecho cargo del ojo de uno de sus colegas, esta vez una mujer de cincuenta años que conducía una Vespa. Habían seguido a Ross hasta el paseo marítimo del puerto de Washington, un edificio de oficinas y zona comercial de doble uso con un gran espacio público. Ross estaba a pie en una zona peatonal, pero podían verlo desde su posición estratégica en Thomas Jefferson, así que por el momento permanecieron en su taxi. Mientras estacionaban a lo largo de la acera, ayudaron a encaminar otros automóviles hacia el área para controlar los puntos de salida del paseo marítimo, y el centro de operaciones llevó a los oficiales a los transbordadores que partían del puerto hacia cruceros Potomac en caso de que el sujeto intentara abordar.

Beale había colocado su taxi de manera que pudiera recoger a Ross primero si decidía rodear el complejo portuario y caminar de regreso hacia el norte, hasta el corazón de Georgetown. La preocupación seguía siendo que el hombre intentara colarse en una embajada, y Georgetown estaba repleto de lugares potenciales para que un espía huyera y se escondiera.

Justo cuando Ross desaparecía de la vista en el paseo marítimo, llegó una llamada a través de los auriculares de ambos hombres. “Víctor uniforme, esto es control. Estén atentos mientras trasladamos al SWAT a su ubicación. Se ha autorizado el arresto inmediato, pero se nos informa que ahora se considera que el sujeto está armado y es peligroso”.

Beale y Nolan fueron designados Víctor Uniforme. Beale respondió por sus auriculares: “Entendido. Lo tendremos de nuevo en veinte segundos”. Miró a su “pasajero” en la parte de atrás. "Este payaso no parece armado ni peligroso".

Nolan puso los ojos en blanco. “Todo el mundo está armado y es peligroso para los SWAT. De lo contrario, no tendrían nada que hacer”.

"Te escucho".

Afortunadamente, Beale vio a Ethan Ross caminando hacia el norte un minuto, subiendo la colina hacia Georgetown en la calle 31. Beale se detuvo muy detrás de él, se quedó muy atrás, manteniendo a otros autos entre su taxi y el hombre que caminaba por la acera. Nolan llamó al centro de operaciones y les dijo que volvieran a colocar una unidad en M Street, a unos doscientos metros colina arriba. Era la siguiente intersección importante y, por tanto, el siguiente punto de decisión para Ross, a menos que entrara en un edificio o doblara por un pequeño callejón.

"Podríamos tomar el camino de sirga", dijo Nolan.

Beale dijo: “Mierda. Tienes razón. Si lo hace, perderemos el ojo aquí en un segundo”.

Sin embargo, para sorpresa de ambos hombres, Ethan Ross giró rápidamente a la derecha en la calle 31 hacia un callejón estrecho que conducía de regreso a Thomas Jefferson. Su taxi había sido la unidad estacionada en Thomas Jefferson un par de minutos antes, por lo que sabían que no habría ningún ojo sobre su sujeto al otro lado de ese callejón.

Beale llamó al control, quien respondió que tomaría al menos noventa segundos mover un vehículo de regreso a Thomas Jefferson.

"Mierda", murmuró Beale a Nolan. “¿Lo sigo por el callejón?”

Nolan vaciló. Luego dijo: “Simplemente deténgase y mire desde la calle. No queremos quedarnos atrapados en un callejón de un solo carril si no es necesario”.

El taxi se detuvo en la entrada del callejón; A lo lejos, Ross ya estaba a más de la mitad del camino hacia Thomas Jefferson.

Beale dijo: “Lo vamos a perder. Puede tomar el camino de sirga o regresar a K o subir a M o podría...

"¡Ir!" ordenó Nolan.

El taxi entró en el estrecho callejón justo cuando Ross giraba a la izquierda, cien metros delante de ellos.

"Lo llamaré", dijo Beale. Rodó lentamente, manteniendo los ojos bien abiertos a izquierda y derecha en caso de que Ross tuviera un observador ayudándolo en su recorrido por la tintorería. Mientras conducía se tocó el auricular con el dedo. “Centro de control, aquí Uniform Victor. Estamos en dirección este hacia T Jeff. El sujeto acaba de girar a la izquierda saliendo de un callejón. Todavía a pie”.

"Entendido". Mientras el centro se apresuraba a encaminar otro vehículo hacia el área, Beale aceleró en el pequeño callejón, con la esperanza de poder echar un vistazo útil a Ross antes de que llegara a un punto de decisión y desapareciera de la vista. Pero cuando pasó el punto medio del callejón, tuvo que reducir la velocidad porque un par de grandes contenedores de basura estaban colocados a lo largo de la pared a su izquierda, reduciendo su espacio libre a menos de un pie.

Justo cuando se acercaba a las latas, una gran camioneta azul polvorienta salió marcha atrás de un estacionamiento cubierto frente a él y se detuvo a pocos metros de la parrilla de su taxi.

Beale tuvo que frenar bruscamente para evitar una colisión.

Bajó la ventanilla. "¡Muévete, imbécil!"

Nolan miró por encima del hombro y vio un sedán con cristales tintados aparcar en el callejón detrás de ellos. Se detuvo seis metros atrás, bloqueando el paso del taxi junto a los contenedores de basura.

Beale también vio el segundo coche y al instante supo que se trataba de una especie de emboscada.

"¡Los estoy embistiendo!" Beale puso la transmisión en reversa, porque el sedán era más pequeño, más liviano y estaba unos metros más lejos que la camioneta.

"¡Hazlo!" instó Nolan.

Pero antes de que Beale pudiera pisar el acelerador, dos hombres con máscaras negras y abrigos de lana negros salieron de entre los contenedores de basura, a sólo un pie del lado del conductor del taxi. Al unísono, alzaron pistolas negras con largos silenciadores.

Nolan gritó: "¡Cuidado!"

Detrás de ellos, el conductor del sedán tocó la bocina, enmascarando el sonido mientras los dos hombres enmascarados abrían fuego contra la cabina, atacando las ventanas del lado del conductor y del pasajero con balas tras balas de sus pistolas con silenciador.

Los dos oficiales de vigilancia del SSG se desplomaron en los asientos junto a ellos. El taxi retrocedió unos metros y se detuvo suavemente contra el sedán estacionado, que ya no tocaba la bocina.

Los agentes iraníes de la FUERZA QUDS Ormand y Kashan rápidamente guardaron sus armas dentro de sus abrigos. Sin decir palabra entre los dos pistoleros, atravesaron las ventanas rotas y abrieron las puertas delantera y trasera. Empujaron los cuerpos americanos ensangrentados dentro del coche y los apartaron de su camino. Ormand se puso al volante, mientras Kashan se sentaba atrás. Bajaron las ventanas rotas, quitaron los vidrios rotos de las puertas y observaron mientras Shiraz apartaba la camioneta frente a ellos y luego giraba hacia Thomas Jefferson.

El taxi siguió su ejemplo y giró a la derecha en la entrada del callejón.

Detrás de ellos, Isfahan salió del sedán con un largo dispositivo en sus manos que parecía una escoba de metal. Era un barredor de clavos magnético NailHawg, utilizado por los techadores para recoger clavos sueltos en el césped. Rápidamente y con calma hizo rodar el dispositivo de un lado a otro por el callejón donde se encontraban sus dos colegas y recogió once casquillos de sus armas.

Un momento después estaba de nuevo en su sedán y se dirigía por el callejón hasta la calle 31.

ANTES de que los CUATRO asesinos iraníes abandonaran el vecindario, Ethan Ross entró por la puerta lateral de la embajada de Venezuela a dos

cuadras de distancia en la calle 30, completamente inconsciente de lo que había sucedido detrás de él y sin ser detectado ni por la inteligencia ni por las fuerzas del orden de Estados Unidos.

DURANTE LAS PRIMERAS horas Ethan Ross estuvo sentado solo en una oficina sin ventanas en la planta baja de la embajada de Venezuela. Le dieron café, luego un refrigerio y finalmente una comida (comida vietnamita de un restaurante de la calle M) y se sentó solo en una mesa de conferencias y comió. Todo el tiempo, más de cinco horas en el lugar, y nadie lo entrevistó, lo interrogó o hizo algo más que echarle un vistazo de vez en cuando para atender sus necesidades. Así que se sentó en la mesa de conferencias o en un pequeño sofá junto a ella todo el tiempo, con su mochila enrollada alrededor de sus brazos y colgando de su pecho, protegiendo la mochila que contenía su computadora y otros equipos como si fuera un bebé.

Alrededor de las nueve de la noche. Una mujer atractiva de unos veinte años entró en la oficina (Ethan la había catalogado antes como una oficial de inteligencia) y con una sonrisa invitó a Gianna Bertoli a pasar a la pequeña habitación. Ethan se levantó para abrazarla, no porque necesitara el abrazo reconfortante de la mujer suiza, sino porque sabía que Gianna le ofrecería un abrazo.

Ethan estaba feliz por la oportunidad de saber qué estaba pasando gracias a alguien en quien confiaba. "¿Dónde has estado? ¿Cuánto tiempo más voy a estar sentado aquí?

Gianna volvió a sentarse con él en la mesa de conferencias. “He estado aquí todo el día. Principalmente arriba, en conferencias telefónicas con agentes aquí en la embajada, así como con agentes de contrainteligencia en Caracas”.

"¿Por qué estás tardando tanto?"

"Todo iba bien, pero luego surgió algún tipo de problema en las calles".

"¿Qué tipo de problema?"

"Policía. Mucha policía. Durante las primeras dos horas los venezolanos pensaron que te estaban buscando. Comenzaron a preocuparse por toda esta empresa, pensando que si los estadounidenses ya sabían de ti, les resultaría difícil sacarte del país. Hablaron de contactar al Departamento de Estado y entregarte. Insistí en que la inteligencia que ustedes tienen haría que valga la

pena, pero no se comprometieron".

"Bastardos".

"Está bien. Parece que lo que sea que esté pasando aquí en Georgetown no tiene relación contigo. La policía busca un taxi con dos ocupantes, pero no proporciona más información. Esto aplacó a los venezolanos y todo volvió a la normalidad".

En ese momento, la puerta se abrió de nuevo y entró un hombre latinoamericano alto y apuesto con cabello canoso, seguido por la oficial de inteligencia que Ethan había conocido antes. Se presentó como Arturo y Ethan determinó al instante que era la Oficina General de Inteligencia, el brazo extranjero de la inteligencia venezolana. Ofreció café a Ross y Bertoli, y otra mujer guapa lo trajo un momento después.

Hubo una pequeña charla. Ethan hizo preguntas sobre la presencia policial en las calles, pero Arturo no sabía más de lo que Gianna ya le había contado.

Pronto la pequeña charla terminó y Arturo se puso manos a la obra. "Ahora, señor Ross. Aceptamos sus términos: lo sacaremos de manera segura de los Estados Unidos y lo llevaremos a Caracas, donde estará protegido y será libre de entrar y salir cuando lo desee". Levantó un dedo. "Con la disposición se proporciona evidencia documental de todos los agentes estadounidenses que trabajan para la CIA en Venezuela".

Ethan negó con la cabeza. "No. No te lo daré todo".

"No entiendo."

"Te daré una parte de lo que tengo". Ethan sonrió. "Pero será más que suficiente para mantener ocupada a su organización, se lo prometo. Una vez que esté a salvo en Venezuela, les daré el resto".

La verdad era que Ethan no tenía idea de qué fuentes tenía la CIA en Venezuela. Nunca lo había pensado ni un momento. Estaba seguro de que habría algo, sin embargo, e incluso si tenía que darle hasta el último fragmento de información relevante a Arturo en este momento y mentir acerca de que había más en el camino, iba a hacer lo que fuera necesario para conseguir un boleto de salida. de Estados Unidos, esta noche.

“Muy bien”, dijo Arturo. “¿Qué necesitas de nosotros?”

“Necesito una oficina con impresora. Imprimiré los archivos desde mi computadora”.

Arturo lo llevó escaleras abajo hasta una puerta que daba al vestíbulo del sótano y abrió la puerta con una llave de tarjeta. Con una floritura, se inclinó y Ethan entró solo en un pequeño dormitorio, con una computadora y una impresora en un sencillo escritorio contra la pared. Arturo cerró la puerta, dejando a Ethan solo adentro.

Dejó su computadora portátil sobre el escritorio y luego sacó el edredón de la cama. Se cubrió la cabeza con el edredón, cubriendo también la computadora portátil. De esta manera, si hubiera cámaras ocultas en la habitación, no lo verían ingresar su contraseña.

Tenía el disco de NASCAR en su mochila, pero no lo recuperó. En lugar de eso, metió la mano dentro de la parte delantera de sus pantalones y palpó su cintura, justo por encima de su cadera izquierda. Se sacó una pequeña venda de piel de topo de color carne de su piel y luego se la sacó de los pantalones. Pegado en su interior había una pequeña tarjeta micro SD, aproximadamente del tamaño de una uña. Lo sacó de la piel de topo y lo colocó en un adaptador de tarjeta SC de su mochila.

Se le había ocurrido el plan para ocultar el rasguño por su cuenta y había transferido los archivos de la pista de NASCAR durante varias horas esa mañana después de abandonar Fort Marcy Park. Ahora la unidad de NASCAR estaba en blanco, al igual que su computadora, pero ambos dispositivos estaban fuertemente encriptados, por lo que cualquiera que intentara recuperar los archivos Intelink-TS no tendría forma de saber que Ethan los había reubicado en un pequeño dispositivo que mantenía oculto en su cuerpo.

No era una solución perfecta, pero a Ethan le gustaba sentir que tenía algo parecido a control sobre los acontecimientos.

Una vez que su computadora leyó la tarjeta micro SD, ingresó una serie de contraseñas y pronto estuvo dentro. Le tomó tres minutos abrir una enorme base de datos catalogada: EE.UU. inteligencia ultrasecreta de Intelink-TS. Escribió algunos términos de búsqueda en un programa tipo wiki, esperó un instante a que el motor de búsqueda hiciera su trabajo y luego

sonrió.

Frente a él había una gran cantidad de inteligencia sobre los activos estadounidenses en Venezuela, todos bien categorizados y fáciles de ordenar y leer. Mientras se desplazaba página tras página de documentos fuente de información sin procesar, vio que no había nombres (per se) porque fueron redactados antes de ingresar a la red, pero las identidades de agentes específicos se podían discernir con bastante facilidad.

Un archivo transmitía la relación de la CIA con el subdirector de la oficina de Caracas de Conviasa, la compañía aérea nacional estatal de Venezuela. Otro expediente trataba de dos conserjes del hotel Gran Meliá Caracas que llevaban años pasando información a Langley. Una serie de documentos que definen un operativo que contó con la ayuda del jefe de policía de la ciudad de Maracaibo.

Ethan incluso vio que el viceministro adjunto de Interior y Justicia era un agente de la CIA robado.

Los archivos siguieron y siguieron. Le llevó más de una hora, pero finalmente Ethan encontró cientos de documentos de los archivos de la CIA, que daban personalidades vagas pero identificables de treinta y tres agentes en Venezuela, y los imprimió todos. Podría haber seguido trabajando y sacar otros cincuenta o sesenta nombres, pero quería guardar el resto para cuando llegara a Caracas.

Pasó varios minutos más limpiando todo el historial de su computadora y luego cerrando sesión y apagándose. Cuando terminó, quitó la sábana, volvió a colocar el disco en la piel de topo y se lo volvió a colocar en la cadera. Se echó la mochila al hombro y luego salió de la habitación y subió las escaleras a la oficina.

Gianna Bertoli, la oficial del CIO que se había presentado como Arturo, y dos jóvenes venezolanas levantaron la vista desde los sofás donde estaban sentados. Ethan notó que ahora había un par de hombres jóvenes con traje parados junto a los ascensores en el vestíbulo al final del pasillo. Supuso que eran seguridad y apreciaba su presencia, pero no estaba cien por ciento seguro de que no estuvieran allí para mantenerlo dentro en lugar de mantener a otros fuera.

Arturo se levantó de la mesa de conferencias. "Entonces, ¿qué tienes

para nosotros?"

Ethan entregó las páginas impresas y dijo: “Una lista de veintitrés ciudadanos venezolanos y diez extranjeros que viven en Venezuela y que estaban todos empleados por la Agencia Central de Inteligencia. Treinta y tres hombres y mujeres, la mayoría en Caracas, que actualmente espían al gobierno venezolano”.

Una de las mujeres habló en voz baja: “Increíble”.

Arturo empezó a hojear las páginas en silencio. Ethan miró a Bertoli, pero se dirigió a los venezolanos. “Esto es sólo la punta del iceberg, créanme. Una vez que llegue a un lugar seguro, podré conseguirle más identidades, una lista de empresas fachada en Venezuela, informantes de la CIA que trabajan en sus oficinas consulares en todo el mundo e información sobre el alcance de la CIA en los sectores bancario y petrolero de Venezuela. Ethan arqueó las cejas. “Es algo realmente interesante. Creo que querrías verlo”.

Arturo asintió gravemente. "Tengo muchas ganas de verlo". Luego sonrió. “Estoy de acuerdo con tus términos. Partiremos inmediatamente para Caracas”.

“Excelente”, dijo Bertoli.

DOM SE SENTÓ SOLO en su condominio, pensando en salir a pasar la noche en la ciudad. En realidad, no estaba de humor para eso, pero esa tarde había hecho poco más que sentarse y tenía ganas de salir.

Adara Sherman había pasado por allí una hora antes. Dom no abrió la puerta; supo que era ella porque, a través de las persianas, vio su auto estacionado afuera. Su casa era un desastre y no tenía ganas de tener compañía, especialmente compañía que había ido a visitarlo sólo para examinarlo y evaluar su estado físico y mental para su jefe, Gerry Hendley.

Dom no creía que su estado físico o mental debería estar a la vista en este momento.

Justo cuando se levantaba para dirigirse a su habitación para cambiarse y pasar unas horas de bares en bares, alguien llamó de nuevo a la puerta. Al principio pensó que Sherman había regresado; él gimió, pero pensó que sería mejor dejarla entrar y terminar con esto de una vez. Pero cuando miró por la

mirilla vio a un hombre familiar vestido con un traje azul oscuro.

Abrió la puerta. "Muy bien."

"¿Puedo entrar?"

"Por supuesto."

Albright no se sentó; en cambio, simplemente se quedó de pie en la sala de Dom, con las manos en las caderas.

Caruso supuso que el agente especial traería alguna noticia. El lenguaje corporal de Albright era totalmente incorrecto para alguien que iba a regodearse o celebrar. No, Dom lo supo antes de decir una palabra, que Albright estaba aquí porque algo malo había sucedido.

"Pensé que deberías saberlo", dijo. "Parece que tenías razón sobre Ethan Ross".

Dom levantó una ceja. “¿Cómo te diste cuenta de eso?”

"Su novia".

“¿Ella está involucrada en esto?”

"No lo parece".

"¿Por qué no?"

“Encontré su cuerpo en la sala de estar de Ross. Un disparo en el torso. DRT”. Caruso sabía que DRT era un lenguaje policial no oficial que significaba "muerto allí mismo".

Caruso dejó escapar un grito ahogado. “¿Quién lo hizo? ¿Ross?

"No sé. No hay constancia de que tuviera un arma. . . pero ya sabes cómo es eso. Un tipo que quiere matar a alguien puede encontrar un arma con bastante facilidad”.

"Eso es cierto."

"Investigaremos todas las posibilidades".

Dom no entendió el comentario. Preguntó: "¿Dónde está Ross ahora?"

“Desaparecido”.

Caruso miró al techo con frustración.

"Y hemos perdido a un par de chicos del SSG durante la cacería".

“¿Qué diablos significa eso? ¿Perdido?"

“Ellos y el taxi en el que viajaban desaparecieron alrededor de las tres de la tarde, justo antes de que los SWAT se dirigieran para arrestarlos. Si Ross mató a Pang para silenciarla, no habría tenido ningún reparo en matar para salvarse”.

"Sí."

"Sé lo que estás pensando, Caruso".

"Apuesto a que sí".

“Estás pensando que esto es mi culpa. Te estás diciendo a ti mismo que si agarráramos a Ross por el cuello la primera vez que mencionaste su nombre, Pang todavía estaría vivo y mis dos muchachos no estarían desaparecidos.

Dom no respondió.

“No operamos bajo reglas de operaciones encubiertas en el FBI. Quizás lo hayas olvidado, pero es la ley”.

"Sí. Yo también solía ser un hombre de ley y orden”, dijo Dom. "Solo te lleva hasta cierto punto".

"Es peligroso decirme eso, Caruso".

“Creo que deberías haber alterado un poco las reglas con esto, Albright. Sacudido un poco más fuerte”.

Albright mantuvo las manos en las caderas y los ojos fijos en Caruso.

Dom se suavizó. No debería haber sido tan duro con el chico. Estaba haciendo lo mejor que podía. “¿Puedo hacer algo para ayudar?”

"Sí. Puedes darme tu arma. Quiero analizarlo con balística".

"¿Qué?"

"Mirar. Es sólo para descartarte. No creo ni por un momento que el sobrino del presidente haya asesinado a Eve Pang, pero usted es un hombre armado que corre salvajemente en medio de toda esta mierda, así que sería un tonto si no marcara al menos la casilla que dice estás limpio".

Caruso pensó en protestar, pero sabía que eso haría que Albright obtuviera una orden judicial y regresara. Así que se acercó a su estantería, sacó su equipo de hombro de su escondite y sacó su Smith & Wesson de su funda. Sacó el cargador, abrió la corredera para expulsar la bala en la recámara y cerró el arma. Se lo entregó a Albright. "Quiero un recibo por eso".

Albright cerró la corredera y deslizó el arma vacía en su cintura. "Por supuesto. Ese es el procedimiento operativo estándar".

"Lo sabrías, ¿no?"

ETHAN ROSS salió espiritualmente de la embajada de Venezuela a las 0:12 a. m., boca abajo en el piso del asiento trasero de un sedán Infiniti, conducido fuera del garaje por la joven oficial de inteligencia, con un hombre de seguridad en el asiento del pasajero delantero. En la parte de atrás con Ross, con los pies suavemente apoyados en su espalda, había dos IO masculinos. Ethan yacía sobre su mochila, protegiéndola y su contenido con su cuerpo.

Los cuatro venezolanos habían recibido instrucciones de hacer todo lo que estuviera a su alcance para evitar perder al miembro del personal estadounidense del NSC, incluso iniciar una huida de alta velocidad de la policía en caso de que hubiera un intento de detenerlos. Un segundo vehículo, este un Cadillac Escalade, iba detrás del Infiniti, sirviendo como punto de persecución, listo para abalanzarse y llevarse a Ross si fuera necesario.

Pero el Infiniti no fue seguido ni detenido, y después de cuarenta y cinco minutos de viaje se detuvo en el hangar de un operador de base fija en el aeropuerto de Dulles. Todos los demás salieron del auto, pero a Ethan le dijeron que se sentara y esperara unos minutos para que los demás pudieran revisar el área y asegurarse de que estaban despejados antes de caminar hacia el avión.

Ethan se bajó del suelo del coche y comprobó el contenido de su mochila incluso antes de estirar los músculos adoloridos. Puso su mano alrededor de la batería del teléfono que Banfield le había ordenado comprar a principios de semana. Se lo había quitado antes de dirigirse a la embajada de Venezuela la tarde anterior por precaución, y ahora tanto él como el teléfono estaban metidos en el fondo de su mochila.

De repente se dio cuenta de que éste sería su último momento en los Estados Unidos por un tiempo indeterminado. Gianna le prometió que su vida volvería a la normalidad una vez que se llegara a un acuerdo con Estados Unidos, pero eso fue antes del intento de asesinato. Ahora todas las apuestas de que alguna vez podría regresar a casa estaban canceladas. Tampoco sabía lo que le esperaba cuando llegara a Venezuela.

Por capricho, volvió a colocar la batería en el teléfono, lo encendió y

marcó el número de la casa de su madre en San Francisco.

Eran las diez y media de la noche. allí, e incluso si Ross no hubiera hecho los cálculos para determinar esto, habría podido descifrarlo a partir de la voz de esta madre. Estaba cansada, molesta y preocupada, todo al mismo tiempo.

"¿Quién llama?"

"Mamá. Soy yo".

"¿Ethan? Ethan, ¿qué pasa?

"Nada. Bien . . . Sólo quería llamar".

"¿Por qué?" Emily Ross ya estaba completamente despierta. "¿Qué ha pasado?"

"I . . . todo estará bien. Sólo quería decirte que no te preocupes".

"¿Preocuparse por qué? ¡Estoy preocupado ahora! Háblame."

La puerta del auto se abrió y la IO femenina miró a Ethan con enojo.

"Tengo que irme. Olvida que llamé. Te llamaré mañana si puedo".

"¿Por qué no podrías—"

"Te amo." Colgó justo cuando la joven le arrancaba el teléfono de la mano. Quitó la batería y Ethan salió.

Se tomó un momento para orientarse y se dio cuenta de que estaba parado junto a un Beechcraft King Air 350i.

No quedó impresionado con el avión. Era un biturbohélice, no un avión a reacción. El trabajo de Ethan tanto en State como en el NSC le dio mucha experiencia viajando en aviones más pequeños mientras viajaba por el mundo, y no pudo evitar registrar una pequeña decepción de que su escape de los Estados Unidos sería en un avión que volaba más lento de lo que le hubiera gustado. Ethan sintió que su contribución a los servicios de inteligencia de Venezuela le habría valido un avión de mayor rendimiento.

La espía venezolana llevó el teléfono a Arturo, quien estaba conferenciando con otras personas cerca del avión. Volvió furioso hacia Ross junto al Infiniti.

Ethan levantó la mano. "No te preocupes. Nadie puede rastrearlo. Lo compré hoy en Reston. Nadie sabe que lo tengo. No está a mi nombre. La llamada que acabo de hacer fue la única vez que la usé".

Esto aplacó un poco a Arturo, pero la mujer dijo: "Tendremos que registrarte antes de que subas al avión".

"Diablos, lo harás".

Miró a Arturo. El hombre mayor preguntó: "¿A quién llamaste?"

"Mi mamá. Le acabo de decir que la llamaría en un par de días".

"Podría haber comprometido esta misión, señor Ross".

"Lo único que compromete esta misión, señor, es que estemos aquí a la intemperie".

Arturo luchó con su compostura por un momento, luego simplemente le indicó a Ethan que subiera a bordo. Subió los cuatro escalones hasta la cabina, todavía lamentando el hecho de que sus cómplices venezolanos no pudieran conseguir el dinero en efectivo para el alquiler de un avión corporativo de última hora.

Una vez que Ethan agachó la cabeza en la pequeña pero sorprendentemente bien equipada cabina, vio a otras seis personas ya a bordo. Otro hombre de la embajada de Venezuela estaba aquí, se presentó como agregado cultural y estrechó la mano de Ethan en la puerta y luego tomó asiento justo detrás de la cabina, indicándole a Ethan que se dirigiera a la silla vacía del capitán en la parte trasera del avión. Ethan se arrodilló, se movió hacia atrás y se acomodó en su asiento de cuero, y aquí se encontró frente a Gianna Bertoli. Ella extendió la mano y le apretó la mano con una sonrisa. "¿Estás bien?"

Ethan asintió. Por supuesto, no estaba bien. Pero no había nada que ella pudiera hacer al respecto en este momento.

Sentado a su lado, pegado a la ventana, había un hombre pequeño, de

aspecto joven, de piel pálida y pelo corto y oscuro. Ross supuso al principio que era venezolano, aunque el resto de los oficiales de inteligencia en la cabina vestían traje y corbata y este hombre vestía como un estudiante universitario. Llevaba vaqueros azules, una camisa de franela azul con una camiseta roja debajo, y Ethan vio una parka de esquí negra metida bajo el codo.

En la mesa frente al joven había una computadora subportátil abierta, y él escribió en ella furiosamente, sin siquiera mirar hacia arriba cuando Ethan se sentó.

Gianna dijo: "Ethan, me gustaría que conocieras a mi buen amigo Mohammed".

¿Mahoma? Pensó Ethan. Entonces claramente no es venezolano.

Mohammed miró ahora en dirección a Ethan y le ofreció una mano, sonriendo nerviosamente. "Estoy encantado de conocerte".

Bertoli dijo: "Mohammed lleva más de un año trabajando con nosotros".

"¿En realidad? ¿En qué calidad?

La pregunta iba dirigida a Mohammed, pero Gianna respondió por él. “Es uno de nuestros mejores hacktivistas. Ha sido increíblemente útil”.

"¿De dónde eres?"

Los ojos de Mohammed danzaron alrededor de la cabaña, en todas partes menos en Ethan. Él respondió: "Líbano", y luego miró hacia abajo.

Ethan asintió. “¿Y viajarás con nosotros hasta Venezuela?”

"Sí, señor. Si te parece bien”.

Ethan se encogió de hombros. El joven parecía extraño. Incómodo. Ethan no podía identificarlo, pero a pesar del comportamiento decididamente nada amenazante del libanés, hizo que Ethan se sintiera un poco incómodo.

Ethan miró a Gianna y ella simplemente le devolvió la sonrisa. “Estamos casi en camino. Tu futuro te espera, Ethan. Por favor, no te preocupes, yo cuidaré de ti”.

Los motores del avión se encendieron y pronto salieron del hangar.

EL BEECHCRAFT rebotó y se sacudió en su ascenso inicial sobre Virginia, pero a medida que se ladeó hacia el sur el aire se suavizó, y cuando alcanzaron su altitud de crucero de 25.000 pies, Ethan estaba bebiendo un Bloody Mary y picoteando una bolsa de papas fritas.

En su segundo cóctel, su atención volvió al experto en informática libanés que tenía delante y empezó a hacerle preguntas a Mohammed para ver si el hombre era, de hecho, quien decía ser. Cuando Mohammed afirmó que había recibido su licenciatura en la Universidad Americana de Beirut, Ethan supo que podría probar la veracidad del hombre, ya que conocía a varios profesores allí a través de su trabajo en el NSC. Le preguntó al joven sobre sus estudios y sus sospechas se disiparon cuando Mohammed mencionó algunos nombres familiares en la universidad.

A continuación, Ethan le preguntó sobre su trabajo como hacktivista y, aunque parecía un poco extraño y desconcertado, desde el punto de vista de la informática, Mohammed no tuvo ningún problema en hablar de ataques de denegación de servicio, troyanos y gusanos informáticos y varios otros aspectos técnicos de la tecnología. piratería informática. Ethan decidió que el hombre era lo que decía ser, un hacker informático libanés, lo que lo tranquilizó un poco.

Mientras hablaban, Ethan notó el nerviosismo del joven en la comunicación interpersonal. Ethan reconoció en Mohammed un intelecto único y un nivel familiar de torpeza que a menudo acompañaba al verdadero genio.

Aún así, Ethan decidió que había más allí, algo que Mohammed se guardaba para sí.

Gianna Bertoli se sentó en silencio mientras los dos hombres hablaban, pero cuando las cosas se calmaron aproximadamente una hora después de salir de D.C., puso su mano sobre la rodilla de Ethan. “Ethan, no vas a huir. Le están quitando al gobierno estadounidense su única opción para poner fin a esto en sus términos”.

Ethan asintió, pero se enfureció al oír a Bertoli referirse al FBI como el “gobierno estadounidense”. Demonios, él era tan parte del gobierno estadounidense como los G que lo perseguían. Aún así, lo dejó pasar y le

preguntó a Bertoli cómo se acercarían al gobierno de Estados Unidos en un intento por recuperar su vida.

“Lleguemos a donde vamos hoy y discutiremos nuestros planes mañana. No estaremos seguros hasta que lleguemos a Caracas”.

El King Air aterrizó en el Aeropuerto Ejecutivo Opa-locka de Miami para repostar. Un funcionario de aduanas que trabajaba allí tenía un familiar en Venezuela que ocupaba un puesto bajo pero lucrativo en el gobierno, y el trabajador de aduanas estaba acostumbrado a despachar los aviones del gobierno a Caracas sin vigilar a los pasajeros ni a su equipaje, asegurando así que tanto su pariente como ella misma una carrera rentable.

A las seis de la mañana ya estaban de nuevo en el aire, dirigiéndose hacia el Golfo de México.

Cuando llevaban menos de una hora en el aire, Arturo se inclinó sobre Gianna Bertoli y la despertó con un pequeño codazo.

“Hola Arturo. ¿Pasa algo malo?

El venezolano se dirigió ahora a Ethan. "Señor. Ross. La información que nos has brindado ha sido excelente”.

Ethan había estado mirando por encima del agua mientras volaban, pensando principalmente en su madre. Ahora se volvió hacia Arturo. "Por supuesto que sí."

"Pero en ello vemos un problema grave".

"¿Cuál es?"

“Si lo llevamos en avión a Caracas ahora mismo, habrá agentes estadounidenses que lo sabrán. Personas que necesitan ser acorraladas y arrestadas”.

"Obviamente. Así que manos a la obra”.

“Nuestros servicios de seguridad están funcionando mientras hablamos. Pero lo que nos has dado es que no hay tiempo para limpiar este desastre antes de que aterricemos. Los estadounidenses tienen agentes en nuestra policía, en nuestros servicios de seguridad, en nuestra administración

presidencial".

"¿Qué estás sugiriendo?"

"Le sugiero, señor, que vayamos a una casa segura en un tercer país".

"¿Una casa segura? ¿Dónde?"

"Panamá. Podemos mantenerlos seguros allí mientras limpiamos nuestra organización de influencia estadounidense. Dos o tres días como máximo".

A Ross no le gustó. "No pueden protegerme del gobierno de Estados Unidos en Panamá".

Oscar dijo: "Podemos, amigo mío. No te preocupes. Nuestra ubicación es bastante aislada y segura. Si hay algún problema, podemos sacarlo en avión o en barco muy rápidamente. Hemos traído a otros allí a lo largo de los años".

"¿Y los panameños?"

"No nos molestan".

Ethan miró a Gianna. Ella sólo asintió un poco. Ethan se volvió hacia Mohammed para ver si tenía algo que decir al respecto, pero el hombre con cara de niño estaba profundamente dormido.

Arturo dijo: "Confía en mí, amigo. Con la información que nos acabas de dar, ir a Caracas sería el peor paso posible que puedes hacer".

Ethan miró por la ventana. Los acontecimientos se estaban desarrollando muy rápidamente. "Bueno. Pero no recibirás más información de mí hasta que lleguemos a Caracas".

"No hay problema", dijo Arturo con una sonrisa maliciosa. "Ya le has dado a mi organización todo lo que puede manejar". Se dio la vuelta para ir a hablar con la tripulación del vuelo.

DOM CARUSO HABÍA PASADO la velada pensando en Ethan Ross. Le había prometido a Albright que se mantendría al margen, pero a las pocas horas de hacer esa promesa, el caso se había descarrilado. En lo que a Dom concernía, Albright necesitaba algo de ayuda, a pesar de lo que Albright pudiera haber pensado de la situación.

Llamó a David a las ocho de la mañana. "¿Te enteraste del asesinato de Eve Pang?"

“Sí, y la desaparición de los dos hombres del FBI junto con Ethan Ross. Todo muy lamentable”.

"Sí."

“Supongo que este es el hombre del que me habló ayer. La persona cuyo nombre no nos das.

"Uno en el mismo."

“Podríamos haber podido ayudar. Nuestras fuentes dicen que todavía no hay pistas”.

"Estoy escuchando lo mismo", dijo Dom.

“Suponiendo que no se tratara de un acto criminal aleatorio en D.C. con el que tropezaron estas personas, tenemos que preguntarnos quién más estaría tan interesado en Ross y qué sabe él para que tomarían tales medidas para mantenerlo fuera del alcance de las autoridades estadounidenses. .”

Dom dijo: "Si descubrimos adónde fue, sospecho que tendremos la respuesta a esa pregunta".

“¿Algún progreso en ese sentido?” David preguntó esperanzado.

“No estoy en la investigación. Albright me ha alejado. Sólo puedo suponer que están rastreando su teléfono móvil y saben adónde fue”.

David vaciló y luego dijo: “Su teléfono no ha salido de su casa. Estoy seguro de que el FBI ya lo sabe”.

Dom preguntó: "¿Cómo diablos sabes eso?"

"Tenemos cierta capacidad para investigar los registros de las compañías de telefonía celular".

“¿Es aquí donde me dice que la inteligencia israelí ha pirateado una empresa estadounidense?”

“No te voy a decir nada por el estilo”.

"Bien." David iba a ser tímido acerca de los detalles de las capacidades del Mossad, y Dom supo dejarlo pasar. Al menos el hombre del Mossad estaba hablando con él.

David continuó. "De todos modos, su teléfono todavía envía señal a la torre de telefonía móvil más cercana a su casa".

Dom corrió hacia su computadora portátil y la abrió. “Obtuve el número de la tarjeta SIM de un teléfono secundario que estaba usando. Quizás tenga ese encima. ¿Puedes rastrearlo a través del número?

“No lo sé, pero puedo averiguarlo. ¿Le has dado esto al FBI?

"No. Eso implicaría algunas preguntas que no quiero responder”.

“Ah. Lo entiendo completamente. Investigaré esto y te llamaré cuando tenga algo”.

David llamó a Dom menos de una hora después y el oficial del Mossad le pidió a Dom una reunión personal a las diez de la mañana.

EL BEECHCRAFT KING AIR aterrizó en el Aeropuerto Internacional de Bocas del Toro poco después de las nueve de la mañana, y Ethan necesitó todo su autocontrol para evitar empujar a los demás y salir de los estrechos confines de la pequeña cabina y salir al aire libre. Sin embargo, una vez en la calurosa y húmeda pista, se dio cuenta de que se había sentido más cómodo dentro de la cabina con clima controlado del avión.

La pista de aterrizaje estaba ubicada en la pequeña isla de Colón, y Ethan había visto en el vuelo que la isla era parte de un archipiélago, rodeada por todos lados por una multitud de islas y cayos más grandes. Todos eran planos y cubiertos de vegetación tropical, pero el aeropuerto de Colón estaba rodeado por el destartalado pueblo de Bocas, con casas y negocios a sólo quince metros a cada lado de la pista, más allá de pastos y maleza que corrían a lo largo de la cerca de la propiedad del aeropuerto. Las palmeras ondeaban con el calor de la tarde y el olor a gasolina y a jungla llenó las fosas nasales del estadounidense.

El Beechcraft fue recibido en el asfalto ya caliente por una furgoneta de doce pasajeros tripulada por un par de hombres latinos grandes y de rostro severo que Ethan supuso que eran más agentes de inteligencia venezolanos. La pequeña cantidad de equipaje del King Air fue trasladada a la camioneta y todos subieron a ella para emprender el viaje de diez minutos a través de calles sucias y congestionadas del Tercer Mundo hasta los muelles.

Excepto Arturo. Volvió a subir al avión con la intención de continuar hacia Caracas para ayudar a organizar la redada de espías estadounidenses.

Mientras la camioneta atravesaba el pequeño pueblo, se les explicó a los tres no venezolanos que iban en la camioneta (Ross, Bertoli y Mohammed) que la casa segura estaba en la cercana isla más grande pero más remota de Bastimentos. Pasaron junto a algunos patrulleros y hasta un camión lleno de soldados de la Fuerza Pública panameña. Esto puso nervioso a Ethan, pero reconoció que poco más podía hacer más que sentarse pacientemente y esperar que los venezolanos supieran qué diablos estaban haciendo, así que siguió mirando por la ventana.

En los muelles vio todo tipo de barcos haciendo un negocio constante transportando personas y productos entre las islas y cayos vecinos, pero su

numeroso séquito pasó junto a los transbordadores y taxis acuáticos y en su lugar abordó dos grandes lanchas rápidas. Casi inmediatamente se dirigieron hacia el sureste sobre aguas agitadas. Pasaron justo al sur de Cayo Carenero y luego giraron para dividir en dos una vía de transporte llena de tráfico de ferry y carga, y luego se dirigieron hacia las aguas más tranquilas entre la isla Solarte y la isla Bastimentos.

Al principio, Ethan pensó que Bastimentos parecía completamente deshabitado, pero a medida que se acercaban a la orilla y avanzaban hacia el sur, cada pocos cientos de metros podía distinguir el techo de metal de un edificio que sobresalía de la espesa jungla.

En cuestión de minutos, los dos barcos entraron en una ensenada y comenzaron a navegar muy lentamente. A su izquierda había un espeso manglar, pero a su derecha una playa de arena amarilla salía del agua y continuaba entre espesas palmeras. Al doblar una curva en la ensenada, Ethan esperaba ver algún tipo de choza de hojalata en ruinas, pero en su lugar apareció una gran casa colonial blanca rodeada por un enorme césped bien cuidado, a unos veinticinco metros de la costa. El edificio de dos pisos tenía una terraza envolvente en el segundo piso, y Ethan vio a varios hombres parados allí, mirando los barcos que se acercaban.

Alrededor del edificio principal, el limpio césped verde se extendía hasta la orilla del agua arenosa y la jungla a ambos lados.

Un hombre calvo, con un bigote tupido y un traje tropical estaba de pie en el muelle, esperando los barcos. Su sonrisa era amplia y tentadora, pero a cada lado de él había hombres más jóvenes y de aspecto más duro con los brazos en las caderas.

En inglés dijo: “¡Amigos míos! Bienvenido."

Ethan salió del barco delante de Bertoli y Mohammed y estrechó la mano del hombre calvo.

“Mi nombre es Leopoldo. Por favor, llámame Leo”.

"Ethan Ross".

"Bienvenido a Panamá, Señor Ross". Estrechó la mano de los otros dos visitantes y los cuatro comenzaron a subir las escaleras hacia la casa principal.

“¿Qué es este lugar?” —Preguntó Ross.

Leo sonrió con orgullo. “Lo consideramos un hogar lejos del hogar. Originariamente fue la residencia de un empresario francés del sector frutícola, hace unos cien años. Luego durante muchos años fue un hotel de lujo. Un amigo del gobierno venezolano lo compró hace varios años y nos lo presta cuando lo necesitamos”. Obviamente Leo estaba orgulloso de este lugar. “Todas las comodidades del hogar. TV vía satélite y teléfono, buena Internet e incluso tenemos nuestro propio chef”. Le dio unas palmaditas en la espalda a Ethan como si fueran viejos amigos. "Todos ustedes serán muy bien atendidos y yo estoy personalmente a su servicio".

Mohammed interrumpió, pero suavemente y disculpándose: “Disculpe, señor. ¿Qué puede decirnos sobre la seguridad de este lugar?

Leo abrió su chaqueta y reveló una pistola ametralladora MP5. “No se preocupen, amigos míos. Diez hombres se dedican a la seguridad aquí en el recinto. Cinco más de nosotros también estamos armados y entrenados. La policía panameña tiene una cañonera que patrulla por aquí y nos vigilan también”.

Mohammed presionó a Leo sobre el plan. “¿Qué pasa si de alguna manera somos descubiertos por los estadounidenses? ¿Cómo saldremos de aquí?

“Los barcos, por supuesto. Además, hay un par de Chevys en el camino de entrada, siempre listos para escapar. Esta isla tiene un tamaño de más de cincuenta kilómetros cuadrados, con caminos de tierra en la jungla. Y hay muelles por todos lados con más barcos. Hay muchas maneras de escapar de aquí si es necesario, pero nadie puede sorprendernos sin que lo sepamos”.

“Gracias”, dijo Mahoma.

A Ethan le sorprendió que el joven libanés tuviera el descaro de cuestionar la operación de los venezolanos, pero Leo no pareció ofendido en lo más mínimo.

La casa colonial era grande, con un gran salón enorme de dos pisos y varias áreas comunes en la planta baja, y ocho dormitorios en el segundo piso. Varias dependencias se encontraban alrededor de una piscina sucia y una cancha de tenis agrietada y proporcionaban más refugio a los guardias

de la casa segura.

A Ethan le dieron una habitación en la esquina noreste del segundo piso, y afuera había un hombre de seguridad armado pero de aspecto profesional y cabello plateado.

No había acceso a la terraza envolvente desde la habitación de Ethan, pero a través de la ventana vio monos trepando a los árboles del exterior.

Se sentía protegido, más o menos, pero no era tonto. A pesar de las seguridades de los venezolanos, sabía que si los estadounidenses o los israelíes venían a buscarlo aquí, su única posibilidad sería huir para salvar su vida.

La BIBLIOTECA DEL BARRIO DE GEORGETOWN era un hermoso edificio colonial en uno de los barrios más exclusivos de Washington, D.C., pero olía, literalmente, a mierda. Un vagabundo que durmió todo el día en una de las cómodas sillas se había cagado y el olor flotaba por cada centímetro de la planta baja del edificio histórico.

Los empleados, ya bastante acostumbrados a tener entre ellos a personas sin hogar, habían desarrollado la capacidad de ignorar el olor, pero el caballero bien vestido que miraba entre los estantes de la sección de historia no pudo ocultar su expresión de extremo disgusto.

A su lado apareció Dominic Caruso. "¿Estás bien?"

"Bien", dijo David, mintiendo con los dientes apretados. “¿Subimos las escaleras y tratamos de alejarnos del olor desagradable?”

David abrió el camino hasta dos pisos y encontraron un rincón tranquilo en la Sala Peabody del tercer piso que estaba apartado y libre de olores.

“Mucho mejor”, dijo David. “Te traje noticias. Es sólo para ti. Hasta donde yo sé, nadie en su gobierno está al tanto de esto en este momento”.

"Sigue hablando".

"Pudimos geolocalizar la tarjeta SIM que nos diste y encontramos el teléfono".

Dom hizo una mueca. “Déjame adivinar. No fue con Ethan Ross”.

“Me temo que no. El teléfono estaba en un contenedor de basura detrás de un 7-Eleven en Reston, Virginia”.

"Maldita sea. Entonces es un callejón sin salida.

"De nada. Echamos un vistazo a la cámara de seguridad dentro del 7-Eleven que correspondía con el momento en que se arrojó el teléfono”.

Dominic se apoyó en el estante de libros y se cruzó de brazos. “¿Y cómo diablos lograste eso?”

David sonrió. “Hemos pasado por esto antes. Nuestra relación requiere confianza, señor Caruso. Y requiere tomar las cosas con fe”.

"Bien."

“En la cámara vimos a Ethan Ross entrar solo a la tienda y comprar un teléfono móvil. Suponemos que arrojó su teléfono de tres días a la basura y luego fue a buscar uno aún más nuevo. Usamos los detalles de la transacción de la caja registradora para encontrar la información del código de barras en el empaque del teléfono. De esto nosotros–

Dom levantó una mano ahora. "Esperar. ¿Qué? ¿El Mossad puede piratear el sistema de punto de venta de un 7-Eleven?

David arqueó las cejas pero no dijo nada.

"Está bien, dejaré de hacer preguntas".

El oficial del Mossad prosiguió. “A partir del código de barras pudimos extraer el número SIM del teléfono y lo geolocalizamos en el aeropuerto de Dulles. Aparentemente sacó la batería, pero en Dulles la volvió a poner, obtuvimos un acierto, luego la quitó nuevamente y perdimos el ping. Al principio esto parecía otro callejón sin salida, pero tras una inspección más cercana, el teléfono no llegó a la terminal principal. En lugar de eso, sonó desde un hangar chárter. Hubo un chárter que salió cuando el teléfono estuvo en Dulles”.

"¿A dónde fue?"

“Miami. Y desde allí presentó un plan de vuelo a Caracas, Venezuela”.

“Caracas”, repitió Dom. "¿Sabes quién fletó el vuelo?"

"Sí. Una empresa fachada del Servicio General de Inteligencia de Venezuela”.

Dom se rascó la cabeza, completamente confundido ahora. “Ross es un experto en Medio Oriente que reveló secretos que beneficiaron a los palestinos. ¿Qué diablos tiene que ver todo esto con el gobierno venezolano?

“No lo sabemos. Pero hay otro problema. Teníamos gente esperando en Caracas a que aterrizara el vuelo, pero el avión cambió el plan de vuelo en el

aire y se fue a Panamá". Dom apoyó la cabeza contra una estantería. "Desde la ciudad de Panamá podían tomar un vuelo a cualquier parte".

"No fueron a la ciudad de Panamá. Fueron a Bocas del Toro, en el norte del país. Un pequeño aeropuerto en Isla Colón. Deberían haber aterrizado en la última hora. No pudimos llevar a nadie al aeropuerto lo suficientemente rápido para buscarlos".

"¿Alguna idea de por qué volaron a Bocas del Toro?"

"Ninguno."

Dom lo pensó. El gobierno panameño y el gobierno venezolano no estaban exactamente inmersos en una guerra a tiros, pero las dos naciones sí tenían una relación de confrontación. Dom no podía imaginar ninguna razón por la que la inteligencia venezolana sacaría a un espía estadounidense de Estados Unidos y lo dejaría en medio de la jungla panameña.

Dom salió de la biblioteca con la promesa de llamar a David pronto. Ninguno de los hombres sabía cuál sería su siguiente paso en la búsqueda de Ethan Ross, pero Dom sabía dónde encontraría más información.

Mientras regresaba a su motocicleta en el estacionamiento detrás de la biblioteca, llamó a Gerry Hendley y le preguntó si podía averiguar qué sabía la CIA sobre las operaciones venezolanas en Bocas del Toro, Panamá. Es comprensible que Gerry estuviera confundido por la solicitud, pero prometió llamar a uno de sus contactos en el séptimo piso de Langley y comunicarse con él inmediatamente.

TREINTA MINUTOS DESPUÉS, Dom estaba de regreso en su condominio de Lincoln Circle cuando sonó su teléfono. Vio que era Hendley al otro lado de la línea.

"Dime que tienes algo, Gerry".

Gerry habló con su característico acento sureño. "Tengo algo, pero no tengo idea de qué te servirá. Mis contactos en la CIA me dieron tres ubicaciones en Bocas del Toro que, según dicen, han sido vinculadas de alguna forma a los servicios de seguridad venezolanos. Esa es la GIO, la Oficina General de Inteligencia y la GCIO, la Oficina General de Contrainteligencia".

“Déjame tenerlos”.

“Hay un hotel en el pueblo de Bocas que lo compraron un par de ex chicos de GIO de Caracas hace unos meses. Tengo la dirección”.

“¿En la propia ciudad? No, eso no suena como lo que estoy buscando. ¿Qué otra cosa?"

"Un piloto de un servicio de saltador de charcos en el aeropuerto ha sido identificado como un activo venezolano".

"Maldita sea", dijo Dom. Pensó que era posible que subieran a Ross a otro avión en Bocas y lo llevaran a algún lugar incluso más remoto que Bocas del Toro. Pero cuanto más pensaba en ello, menos le parecía cierto. Volaban en un King Air 350i, un avión que no necesitaba un campo especialmente largo para aterrizar. No tendrían que cambiar de avión para ir a un aeropuerto remoto.

Dom dijo: "¿Cuál es la tercera pista?"

“Para el tercero no me pudieron dar dirección. Me dieron la longitud y la latitud. Aparentemente, es un gran edificio colonial antiguo en una isla tropical a unas pocas millas en bote desde Bocas del Toro. Es propiedad de una familia vinculada al gobierno bolivariano en el poder en Caracas”.

Dom supo al instante que esta pista era una perspectiva mucho mejor que las dos primeras. “Dame las coordenadas”. Gerry lo hizo y Dom los escribió en EagleView en su computadora portátil.

Al mirar el mapa satelital de la propiedad, pensó que posiblemente podría usarse como casa segura para los servicios de seguridad venezolanos. Estaba apartado, con buenas vistas de una ensenada estrecha y un camino de tierra que se dirigía a la parte sur de la isla. "Sí", murmuró para sí mismo. Entonces Dom dijo: "Gerry, lo siento, pero necesito devolverte la llamada".

Dom marcó a David y miró su reloj mientras sonaba el teléfono. Tan pronto como el otro hombre respondió, el estadounidense dijo: "Creo que sé dónde está Ross".

"¿Dónde?"

“Antes de decírtelo, quiero que me asegures de que no te interpondrás

en mi camino. Me ofreciste ayuda logística. Eso es lo que quiero".

"Acordado."

"Estará en una casa segura administrada por la inteligencia venezolana en una isla tropical cerca de Bocas del Toro, Panamá".

"Veo. ¿Tienes alguna idea de lo que está haciendo allí?

"Ninguno en absoluto. Estoy especulando, pero tal vez les dio a los venezolanos algo de inteligencia a cambio de un salvoconducto para salir del país. No sé qué inteligencia, ni sé por qué no lo iban a llevar directamente a Caracas".

"¿Pero quieres bajar allí a buscarlo? ¿Solo?"

"Sí."

"¿Qué es lo que esperas lograr?"

"Voy a conseguir pruebas de que está allí y obtener información sobre la ubicación".

"¿Y luego?"

"Y luego tal vez puedas enviar un equipo de comandos Shayetet Trece para matarlo. Es Panamá. No es D.C. Seguramente no tendrás ningún reparo en fumar a este tipo en una isla selvática de Centroamérica por lo que les hizo a los Yacoby.

David respondió fríamente. "Lo haríamos con mucho gusto".

"Pero David, para que no haya malentendidos. Si llego allí y encuentro una oportunidad. . . Voy a matarlo yo mismo".

"Aún mejor", respondió David. "¿Qué necesitas de mí?"

"Armas. En Bocas, esperándome cuando llegue".

David silbó. "Nuestra operación en Panamá es muy limitada. Pero veré qué puedo hacer".

A continuación, Dom volvió a llamar a Gerry Hendley y lo saludó con una

petición que no tomó completamente por sorpresa al ex senador de Carolina del Sur. “Me gustaría pedir permiso para salir del país por unos días”.

“Déjame adivinar. Quieres ir a Panamá”.

"Buena suposición".

“¿El motivo de estas vacaciones improvisadas?”

“La inteligencia venezolana tiene a Ethan Ross. Así lo ha establecido mi contacto en el Mossad. Lo llevaron allí, a Bocas, probablemente a ese edificio colonial en la selva”.

Gerry dijo: “Si los venezolanos lo tienen, ¿por qué diablos no está en Venezuela?”

“Esa es la pregunta del momento. Aún no lo he descubierto”.

“¿Qué planeas hacer una vez que llegues allí?”

“Planeo evaluar la situación de seguridad a su alrededor. Y luego establecer contacto con el Mossad”.

“¿Por qué no comunica lo que sabe al FBI?”

“En este momento se trata menos de lo que sé y más de lo que creo saber. No puedo probar nada todavía”.

Dom no había dicho nada acerca de dispararle al propio Ross o de organizar que las Fuerzas Especiales israelíes hicieran el golpe, pero Gerry no era tonto y sabía por lo que había estado pasando su hombre desde la India. Llenó los espacios en blanco y dijo: “Sabes que matar a Ross no traerá de vuelta a los Yacoby. Lo que estás planeando es simple venganza. Nada más”.

Dom dijo: "Lo sé". Pero no dijo nada más.

Después de un momento, Gerry dijo: “Es justo. Entiende que esta operación que está llevando a cabo no está sancionada de ninguna manera por el Campus ni por el gobierno de los Estados Unidos”.

Dom quería decir: "Esa es la idea", pero en lugar de eso simplemente dijo: "Acepto".

“Dicho esto, no te dejaré bajar allí sin apoyo. ¿Qué necesitas de mí?

“Se lo agradezco, pero no voy a exponer nuestra operación en este emprendimiento. Recibiré el apoyo que necesito”.

Antes de que Gerry pudiera responder, hubo un fuerte golpe en la puerta que incluso Gerry escuchó por teléfono. Dom levantó la vista rápidamente y luego entrecerró los ojos. Dijo: "Sobre el tema de la asistencia, ¿has estado enviando a Adara Sherman a controlarme?".

"¿Tiene algún sentido que lo niegue?"

"Esperaba que fuera el hecho de que ella finalmente hubiera notado mi buena apariencia y mi encanto".

Gerry se rió entre dientes. "No. De hecho, es todo lo contrario. Ella me dijo que tenías un aspecto terrible y que actuabas aún más oscuro y melancólico de lo habitual, lo cual para ti es decir algo. Así que le pedí que te cuidara”. Una pausa. "Supongo que si has estado con agentes extranjeros en una misión de venganza de un solo hombre, ella no ha hecho un muy buen trabajo".

“Ella lo ha hecho bien. He estado trabajando a tiempo completo para evitarla. Ella está aquí ahora”. Dom miró hacia la puerta de repente. "Gerry, necesito volver a llamarte".

Gerry pareció sorprendido, pero se recuperó rápidamente. “Eh, claro. Está bien. Manténgase en contacto”.

Dom abrió la puerta, Adara estaba parada frente a él vestida con jeans azules, botas de invierno y un abrigo grueso. Su cabello rubio estaba escondido debajo de un gorro de lana, pero el gorro no hizo nada para ocultar la expresión de perturbación en su rostro. "Te das cuenta, Caruso, de que tengo otras cosas que podría hacer con mi tiempo".

"Por supuesto. Entra”.

Entró, miró el desordenado condominio de Dom y luego abrió su refrigerador como si fuera la dueña del lugar. Estaba casi vacío, al igual que los armarios que revisó. Levantó una botella de Maker's Mark de la mesa de la cocina y comprobó que estaba casi vacía. Se volvió hacia Dom y le dirigió una mirada de desaprobación. Ella dijo: “Voy a limpiar por aquí y luego iré de

compras. Necesitas algo de comida, algo de comida de verdad. Te vas a quejar por eso, pero va a pasar de todos modos, así que mejor vas a algún lado y te deprimes mientras yo hago lo que voy a hacer".

Dom sacudió la cabeza con vehemencia. "Apreciado, pero no necesario, Sherman. De hecho, voy a salir de la ciudad. Hoy. Prometo que te llamaré cuando regrese a la ciudad".

Adara Sherman no pestañeó. "En realidad, eso no será necesario".

Las cejas de Dom se alzaron. Quizás estos controles de bienestar finalmente habían terminado. "¿En realidad? ¿Por qué no?"

"Porque voy contigo".

"No. Este es OCONO. Fuera de los Estados Unidos continentales".

Ella suspiró. Enojado. "¿Crees que no sé lo que significa OCONUS?"

Dom reprimió un gemido. No tuvo tiempo para esto. Necesitaba subirse a un avión lo antes posible. "Mira, esta será una operación de reconocimiento, aprobada por Gerry pero no exactamente sancionada, y muy posiblemente peligrosa. Lo siento, pero no puedo asumir la responsabilidad por ti".

"Por supuesto que no puedes. Me preocupa que no puedas asumir la responsabilidad de ti mismo, así que voy a cuidar de ti".

Dom empezó a protestar un poco más, pero se detuvo. "Espera un segundo. ¿Sabes algo sobre barcos?

Ella puso los ojos en blanco. "Yo estaba en la Marina, Caruso".

"No me refiero a acorazados. Me refiero a algo pequeño. Lo suficientemente rápido en aguas abiertas, pero algo que no sobresalga".

Sherman dijo: "Dos cosas. Primero, la Marina de los Estados Unidos ya no tiene acorazados. Y dos, ¿dónde estaría operando este barco y qué transportaría?"

"Un archipiélago en Panamá, y lo necesito para transportarme a mí y a algo de equipo de buceo".

"¿Eso es todo?"

Después de encogerse de hombros, Dom dijo: "Tal vez un arma".

La atractiva rubia no lo dudó. "Bueno. Necesitará un calado poco profundo, algo pequeño, de seis a diez metros de largo, diría yo. Quizás un barco de esquí. MasterCraft fabrica algunos fantásticos con los que estoy muy familiarizado. Por supuesto, todo depende de lo que haya disponible allí".

Dom ya había regresado a su computadora y ahora estaba reservando vuelos para hoy. "Bueno. Si ganas, puedes venir. Ve a casa, haz las maletas y nos vemos en Dulles dentro de una hora. Hay una una p.m. vuelo. Si te esfuerzas, podremos llegar y estar en la ciudad de Panamá a las cinco. Podemos encontrar transporte aéreo a Bocas del Toro cuando lleguemos allí".

Adara no se movió. "Mi pasaporte está en mi bolso y tengo un equipaje de mano para tres días en la cajuela de mi auto. Parte de trabajar para Gerry Hendley. De guardia las veinticuatro horas del día, siete días a la semana. Puedo comprar cualquier otra cosa que necesite en el camino o una vez allí".

Dom quedó debidamente impresionado. Incluso él y los otros operadores de The Campus se quejaban si no tenían al menos un par de horas de preparación antes de viajar a OCONUS.

"Sólo hay un problema", añadió Sherman. "Tienes cabello oscuro, ojos oscuros y piel bronceada. Puedes encajar en Panamá siempre y cuando no abras la boca. Yo, en cambio, tengo el pelo rubio corto y ojos grises. Encajaría mejor en la Luna que en Centroamérica".

Dom se rió. "Serás mi novia sexy pero demasiado controladora. Créame, Sherman, nadie que lo conozca va a dudar de esa historia de portada ni por un segundo".

"No después de que te ponga un ojo morado, no lo harán".

GIANNA, ETHAN Y MOHAMMED almorzaron en una mesa dispuesta junto a la piscina en mal estado en la parte trasera de la gran casa colonial. Los guardias deambulaban por la propiedad o los vigilaban desde la terraza.

Los tres comieron lubina a la parrilla, Gianna y Ethan bebieron pinot grigio chileno, mientras Mohammed bebía jugo de naranja.

Permaneció pegado a su computadora portátil, aunque Ethan no tenía idea de en qué podría estar trabajando el joven. El oficial de inteligencia venezolano Leo había pasado toda la mañana desde su llegada con sus invitados, pero justo antes del almuerzo se retiró para una conferencia telefónica con Caracas. Entre sorbos saludables de vino, Ethan preguntó: "¿Cuál es el siguiente paso?"

“Harlan y yo nos conectaremos a través de Cryptocat esta tarde.

Está contactando a sus fuentes para ver qué se sabe en la investigación del FBI sobre la muerte de Eve”.

"¿Eso es todo?"

"Realmente, por ahora, poco más nos queda por hacer más que esperar y tratar de relajarnos".

Ethan no iba a relajarse, eso lo sabía con certeza. Terminó su copa de pinot, ignorando la de Bertoli.

Gianna dijo: “Hay algunas noticias de Washington. Mientras me vestía para almorzar en mi habitación vi la CNN. No veo cómo se relaciona esto con su caso, pero de todos modos es muy angustioso”.

"¿Qué es?"

"Los cuerpos de dos empleados del FBI fueron encontrados flotando en el río Potomac esta mañana temprano".

Los ojos de Ethan se abrieron en estado de shock. "Esperar . . . No pueden pensar que yo tuve algo que ver con eso, ¿verdad?

Mohammed acaba de tomar un sorbo de jugo de naranja.

Bertoli dijo: “No creo que realmente lo piensen, pero no puedo decir que no lo usarán. Es un mal momento. Sé cómo operan los estadounidenses. Estarán buscando otros delitos para acusarte. Quizás estos dos hombres murieron en un robo o algo así y quieren culparte a ti. Tal vez no haya ningún muerto y todo esto sea una estratagema para acusarte de asesinato. Mohammed habló sin levantar la vista. "El asesinato de un agente de la ley federal en Estados Unidos se castiga con la muerte". Ethan apoyó la cabeza sobre la mesa. Bertoli se frotó la nuca mientras Mohammed tomaba tranquilamente su cuchillo y cortaba su lubina.

Dom y Adara volaron en un vuelo de Copa Airlines desde Dulles a la una de la tarde y trabajaron juntos en silencio en su plan de vigilancia durante todo el vuelo de cinco horas. Hicieron una lista del equipo que necesitarían encontrar y se pasaron un iPad con un mapa EagleView del área.

Aterrizaron en la ciudad de Panamá e inmediatamente subieron a un Fokker 50 de Air Panamá que los llevaría a Bocas del Toro. El asiento de cincuenta asientos estaba lleno en su mayoría de lugareños, pero también había algunos turistas en el vuelo, por lo que Sherman no sentía que sobresaliera demasiado.

Aterrizaron en la calurosa pista del Aeropuerto Internacional Isla Colón de Bocas del Toro, poco después de las seis y media de la tarde. Cuando bajaron del avión y llegaron a la pista rota del pequeño aeródromo, Dominic se echó la mochila al hombro. Adara hizo lo mismo con su mochila; luego extendió la mano y tomó la mano de Dom y la sostuvo mientras caminaban hacia el pequeño edificio de la terminal.

Dom no hizo ningún comentario sobre esto, pero justo antes de cruzar la puerta hacia la parada de taxis, Adara se inclinó hacia él. “Un par de tipos parados alrededor de la terminal que podrían ser observadores. No se puede ser demasiado cuidadoso”.

"No, seguro que no puedes". La rodeó con el brazo y la condujo hacia un taxi que esperaba.

Su hotel era el acertadamente llamado Hotel Bocas del Toro, estaba ubicado en el extremo este de la isla en el corazón del centro de la ciudad de Bocas, tan cerca de la costa que una parte del edificio de estilo colonial de

tres pisos en realidad colgaba sobre el agua.

Dom y Adara alquilaron una habitación en el tercer piso que daba a Cayo Carenero, un pedazo de tierra increíblemente verde que sobresalía de un agua increíblemente azul con techos de hojalata oxidados que sobresalían de los árboles.

Dejaron sus maletas sobre una mesa y miraron la pequeña habitación. Ninguno de los dos mencionó la cama mientras salían al balcón y contemplaban el vecindario desde el tercer piso. Una vez afuera, Adara se inclinó hacia Dom, tan rápido que lo sobresaltó y tan cerca que pensó que iba a besarlo. En cambio, dijo: "¿Deberíamos asumir que estamos siendo escuchados?"

Dom esbozó una pequeña sonrisa. "No. Aquí no. Estamos bien".

"Gerry nos dijo a todos los miembros de la tripulación de vuelo que cuando estuviéramos trabajando debíamos asumir que todos los hoteles tenían micrófonos y actuar en consecuencia".

"Los únicos insectos en este lugar son los ciempiés en la pared". Sherman se giró y miró la pared a pocos centímetros detrás de ella. Un insecto de aspecto prehistórico del largo de un marcador mágico se arrastraba junto a las puertas francesas entre el balcón y la habitación. Adara levantó un poco la nariz, pero por lo demás lo ignoró.

Dom dijo: "¿No se supone que debes asustarte o algo así?"

"¿Porque soy mujer?"

Dom no sólo no respondió, sino que, en primer lugar, se arrepintió de haber hecho la pregunta.

Adara dijo: "Estaba en Afganistán. Teníamos arañas camello del tamaño de platos de comida trepando por nuestra letrina. Los insectos no me afectan".

"Entonces este lugar se sentirá como el Ritz".

Dominic llamó a David a su teléfono satelital y el oficial del Mossad le pasó una dirección al otro lado de la isla Colón y le dijo a Dom que tenía una reunión allí con un contacto local del Mossad, pero no hasta las once de la

noche. Tan pronto como terminó la llamada, Dom y Adara bajaron las escaleras y se dirigieron a los muelles cercanos. Aquí se separaron; El trabajo de Adara era encontrar un barco disponible para alquilar, y la tarea de Dom era comprar el equipo de buceo y otros equipos que necesitaría para su vigilancia mañana.

Dom entró y luego salió de dos tiendas de buceo. En el primero no tenían ningún equipo de la calidad que necesitaba, y en el segundo sí encontró equipos de primera línea que se adaptaban a sus necesidades, pero había un problema importante.

El dispositivo de control de flotabilidad (el chaleco que usa un buzo y que sostiene su tanque y otros equipos y ayuda a controlar su flotabilidad en el agua) estaba disponible solo en rojo o violeta brillante. Dom no era esclavo de la moda, pero sospechaba que nadar en peligro con un gran chaleco de colores brillantes no le permitiría la infiltración de bajo perfil que estaba buscando.

La tercera tienda de buceo, sin embargo, tenía exactamente lo que necesitaba.

Alquiló un par de tanques de oxígeno llenos, un traje de neopreno de tres milímetros, un chaleco negro, un cinturón de lastre, un regulador, aletas, una máscara y un cuchillo de buceo con funda para el tobillo.

Pagó cincuenta dólares extra en moneda estadounidense para que le entregaran el equipo en su hotel y luego se fue en busca de otro equipo. Encontró una pequeña tienda de campaña que atendía a los kayakistas de mar para que instalaran campamentos en las playas de las pequeñas islas deshabitadas alrededor del archipiélago, y allí compró una cantimplora, una cuerda, una mochila impermeable, bolsas de plástico, binoculares y una docena de cosas más. y termina que pensó que podría ser útil mientras vigilaba la posible casa segura de Venezuela.

Cuando Dom tuvo todo lo que necesitaba, todo empacado en la mochila impermeable, regresó al hotel. Adara ya estaba sentada en el balcón con una cerveza Balboa fría en la mano, estudiando cartas náuticas de la zona que había comprado en la tienda de alquiler de barcos. Dom miró los mapas. Para él, parecía un complicado lío de canales y lenguas de tierra deformes y manchadas, todo entrecruzado con líneas y números. “¿Puedes leer eso?”

“Un juego de niños”, dijo mientras señalaba una hielera en el balcón. Dom sacó otra cerveza y se sentó a su lado. “¿Quieres ver el barco?”

“¿Ya nos conseguiste un barco?”

"Puedo hacer más que repartir maní en un avión, ¿sabes?"

“Lo sé. ¿Dónde está?

"Mirar hacia abajo. Casco negro, carrocería blanca”.

Dom miró por el balcón y vio el barco balanceándose en un resbalón a lo largo del muelle del hotel, tres pisos más abajo. Era un MasterCraft MariStar 235, no era grande, medía ocho metros, pero sí lo suficientemente grande para ellos dos y todo el equipo, y tenía el tamaño perfecto para entrar a las ensenadas alrededor de la casa segura venezolana si fuera necesario.

"¿Es rápido?" -Preguntó Dom.

“Motor V8 de 6,0 litros y 400 caballos de fuerza. Producirá suficiente energía para nuestras necesidades. Es un barco de esquí, por lo que no ganará ninguna carrera con una lancha rápida real, pero tampoco destacará. He visto media docena de iguales en el agua por aquí en la última hora.

Dom asintió con aprobación y luego los dos comenzaron a revisar los gráficos juntos para comenzar a trabajar en un plan de infiltración.

CON UNAS HORAS que matar antes de las once de la noche. Tras reunirse con el contacto local de David en el Mossad, los dos estadounidenses caminaron hasta un restaurante junto al agua para cenar. Era una noche tranquila en el Último Refugio y encontraron una mesa apartada en la terraza trasera abierta. Ambos pidieron cervezas y pescado frito, y durante la primera media hora hicieron lo posible por mantener la conversación alejada de la operación que comenzaría con las primeras luces del día siguiente.

Finalmente, Adara dijo: “Esto va a sonar como un cliché al decir esto, pero alguien necesita decírtelo, porque no creo que lo vayas a resolver por tu cuenta. Matar a este tipo no traerá de vuelta a esa familia en la India”.

Dom asintió. “Me lo han dicho”.

"Pero lo harás de todos modos".

"Si puedo".

Adara sorbió su cerveza lentamente. Dom pudo ver que quería decir algo, pero estaba tratando de decidir si sería su responsabilidad hacerlo.

"¿Qué?"

“Tienes la culpa del sobreviviente. Sobre los Yacoby y sobre Brian.

Dom negó con la cabeza. “No, no lo hago. Sé que hice lo mejor que pude, tanto en India como en Libia”.

“No tiene nada que ver con lo que hiciste. Tiene que ver con la aleatoriedad de todo. El hecho de que sobreviviste a un incidente y otros no. Ella lo miró. “Tu hermano. Los niños Yacoby”.

"La culpa del superviviente". Dom lo dijo suavemente. "Me hace parecer un loco".

“No estás loco. Es perfectamente natural. No entiendes por qué estás aquí y ellos no. Crees que es injusto que hayas ganado la tirada de dados”.

Sí. Dom se dio cuenta de que esto era exactamente lo que había estado pensando desde que mataron a Brian. Los sentimientos habían disminuido un poco en los últimos dos años, pero después de la India habían regresado con el doble de fuerza.

—¿Es usted también psiquiatra, Sherman?

Ella sacudió la cabeza con una sonrisa. "No. De nada."

"Entonces, ¿cómo pudiste diagnosticarme?"

"Porque tengo lo mismo y lo he tenido por más tiempo que tú".

“¿Pasó algo allí en Afganistán? ¿Cuando eras médico?

Ella asintió. "Muchas cosas". Antes de que Dom pudiera preguntar algo más, dijo: "¿Podemos dejarlo así?"

"Sí. Seguro. Entiendo."

Hubo un silencio incómodo entre ellos durante unos minutos. Ambos

pidieron más bebidas. Dom preguntó: "¿Cómo te vinculaste con The Campus?"

“Un paciente”.

“¿Un paciente?”

"Un joven oh-uno".

"¿Qué es un oh-uno?"

"Lo siento. Un segundo teniente de la Marina. Yo era un médico de la marina asignado a un batallón de ingenieros de combate marino en el valle de Korangal. Un oh-one de una unidad de infantería cercana recibió un disparo de AK en la cabeza. Fui el primer médico que lo atendió, se estaba desangrando y logré detener la hemorragia”.

Dominic inclinó su copa hacia ella. "Bien por usted. Le salvaste la vida”.

Adara desvió la mirada, hacia el agua plácida. El atardecer estaba detrás de ellos, pero el canal brillaba con los últimos rayos del día. "No. Me temo que no hay final feliz. Regresó a Estados Unidos, pero murió de todos modos”.

"Mierda. Lo lamento. ¿Qué tuvo que ver con The Campus?

“El padre del teniente era coronel, me envió un correo electrónico aproximadamente un mes después de la muerte de su hijo, y me dijo lo agradecido que estaba de que su hijo hubiera podido regresar a casa y morir entre su familia”. Ella sonrió, todavía mirando el canal iluminado por la luna. “Supongo que si miras lo suficiente puedes encontrar un lado positivo en casi todo. De todos modos, nos mantuvimos en contacto a lo largo de los años.

Se jubiló y empezó a trabajar para MITRE Corp con un contrato gubernamental ultrasecreto. Cuando salí del Cuerpo me ofreció trabajo. Iba a ir a la escuela de enfermería, pero su oferta era bastante buena. Me investigaron, obtuve mi autorización de alto secreto y luego me llevó a Maryland y me presentó a Gerry Hendley.

El trabajo consistía en trabajar en el avión de Hendley Associates”.

"¿Te arrepientes de no haber ido a la escuela de enfermería?"

“Iré todavía. Un día. Además . . .” Ella le sonrió a Dom al otro lado de la mesa. “Tú y los demás me estáis dando mucha formación práctica en el mundo real. Cada uno de ustedes ha logrado salir lastimado”.

Dom se rió entre dientes. "Es la única manera de que nos prestes atención".

Era una broma, pero Adara le dirigió una mirada seria. “Hazme un favor. Intenta no lastimarte aquí abajo”.

Un loro antipático posado en la barandilla junto a su mesa. Adara alimentó al pájaro con un par de trozos de pescado, pero eso sólo lo hizo más molesto, por lo que Dom ahuyentó al pájaro. “Haré lo mejor que pueda. Y te prometo que te mantendré fuera de peligro”. Dom ordenó una tercera ronda.

"¿Estás tratando de emborracharme?"

Dom tomó su trago. “Estoy tratando de emborracharme. Eres sólo un daño colateral”.

Adara inclinó su copita hacia Caruso. “Esa es una gran línea.

¿Funciona eso con las chicas de D.C.?

Dom sirvió otro. "No precisamente."

"Si tienes resaca por la mañana, tu trabajo será mucho más difícil".

Dom dijo: "Cuatro cervezas no me van a patear el trasero".

"¿Cuatro?" Sólo habían tenido tres.

Dom miró su reloj. "Tenemos tiempo".

Poco antes de las once de la noche. un taxi que eructaba los llevó a través del pueblo de Bocas, pasando por chozas oxidadas con techos de hojalata y edificios victorianos y coloniales destartalados pero pintados de colores brillantes. Vendedores ambulantes de chatarra hecha a mano aparecieron en las ventanillas del taxi, sin duda provocados por la mata de pelo rubio de Adara Sherman que anunciaba la presencia de un turista.

El taxi los dejó en una dirección que David les había proporcionado antes, en el extremo noroeste de la ciudad, y los dos estadounidenses se quedaron solos en la calle, frente a un pequeño supermercado, durante unos minutos, sin saber si debían entrar o esperar afuera. . Antes de que pudieran decidir, un viejo hatchback de dos puertas estacionado en un callejón al otro lado de la calle encendió sus luces, y después de una mirada entre ellos, Dom y Adara comenzaron a caminar hacia él.

Una mujer de unos cuarenta años se bajó del volante cuando los estadounidenses se acercaron. Ella se presentó sólo como María. Dom y Adara le estrecharon la mano, pero no le ofrecieron ninguna presentación.

Dom estaba en guardia, miró alrededor del callejón, decidiendo que estaba lo suficientemente apartado para una transacción clandestina como esta, pero no era un lugar seguro para pasar el rato por mucho tiempo. Tenía el cuchillo de buceo de titanio atado a su pantorrilla, pero por lo demás estaba desarmado. Esta mujer parecía increíblemente nerviosa, y eso, junto con la ubicación insegura, ponía a Dom más que un poco nervioso.

María encendió un cigarrillo y luego ofreció uno a los dos estadounidenses, quienes lo rechazaron. Ella dijo: “Lo siento. Estoy un poco tenso. Recibí la llamada esta tarde. Normalmente, cuando necesitan algo. . . Bueno, han pasado años desde que necesitaron algo. Y no fue nada parecido a esto”.

Adara Sherman estaba confundida, pero Dom entendió. "Tú eres Sayan, ¿verdad?"

"Sí, claro. No creerás que me dedico a este tipo de cosas para ganarme la vida, ¿verdad?

Los Sayan eran voluntarios del Mossad, asistentes locales, no empleados formales de la organización, sino judíos que vivían en todo el mundo dispuestos a ser llamados a desempeñar funciones en nombre del servicio de espionaje israelí. Los Sayan podían ser médicos, comerciantes, agentes de viajes o camioneros; normalmente eran personas motivadas por su deber para con la nación de Israel.

Dom reconoció que sus gestos ansiosos se debían al hecho de que probablemente la habían sacado de su trabajo como abogada o administradora de la ciudad o algo similar y luego la habían enviado a conseguir armas para un par de agentes extranjeros. Mirándola bajo esta luz, Dom decidió que su ansiedad era perfectamente razonable.

Adara dijo: “No te preocupes, María. Lo estás haciendo genial. Agradecemos su ayuda”.

Dom intentó volver a encarrilar la reunión. No quería permanecer allí, en aquel solar oscuro, más tiempo del necesario. “¿Trajiste algunas cosas para nosotros?”

Levantó el hatchback, dejando al descubierto una gran mochila con estructura externa. Dom la abrió y sacó una pistola Beretta M9 de aspecto destartalado, del ejército estadounidense, y un rifle M16 que había sido parcialmente desmontado para caber dentro. El rifle también era del ejército estadounidense, pero Dom se dio cuenta de que era muy viejo. Los militares ya no usaban esta versión del M16 y no lo habían hecho en años. "¿Conseguiste estas armas en un museo?"

María fumaba nerviosamente detrás de él. “La solicitud fue muy inusual. Hice lo mejor que pude. Somos una pequeña isla. No hay muchas oportunidades para...

Adara dijo: “Estos estarán bien. ¿Qué pasa con las municiones?

María ladeó la cabeza. "Las balas ya están en las armas".

Adara miró a Dom y luego preguntó: "¿Munición de repuesto?"

"¿Qué? Lo lamento. Eso no fue especificado. Como dije, no fue fácil conseguir estas armas”.

Dom revisó los cargadores de las armas. “Ambas armas están

completamente cargadas. Munición de bolas". Expulsó una bala de cada uno y los examinó a la luz interior en la parte trasera del vehículo. "Munición de bolas realmente vieja. Ejército estadounidense. Pero los cartuchos parecen estar en buenas condiciones".

Dom inspeccionó las armas un poco más. "Oh, vaya. Estos son de la guerra".

"¿Qué guerra?" -Preguntó Adara.

"La invasión estadounidense. Mil novecientos ochenta y nueve. Jesús, señora. Eso fue hace un cuarto de siglo".

El Sayan parecía más molesto que avergonzado. "Estoy seguro de que funcionan bien. Muchos guardias de seguridad de supermercados y bancos utilizan armas estadounidenses. Una vez más, me dieron sólo unas horas para realizar esta tarea. No me quedo aquí sentado esperando que Tel Aviv me llame para comprar armas ilegales".

"Lo entendemos", dijo Adara. Su voz era considerablemente más suave y conciliadora que la que Dom había hecho con la suya. "Hay aceite de motor sintético en el barco. Podemos limpiarlos y lubricarlos esta noche".

Dom deslizó todo nuevamente dentro de la mochila y lo cargó sobre su hombro. Mientras hacía esto la panameña miró a Adara con recelo. “Lo siento, pero tengo que decirlo. No te pareces al Mossad.

Adara se limitó a sonreír. “Y esa, María, es la clave de mi éxito”.

REGRESARON al hotel antes de medianoche. Dom quería tomar otra copa en el pequeño y vacío bar del vestíbulo, pero Adara lo convenció de no hacerlo, insistiendo en que necesitaban limpiar las armas y dormir un poco antes de la operación de mañana.

En la habitación, Adara desmontó y lubricó la M16 mientras Dom trabajaba en la Beretta M9. Dom no tenía mucha experiencia con esta pistola en particular, pero se estropeó y funcionó de manera similar a la mayoría de las otras semiautomáticas que disparó, tanto con el FBI como en su trabajo clandestino con The Campus.

A Adara, por otro lado, le habían entregado un M9 en la Marina, pero en Afganistán había llevado un M16 no muy diferente al que ahora limpiaba. El modelo que tenía delante era el A2 y había fotografiado el A4, pero internamente parecían prácticamente idénticos.

Una vez que las armas estuvieron listas para la acción, Adara se disculpó y desapareció en el baño durante unos minutos. Salió vistiendo una camiseta gris con NAVY escrito en el pecho y un par de pantalones deportivos con VIRGINIA en naranja corriendo por la pierna izquierda. Su cabello corto estaba recogido en una cola de caballo y usaba anteojos, lo que a Dom le resultaba extremadamente atractivo.

También le echó algunas miradas a su cuerpo mientras se preparaba para ir a la cama; Luego fue al baño a cambiarse.

Cinco minutos más tarde, Dom salió vistiendo unos sencillos boxers negros y una sencilla camiseta blanca. Adara tenía todas las luces apagadas excepto una lámpara junto a la cama.

Ella dijo: "Tengo una alarma programada para las cinco y media".

"Suena bien", dijo Dom, y comenzó a caminar hacia su lado de la cama.

Adara levantó una ceja y Dom notó el gesto. Él sonrió con confianza. "No

te preocupes, Sherman, soy un caballero".

Ella le devolvió la sonrisa y luego dijo: "Me alegra oírlo", antes de tomar una almohada de la cama y arrojarla sobre el sofá de mimbre. “Vi una manta en el armario. Si fuera tú, lo sacudiría para detectar insectos.

Dom se quedó en medio de la habitación por un momento. Miró a la guapa rubia en la gran cama. Y luego miró el poco atractivo sofá. "¿En realidad?"

Adara asintió. "En realidad. Buenas noches, Caruso.

Dom sacó la manta del armario, la sacudió un par de veces y se dirigió al sofá mientras Adara Sherman apagaba la lámpara junto a la cama.

"Buenas noches, Sherman".

ADARA Y DOM SE DIRIGIERON al muelle a las seis y media de la mañana. Una lluvia fresca a primera hora de la mañana mantuvo las calles aún más vacías de lo que normalmente habrían estado a esta hora del día. Llevaban mochilas llenas y más equipo en bolsas bajo el brazo, pero aun así fueron necesarios dos viajes hasta el barco para cargarlo todo.

Una vez a bordo, Dom sacó las piezas del M16 de la mochila que María les dio y ensambló el rifle, que guardó en una hielera grande debajo de la fila de asientos en la proa del barco.

Adara se sorprendió. “¿No llevarás el rifle a tu escondite?”

“Ojalá pudiera, pero con todo lo que estoy transportando, un M16 de cuarenta pulgadas de largo y diez libras será más de lo que puedo soportar. Tomaré la pistola. Deja el rifle a bordo del barco por si tienes que venir a recogerme rápidamente.

"Hay otra opción", dijo.

"Soy todo oídos".

“Puedo dejarte en el agua en el punto de ruta que decidimos y luego dirigirnos al otro lado de la isla. Encontraré un lugar apartado para echar el ancla y luego podré llegar hasta ti por tierra con el rifle. Puede que me lleve unas horas, pero lo haré”.

Dom negó con la cabeza. “Aprecio el espíritu, Sherman, pero prefiero tenerte a ti y a este barco juntos en todo momento. Hay muchas incógnitas en esta operación, así que no voy a renunciar a la opción de huir”.

Adara encendió los motores del MasterCraft a las siete de la mañana. Aunque seguía cayendo una ligera lluvia, el tráfico de barcos en el canal estaba aumentando. Pequeños barcos de carga que navegaban entre las islas, ferries, barcos de pesca, barcos de buceo que se dirigían a repostar combustible para el día, a Dom le parecía que uno de cada tres barcos alrededor de la isla Colón ya estaba fuera de su embarcadero y en el agua.

Adara se puso al timón y piloteó el barco con confianza. Una vez que abandonaron los carriles de transporte, empujó el acelerador hacia adelante y los dos motores de 5,7 litros agitaron más agua sucia del canal, la popa bajó más y la proa se elevó a medida que el barco de ocho metros ganaba velocidad.

Dom se sentó en la cubierta de popa y se puso su equipo de buceo, luego revisó y volvió a revisar el resto del equipo que llevaría a la isla con él. Su mochila estaba completamente cargada con agua y equipo, suficiente para durar cuarenta y ocho horas si fuera necesario, y había envuelto todos los artículos dentro de la mochila impermeable en una capa de bolsas de basura para mantenerlo todo seco mientras buceaba.

Fueron diez minutos atravesando el canal antes de que Adara redujera la velocidad y comenzara a trolear por la isla Bastimentos. Había algunos pequeños albergues ecológicos en la costa, pero cuanto más al sur viajaban, menos desarrollo veían. Se acercaron a la desembocadura de una amplia ensenada, el agua estaba tranquila salvo por el efecto de las gotas de lluvia en la superficie. Consultó una copia impresa de EagleView varias veces para verificar la distancia al complejo venezolano y estar segura de no acercarse más de lo que había planeado.

Cuando estaban cerca del punto de entrada planeado por Caruso, Adara cortó todo el poder. La lluvia ligera se había convertido en un aguacero fuerte, Adara llevaba una gorra de béisbol que mantenía el agua fuera de sus ojos, pero por lo demás estaba empapada. Dom, por otro lado, estaba vestido y listo para bucear, por lo que la lluvia era intrascendente para él.

Él dijo: "Regresa directamente al hotel, pero prepárate para venir a recogerme en todo momento".

“Cargaré gasolina y me quedaré cerca del barco. Si llamas para que me extraigan, puedo regresar a la zona en menos de veinticinco minutos.

"Bien. Me comunicaré cada dos horas por teléfono vía satélite. Si me pierdo dos controles, trae el barco aquí e intenta localizarme con el walkie-talkie. Si eso no funciona, tendré que nadar hasta ti. Pase lo que pase, no quiero que desembarques en este barco y bajes a tierra tú mismo. ¿Lo tenemos claro?

"Bien. Pero si las cosas se ponen complicadas y quieres repensar ese plan, házmelo saber”.

Dom ató su mochila a un trozo de cuerda atada a su cintura, luego se puso la máscara y se sentó en el borde de babor del barco. Se puso las aletas, se metió la segunda etapa del regulador en la boca y sujetó la máscara para mantenerla en su lugar. Con un gesto de asentimiento hacia Adara Sherman, rodó hacia atrás, con las aletas levantadas en el aire mientras desaparecía por la borda. Una vez en el agua, le dio a Adara una señal de "ok", dejó salir un poco de aire de su chaleco y desapareció bajo la superficie.

Adara esperó unos minutos, luego encendió los motores del barco y regresó al pueblo de Bocas.

DOM LLEVÓ UN CINTURÓN con veinticinco libras de pesas de plomo para contrarrestar la flotabilidad tanto de su traje de neopreno como de su chaleco, así como de su bolsa hermética con su equipo. Con las pesas descendió fácilmente hasta una profundidad de diez metros. Allí se metió aire en el chaleco para tener la flotabilidad suficiente para deslizarse sobre el fondo arenoso y cubierto de hierba. Nadó hacia el canal central de la ensenada para que las burbujas de su regulador no fueran visibles desde la orilla. Con la lluvia, confiaba en que sería difícil detectar a un solo buzo desde la superficie, pero estaba solo y no tenía una vía de escape fácil si lo descubrían, por lo que no planeaba correr riesgos innecesarios.

Nadó hacia el este, manteniéndose justo por encima de las praderas marinas en la superficie de la ensenada salobre, usando la brújula incorporada en su reloj para orientar su ruta hacia la casa segura venezolana. La corriente lo acompañaba y se encontró moviéndose mucho más rápido de lo que esperaba. Después de sólo veinte minutos se arriesgó a un lento ascenso a la superficie. Estaba justo donde quería estar, así que volvió a bajar, dejó el centro del canal y se dirigió a la orilla.

Permaneció cerca del fondo hasta la orilla, abriéndose camino a través de pastos altos, asustando a los peces que levantaban arena y luego abriéndose camino a través de espesos manglares bajo la superficie. Cuando pensó que estaba en posición, levantó lentamente la cabeza fuera del agua y miró a su alrededor en todas direcciones. Rápidamente se dio cuenta de que había cometido un error de cálculo.

Había llegado a la orilla y se parecía mucho a la imagen de EagleView, pero había un problema. El manglar era tan espeso en esta parte de la costa que Dom sabía que no podría atravesarlo sin una motosierra.

Se tomó un momento para intentar elegir otro lugar para desembarcar. Después de un minuto, vio una pequeña cala más adelante que podría haberse hundido lo suficientemente profundo en el manglar como para permitirle a Dom abrirse camino, así que volvió a meterse la segunda etapa de su regulador en la boca y volvió a sumergirse en el agua.

Nadó hasta el centro de la ensenada, nuevamente para evitar que sus burbujas fueran obvias para cualquiera en la orilla, pero cuando llegó escuchó el sonido inconfundible del motor de un bote.

Se detuvo donde estaba, flotando a ocho metros bajo la superficie, subiendo y bajando lentamente mientras tomaba aire de su tanque que llenaba sus pulmones y lo hacía más flotante y luego los expulsaba nuevamente.

Ahora vio el casco del barco, directamente sobre su cabeza y avanzando lentamente. Lo puso a unos diez metros, era difícil discernir algo sobre el tipo de embarcación desde su vista debajo, pero mientras observaba por unos momentos tuvo la impresión de que el objetivo de los que estaban en el barco era una especie de patrulla. . No parecían estar pescando porque se movía a través del canal, y ciertamente no estaban transportando carga ni transportando personas debido a su baja velocidad.

A Dom le preocupaba que el barco estuviera de alguna manera atado a la casa de seguridad venezolana, y sabía que si sus preocupaciones eran válidas, salir del área rápidamente iba a ser aún más difícil de lo que había imaginado.

QUINCE MINUTOS DESPUÉS de que el barco de pesca desapareciera, Dom regresó a la orilla a menos de doscientos metros del borde del césped que

rodeaba la casa segura de los venezolanos. Terminó infiltrándose un poco más cerca del objetivo de lo que le hubiera gustado, pero después de ver lo densa que era la jungla por aquí decidió arriesgarse, no queriendo arriesgarse a pasar todo el día moviéndose hacia su posición.

Tan pronto como estuvo fuera del agua y entre los árboles, se quitó todo su equipo de buceo, cerró su tanque para preservar el aire restante y escondió todo bajo espesos helechos que crecían bajo el dosel de cangrejos y guariuba. De su mochila sacó una camisa marrón oscuro, pantalones de camuflaje y un par de zapatillas negras. Muy poca lluvia llegó hasta él a través de los árboles, pero esperaba que la densa capa de nubes continuara durante todo el día para mantenerlo fresco. Se metió la pistola M9 en la cintura, se puso la mochila en la espalda y comprobó su ubicación con su GPS. Añadió un punto de ruta a la computadora del dispositivo, señalando la ubicación exacta donde guardó su equipo de buceo, esperando escapar del objetivo de la misma manera que había ingresado.

Antes de comenzar a moverse hacia el lugar donde pretendía esconderse, escuchó nuevamente el ruido de un bote que pasaba por la ensenada. Se dejó caer boca abajo y se movió detrás de los helechos, luego miró entre ellos. Frente a él vio una lancha de diez metros de la policía panameña con cuatro hombres a bordo y una ametralladora calibre .50 sobresaliendo de la proa. Por su tamaño y velocidad, Dom estaba seguro de que esta era la embarcación bajo la cual había nadado antes. Ahora había regresado: el barco parecía estar en una patrulla regular y no buscando nada en particular, pero a Dom no le gustó el hecho de que estuviera navegando por esta estrecha ensenada. Podía nadar bajo la patrullera sin problemas si tenía que escapar, pero en caso de que Adara necesitara recuperarlo de la orilla por alguna razón, sabía que la policía en el bote más grande, más rápido y mucho más armado podría representar un peligro. problema grave.

Una vez que la patrullera avanzó por la ensenada, Dom giró y abandonó la orilla, abriéndose camino a través del espeso follaje. Se movió con determinación pero sin apresurarse, haciendo todo lo posible para estar atento a serpientes, arañas y otras criaturas que podrían arruinarle el día.

Esta era una típica selva tropical. Helechos y plantas con flores a lo largo del suelo, proliferando en el aire húmedo y con poca luz debajo de un triple dosel de robles, guayabas y areneros. El camino a seguir fue arduo, pero al menos el terreno era plano y sólo húmedo, en lugar de embarrado. Dom hizo buenos progresos y tuvo especial cuidado en revisar su GPS repetidamente

para evitar salir accidentalmente de la jungla y tropezar con los venezolanos.

Le llevó una hora y veinte minutos recorrer doscientos metros, pero a las nueve cuarenta y cinco de la mañana, Dom vislumbró por primera vez, a través de la selva tropical, la parte trasera de la gran casa segura venezolana de estilo colonial.

Se detuvo, se agachó sobre manos y rodillas y encontró un buen escondite al borde de la línea de árboles. Se ocultó a sí mismo y a su equipo contra el tronco de un roble rodeado de epífitas vinícolas y helechos silvestres, y deslizó su mochila marrón frente a su cuerpo para alterar su silueta. Sólo cuando se sintió seguro de estar seguro en su ubicación sacó sus binoculares y escaneó la propiedad frente a él.

La lluvia había cesado y había salido el sol, cocinando el agua en el aire y creando una humedad opresiva, especialmente aquí, en el suelo de la selva tropical. Dom tuvo problemas para enfocar su óptica a través de la neblina, pero después de un poco de trabajo vio dos grandes y viejos Ford Expedition negros estacionados en un camino de tierra y de espaldas a la casa principal. Dom sabía que no había un sistema de caminos pavimentados en esta isla, pero desde EagleView había visto algunos senderos de tierra entrecruzados que atravesaban la jungla.

Había dos hombres en el muelle que se adentraba en la ensenada. Junto a ellos, un par de lanchas rápidas blancas se balanceaban en el agua. Los hombres vestían pantalones cortos de color caqui claro y camisas de lino, pero Dom podía ver grandes rifles negros Heckler & Koch G3 colgando de sus hombros. Otro par de hombres caminaban por el terreno a lo lejos y también llevaban G3.

Dom estaba seguro de que habría más de cuatro guardias armados, pero sólo tenía una vista de tres cuartos de la parte trasera de la propiedad.

En el otro lado de la mansión colonial y apenas a la vista desde su posición entre los árboles hacia el este, vio una perrera con perros grandes dentro. Pensó que eran pastores alemanes o pastores belgas malinois; De cualquier manera, estaba seguro de que eran parte de la defensa de la propiedad.

Su escaneo inicial de las ventanas del edificio no había encontrado señales de Ethan Ross, pero por la postura defensiva del lugar, tenía una

fuerte sospecha de que los venezolanos sentían la necesidad de proteger algo dentro de la casa.

Se comunicó con Adara por teléfono satelital, aplastó algunos insectos que subían y bajaban por sus brazos, bebió un poco de agua tibia de su cantimplora y se acomodó en su piel. Esperaba estar aquí al menos veinticuatro horas, por lo que trató de ponerse lo más cómodo posible en su escondite junto al roble.

El ALMIRANTE Chabanenko de la Armada Rusa era un moderno destructor de guerra antisubmarina clase Udaloy II, por lo que el barco de 163 metros de largo llamó mucho la atención de los lugareños cuando echó anclas en el puerto de San Juan del Sur, en el Pacífico nicaragüense. El barco acababa de llegar para una escala de tres días, otra escala en una nación amiga durante su crucero de cinco meses por el hemisferio sur occidental.

Los marineros a bordo del Almirante Chabanenko apenas podían contener su entusiasmo ante la perspectiva de la llamada a la libertad. Aunque nadie esperaba mucho del soñoliento puerto tercermundista, los marineros también sabían que no podían ser exigentes, y un par de días de alcohol, mujeres, comida fresca y tierra firme, en ese orden, sonaban bien para todos. permiso para bajar a tierra. Además, su dinero llegaría más lejos aquí en Nicaragua que en Buenos Aires o incluso en Caracas. Los rumores de que las cervezas costaban sólo quince córdobas (unos veinte rublos) sonaban especialmente atractivos para los marineros rusos mal pagados, que pagarían un mínimo de cinco veces esa cantidad en un puerto de escala europeo.

Una hora antes de que el primero de la tripulación del Almirante Chabanenko desembarcara para la frivolidad en tierra, llegó una llamada de radio segura al líder de una unidad de seis hombres de los Spetsnaz navales rusos a bordo. El primer teniente había estado haciendo su bolso de fin de semana para ir a tierra con sus hombres, pero en lugar de eso corrió al centro de operaciones marinas para atender la llamada.

Como comando Spetsnaz, el primer teniente era en realidad un miembro del GRU, inteligencia militar, por lo que no se sorprendió del todo al saber que la voz al otro lado de la radio era un capitán teniente del GRU, pero cuando fue transferido a un FSB Cuando el general en Moscú recibió órdenes para una misión in extremis, quedó profundamente consternado. Y quedó doblemente asombrado por las órdenes mismas. Él y sus hombres se habían entrenado para todo tipo de operaciones, pero el primer teniente nunca ejecutó nada parecido a la misión que el general del FSB le ordenó emprender de inmediato.

Menos de tres horas después de recibir la llamada de radio, el primer teniente y sus cinco hombres se habían vestido de civil y llevaban bolsas de lona hacia el helipuerto situado en la parte trasera del Admiral Chabanenko.

Mientras otros marineros todavía a bordo observaban con curiosidad, la unidad Spetsnaz subió a bordo del helicóptero Kamov Ka-32 del destructor y despegó hacia el cielo nocturno sobre el puerto de San Juan del Sur.

Su vuelo a la base aérea militar cerca de Managua duró sólo una hora, y allí fueron informados por un oficial del FSB que acababa de llegar de Caracas. Esta sesión informativa duró otra hora, y luego se ordenó a los hombres que terminaran de planificar su misión y esperaran luz verde de Moscú.

No fue hasta las cuatro de la mañana, hora local, cuando llegó la luz verde, y tan pronto como el primer teniente supo que la misión estaba en marcha, él y su equipo abordaron un Cessna Caravan civil propiedad de una compañía fachada afiliada a la inteligencia nicaragüense. Ya habían guardado todo su equipo a bordo, lo cual no fue fácil, porque cada hombre tenía casi sesenta libras de equipo, por lo que la cabina del avión de diez asientos estaba repleta de hombres y material. Aún así, el avión se elevó hacia los cielos oscuros sobre la dormida Managua y se inclinó hacia el sur.

Mientras todo esto sucedía, un segundo contingente de ciudadanos rusos se encontraba en el agua, habiendo partido de Maracaibo, Venezuela, a última hora de la tarde. Estos hombres eran agentes de inteligencia rusos, FSB, y habían recibido una llamada telefónica tan sorprendente como la comunicación por radio de la tarde del primer teniente naval Spetsnaz.

Los agentes del FSB a las órdenes de Maracaibo debían conseguir un yate rápido e inmediatamente navegar a través de las agitadas aguas del Mar Caribe, en la mejor dirección posible hacia el noroeste. Su destino era el mismo que el de los comandos que llegaban por vía aérea desde el norte; un archipiélago en el norte de Panamá llamado Bocas del Toro.

Ni los comandos del GRU ni los oficiales de operaciones del FSB sabían que el residente del FSB en Caracas había iniciado toda la cadena de acontecimientos el día anterior. Funcionarios amigos de la Oficina General de Contrainteligencia de Venezuela le habían dicho que la policía federal comenzaría a arrestar a hombres y mujeres en toda la ciudad. Se explicó que un traidor estadounidense había entregado a la embajada de Venezuela en Washington una lista de treinta y tres nombres de agentes de la CIA en Venezuela, a cambio de una salida rápida y segura de Estados Unidos. Además, el ejecutivo del GCIO transmitió con entusiasmo que el traidor pronto tenía la intención de aprobar una segunda lista de nombres, los de

espías que trabajaban contra Venezuela en sus embajadas en el exterior.

Cuando el hombre del FSB en Caracas se puso en contacto con la embajada rusa en Moscú en busca de confirmación de esta loca historia, le dijeron que el FSB acababa de enterarse a través de una fuente de inteligencia de alto rango en el gobierno de los EE. UU. que el FBI estadounidense estaba buscando a un miembro del personal del Consejo de Seguridad Nacional. llamado Ethan Ross que acababa de huir del país, posiblemente después de asesinar a su novia y a un par de agentes del FBI que lo habían estado persiguiendo. Además, circulaban rumores de que estaba huyendo con un gran caché digital de documentos ultrasecretos.

Al principio, el hombre del FSB en Caracas se mostró escéptico; Esto sonaba como una especie de campaña de desinformación estadounidense. ¿Cómo podría un hombre salir de Washington con semejante tesoro de inteligencia? Pero el oficial del GCIO mostró la lista de espías venezolanos de Ethan Ross al residente del FSB, y el ruso supo que estaba lidiando con una verdadera filtración de inteligencia. Aunque los nombres reales de los agentes no figuraban en la lista (se les daban nombres en clave), los archivos describían los puestos ocupados, los títulos de los puestos de trabajo, las relaciones con personalidades conocidas y otros aspectos reconocibles, por lo que las verdaderas identidades del agente eran fáciles de discernir. Los rusos inmediatamente reconocieron algunas de las posiciones como espías legítimas para Estados Unidos que el FSB ya había identificado pero dejó en su lugar.

El rezident estaba hablando por teléfono con Moscú momentos después de recibir esta confirmación, y el liderazgo del FSB le ordenó presionar a los venezolanos para que entregaran toda la información de inteligencia tan pronto como el estadounidense estuviera en Caracas. El propio residente sugirió al GCIO que le inyectaran al estadounidense SP-117, un medicamento de “suero de la verdad” desarrollado en Rusia que, en teoría, de todos modos garantizaría que revelara la contraseña de sus datos, pero los venezolanos reprendieron a los rusos, alegando El estadounidense permanecería en una casa segura en Panamá hasta que se completaran los arrestos y llegara el momento adecuado para traerlo al país.

El FSB sabía que cualquier traidor estadounidense con información sobre su persona de la naturaleza que supuestamente tenía este hombre era un activo que se depreciaba rápidamente. Los estadounidenses vendrían tras él con fuerza y rapidez, lo encontrarían en días, si no horas, y harían lo que

fuera necesario para cerrar el compromiso. El residente del FSB en Caracas consultó urgentemente a través de comunicaciones seguras con Lubyanka, la sede del FSB en Moscú, y se tomó la decisión de obtener los archivos mediante medidas activas. Ejecutar la operación en Panamá sería diplomáticamente preferible a hacerlo en Venezuela, y engañar a los venezolanos haciéndoles creer que los comandos rusos enviados a la misión eran, de hecho, estadounidenses, sería aún mejor.

El presidente del FSB pensó que era una especie de milagro que esta decisión se hubiera tomado en sólo veinticuatro horas, pero cuando llegó la luz verde para los comandos Spetsnaz en Managua, una cosa estaba clara: los rusos venían por Ethan. Ross, querían al hombre y sus archivos, y planeaban no dejar rastros de su acto en Moscú.

HABÍA SIDO un día largo y triste para Dominic Caruso. Había evitado una cruel quemadura solar permaneciendo bajo el borde del dosel de la selva tropical escondido dentro de un gran helecho, pero sentía que había estado muy cerca del agotamiento por calor durante la tarde. Lo habían picado hormigas y mosquitos, lo habían arrastrado arañas y lo habían observado un perezoso y un mono aullador.

Y poco antes del anochecer de esa noche, había tenido una experiencia que sabía que algún día provocaría risas en el resto de su equipo de agentes en El Campus.

De hecho, un tucán se había cagado en la espalda desde su posición en el roble encima de él. En ese momento, una patrulla de guardia de dos hombres había estado cerca en el césped, por lo que Dominic simplemente se quedó allí tumbado y recibió la salpicadura. Cuando finalmente tuvo la oportunidad de intentar limpiarlo, vio que estaba cubierto de rojo, como si el pájaro hubiera estado comiendo una dieta constante de bayas silvestres.

Dom también se habría reído si hubiera estado de humor. Pero no lo era porque a pesar de todo el esfuerzo y la miseria de hoy todavía no había visto ningún indicio de Ethan Ross.

Justo antes del anochecer vio a un hombre que no parecía pertenecer a la mansión. Un individuo pequeño, de tez oscura, que vestía pantalones vaqueros azules y soportaba un calor de treinta grados, permaneció en la terraza durante varios minutos hablando por un teléfono móvil. A través de los binoculares, Dom distinguió el pelo corto y un rostro de aspecto muy

joven, y escondido entre la maleza a cincuenta metros de distancia, calculó que el hombre no tendría más de veinticinco años.

Dom sacó una cámara y tomó algunas fotos de largo alcance, pero la distancia y la luz tenue las hicieron casi inútiles. Después de una larga llamada telefónica, el hombrecito regresó al fresco de la casa y cerró la puerta detrás de él.

Dominic decidió cambiar su posición después de seis horas sin ver a nadie más que la obvia fuerza de guardia. Dejó la mayor parte de su equipo en su escondite, después de señalarlo con un punto de ruta GPS, y comenzó a moverse lateralmente hacia el oeste hacia la parte trasera de la propiedad.

Encontró un nuevo escondite temporal con vista a la piscina y al balcón envolvente en la parte trasera de la casa. Cuando estuvo seguro de que estaba bien escondido entre los profundos arbustos tropicales bajo el dosel de la selva tropical, sacó sus binoculares y escudriñó las ventanas. A diferencia de la parte de atrás, aquí varias de las cortinas estaban abiertas y podía ver a un hombre moviéndose, de un lado a otro, en el segundo piso.

Probablemente otro guardia, determinó Dom, pero de todos modos le gustaba esta posición y decidió esperar hasta que oscureciera, cuando habría una mejor vista dentro de las habitaciones y pasillos iluminados de la propiedad.

Poco antes de las diez y media de la noche, se levantó una brisa y Dom olió la lluvia que se acercaba en el aire. Decidió volver a su escondite original, tenía mejor cobertura y tenía un poncho ligero guardado en su mochila que podía usar en caso de un aguacero fuerte, pero justo cuando dejaba sus binoculares vio movimiento. en la terraza. Rápidamente se llevó el vaso a los ojos y vio a un hombre de cabello rubio con una copa de vino en la mano, de pie contra la barandilla y mirando hacia la piscina. Apretaba bajo el brazo lo que parecía un ordenador portátil cerrado.

Dom examinó al hombre de arriba abajo. Realmente no podía distinguir su rostro porque estaba parado fuera de la luz. "¿Eres tú, Ross?" susurró para sí mismo. Era imposible estar seguro a ochenta metros de distancia, incluso con los binoculares.

Agarró su cámara y tomó algunas tomas no concluyentes, luego tomó más fotografías cuando una mujer con cabello negro largo y rizado atravesó

las puertas francesas detrás del hombre rubio. Llevaba una copa en una mano y una botella de vino en la otra. Incluso a distancia, Dom pudo detectar una amplia sonrisa en su rostro. Abrazó al hombre de cabello rubio, torpemente, porque tenía las manos ocupadas, y el hombre seguía mirando hacia la parte trasera de la propiedad como si ella no estuviera allí.

Dom deseó que el hombre de cabello rubio retrocediera hacia la luz y mirara en su dirección. Finalmente, un hombre corpulento con un traje color crema y bigote marrón salió a la terraza, y con sus gesticulaciones, Dom pudo ver que el hombre estaba llamando a los demás para que volvieran a entrar. Enfocó los binoculares en el rubio, quien finalmente se volvió hacia las puertas francesas y las atravesó mientras hablaba con el hombretón del traje color crema. Mientras hacía esto, caminó hacia la luz y miró hacia la selva tropical en el lado este de la propiedad. Allí, a ochenta metros de distancia e invisible en la oscuridad más allá del césped, Dominic Caruso yacía bajo un helecho con binoculares en los ojos.

Era Ross.

En voz baja, Dom dijo: "Me alegro de verte de nuevo, imbécil. ¿Crees que estás a salvo aquí? Puede que estés a salvo de Albright, incluso puede que estés a salvo de mí. Pero no estás a salvo de Shayetet Trece".

Ethan Ross desapareció detrás de las puertas y la luz de la terraza se apagó.

DOMINIC REGRESÓ a su escondite principal justo antes de la medianoche. Planeaba llamar a David para hacerle saber que había identificado positivamente a Ross, pero las nubes de lluvia habían oscurecido por completo la luna y se habían llevado toda la luz natural que Ethan planeaba usar para atravesar la jungla. En cambio, descubrió que la única manera de moverse era manteniéndose peligrosamente cerca del césped de la casa segura. Aunque las luces de la casa principal no llegaban hasta la selva tropical en el borde, algo de luz ambiental llegó hasta aquí, por lo que Dom usó el tenue resplandor para encontrar el camino de regreso hacia el agua y su piel.

Ya de nuevo en su lugar y seguro, sacó su teléfono satelital, listo para llamar a las fuerzas especiales israelíes. Pero antes de que pudiera hacer la llamada, el teléfono vibró en su mano y la pantalla con poca luz cobró vida con una palabra: ALBRIGHT.

Esto fue interesante. ¿Albright llamándolo? Dom respondió con una voz apenas superior a un susurro. "En realidad, Darren, este es un mal momento".

La línea siseó y crujió. Dom asumió que las nubes de lluvia estaban interfiriendo con su señal. El tono de Albright fue agudo a pesar de la distorsión. “Eso es interesante. Hace un par de días me estabas molestando muchísimo y ahora, de repente, has encontrado algo mejor que hacer. Bueno, no te entretendré, sólo pensé en avisarte antes de que lo veas en las noticias”.

"¿Déjame saber qué?"

“Ethan Ross ha robado algo así como seiscientos ochenta mil archivos de Intelink-TS. Documentos confidenciales de inteligencia compartimentados relacionados con activos de la CIA en todo el mundo”.

“¿De qué diablos estás hablando?”

Anteayer perpetró un robo de información de ciento veinte gigas. Usó las credenciales de Eve Pang e inició sesión en una red privada virtual, usó una especie de rastreador que sabía exactamente dónde ir y qué buscar. Los

forenses todavía están tratando de reconstruir la brecha para que podamos descubrir exactamente qué tiene, pero para mí se ha caracterizado como, y cito a los técnicos aquí, “prácticamente todo”.

“Oh, Dios”.

“Los dos chicos del SSG desaparecidos aparecieron flotando en el Potomac plagados de agujeros de bala. Y un cuerpo que fue baleado e incendiado en una habitación de hotel de Richmond el otro día ha sido identificado como otro informático del gobierno. Un ex empleado de la NSA llamado Phillip McKell. Este asesinato parece estar relacionado de alguna manera”.

Dom simplemente apoyó la cabeza en el suelo mojado. "Esto sigue creciendo, ¿no?"

“Tienes toda la razón, así es. Y eso no es lo peor”, continuó Albright. "Ahora parece que Ross se ha escapado a Venezuela".

Dom levantó la cabeza y se aclaró la garganta suavemente. “¿Por qué dices eso?”

“Nuestro enlace de la CIA ha venido a nosotros en el FBI para informarnos que los activos de la Agencia en Caracas están siendo arrebatados de las calles. Estamos hablando de unas dos docenas, sólo en las últimas cuarenta y ocho horas.

Eso es todo, pensó Dom para sí mismo. Venganza a los venezolanos para sacarlo del país. Antes de que pudiera decir algo, Albright continuó.

“Revisamos algunas cámaras estáticas que hemos instalado para monitorear la embajada de Venezuela en Thomas Jefferson aquí en D.C., y vemos a Ross entrando por la puerta principal anteayer, justo en el momento en que los oficiales de vigilancia desaparecieron. Suponemos que le dio información a Venezuela sobre el problema para que lo ayudaran a sacarlo de la ciudad. En el proceso, Ross o los venezolanos mataron a Phillip McKell, Eve Pang y dos agentes de vigilancia del FBI. Tenemos que asumir que ahora mismo está en Caracas”.

El cerebro de Dominic ejecutó multitud de cálculos en los siguientes segundos. Tabuló todos los pros y los contras y decidió contarle a Albright

casi todo lo que sabía. "Tengo información que puedes usar".

"Esperaba que lo hicieras".

Dom dijo: “Ross está en Panamá. Provincia de Bocas del Toro. Una isla llamada Bastimentos”.

Si Albright esperaba que Caruso tuviera algo para él, ciertamente no esperaba esto. "¿Disculpe?"

“Está bajo la protección de agentes de inteligencia venezolanos. Está recluido en una casa segura a una media hora en barco desde el aeropuerto.

Después de varios segundos sin nada más que los chasquidos y crujidos de la conexión del teléfono satelital, Albright respondió: “Si no me dices cómo sabes esto, voy a dar el pequeño y muy razonable salto que estás dando, en De hecho, trabajar con Ethan Ross”.

"Sabes que eso es una tontería".

“Probablemente sea así. Pero voy a joderte de todos modos. Estás impidiendo mi investigación”.

“Has estado reteniendo información sobre mi sospechoso. Estás impidiendo mi investigación”.

“Maldita sea, Albright, acabo de decirte dónde se esconde tu sospechoso. Eso es exactamente lo contrario de impedir su investigación”. Dom respiró para calmarse. Hizo todo lo posible por mirarlo a través de los ojos de Albright. "Lo sé porque los israelíes me lo dijeron".

“¿Qué israelíes?”

"Los tipos que quieren a Ross por su papel en la muerte de Arik Yacoby".

“¿Hay alguna posibilidad de que pueda sentarme con estos israelíes y tener una pequeña charla amistosa?”

"Dudo. De todos modos, ahora mismo me tienen en la punta de lanza. Sé más que ellos”.

"¿Cómo es eso?"

"Tengo los ojos puestos en la casa segura mientras hablamos".

El tono de Albright se volvió aún más oscuro y acusatorio. “¿Estás en Panamá?”

"Sí."

"Estás jodidamente metido en problemas, ¿no, Caruso?"

"Oye, hombre, no hay ninguna ley que prohíba que un ciudadano privado viaje a la soleada América Central". Mientras lo decía, la lluvia empezó a caer de nuevo.

“No me mientas. Estás ahí abajo con tus amigos fantasmas con un plan para matar a Ross.

“Te lo sigo diciendo. No hay amigos espantosos. Estoy aquí abajo con una rubia ardiente que podría patearnos el trasero a ambos, pero no da miedo. Dom esbozó una media sonrisa, secándose el agua de los ojos mientras lo hacía. "Ella es sólo una azafata".

Obviamente, Albright no sabía qué hacer con este comentario, pero, por un momento, no pensó que fuera cierto. Estaba obsesionado con el hecho de que Caruso pudiera estar en una misión asesina. “Escúchame con mucha, mucha atención. Lo que sea que tú y tus amigos hayan planeado para Ross. . . esto es un punto de inflexión.

“Es muy probable que Ethan Ross tenga un problema con él en este mismo momento. Si lo matas, podríamos perder el acceso a él. Está en alguna parte, en el viento, y tenemos que recuperarlo”.

Dom dijo: “Tiene una computadora portátil con él. Lo vi”.

“Entonces podría ser eso. Si no es así, podría guardarse en un disco duro portátil”.

"¿Cómo sabes que aún no se lo ha entregado a alguien?"

“No lo sabemos. Pero este incidente de último momento no fue diseñado para pasar desapercibido. Tiene todas las características de alguien que intenta conseguir una posición negociadora. Para robar datos porque sabía que estábamos tras él para tener algo con qué intercambiar. Creemos que lo

llevará consigo en todo momento. Conoce las computadoras y tiene la experiencia para cifrar los archivos hasta el punto de que no tengan valor para nadie sin su contraseña".

Dom quería matar al hijo de puta en esa casa iluminada al otro lado del césped oscuro, o al menos ayudar a los israelíes a hacerlo, pero ahora sabía que matar a Ross sin recuperar el rasguño pondría en peligro las vidas de los activos estadounidenses en todo el mundo. mundo.

Mierda. Las cosas simplemente se complicaron.

Entendía las ramificaciones de ese tipo de producto de inteligencia perdido en el viento. Jugaría según las reglas de Albright.

"Bueno. Me mantendré firme donde estoy y los ayudaré a recuperarlo. Te enviaré un mensaje de texto con las coordenadas tan pronto como dejemos de hablar por teléfono. ¿Cuánto falta para que estés aquí abajo?

"Reuniré un equipo de vuelo de HRT y pondré en marcha el papeleo. Son más de cuatro horas en el aire directo con ala fija a la ciudad de Panamá. Tendremos que reunirnos con helicópteros que puedan llevarnos a su ubicación real. Puede que sea ya después del amanecer cuando lleguemos allí.

"Estaré atento hasta entonces", dijo Dom.

"No solo no lo harás. Le conseguiremos algo de apoyo. Somos amigos de la Fuerza Pública panameña, puedo hacer una llamada y..."

"Mira, es tu programa, pero yo no haría eso".

"¿Y por qué no?"

"He visto lanchas patrulleras de la policía panameña navegando arriba y abajo por el canal junto a esta casa segura durante todo el día. Creo que es posible que los venezolanos paguen a los policías locales para que estén atentos".

Albright entendió el dilema. "Mierda. E incluso si hablamos con la policía federal, no hay forma de estar seguros de que no dejarán que se les escape algo equivocado a la policía local, y Ross podría desaparecer de nuevo.

"Bingo", dijo Dom. “Tal vez ustedes deberían venir aquí y asaltar este lugar. No he visto más de media docena de guardias afuera. Supongo que al menos hay ese número dentro, pero si llegas con suficiente conmoción y asombro mañana a primera hora, cuando todos estén cansados, podrás terminar con Ethan Ross y su lío.

Albright dijo: "Me haría sentir mejor si siguieras adelante y admitieras que tenías otros amigos fantasmas contigo".

"No hay otros chicos, Albright".

El hombre del FBI suspiró. “Le enviaré agentes especiales de la oficina del FBI en la ciudad de Panamá. Son sólo un par de tipos los que investigan el fraude bancario, pero quiero que la Oficina controle sus operaciones.

Dom dijo: “No tengo idea de qué tipo de tiempo tenemos. Los venezolanos podrían trasladarlo en cualquier momento”.

"Es importante que usted y sus muchachos lo vigilen y no intenten capturarlo ustedes mismos".

Dom suspiró. Estaba cansado de repetirse que no estaba aquí con la CIA. Él dijo: "Está bien, le pasaré la orden al resto de mi brigada para que se mantengan firmes".

"Culo inteligente", murmuró Albright antes de colgar.

El teléfono de DOM sonó momentos después, miró hacia abajo y reconoció el número de David. El oficial del Mossad con base en D.C. pediría una actualización, esperando que su cómplice estadounidense hubiera identificado positivamente el objetivo para poder enviar un equipo de tiradores en una misión de venganza. Los intereses del Mossad eran claros y no habían cambiado: querían la cabeza de Ethan Ross en una pica, pero la misión de Dominic había cambiado con la llamada de Albright. Ni siquiera veía cómo podía contarle a David, un agente de una nación extranjera, sobre el problema de inteligencia. Israel era un aliado de Estados Unidos, tal vez la CIA se lo notificaría en algún momento, pero Caruso sabía con certeza que no era su decisión.

No contestó su teléfono. David estaría enojado, pero en este momento no había nada que Dom pudiera hacer al respecto.

Cambió de posición en su piel y movió un poco el helecho en el proceso. Levantó la mano para detener el movimiento de los tallos y las hojas y, al hacerlo, escuchó un ruido cerca.

Dom se congeló, pero después de veinte segundos de contener la respiración vio la fuente del ruido en la oscuridad. Un par de monos aulladores se movían por el césped frente a él, a menos de doce metros de distancia. O no lo vieron o no les importó que un ser humano yaciera entre la maleza al borde de los árboles.

Una vez que relajó sus nervios con unos sorbos de agua de su cantimplora, se dio cuenta de que era hora de hablar con Sherman. Aunque era medianoche, contestó al primer timbrazo; Dom quedó continuamente impresionado con sus habilidades como agente de apoyo.

Le habló de haber visto a Ross y de haber recibido la llamada de Albright que significaba que esta isla tropical pronto estaría plagada de agentes federales estadounidenses exaltados y cabreados.

Adara dijo: "¿Quieres que empiece a ir en esa dirección?"

"No. Voy a vigilar el complejo toda la noche".

"Ya es medianoche. Todavía hay algunos barcos moviéndose entre las islas. Si no te entiendo ahora, corres el riesgo de quedarte atrapado allí. Si me llamas para una extracción a las tres de la mañana o en cualquier otro momento en mitad de la noche, estaré en el único barco en el agua. Los venezolanos me oirán llegar a kilómetros de distancia o la policía panameña me detendrá. Un turista rubio que navega solo en medio de la noche atraerá una atención que ninguno de los dos quiere".

"Entiendo. HRT estará aquí por la mañana y necesito darles información en tiempo real sobre el área. Estaré solo hasta que lleguen los federales. Entonces haré que vengas a recogerme".

"Entendido", dijo Adara, y Dom colgó. Yacía allí, rodeado por la flora y la fauna de América Central, esperando con todas sus fuerzas que nada más grande que un mosquito se lo comiera esta noche mientras vigilaba al traidor estadounidense arropado y cómodo en la casa grande al otro lado del césped.

A las seis de la mañana todavía estaba oscuro, aunque las nubes de lluvia se habían alejado y la tenue luz de la luna se filtraba hasta la isla Bastimentos. Dom se frotó los ojos y lentamente se dio cuenta de que se había quedado dormido durante unos minutos, aunque no había sido suficiente para brindarle ningún consuelo real. Su posición resultó ser justo en el hábitat de un grupo de pequeñas ranas coloridas, y durante toda la noche las criaturas que saltaban en los helechos junto a su cara o en el suelo frente a su mochila lo sobresaltaron y aseguraron que permaneciera despierto durante todo el día. la mayoría de las veces.

Levantó sus binos del suelo junto a él, limpió la condensación de los cuatro lentes con un trapo y luego se los acercó a los ojos para escanear el área. Vio un par de guardias al otro lado de la propiedad; Los rayos de sus linternas los hacían evidentes incluso a distancia. No había ningún movimiento dentro del edificio aparte de un par de guardias patrullando que podía ver a través de las ventanas justo dentro de la puerta principal al nivel del suelo.

Un avión pasó muy por encima y Dom se dio cuenta de que había sido el leve zumbido del motor lo que lo había despertado. Dom no podía ver el avión con el grueso dosel directamente encima, pero podía escuchar el zumbido de un turbohélice monomotor y supuso que probablemente estaba a unos cinco mil pies sobre el suelo.

Siguió escaneando la casa; sus ojos estaban increíblemente cansados, pero hizo lo mejor que pudo para concentrarse.

Mientras escaneaba, lo sorprendió el repentino crujido de la rama de un árbol a su izquierda. No estaba cerca de su posición, pero era lo suficientemente fuerte como para destacar entre los demás sonidos de la noche. Las ranas chirriantes se callaron con el ruido. Un momento después, siguió una segunda rama de árbol que se rompía, y luego una rápida sucesión de crujidos de hojas y más crujidos de ramas rotas llegó desde otra parte de la jungla, también a su izquierda.

Dom sacó la pistola M9 de su cadera y luego se metió más debajo del helecho, sin estar seguro de lo que estaba sucediendo a treinta o cuarenta metros de su hombro izquierdo.

Antes de que pudiera reflexionar sobre la pregunta, apareció una figura en el césped frente a él, y encima de la figura, la silueta de un paracaídas deformándose. El dosel oscuro cubrió al hombre, y Dom vio como otra figura caía del cielo a menos de veinte metros del primer hombre, justo afuera de las luces de la casa.

Dom casi se puso de pie sorprendido.

Ahora otro choque entre los árboles, esta vez a su derecha. Por el ruido, Dom concluyó que otro saltador había aterrizado antes de su zona de aterrizaje prevista y ahora estaba colgando de uno de los robles o árboles amarillos aquí en la selva tropical.

Los perros empezaron a ladrar en la perrera del otro lado de la casa, y luego dos figuras más aterrizaron en el césped oscuro, recogieron sus paracaídas en sus brazos y luego siguieron a los demás de regreso a los árboles.

Eso hacía un total de seis hombres que Dom había visto u oído caer del cielo, todo en el espacio de no más de diez segundos. Todos habían regresado al borde de la selva tropical y ahora probablemente estaban guardando sus paracaídas y preparando su equipo en algún lugar muy cerca de su posición.

Mierda, pensó Dom. ¿Podría ser el equipo de rescate de rehenes del FBI? Albright no había dicho nada sobre una misión aérea en el complejo, pero Dom no podía descartarlo. Le encantaría consultar con Darren ahora mismo, pero no estaba dispuesto a hacer una llamada telefónica con un grupo de desconocidos a su alrededor. Incluso si fueran el FBI y supieran que él estaba aquí y supervisando la propiedad, Dom sabía que anunciar su presencia en medio de un montón de dedos en el gatillo que le picaban no terminaría bien para él.

De ninguna manera. Dom decidió que se tumbaría aquí y miraría.

Seguramente, se dijo, tenía que ser el FBI. ¿Quién más podría ser? ¿El Mossad? No. David había llamado a Dom media docena de veces en las últimas horas y Dom no había vuelto a llamar todavía. No creía que fuera probable que el Mossad lanzara su propia misión contra este lugar sin ningún reconocimiento por parte del hombre que sabían que tenían en el terreno.

Un par de rayos de linterna que emanaban del camino de entrada iluminaron el césped. Este sería el equipo de guardia de dos hombres que Dom había visto patrullando el perímetro toda la noche. Por el balanceo casual de las vigas, los venezolanos no parecían estar demasiado preocupados de que los perros alertaran de algo en la jungla, pero de todos modos venían hacia allí. Dom asumió que los hombres habían escuchado ruidos, pero considerando la prevalencia de monos, perezosos, tucanes y otros animales salvajes lo suficientemente grandes como para hacer crujir los árboles, los guardias se sentirían complacientes, sin importar el nivel de amenaza oficial que sus líderes hubieran impuesto para la seguridad. casa.

Dom vislumbró a los hombres que se acercaban al principio debido a los rayos de las linternas en su rostro, pero cuando pasaron por su posición, acercándose al agua, los rayos se alejaron y Dom pudo distinguir claramente a los hombres detrás de las luces. Los dos venezolanos se habían quitado los rifles G3 del hombro y los sostenían con una mano y las luces en la otra. Una vez más, a Dominic estos tipos no parecían estar listos para una pelea.

Pero esos seis hombres en los árboles estarían listos, Dom no tenía ninguna duda. Y tan pronto como los dos guardias pasaron, Dom vio un segundo par de figuras oscuras moviéndose detrás de ellos. No pudo distinguir armas en sus manos, pero se acercaron rápida y silenciosamente a los guardias armados y, al unísono, los tomaron por el cuello por detrás, los hicieron girar, los desarmaron y los silenciaron con una serie de golpes cegadores y rápidos. el torso y la cara.

Los dos guardias se desplomaron en un solo montón en el césped oscuro, y Dom supo por el daño infligido a partes vitales de sus cuerpos que estaban muertos. Luego, los misteriosos asesinos drogan a los hombres y sus armas en los árboles a la derecha de la piel de Dom.

Dom había visto toda la pelea desde veinte metros de distancia, y aunque no se había dicho una palabra, aunque Dom no podía ver los rostros de los hombres que acababan de lanzarse en paracaídas sobre la isla, y aunque los hombres no llevaban ninguna insignia o uniformes reconocibles, Dom sabía quiénes eran, porque conocía el estilo de lucha. Los dos hombres habían empleado un ataque fluido, eficiente y letal contra los guardias que no era diferente al Krav Maga, pero era lo suficientemente distinto como para que Dom lo reconociera. Era Systema, un estilo desarrollado en Rusia y utilizado por las unidades de misiones especiales rusas.

Maldición. Las cosas por aquí se volvieron aún más complicadas, porque los Spetsnaz habían caído del cielo.

Un minuto después, Dom vio las seis siluetas moviéndose por el césped hacia el oeste, más cerca de los camiones y la piscina. Distinguió la forma distintiva del arma de defensa personal MP7 de Heckler & Koch en la mano de cada hombre y, por supuesto, se movían como una fuerza paramilitar, cubriéndose y avanzando en parejas. Pero todavía no se dirigían directamente a la mansión colonial. Le pareció que no atacarían la casa inmediatamente; en cambio, desaparecieron por el camino de entrada. Dom pensó que iban a hacer un pequeño reconocimiento ellos mismos para tener una idea de la situación en el interior, buscando refugio cerca de la casa de la piscina y observando el edificio desde allí.

Intentó llamar a Albright, pero no obtuvo respuesta. Dom asumió que estaba en el avión dirigiéndose hacia abajo y que no podía recibir señal en ese momento. E incluso si los agentes del FBI de la ciudad de Panamá ya estuvieran aquí en el área, eso no le serviría de mucho ya que eran expertos en delitos financieros y no entrenados paramilitares como HRT, y probablemente estarían en Bocas Town, donde incluso si Si pudieran conseguir un barco, todavía les llevaría media hora llegar hasta aquí.

Lo que fuera que estuviera a punto de suceder terminaría en mucho menos de media hora. Dom reconoció que estaba solo.

Bueno, pensó, no exactamente.

Llamó a Adara.

Ella respondió rápidamente. “Solo ha pasado una hora desde el último registro. ¿Pasa algo malo?

“Está más que mal. Aquí todo está a punto de convertirse en una zona de batalla”.

“Me estoy moviendo hacia el barco. Sigue hablando”.

Dom dijo: “No vayas hacia aquí todavía. Prepárate junto al barco si te necesito.

"Pero-"

“Sin peros. Quédate ahí hasta que te llame.

"¿Qué está sucediendo?"

Dom le habló de las tropas rusas Spetsnaz y del asesinato de los guardias. Explicó que pensaba que probablemente se mudarían a la casa pronto, y cuando lo hicieran, se llevarían a Ethan Ross y su equipo de inteligencia con cientos de miles de documentos que detallaban los miles de agentes pagados por la inteligencia estadounidense en todo el mundo.

"Sí", estuvo de acuerdo Adara. “A los rusos les encantaría tener eso en sus manos, y matar a unos cuantos venezolanos para llevar a cabo un golpe de inteligencia de esa magnitud no sería gran cosa para ellos”.

Dos veces más Dom tuvo que decirle a Adara que se mantuviera firme en el hotel del muelle. Ella estaba ansiosa por apoyarlo, pero Dom ni siquiera sabía lo que iba a hacer todavía. Lo último que quería era tener que velar por ella.

Dom se esforzó a través de sus binoculares por ver alguna figura oscura cerca de la casa de la piscina al costado de la casa, pero no vio nada más que oscuridad. Supuso que la próxima vez que se daría cuenta de la presencia de los rusos sería cuando viera los destellos de los MP7 en las ventanas de la mansión colonial.

Consideraba casi un hecho consumado que aquella media docena de comandos rusos se apoderaran de Ross. Ya tendrían alguna vía de escape preparada; Dom supuso que había un barco para sacarlos de la isla o tal vez incluso un helicóptero que llegaba a la propiedad. Todos ya habrían desaparecido de la escena antes de que Albright y su equipo HRT llegaran al lugar.

Golpeó el suelo con el puño, su cuerpo desesperado por expulsar parte de la frustración que se acumulaba mientras yacía allí pensando en perder al hombre responsable de las muertes de los Yacoby ante una nación que lo utilizaría a él y a su inteligencia para arruinar a la CIA.

"No", dijo en voz baja. No podía permitir que esto sucediera.

Dom decidió que sólo sabía una cosa con seguridad: Ethan Ross en manos de los venezolanos no era bueno, pero era mucho menos malo que Ethan

Ross en manos de los rusos. No hay duda de que los espías de Moscú podrían causar más daño a Estados Unidos.

Dom sabía que no podía detener a los rusos, pero podía avisar a los venezolanos. Tendría que revelarse y luego sufrir las consecuencias, lo que probablemente significaría recibir fuego de los rusos y los venezolanos, pero decidió que preferiría tener a Ross y su lío en manos de los venezolanos que en manos de los rusos.

Llamó a Adara y, tan pronto como se conectó la llamada, le dijo: "¿Recuerdas cuando te dije que te mantendría a salvo?".

"¿Es esta la parte en la que me dices que estabas mintiendo?"

"Por supuesto que no. Esta es la parte en la que te digo que me equivoqué".

"Te perdonaré si me perdonas por ignorar tus instrucciones. Estoy en el agua y ya estoy en camino hacia ti".

"Bien. Quédate en el barco. Iré a ti ". Pensó por un momento. ¿Y si realmente pudiera ponerle las manos encima a Ross? Sonaba inverosímil, pero esperaba una increíble cantidad de caos en esa casa en los próximos minutos, y la perspectiva de aprovechar la confusión y de alguna manera tomar el control de Ross y su problema parecía que valía la pena el riesgo. Dijo: "Si tengo mucha suerte, tendré un invitado conmigo".

"¿Ross? ¿De verdad vas tras Ross?

"Puedo soñar, ¿no?" Dom colgó, luego se puso de rodillas y comenzó a trabajar en un plan, mientras todavía estaba completamente desconcertado por el hecho de que estaba a punto de ir a la batalla parcialmente del lado de un traidor estadounidense y de la agencia de inteligencia enemiga que lo sacó de allí. Estados Unidos.

"Loco", dijo en voz baja, y luego echó a correr a través del césped oscuro.

MIENTRAS DOM SE MOVÍA BAJO y rápido a través de la propiedad, los ladridos de los perros en el otro lado de la casa parecieron hacerse más fuertes, a pesar de que no había manera de que pudieran verlo en sus perreras. Dos hombres parados en la terraza que rodeaba el segundo piso iluminaron con linternas todo el césped frente a la ensenada y el muelle, pero Dom se movió lateralmente para evitarlos y corrió hacia el costado de la casa cerca del camino de entrada. Más hombres alumbraron con sus luces la parte trasera de la propiedad; Dom podía ver las vigas atravesando el área de la piscina y los vehículos, y mientras corría se preguntó si los paramilitares rusos escondidos en algún lugar detrás podrían verse iluminados y disparar a los guardias en la terraza antes de atacar el edificio.

Dom llegó al costado de la gran casa colonial, presionó su cuerpo contra la fría pared y luego comenzó a moverse a lo largo de la pared a través de espesos setos en flor. Llegó a una ventana oscurecida, echó un vistazo al interior y no vio nada más que oscuridad a primera vista.

Se paró al lado de la ventana, esperó un momento y luego volvió a mirar.

Le tomó unos segundos a sus ojos captar cualquier característica del interior, pero pronto se dio cuenta de que la habitación era una especie de área de almacenamiento. Las mesas de banquete estaban apiladas contra la pared del fondo, equipos deportivos, pequeñas porterías de fútbol, un juego de croquet y varias pelotas en bolsas de red colgaban de ganchos en la pared.

La puerta de la habitación estaba cerrada. Probó la ventana pero la encontró bien cerrada. Pensó en romper uno de los cristales cerca de la cerradura, pero justo cuando se disponía a usar la culata de la Beretta para hacerlo, se detuvo, tomó su linterna y la enfocó rápidamente hacia la pequeña habitación, con los ojos fijos en el techo cerca. la ventana.

Sí, como esperaba, un sensor de rotura de cristales sobresalía a unos centímetros del techo. Si rompía el cristal de la ventana, las sirenas sonarían por toda la propiedad.

Mientras se giraba para buscar otro punto de entrada, un repentino crujido de disparos resonó en los árboles de la selva tropical y por todo el césped. Había venido de la parte trasera de la propiedad, cerca de la piscina,

y Dom sabía que esto significaba que los venezolanos y los rusos estaban enfrascados en un tiroteo.

Las alarmas empezaron a sonar por toda la casa. Dom aprovechó esto volviéndose hacia el cristal de la ventana y rompiéndolo con la empuñadura de su pistola. En segundos abrió la cerradura y levantó la ventana lo suficiente para poder entrar.

ETHAN ROSS SE DESPERTÓ de un sueño ayudado por el alcohol y se puso de pie de un salto con los fuertes crujidos. Pensó que podrían haber sido disparos, pero nunca había estado presente en un tiroteo real y esperaba que sonara como en la televisión. Sacó la cabeza por la puerta de su dormitorio, en guardia pero más curioso que asustado, pero casi instantáneamente entró en pánico cuando las sirenas comenzaron a sonar. Un guardia estaba cerca de su puerta, pero el hombre se había dado la vuelta para mirar por encima del entrepiso la sala principal de la mansión.

"¿Qué está sucediendo?" Ethan gritó, pero el hombre no respondió. Sabía lo suficiente en español como para preguntar: “¿Qué pasa?”

“No sé”, gritó el hombre. Tenía su gran arma negra apoyada en su hombro y la agitó hacia el primer piso de abajo.

En ese momento apareció Mohammed corriendo por la esquina en calcetines. Se dirigió directamente hacia Ross, pasando junto a Gianna Bertoli con total indiferencia mientras ella salía de su habitación con una bata sobre los hombros.

Ethan notó que Mohammed tenía un teléfono móvil en una mano y su computadora en la otra. Se había dejado los zapatos, pero no su computadora ni su teléfono.

Mohammed gritó: “¡Los estadounidenses están aquí! ¡Tenemos que irnos!

Ethan se dio vuelta y corrió de regreso a su habitación. Intentó cerrar la puerta, pero Mohammed le pisó los talones y entró detrás de él. ¿Tienes el disco?

Ethan miró hacia su computadora portátil y Mohammed captó la mirada. "¿Está en la computadora?"

Ethan no respondió. El disco todavía estaba sujeto con piel de topo a su cadera, pero agarró el portátil de la mesa, lo metió en su mochila y se lo colgó a la espalda.

Cuando regresaron corriendo al entresuelo, Ethan vio que el jefe de inteligencia venezolano, Leo, había llegado con dos de sus hombres más, haciendo un total de cuatro venezolanos armados. Leo vestía sudadera y pantalones de algodón, pero llevaba una metralleta en una mano y un walkie-talkie en la otra. “¡Rápido, ven conmigo! Tengo un hombre en una camioneta esperándonos junto a las perreras. Los americanos esperarán que intentemos con las Expediciones al otro lado de la casa. Debemos darnos prisa”.

Mohammed preguntó: "¿Cuántos atacantes?"

"¡No sé!" Gritó Leo, pero abrió el camino con su arma frente a él.

La procesión bajó por la escalera trasera y luego salió a una larga galería que recorría la parte trasera de la casa. Leo giró a la izquierda y los demás comenzaron a seguirlo, pero cuando pasaron por un arco que conducía a la gran sala principal de la casa, surgieron disparos automáticos en la oscuridad. Uno de los guardias venezolanos cayó muerto al suelo de madera de la galería, y Leo y los otros tres dispararon contra la habitación mientras pasaban corriendo por el arco y fuera de la línea de fuego.

Mohammed y Gianna estaban delante de Ethan, por lo que cruzaron la zona de muerte, pero Ethan había dudado y ahora se encontró solo entre las escaleras y el arco, temeroso de avanzar y unirse a los demás. Mientras Mohammed le gritaba, instándolo a alcanzarlo, Ethan se dio la vuelta y comenzó a correr en dirección opuesta por la galería, pasó las escaleras y se dirigió a la cocina.

Detrás de él, en el arco, los disparos aumentaron.

Dobló la esquina hacia la cocina. Una fila de luces tenues corría debajo de los estantes sobre el mostrador, dando a la habitación un brillo tenue, y con esta luz Ethan pudo ver una figura parada en el medio de la habitación, a menos de seis metros delante de él. Era un hombre blanco con ropa marrón mojada y una barba desaliñada. Tenía las mangas arremangadas y los antebrazos cubiertos de barro. Tenía una pistola negra en la mano y apuntó directamente a Ethan.

Ethan se detuvo. Levantó las manos rápidamente.

“¿Lo tienes contigo?” El hombre hablaba inglés.

Ethan estaba demasiado aterrorizado para responder. Detrás de él, al otro lado de la galería, varias armas automáticas se ladraban unas a otras.

“¿Tienes el rasguño?”

"I . . . I . . .”

El hombre retiró el percutor de su pistola. “¡No volveré a preguntar!”

"¡Lo tengo!"

"Vienes conmigo".

"OMS . . . quienes son. . . ¡No!"

El hombre del arma levantó el arma de repente y disparó. Ethan gritó y cayó al suelo, con las manos todavía sobre la cabeza. Detrás de él, un oficial del GIO había entrado corriendo en la habitación con un rifle G3 al hombro, pero el estadounidense de camisa marrón lo mató a tiros al entrar.

Un segundo venezolano entró a la cocina, disparando su rifle al cruzar la puerta. Ethan rodó sobre su costado en posición fetal, gritando a todo pulmón, pero mantuvo los ojos abiertos y vio al estadounidense de la camisa marrón correr hacia su izquierda, perseguido por la cocina entre chispas y agujeros de bala que desgarraron su cuerpo. en la estufa y el refrigerador y un protector contra salpicaduras de azulejos sobre el horno. El estadounidense se lanzó en el aire, con la pistola aún en la mano, y ejecutó una rodada completa hacia adelante en el suelo para atravesar la puerta del comedor.

“¡Ethan!” El grito llegó desde atrás y Ross miró hacia atrás y vio a Mohammed agachado en la puerta junto al venezolano con el rifle. La mano de Mohammed estaba extendida, haciéndole señas a Ethan para que saliera de la cocina. "¡Vamos!"

El americano de la camisa marrón agachó la cabeza desde el comedor. El venezolano le disparó, pero el estadounidense le devolvió el fuego con la pistola, disparó varias veces y luego se retiró nuevamente doblando la

esquina.

Ethan miró al venezolano. Le habían disparado en la espinilla izquierda, justo debajo de la rodilla, y ahora yacía en el suelo, agarrándose la pierna, con el rifle en el suelo junto a él.

Mohammed se abalanzó sobre el rifle, lo levantó hacia la entrada del comedor y disparó varias balas. Incluso con todo el caos, Ethan se sorprendió de que el pequeño experto en informática libanés supiera disparar un arma.

Mahoma gritó: “¡Ethan! ¡Venir!"

Ethan se puso sobre manos y rodillas y salió gateando de la oscura cocina. Se puso de pie y empezó a correr por la sala principal de la casa, pero Mohammed lo alcanzó por detrás. "¡No! No de esa manera. Vas hacia los otros estadounidenses”.

En ese momento, se escucharon más disparos en el frente de la casa. Los cristales se hicieron añicos y los hombres gritaron.

"¡Correr!" -ordenó Mohammed, y Ethan se encontró siguiendo las instrucciones del libanés. Juntos corrieron por la sala principal de la casa, que había sido el centro de la batalla apenas un minuto antes. Ahora, sin embargo, gran parte de los disparos parecían producirse en el piso de arriba. Mientras Ethan corría, tropezó con el cuerpo de un hombre muerto, cayó al suelo y quedó allí exhausto y aterrorizado.

"¡Levantarse!" —gritó Mohammed, levantó a Ethan y luego lo empujó hacia adelante.

Encontraron una ventana rota en una biblioteca en la planta baja, cerca del frente de la casa, y Mohammed usó el cañón del rifle para sacar suficiente vidrio para pasar a través de ella. Ethan lo siguió, ambos hombres se encontraron afuera, en un seto cerca de la piscina que bordeaba el edificio, y Mohammed escudriñó a su alrededor en busca de cualquier movimiento.

En ese momento Leo y Gianna salieron corriendo por las puertas francesas que conducen al área de la piscina. A Leo le habían disparado, la sangre corría desde su hombro a lo largo de su cuerpo, e incluso en la tenue iluminación decorativa alrededor de la terraza de la piscina, Ethan pudo ver

que la cara del hombre se había puesto blanca.

Pasó tambaleándose junto a sus invitados, sosteniendo un walkie-talkie en sus manos y llamando a los miembros de su guardia.

Nadie respondió, pero definitivamente todavía había un tiroteo en el segundo piso.

Leo llegó a las dos Expediciones en el camino, luego se dio la vuelta y levantó su pequeña ametralladora en alto. Comenzó a escanear la terraza del segundo piso en busca de amenazas mientras seguía llamando a su walkie-talkie.

Gianna, Mohammed y Ethan corrieron hacia él.

Ethan dijo: “¡Las expediciones! ¿Tienes llaves?

"¡Métete en el negro!"

En la oscuridad ambos miraron hacia atrás, pero una vez que Ethan se acercó se dio cuenta de que uno era de color verde oscuro. Se subió al asiento trasero del Expedition negro y Gianna se sentó a su lado. Mohammed tomó el asiento del pasajero delantero y Leo se puso al volante y puso en marcha la camioneta.

Se alejaron dando bandazos por el camino embarrado, alejándose de la ensenada hacia los árboles.

"¿A dónde vamos?" Preguntó Ethan, mirando por encima del hombro para asegurarse de que nadie lo siguiera.

La voz de Leo era débil. “Podemos ir a los muelles del lado este, donde tenemos barcos. Los barcos de la policía panameña nos apoyarán una vez en el agua”. Tosió. "Por favor, siéntate en silencio".

A Ethan le pareció un plan tan bueno como cualquier otro, y se sorprendió de haber logrado escapar de los estadounidenses. Sus manos temblaron violentamente.

Gianna se dio cuenta de esto, debía haber estado pasando por su propio pánico en este momento, pero de todos modos lo abrazó para consolarlo.

CUATRO COMANDOS NAVALES SPETSNAZ irrumpieron por las puertas francesas del área de la piscina y corrieron hacia el Ford Expedition que quedaba en el camino de entrada. Habían estado luchando contra los últimos miembros de la resistencia en el piso de arriba cuando uno de ellos vio las luces traseras de una camioneta en el extremo más alejado del césped, corriendo hacia la jungla, y el teniente ordenó a los miembros de su equipo que aún estaban en la lucha que despegaran. en persecución.

Dos rusos yacían muertos. Un hombre había sido asesinado en el patio trasero mientras intentaba forzar la cerradura de una ventana para entrar sigilosamente. Un guardia que pasaba vio el movimiento y abrió fuego, lo que sorprendió al resto del equipo que aún estaba fuera de la casa, al aire libre. Se habían abierto camino hacia el interior, matando a varios venezolanos en el proceso, pero sus intentos de capturar al estadounidense se habían retrasado y, al menos temporalmente, frustrados.

Un segundo comando ruso fue derribado en el arco de la galería. Los venezolanos habían presentado una defensa sorprendente y ahora, mientras los cuatro hombres corrían hacia el vehículo restante estacionado en el camino de entrada, el teniente temió que esta operación se estuviera desmoronando a su alrededor.

Quería helicópteros para este trabajo, los había presionado hasta el momento en que él y su equipo subieron a bordo del Cessna Caravan con sus paracaídas, pero el FSB estaba ejecutando la operación y exigen que lleven a Ross a un yate. amarrado en el extremo oriental de la isla. Los helicópteros rusos serían demasiado evidentes, habían dicho, cualquier fotografía o avistamiento de las aves demostraría que no eran estadounidenses, y toda la misión debía ser construida como una operación negable. El teniente sugirió utilizar helicópteros nicaragüenses, pero el FSB había explicado pacientemente que esto no serviría de nada para convencer al mundo de que Estados Unidos había invadido Panamá, de nuevo, esta vez para recuperar a un empleado con la boca abierta. Luego, el FSB le dijo con impaciencia al líder del comando que dejara de preocuparse por el final de la misión y que comenzara a preocuparse por su propio final de la misión.

El teniente se zambulló en el asiento del pasajero delantero del Expedition y uno de sus hombres abrió la puerta del lado del conductor y saltó detrás del volante. Ya habían conectado el vehículo para usarlo en su escapada, fue una buena suerte para el teniente que Ross y su séquito se hubieran escapado en el otro Ford, dejando atrás el preparado por Spetsnaz.

La Expedición arrojó barro, rocas y agua al aire y derribó el camino en persecución del estadounidense y sus cómplices.

DOMINIC CARUSO corrió alrededor de la parte delantera de la casa hacia el camino de entrada, su pistola se arqueaba a izquierda y derecha y arriba y abajo mientras corría.

A lo lejos vio un Ford Expedition que se adentraba entre los árboles y levantó su arma para dispararle, pero desde atrás escuchó un grito: "¡Alto!". ¡Detener!

Dom se quedó paralizado, levantó las manos y dejó caer la pistola al barro. Al darse vuelta lentamente, vio a un guardia venezolano con un rifle G3 al hombro caminando por el patio cercano a la piscina, acercándose rápidamente. Le gritó a Dom, sin duda eran órdenes de algún tipo, pero Dom no podía entender. El hombre estaba solo, un poco más emocionado de lo que a Caruso le hubiera gustado, considerando que tenía un dedo presionado contra el gatillo de su rifle y el cañón apuntaba directamente a la cabeza de su objetivo.

El arma giró hacia la izquierda. Dom asumió que eso significaba que se suponía que debía regresar por las puertas francesas. Mantuvo las manos en alto y luego se giró para caminar de regreso a la casa, cumpliendo con los gestos del guardia, si no con sus deseos exactos.

El guardia comenzó a seguirlo, con su rifle todavía apuntando a la espalda de Dom.

Dom dio un par de pasos hacia la casa y luego de repente redujo la velocidad pero no se detuvo. Esperaba que el hombre siguiera caminando y realmente lo tocara en la espalda con el rifle. No tuvo tanta suerte, pero el venezolano dijo algo, y Dom usó el sonido de la voz del hombre para imaginarse la ubicación tanto del hombre como de su arma.

Dom giró, levantó su brazo derecho y golpeó el G3 hacia un lado mientras un destello y el informe cacofónico de un disparo resonaban por el césped. Se lanzó hacia el hombre, lo golpeó en la barbilla y el venezolano cayó al camino de entrada, rodando hacia atrás trescientos sesenta grados. Dom saltó hacia el rifle, pero al hacerlo se dio cuenta de que su oponente yacía directamente encima de la pistola Beretta en el barro.

Dom levantó el G3 lo más rápido posible y apuntó al venezolano, quien acababa de ponerse de rodillas y envolvió sus manos alrededor de la Beretta. Dom apuntó al pecho del hombre arrodillado y apretó el gatillo.

El G3 hizo un “clic” en la mano de Dom.

Los ojos del venezolano se abrieron y rápidamente levantó la pistola para apuntar al rostro del estadounidense. A una distancia de menos de cinco metros, no podía fallar.

Dom cerró los ojos cuando el estruendo de un disparo resonó en la mansión colonial detrás de él.

DOM ABRIÓ LOS OJOS cuando escuchó el ruido sordo de un hombre cayendo de espaldas en el camino de grava de tierra.

El venezolano estaba muerto, con la Beretta colgando del dedo en el gatillo de su floja mano derecha.

Dom se dio la vuelta y miró hacia el césped cerca del agua detrás de él. Adara Sherman estaba de pie con su M16 en alto, a la altura de su línea de visión. Su gorro de lana negro ocultaba su cabello rubio y llevaba una gabardina negra con cremallera, pero sus pantalones deportivos Virginia la delataban.

Bajó el arma y se acercó mientras Dom sentía que sus rodillas se debilitaban. Recién ahora se estaba dando cuenta de lo cerca que había estado de que algún pistolero del gobierno en Centroamérica le perforara la multa.

Dom luchó contra el impulso de caerse, luego dejó caer la G3 vacía al suelo y se giró para quitarle la Beretta de la mano al hombre muerto. Mientras lo hacía, Adara Sherman lo alumbró con una linterna. "¡Estás golpeado!"

Dom miró rápidamente su cuerpo, palpando su pecho y brazos. "¿Dónde?"

"Tu espalda".

Dom extendió la mano hacia atrás y se frotó la camisa con la mano libre. Exhaló un largo suspiro. “Un pájaro se cagó encima de mí”.

"Eso parece sangre".

"Creo que estaba comiendo bayas o algo así".

"Oh. Bueno."

Dom tenía la pistola ahora y se la metió en los pantalones.

Adara escaneó su rifle por la parte trasera de la casa, buscando más

objetivos. No se oyó ningún sonido, como si todos los que estaban dentro estuvieran muertos. Ella dijo: “El barco está sólo a unos cientos de metros al este. Amarré al lado de una playita. Hay un sendero entre los árboles. Vamos."

"Tengo que avanzar, no retroceder".

Adara estaba escaneando. "¿En realidad?"

“Los rusos partieron en busca de Ross. No puedo permitir que obtengan el raspado y la contraseña”.

"Está bien", dijo ella. “Esta es tu operación. Lidera el camino”.

"Necesitamos un vehículo".

“Al lado de las perreras hay un camión con un tipo muerto al volante. Está funcionando”.

"Bien. Coge eso y tráelo aquí. Voy a entrar a la casa a buscar un arma”.

Adara salió corriendo por el frente de la casa.

ETHAN ROSS SIGUE MIRANDO por la ventana trasera del Expedition, pero aunque el amanecer había iluminado un poco el cielo, no podía ver nada bajo el espeso dosel de la jungla. El camino, aunque embarrado y estrecho, estaba sorprendentemente en buen estado y, a medida que subían una serie de colinas, el motor V8 de la Expedition rugía con potencia, dando a los tres pasajeros la confianza de que el ataque pronto quedaría muy atrás.

Mohammed habló por teléfono y mantuvo las palabras en silencio, aunque Ethan dudaba que alguien en el camión hablara árabe. Ethan cerró los ojos por un momento, haciendo todo lo posible por obligarse a distinguir algunas de las palabras. No dominaba el idioma en absoluto, pero había pasado algún tiempo en Oriente Medio y había aprendido algunas palabras y frases. No llegaba a ninguna parte con la rápida y suave conversación de Mohammed.

De repente Mohammed empezó a gritar. Ethan pensó que estaba gritándole al teléfono, pero casi de inmediato vio que el joven libanés le estaba gritando a Leo.

Ethan se inclinó hacia delante y comprendió el motivo de la agitación de Mohammed.

Los ojos de Leo estaban cerrados, su cabeza gacha y sus manos habían caído del volante a su regazo. Respiraba con breves jadeos y parecía estar inconsciente.

"¡Mierda!" gritó Ethan. "¡Coge el volante!"

Mohammed dejó caer su teléfono celular y agarró el volante, pero no pudo pisar el freno sobre la consola central del vehículo. Miró hacia adelante, giró con la mano izquierda y le pasó su rifle G3 a Ethan.

“¡Toma el arma! ¡Aprieta el freno! ¡Apurarse!"

Ethan hizo lo que Mohammed le indicó, empujó la mitad de su cuerpo a través del espacio entre el asiento delantero y metió el cañón del rifle entre las piernas de Leo, y después de algunos fallos encontró el pedal y lo presionó.

La Expedition patinó hasta detenerse bruscamente en medio del camino de tierra, justo antes de un giro brusco a la derecha.

Mohammed pudo estacionar el vehículo, luego saltó, rodeó el vehículo y abrió la puerta. Sacó al oficial de inteligencia venezolano y lo dejó caer al barro. Leo gimió al caer al suelo pero no se movió.

Mohammed se puso al volante. Tanto Gianna como Ethan sabían que el hombre todavía estaba vivo, pero ninguno le dijo nada a Mohammed acerca de haberlo dejado desangrado en un camino en la jungla. Ambos estaban más preocupados por su propia situación.

Ethan todavía sostenía el rifle en sus manos y se subió al asiento del pasajero delantero.

Mohammed recuperó su teléfono y comenzó a hablar. De nuevo, en voz baja y en árabe.

Ethan le gritó: “¡No podemos quedarnos aquí! ¿A dónde vamos? Ni siquiera sabemos adónde nos llevaba Leo. ¡Los americanos podrían estar justo detrás de nosotros!

Mohammed miró a Ethan. "Mira si hay un mapa en la guantera".

Ethan encontró un mapa desgastado de todo el archipiélago en la guantera y las líneas dibujadas a mano sobre la isla de Bastimentos indicaban el sistema de carreteras. Mohammed lo tomó de la mano de Ethan y comenzó a examinarlo detenidamente, utilizando la luz interior de la cabina.

"Date prisa", gritó Ethan, y miró hacia atrás por encima del hombro, seguro de que los estadounidenses se estaban acercando rápidamente.

Un leve indicio de amanecer en el este brilló cuando Dom se subió al lado del conductor de un camión agrícola grande y muy viejo. Adara se acercó al lado del pasajero y apoyó su cañón M16 entre sus piernas.

Dom hizo chirriar los viejos engranajes mientras ponía el vehículo en movimiento, pero inmediatamente se hizo obvio que el camión fue construido para transportar artículos grandes por la isla, no para su capacidad de perseguir a otros vehículos.

Adara dejó constancia de su desaprobación. “El concesionario Maserati estaba cerrado. Esto fue lo mejor que pude hacer”.

“Los rusos están en un SUV Ford con tracción en las cuatro ruedas. Van a alcanzar a Ross”.

Adara metió la mano en su chaqueta. “Traje la copia impresa de EagleView de la isla. Veré si podemos averiguar adónde van y encontrar un atajo”.

Dom se había vuelto pesimista sobre sus posibilidades de impedir que los rusos capturaran a Ross. Su plan de capturar al traidor estadounidense era ahora sólo una fantasía lejana. “¿Un atajo? Esta cosa no flotará ni volará, así que no habrá un atajo”.

“Puede que tengas razón. Pero la buena noticia es que este camino continúa durante las siguientes cinco millas. Luego sigue hacia el oeste, pero hay un desvío que lleva al sur. Sólo tenemos que estar lo suficientemente cerca de ellos para ver en qué dirección van. No pueden estar más de un kilómetro y medio por delante.

“No los atraparemos antes del turno. Tendremos que adivinar hacia dónde se fueron”.

Adara miró más de cerca la imagen de satélite. “Espera un segundo. Hay un impuesto más adelante. Debe estar seco, plano y lo suficientemente sólido para este camión. Se conecta con la carretera al otro lado de algunas curvas y vueltas. Si lo tomamos y no nos quedamos estancados, recuperaremos algo de tiempo”.

Dom lo pensó. “Estamos desesperados. Lo intentaré. Guíame hasta allí”.

Mohammed dobló el mapa y se lo puso debajo de la pierna, luego puso la Expedition en marcha y comenzó a conducir con el teléfono en la oreja. Los neumáticos apenas empezaban a rodar cuando los faros de un vehículo que circulaba detrás iluminaron la cabina.

“¡Los americanos!” -gritó Gianna-.

Mohammed derribó el camión, haciendo patinar los neumáticos, pero aceleró rápidamente.

El vehículo que iba detrás no podía estar a más de doscientos metros de distancia y se acercaba rápidamente.

DOM ESTABA ASOMBROSO de que ambos hubieran encontrado el gravamen durante la noche y negociado su distancia sin chocar. Dos veces Dom estuvo a punto de hacer rodar el camión por un costado y adentrarse en la jungla cuando sus ruedas se acercaron demasiado al borde y la tierra húmeda comenzó a ceder.

Ahora estaban de vuelta en la carretera principal, y Dom apagó las luces mientras giraba, y unos cien metros más adelante vislumbraron ocasionalmente luces de freno.

Dom dijo: “Tienen que ser los rusos. No hay forma de que nos interpongamos entre los dos SUV”.

Adara miró hacia atrás pero no vio nada. La luz mejoraba cada minuto, pero bajo toda la vegetación todavía era demasiado temprano para saber con certeza si un camión de color oscuro podría estar circulando sin luces detrás de ellos. Sin embargo, después de un minuto así, subieron una colina y salieron de los árboles. Adara inclinó la cabeza completamente fuera de la Expedition para escanear el camino, un cuarto de milla fue visible por una fracción de segundo antes de que dieran un giro.

"Nadie. Esos son los rusos que tenemos delante. No sé qué tan lejos está Ross, pero no puede estar demasiado lejos".

En ese momento la expedición giró bruscamente a la derecha y se dirigió hacia el sur.

Adara dijo: "Si sabían que debían girar, debían tener a Ross a la vista más adelante".

Caruso se golpeó el volante con la mano. "Los rusos lo atraparán y tienen algún tipo de plan de extracción en esta isla. Un helicóptero o un barco. Lo vamos a perder".

"Puedo intentar dispararles a los neumáticos de los rusos". -Preguntó Adara.

Dom la miró por un instante. "¿Puedes hacer ese disparo con esta luz, a esta distancia, en este vehículo en movimiento?"

"Probablemente no. ¿Puede?"

"No." Otro suspiro. "¿Hay más impuestos sobre atajos en ese mapa?"

"Nada. El camino se endereza aquí hacia el sur por un tiempo antes de volverse loco nuevamente en las colinas, aproximadamente una milla más adelante".

Dom pisó el acelerador a fondo, aprovechando el camino recto y la suave pendiente descendente. Como resultado, ahora tenía a los rusos a no más de ochenta metros de ventaja. No había indicios de que supieran que estaban siendo perseguidos. Dom supuso que estaban completamente concentrados en su propia búsqueda.

"¡Los estás atrapando!" Dijo Adara.

"Justo en este tramo. No los alcanzaremos antes de que lleguen las curvas y su vehículo es más rápido que el nuestro".

"No en las curvas".

Dom se volvió hacia ella rápidamente y luego sus ojos volvieron a la carretera. "¿Qué quieres decir? Pueden tomar curvas el doble de rápido que

nosotros y además tengo que reducir la marcha".

"No es necesario reducir la marcha si no planeamos girar".

Dom miró el velocímetro. Iba a sesenta y cinco, y ésta era la velocidad máxima absoluta del camión. "Si tienes una idea, necesito escucharla".

Adara puso el dedo en el mapa. "A media milla más adelante hay una curva cerrada a la derecha al pie de esta colina. No tienen ningún lugar donde desviarse antes de que lleguemos allí".

"¿Entonces?"

"Tendrán que reducir la velocidad a cero para dar ese giro. Tendrán que hacerlo. Pero seguimos cuesta abajo a toda velocidad. Podemos alcanzarlos".

"Pero . . . ¿Cómo paramos? Mientras hacía la pregunta, pensó que sabía la respuesta.

"Nos detenemos cuando chocamos contra ellos. Simplemente chocamos contra el lado del pasajero en la curva y los sacamos de la carretera".

"Mierda", murmuró Dom. "¿Cómo es el terreno al otro lado de la horquilla?"

"Es la jungla. Toda esta isla es una jungla, Dom".

"Yo sé eso. Quiero saber si vamos a caer cuesta abajo si pierdo el camión".

Ella miró la imagen. "Es difícil saberlo en la foto del satélite".

Dom suspiró. "Esfuérzate mucho, Sherman. Juega como si nuestras vidas dependieran de ello".

Ella le dio otra mirada. "No es un acantilado ni nada por el estilo. Es simplemente selva tropical. Tal vez descendiendo".

"Si no lo hago en el momento adecuado, nos saldremos de la carretera y nos internaremos en la jungla a más de cien kilómetros por hora".

"Entonces calcula el momento adecuado".

Dom se encogió de hombros. "Bueno. Vamos a hacerlo."

Sherman se acercó y apretó el cinturón de seguridad de Caruso, luego ella hizo lo mismo con el suyo.

Dom dijo: "Después de que nos estrellemos, tendremos que salir y dispararles a esos tipos".

"Lo sé." Entonces preguntó Adara. "¿Cuánta munición tienes?"

“Tengo un MP7 que me regaló un ruso muerto. Treinta rondas. Tengo un par de balas en la pistola”.

Adara agarró su M16. Sólo había disparado una bala, por lo que sabía que le quedaban veintinueve. "Es posible que nos quedemos sin munición en el tiroteo, pero al menos no tenemos que preocuparnos por recargar".

Dom se rió entre dientes a través de la tensión mientras fijaba toda su atención en el vehículo de delante. "Qué suerte tenemos".

LOS CUATRO hombres navales rusos Spetsnaz prepararon sus armas en la retaguardia de la expedición. Se habían acercado a unos treinta metros de Ethan Ross y su equipo de protección, y el conductor le dijo a su teniente que podría adelantarlos en la siguiente serie de curvas. Observó cómo el SUV que iba delante de ellos hacía cola en una curva dura y embarrada hacia la derecha que descendía en forma de curva por una colina hacia el oeste, por lo que el conductor redujo la velocidad de su propio vehículo con tiempo suficiente para girar.

Uno de los dos hombres en el asiento trasero gritó: “¡Vehículo detrás de nosotros!”. y luego él y su compañero de atrás se dieron la vuelta y levantaron sus armas, apuntando con ellas a la ventana trasera y al camión detrás de ella. La Expedition verde comenzó a girar hacia la derecha, y el vehículo estaba completamente en la curva, cuando una ráfaga de disparos del par de HK en el asiento trasero hizo estallar el vidrio.

"¡No va a frenar!" gritó uno de los hombres de Spetsnaz. "¡Cuidado!" gritó el otro, justo cuando el gran camión oscuro que se avecinaba golpeaba de costado al Expedition. El SUV se arrugó y giró, la parte delantera giró completamente hacia atrás y golpeó el costado del camión, y éste retrocedió hacia la densa jungla. La plataforma se sacudió con fuerza hacia la izquierda

con el impacto, los neumáticos delanteros se salieron de la carretera y atravesó los árboles a pocos metros de la camioneta de los rusos.

ETHAN HABÍA INTENTADO mantener sus ojos en el camión que los perseguía, pero se dio la vuelta por un momento cuando de repente los faros que lo iluminaban giraron a la derecha. Ethan miró hacia atrás y en el tenue resplandor de la mañana vio barro, hojas y otros escombros levantados en la jungla en la curva, como si la vegetación tropical se hubiera tragado entero el vehículo de los estadounidenses. “¡Se estrellaron! ¡Los estadounidenses simplemente se estrellaron al tomar esa curva!

Bertoli le devolvió la mirada en estado de shock con las manos en la boca. El propio Mohammed giró, esta vez hacia la izquierda. Intentó mirar por encima del hombro, pero no vio nada. "Bien. Eso es bueno”, dijo, luego volvió al árabe y continuó hablando por su teléfono móvil.

EL OLOR DEL LÍQUIDO DEL RADIADOR mezclado con el olor terroso de la selva. Dominic sintió una humedad pegajosa en la cara desde el nacimiento del cabello hasta el cuello. En la cabina del camión prácticamente no había luz; se habían detenido erguidos, en algún lugar apartado de la carretera, en la selva tropical. El capó del camión estaba destrozado y contra el parabrisas, y había cristales rotos por todas partes.

Antes de comprobar lo que supuso que era una herida abierta en la cabeza, miró a su derecha para ver si Adara estaba bien. Pero él no pudo verla. Un ficus gordo y exuberante se había estrellado contra el parabrisas, y ahora todo lo que Dom podía ver a su lado eran hojas y ramas rotas. Extendió la mano entre la vegetación y buscó a Adara. Él agarró su hombro izquierdo y se alegró de sentir movimiento; ella estaba en el proceso de desabrocharse el cinturón de seguridad.

"¿Estás bien?" preguntó. Mientras hablaba, se llevó la mano a la cara y se sintió aliviado al encontrar allí la fuente de la humedad. Una gran hoja de palma mojada cubría todo el lado izquierdo de su cabeza. Se lo quitó y luego se desabrochó su propio cinturón.

Adara no respondió. Dom agarró la pequeña arma de defensa personal HK MP7 que había metido entre su asiento y la puerta, y se giró para encontrar a Sherman. En la poca luz y los espesos restos del follaje, le costó mucho abrirse camino hacia ella, pero antes de que pudiera llamarla de nuevo, ella gritó a todo pulmón.

"¡Contacto correcto!" Sherman abrió fuego con su M16 a través de la ventana del lado del pasajero.

Dom no dudó. Abrió la puerta y salió, luego se paró en su asiento. Mirando por encima del techo, escudriñó la jungla increíblemente espesa en el lado de la camioneta de Sherman. Al principio no vio nada, pero luego estallaron destellos en la espesa maleza, a doce metros de distancia.

Dom accionó el interruptor selector de fuego a completamente automático y comenzó a disparar ráfagas hacia las fuentes de fuego. Entre ráfagas gritó. "¡Sacar de apuro! ¡Mi lado!

Había disparado más de medio cargador en seis ráfagas de tres disparos antes de sentir que Adara pasaba junto a sus pies y luego caía del camión al suelo de la jungla. Él se giró y saltó detrás de ella, y mientras lo hacía la vio levantar su rifle del suelo y apuntar hacia la parte trasera del camión. En el espacio desperdiciado de árboles destrozados, maleza aplastada y plantas arrancadas de raíz, Dom vio a un hombre girar alrededor de la parte trasera del camión con un arma en lo alto de su hombro.

Adara Sherman le disparó al hombre antes de que Dom levantara su arma. La sangre brotó del cráneo del hombre y salpicó la vegetación a su alrededor, y cayó boca abajo entre la maleza.

Dom agarró a Sherman por el hombro y la arrastró con él, y se alejaron del vehículo, adentrándose más en la jungla, en dirección opuesta a los rusos supervivientes. Mientras se retiraban, dispararon algunas ráfagas en la dirección general de las amenazas, cubriendo su retirada.

En unos momentos retrocedieron hasta una choza de cartón corrugado oxidado. Parecía que debía haber sido algún tipo de cobertizo de almacenamiento, tal vez una granja había estado aquí antes de que la selva tropical recuperara el área. Dom y Adara se movieron hacia la parte trasera del cobertizo, haciendo todo lo posible para encontrar refugio de los rusos que quedaban en la jungla a su alrededor.

Ambos se arrodillaron, Dom cubriendo un lado del cobertizo y Adara el otro. Espalda con espalda, Sherman dijo: "¿Estás bien?"

"Sí. ¿Tú?"

“Suficientemente bueno. Todavía podría haber un par...

Dom se echó hacia atrás y le apretó el brazo, silenciándola de inmediato. Escuchó movimiento en la jungla alrededor de su lado del cobertizo, todavía a varios metros de distancia pero acercándose rápidamente.

Sacó el cargador de su MP7 y lo comprobó. Sólo le quedaban tres rondas. Lo reemplazó y le susurró a Adara. “¿Munición?”

La escuchó dejar caer su cargador, comprobarlo y luego volver a colocarlo en su lugar. "Dos."

Dom sacó la Beretta de sus pantalones y se la devolvió. Ella lo tomó sin mirar. Él dijo: "Cuenta hasta diez y vacía la Beretta en los árboles".

"Entendido".

Dom se levantó, se acercó al borde del cobertizo y miró alrededor con atención. No vio nada más que una espesa jungla delante, así que dobló la esquina y luego subió a la esquina sureste. Se detuvo aquí, preparó su arma en su hombro y esperó.

Pronto escuchó a Sherman abrir fuego con la pistola. Esperaba que esto sacara a cualquiera que estuviera entre los árboles cerca de los vehículos accidentados y les hiciera responder al fuego. Con suerte, vería los fogonazos y los atacaría por sorpresa.

Pero cuando giró por la esquina del pequeño cobertizo se sorprendió al ver a un par de hombres que usaban el cobertizo para esconderse. Mientras

Sherman disparaba al otro lado del edificio en ruinas, un hombre levantó su arma para disparar a través de las paredes de hojalata oxidadas. El segundo hombre miró desde la esquina hacia la fuente del fuego, a menos de cinco metros de distancia.

Dom sabía que Sherman era un blanco fácil. No tenía idea de que estos tipos estaban aquí en el lado opuesto de la choza. Le disparó al primer hombre justo cuando atravesaba la lata. El ruso llevaba un chaleco antibalas, absorbió el golpe y giró hacia Caruso, a sólo unos metros de distancia. Dom le disparó dos veces más, el tercer disparo le dio en la mandíbula y lo mató instantáneamente, pero Dom sabía que se había quedado sin municiones.

Cuando el último ruso que quedaba giró su MP7 hacia Caruso, este saltó hacia atrás por la esquina de la choza de hojalata y aterrizó con fuerza sobre su espalda en la maleza.

Dom gritó. “¡Sherman! ¡A la cubierta!

El ruso abrió fuego contra la choza, rociando plomo recubierto de cobre para matar a las dos amenazas en esquinas opuestas.

Dom sintió las balas chasquear justo encima de su cabeza, y por los sonidos de las ramas rompiéndose a su alrededor pudo decir que el hombre estaba disparando de un lado a otro, tratando de dispararle a Adara también.

Por un instante Dom no supo qué hacer, pero luego recordó el cuchillo de buceo. Se llevó la mano al tobillo derecho, sacó la hoja de titanio de su funda y, cuando el ruso dejó de disparar para recargar su arma automática, Dom se puso de pie de un salto. A su alrededor caían hojas de árboles y arbustos, todas víctimas de los intensos disparos que acababa de soportar la selva.

Dom corrió alrededor de la esquina de la pared de hojalata, ahora picada como queso suizo, y atrapó al ruso justo cuando había colocado su arma con una nueva bala de un cargador nuevo. Dom se lanzó hacia el hombre, quien giró hacia el movimiento, pero Dom chocó con él antes de que pudiera levantar su arma, y ambos hombres se estrellaron contra la maleza. El ruso se defendió por un breve momento, pero Dom clavó la empuñadura del cuchillo profundamente en el estómago del hombre debajo de su chaleco antibalas y la pelea se detuvo. Cuando el último ruso yacía muerto debajo de él, Dom gritó llamando a Sherman entre pantalones. “¿Adara? ¿Adara? ¿Estás bien?

Se abrió camino hasta ponerse de rodillas, se empujó fuera de la choza de hojalata y se apresuró a ver a su compañero. “¡Viniendo! ¡No dispares!

Dom vio a Adara rodando por el suelo, agitando brazos y piernas. Supuso que la habían golpeado, pero al menos se movía.

“¡Adara!” se arrodilló ante ella. “¡Quédate quieto! ¿Dónde te golpearon?

Ella siguió agitándose. “No me han golpeado. Me dijiste que me bajara, así que me lancé hacia la cubierta. Aterrizó en un maldito hormiguero. Buscó debajo de su parka negra. "Pequeños bastardos se metieron dentro de mi chaqueta".

Una oleada de alivio invadió a Caruso y no pudo evitar reírse.

LA EXPEDICIÓN BLACK FORD salió del camino de tierra y se dirigió hacia el medio de una playa de arena vacía en el extremo sur de la isla Bastimentos. Antes de que Ethan o Gianna pudieran preguntar qué estaba haciendo, Mohammed patinó hasta detenerse violentamente en la orilla del agua.

Dijo: “Todos fuera. Rápido, por favor”.

Ethan miró hacia el mar. Allí, en las tranquilas aguas a sólo cincuenta metros de la costa, un hidroavión monomotor azul y blanco De Havilland Beaver se acercó lentamente, con su hélice girando lo suficientemente rápido como para darle algo de movimiento hacia adelante en el agua.

Mahoma dijo: “Por favor. Debemos apresurarnos al avión”.

“¿De quién es ese avión?” preguntó Ethan. Cuando nadie respondió, miró a Bertoli y rápidamente reconoció que ella tampoco tenía idea de dónde diablos el joven hacker Mohammed logró conseguir un avión. Pero salió del Expedition, siguió a Mohammed al agua y ahora contaba con tres hombres en el avión. Uno estaba sentado en el asiento izquierdo del piloto. Otro salió de la cabina y se paró en el flotador más cercano a la playa, y un tercero saltó del otro lado, al agua hasta las rodillas, y comenzó a vadear detrás del hidroavión, evitando la hélice en su camino hacia la orilla.

Los dos hombres que estaban fuera del avión tenían aspecto rudo y piel aceitunada, cortes de pelo cortos y camisas y pantalones caqui. Ethan miró para ver si los hombres llevaban armas; en cualquier otro momento, un arma lo habría inquietado, pero en este momento le habría alegrado ver que las

personas que estaban aquí para rescatarlo tuvieran alguna forma de luchar contra los estadounidenses que aún podrían estar. sólo unos minutos detrás de ellos.

No vio armas en ellos, pero se preguntó si tendrían algo oculto. Ciertamente parecían una especie de fuerza de seguridad.

A pesar de una lista de recelos de un kilómetro de largo, Ross se quitó la mochila y se la puso sobre la cabeza. Luego siguió a Bertoli y Mohammed y se estrelló en el agua camino al avión. Tomó la mano de uno de los hombres de tez aceitunada, quien lo levantó y lo condujo a la parte trasera de la estrecha cabaña sin decir una palabra.

En cuestión de segundos, el motor del Beaver rugió, el interior del avión vibró y se sacudió como si fuera a desmoronarse, pero la máquina tomó velocidad y despegó hacia el fresco amanecer.

MOHAMMED MEHDI MOBASHERI se puso unos auriculares en las orejas y se llevó el micrófono a la boca. El líder de los hombres de la Fuerza Quds que lo acompañaban, Shiraz, hizo lo mismo junto a él, justo detrás del asiento del piloto.

Mohammed tuvo cuidado de hablar en árabe, por si Ethan Ross podía oír alguna de sus palabras. Sabía que Ross no hablaba ese idioma, a pesar de que Oriente Medio era su especialidad en el NSC.

Mohammed dijo: "Buen trabajo".

"Gracias. Tendremos un jet esperándonos en San Salvador. Podemos estar en Teherán en menos de veinte horas".

Mahoma negó con la cabeza. "No hay ningún lugar al que preferiría ir, pero aún no hemos terminado. Iremos a El Salvador y luego la mujer nos dirá adónde ir desde allí".

Shiraz le devolvió la mirada con incredulidad. "¿Por qué le dejas tomar las decisiones?"

"Queremos la inteligencia en el disco y podemos torturar al estadounidense para que nos dé sus contraseñas. Mi primera opción sería echarla del avión ahora y obligarlo a descifrar los archivos. Pero la organización de Bertoli nos resulta útil. Regresaremos con ella a Suiza y

pasaremos los próximos días trabajando con ella en Ross, lo persuadiremos para que nos brinde la información para que podamos categorizarla o redactar información crítica para que podamos publicar una parte".

"No lo sé, jefe", dijo Shiraz. "Me gusta más tu primera idea. La mujer complica las cosas".

Mahoma asintió. "Acordado. Tienen la tendencia a hacer eso. Si se convierte en un problema, sacar a Ross de la protección del ITP por la fuerza será la parte más fácil de toda esta operación".

Shiraz asintió. "Esperaré esa orden".

ADARA SHERMAN y Dominic Caruso regresaron al camino de tierra unos minutos después de enfrentarse a los rusos. Estaban a cien metros de donde se había producido el tiroteo. No habían visto evidencia de que los rusos todavía estuvieran vivos o en la lucha, pero no sabían cuántos habían estado en la Expedición en primer lugar, por lo que no podían estar seguros. Cuando comenzaron a caminar hacia el sur por la carretera, ambos se detuvieron para observar un hidroavión volar sobre ellos, ascendiendo hasta la madrugada.

Dom había sacado un MP7 de uno de los muertos, y ahora apuntó al avión, colocando su mira holográfica de punto rojo en el único motor.

Pero no disparó.

En cambio, simplemente murmuró: "Si lo derribo, no será Ross. Será un grupo de monjas aquí en un viaje misionero. Pero como no lo derribé. . . Apostaría dinero a que acabamos de ver cómo se escapaba Ethan Ross.

El avión desapareció hacia el norte.

Adara empezó a caminar de nuevo. Todavía estaba sacando hormigas de su ropa. "¿Crees que esos eran venezolanos?"

Dom dijo: "No lo sé. Al menos no fueron los rusos".

"Podría haber sido otro grupo", dijo Adara.

"Esta mierda se está poniendo complicada. Mantuvimos a Ross fuera del alcance de los rusos, pero por lo que sabemos, quienquiera que lo tenga

ahora es aún peor”.

“¿Qué hacemos ahora?”

Dom suspiró. "Nos vamos a casa".

El AGENTE ESPECIAL DARREN ALBRIGHT regresó con las manos vacías de Panamá a última hora de la tarde. Su avión del FBI aterrizó en Regan National, y el resto de su equipo, en su mayoría miembros del Equipo de Rescate de Rehenes, partieron hacia sus hogares en el área de D.C., principalmente en Maryland y Virginia.

Albright, sin embargo, subió a su Yukon proporcionado por el FBI y condujo hasta el distrito. Aparcó en una zona de carga frente a un edificio residencial cerca de Logan Circle, arrojó su calcomanía de estacionamiento del FBI en el tablero y tomó el ascensor hasta un condominio en el quinto piso.

Dominic Caruso abrió la puerta de su casa. Si le sorprendió ver a Albright, no lo demostró. “Regresaste rápido. Entra”.

Albright siguió a Caruso hasta su desordenada sala de estar y luego se sentó en el sillón de cuero mientras Caruso se dejaba caer en el sofá.

Albright dijo: "He estado intentando ponerme en contacto con usted".

"Lo lamento. Esta mañana perdí mi teléfono satelital”.

"Tú mismo regresaste rápidamente".

“Acabo de llegar a casa. Primer avión que sale de Bocas. Primer avión que sale de la ciudad de Panamá”.

"¿Te duele?"

“Unas ciento cincuenta picaduras de insectos. ¿Eso cuenta?

“¿Considerando lo que pasó? No precisamente." Albright añadió: "Vi que intentaste llamarme antes de que los rusos atacaran la casa segura".

Dom asintió. "Cayeron del maldito cielo".

“Lo escuchamos. La policía panameña entrevistó a testigos. Parece que hubo un gran espectáculo esta mañana. Me encantaría que me contaras lo que viste”.

"¿Cuándo llegaron allí?"

“Estábamos a noventa minutos cuando comenzó el tiroteo. Llegamos al lugar después de la policía panameña. No entré. Descubrimos a través de los canales de la embajada que no había ningún estadounidense presente. Nos preocupaba que Ross hubiera dejado sus documentos robados, pero...

"No lo hizo".

Albright ladeó la cabeza. "¿Sabes esto cómo?"

"Tuvo el problema justo antes de salir de casa". Albright levantó una ceja, por lo que Dom respondió la siguiente pregunta antes de que fuera planteada. "Él me lo dijo".

"Esperar. ¿Hablaste con Ross?

"Brevemente. Casi lo tenía en la mano”.

"¿Pero?"

“Suceden cosas malas. Se escapó”.

“¿No tienes idea de adónde fue?”

“No vi el número de cola del hidroavión. No se imaginen que presentaron un plan de vuelo. ¿Aprendiste algo de los panameños sobre el avión?

Albright se limitó a negar con la cabeza. Para Dom, el agente especial de alto rango del FBI parecía un hombre al borde de la cuerda floja. Probablemente no había dormido tres horas seguidas desde que recibió el caso más de una semana antes, y ahora parecía que había llegado a un callejón sin salida. "Nada."

"Entonces, ¿qué pasa después?"

“Sigo buscándolo. Tengo una denuncia penal a su nombre. Violación del Título Dieciocho del Código de EE. UU. Artículo 798. Robo de propiedad gubernamental, comunicación no autorizada de información de defensa nacional y comunicación intencionada de inteligencia de comunicaciones clasificada a persona no autorizada. También es buscado para interrogarlo por cuatro asesinatos. Estaría en la lista de los diez más buscados, pero estoy

seguro de que la CIA presionará para mantener esto en secreto. La Oficina reaccionará gracias a Nolan y Beale, nuestros dos chicos del SSG. Dejando a un lado las tonterías interdepartamentales, se mire como se mire, Ethan Ross es ahora el más buscado de Estados Unidos".

Y añadió: "Supongo que su tío, el presidente, podría simplemente matar con un drone a ese hijo de puta, pero aún así tendríamos que encontrarlo primero". Dom temía la respuesta que pudiera obtener, pero de todos modos hizo la siguiente pregunta. "¿Por qué no le ofrecen inmunidad por la infracción si devuelve el dinero y regresa para ocuparse de la investigación del asesinato?"

"Me imagino que la oferta se hará si podemos demostrar que no ha filtrado el resultado a una potencia extranjera".

"Obviamente lo filtró. Me dijiste que Venezuela está arrestando agentes en masa".

"Eso es poco teniendo en cuenta lo que tiene en su poder". Dom preguntó: "¿De verdad crees que podrían extenderle inmunidad por devolverlo todo?"

"Soy un tipo de ley y orden, como mencionaste antes. Me gustaría juzgarlo, condenarlo y darle la inyección para matar a Nolan y Beale. Aún así, decisiones como esa están muy por encima de mi nivel salarial. La CIA podría presionar para obtener inmunidad, dependiendo de lo que tenga".

Caruso se dijo a sí mismo que si Ross recibiera inmunidad del Departamento de Justicia, lo encontraría y lo mataría él mismo. Era fácil decirlo, pero más difícil hacerlo. El tipo podría estar en cualquier parte del mundo ahora mismo.

Minutos después de que Albright se fuera, llamó Gerry Hendley. Dom había estado esperando una llamada toda la noche, porque sabía que Sherman llamaría a Hendley tan pronto como ella regresara a su casa. A Dom no le molestó esto. Adara había pateado traseros en Panamá, y si el único precio por toda su ayuda era mantener a su empleador informado sobre su estado mental, que así fuera.

Y hay que reconocer que Hendley no hizo nada para ocultar el hecho de que Sherman era su sustituto de ojos y oídos. "Hablé con Adara. Me dio un

informe bastante detallado sobre tus hazañas en Panamá.

“Pensé que lo haría. Supongo que te dijo que dejé escapar a Ross.

“Ella no lo caracterizó así. Ella dice que todo estaba en tu contra y que hiciste lo mejor que pudiste”.

“Estoy harto y cansado de hacer lo mejor que puedo. No importa. Ross todavía está por ahí en alguna parte”.

"Me he comunicado con mis contactos en la comunidad de inteligencia para averiguar qué nivel de amenaza representa su información".

Dom preguntó: “¿Qué tamaño tiene esto? ¿La CIA ya le ha dado detalles específicos?

Hendley dijo: “Es potencialmente ruinoso. Más de ciento veinte gigas de documentos. El más secreto. Información de agentes locales extraída de los informes de los oficiales de casos. Empresas fachada enumeradas por nombre. Servicios de inteligencia afiliados y de enlace”.

“¿Nombres de los agentes?”

“No, pero hay muchos allí para identificarlos. Si estos archivos llegan a las manos equivocadas, toda la comunidad de inteligencia de Estados Unidos recibirá un golpe devastador”.

Gerry continuó. “No podemos decir que ésta sea la mayor filtración de inteligencia en la historia de Estados Unidos. Eso fue hace un par de años, cuando los chinos se apoderaron de cuarenta terabytes de archivos del Departamento de Defensa. Pero esta es la filtración de inteligencia que provocará la muerte de más personas en la comunidad de inteligencia que cualquier otra cosa que hayamos enfrentado. Alguna vez. Piénselo. Prácticamente todos los agentes en nómina de la CIA. Eso no sólo expone a miles de extranjeros en todo el mundo. Cualquiera que tenga acceso a esta información puede investigar a esos agentes extranjeros y descubrir con quién se reunieron, y eso los llevará a redes más grandes. También los llevará de regreso a sus oficiales de casos estadounidenses”.

Gerry exhaló en el teléfono. “Si la filtración de Ross llega a manos de una potencia extranjera, las ramificaciones repercutirán durante décadas. La agencia tendrá que incorporar una nueva generación de oficiales de casos y

reclutar una nueva generación de activos extranjeros. Eso nunca ha sucedido.

“Estados Unidos sufrirá mucho en estos años difíciles. Será devastador”.

Caruso se frotó los ojos. “Tenemos que tapar la fuga. No hay otra alternativa”.

“El FBI, el Estado y la comunidad de inteligencia estadounidense están haciendo todo lo que pueden. Tu tío le ha dado la prioridad que debe ser llamar la atención”.

Dom dijo: “No estoy haciendo todo lo que puedo. Necesito volver a salir, Gerry.

"Quieres continuar tu participación en este asunto, ¿no?"

“Maldita sea, lo hago. Quiero ver esto hasta el final”.

"Probablemente pueda darle algún discurso sobre no hacer esto personal".

Dom medio puso los ojos en blanco. "Sí. Si eso te hace sentir mejor, me sentaré aquí mientras me das ese discurso”.

"No hay necesidad. Pero necesito informarles que el resto del Campus está operativo nuevamente”.

Esto sorprendió a Caruso. "¿Están trabajando para recuperar los datos?"

"Negativo. Es otra situación. Potencialmente un punto álgido en el extranjero. Están de camino a Asia ahora mismo”.

"Cuéntamelo".

"No. Estás desplegado en tu propia operación. Cuando estés listo para volver a unirte a tu equipo, te informaré sobre su operación”.

"Pero-"

“Dominic, en este momento no es necesario que lo sepas. Estás corriendo solo. Permanezca así hasta que esté listo para integrarse nuevamente al Campus por completo”.

Dom refunfuñó un "Sí, señor" y la llamada terminó un momento después.

Dom estaba enojado y frustrado al mismo tiempo, pero tuvo la presencia de ánimo para darse cuenta de que conservaba algo de control. Si de alguna manera pudiera afectar el resultado de la investigación de Ross, podría seguir adelante y reunirse con su unidad. Con ese fin, volvió a su computadora portátil y abrió su software IBM i2 Analyst Notebook. Comenzó a revisar los datos encontrados de toda la información que registró desde la casa de Ethan Ross. Lo había cargado en su computadora días antes, pero los datos no habían conducido a ninguna conclusión real del análisis de patrones. Para encontrar algo en el tesoro escondido que conocía, sería necesario agregar algo más de contexto; de lo contrario, tendría que analizar cada pista, cada nombre de cada número de teléfono o cada conexión entre todos los puntos de datos dispares. Ese no era un trabajo para un hombre solo en su sofá, era un trabajo para el FBI.

El único problema con esto era el hecho de que Dom sabía que Albright lo encarcelaría si de alguna manera lograba producir cientos de piezas de información de la casa de Ross. El FBI tendría acceso a la misma información que ahora tenía Dom, por lo que no se sentía tan mal por guardársela para sí mismo.

Mientras examinaba los datos, más de ocho mil elementos en total, se centró en las direcciones y números de teléfono escritos a mano. Comenzó a resaltar números buscando en un gráfico cualquier análisis de enlaces o tendencias con ese número. No tenía la capacidad de rastrear ningún teléfono más que simples búsquedas en Internet, pero esto descartó la gran mayoría de todos los números. Aun así, había varios números de teléfono que no tenían relación conocida con ningún otro dato. No eran restaurantes, ni empleados del NSC, ni de la Casa Blanca, ni amigos o familiares conocidos de Ethan Ross.

Dom se preguntó si las respuestas lo estaban mirando a la cara, pero toda esta información era más abrumadora que aclaratoria.

Decidió cambiar su estrategia. Sacó las fotografías de los tres frascos de pastillas que había encontrado en la cocina de Ross. Amplió las imágenes, luego las volvió a ampliar y pronto estuvo en Internet buscando PillID.com. Escribió la forma, el color y las marcas de cada tableta y en cinco minutos identificó las tres drogas.

Clonazepam, glicopirrolato y sertralina. No estaba familiarizado con ninguno de los medicamentos, pero tan pronto como comenzó a investigarlos, se dio cuenta de que eran los medicamentos que el examinador del polígrafo Finn sospechaba que Ross estaba tomando.

Si Ethan no tenía una receta propia para estos medicamentos, era razonable concluir que alguien se los había dado, y no más allá del ámbito de posibilidades de que esa persona fuera consciente de su necesidad de derrotar al polígrafo del FBI.

Dom se dio cuenta de que necesitaba encontrar al médico que le había recetado los tres medicamentos, en algún momento de las cuarenta y ocho horas aproximadamente entre que Ross supo que le harían el polígrafo y el examen real.

Por supuesto, no eran tiempos rígidos. Ethan podría haber tomado estas píldoras durante meses o años, podrían haber estado ahí desde su última poli de rutina, pero Dom sabía que el parámetro de cuarenta y ocho horas era el más probable.

Dom no tenía forma de encontrar al médico por su cuenta. Sabía que podía ponerse en contacto con Albright, y muy posiblemente ser encarcelado por allanamiento de morada, o comunicarse con David en el Mossad. El israelí había demostrado que su organización tenía capacidad para obtener respuestas. Dom no sabía cómo lo hacían, aunque sospechaba que estaban recibiendo ayuda de miembros clave de la comunidad de inteligencia estadounidense.

Se decidió por David, aunque no sabía si el hombre del Mossad sería de mucha ayuda. Los dos hombres no habían hablado desde que Dom dejó la radio en silencio en Panamá.

David contestó su teléfono después de varios timbres, y su saludo le dijo a Dom que no todo sería perdonado fácilmente. "Me has demostrado que no me contactas para brindarme ayuda, así que sólo puedo asumir que necesitas algo".

"Sí. Lamento lo de ayer".

"Pensé que teníamos un acuerdo sobre Panamá".

"Los hechos sobre el terreno cambiaron rápidamente".

"Sabemos de la brecha digital que cometió el señor Ross".

Dom asumió que se habría enterado del problema. Él dijo: "Espero que entiendas que no estaba en condiciones de discutir eso contigo en ese momento".

“Eso es justo. Pero manejaste mal la situación. No estoy dispuesto a ayudarte ahora”.

Dom dijo: "Tengo una prueba que podría llevarnos a Ethan Ross".

David se rió entre dientes, pero había frialdad en ello. “¿Nosotros, señor Caruso?”

"Bien . . . a mí. Mira, quiero ayudar a la inteligencia estadounidense a recuperar los archivos. No estoy seguro de lo que usted sabe sobre el alcance de la violación, pero estoy seguro de que su organización puede ver que eso también es lo mejor para Israel”.

"Seguir."

“Si encuentro a Ross, me encantaría matarlo yo mismo, pero matarlo no recuperará los datos. Traeré al FBI. No tengo elección. Sé que quieres venganza...

“Ambos queremos venganza. Pero la venganza puede esperar. Estamos de acuerdo con tu valoración. Recuperar los datos es primordial. ¿Cómo podemos ayudarte?

Dom le contó a David sobre las píldoras y su teoría de que fueron recetadas entre el miércoles de la semana anterior y el miércoles. David dijo que vería qué podía encontrar.

La llamada de vuelta llegó en sólo treinta y cinco minutos. Dom se sorprendió de lo rápido que había sido. Él respondió: "Tienes que estar bromeando".

Podía oír a David sonreír cuando hablaba. “Quien obtuvo estos medicamentos fue muy inteligente. No utilizaron al mismo médico para los tres”.

"¿Cómo podemos saber que los medicamentos están relacionados con Ross si no provienen del mismo médico?"

“El clonazepam y la sertralina son ansiolíticos muy comunes y, a menudo, se recetan juntos. Pero en un radio de cien millas de Washington, D.C., sólo tres médicos recetaron glicopirrolato entre el lunes y el miércoles de la semana pasada. No es un medicamento común”.

"Bueno. Dame los tres nombres. Los comprobaré”.

"No hay necesidad. Dos de los médicos son dermatólogos. Es un medicamento para la sudoración excesiva, por lo que es bastante comprensible. El tercer médico, sin embargo, es un cirujano cardíaco del centro de D.C.

“¿Un cirujano cardíaco? Eso suena sospechoso”.

"En efecto."

David dio el nombre y el número del hombre. Dom conectó la información a su Cuaderno de analista, pero se sintió frustrado al no ver conexiones con ningún punto de datos allí.

“Nada”, dijo.

David respondió. "Puedo enviarte por correo electrónico sus registros de llamadas durante ese período de tiempo".

Las cejas de Dom se alzaron. "Eso podría ser útil".

En cuestión de minutos, el expediente de ocho mil puntos de Caruso sobre Ross tenía otras trescientas doce pruebas forenses, todas llamadas telefónicas dirigidas a y desde un cirujano cardíaco en el centro de D.C., tanto su oficina como su teléfono móvil. Después de cargarlo en el Cuaderno del analista, Dom hizo clic en una herramienta de visualización que le mostraría cualquier interconexión entre los datos de la casa de Ross y los del cirujano.

Apareció un gráfico en su pantalla, y cuando lo resaltó vio la imagen de una nota Post-it y en ella un número de teléfono escrito a mano que Ross había dejado sobresaliendo de una revista sobre una mesa de café en el porche trasero.

David había estado esperando al otro lado de la línea. "¿Cualquier cosa?"

"Un número más para rastrear".

"Dámelo".

Dom lo leyó, hubo una pausa de menos de un minuto y luego una respuesta. "Ese es el teléfono móvil que pertenece a Harlan R. Banfield de Washington, D.C. Es un reportero que solía trabajar para el Post".

"Bingo", dijo Dom. Un periodista había conseguido que Ross superara el polígrafo del FBI. Dom se preguntó qué más había hecho el hombre.

HARLAN BANFIELD BAJÓ del ascensor hacia su aparcamiento, cansado tras un día completo y estresante. Caminó hasta su Volkswagen que estaba en la esquina y, mientras lo hacía, se dijo que se estaba haciendo demasiado mayor para trabajar a tan altas horas de la noche. El garaje estaba vacío en sus cuatro quintas partes; calculó que era la única persona en el edificio que trabajaba doce horas al día.

Había dado unos pasos hacia el ascensor cuando notó la silueta de un hombre parado en la oscuridad entre dos vagones a su derecha. Pensó en Ethan; esto estaba a sólo unos metros de donde el denunciante del NSC había aparecido de la oscuridad la semana anterior, iniciando todo este episodio traumático para el periodista de sesenta y seis años.

Pero donde Ethan simplemente había salido a la luz, esta figura salió corriendo de la oscuridad y atacó a Banfield.

El hombre agarró a Banfield por el abrigo y lo estrelló contra una columna de soporte de cemento, luego lo arrastró detrás de la columna, escondiéndolo de cualquiera que pudiera salir de los ascensores.

Banfield estaba demasiado sin aliento para gritar, pero cuando vio el arma, solo una pistola negra y achaparrada que su atacante sacó del interior de su abrigo, logró emitir un pequeño grito de alarma que emanó desde el fondo de su garganta.

El hombre volvió a golpear a Banfield contra la columna, su cabeza contra el frío cemento junto al antebrazo del atacante, y el arma desapareció de la vista.

Pero Banfield sabía hacia dónde iba. Sintió un objeto de metal duro presionado contra su entrepierna.

El atacante estaba ahora cara a cara con él. Llevaba una máscara y Banfield no podía ver nada de los ojos del hombre a pesar de que estaban a sólo unos centímetros de los suyos, porque la luz era muy mala allí en la esquina del estacionamiento subterráneo.

"¿Quién eres?" Banfield intentó darle fuerza a sus palabras, pero éstas salieron con un vibrato hueco.

El hombre enmascarado dijo: "Soy el tipo que te va a volar los putos huevos si no me dices lo que quiero saber".

“¿Q-qué quieres?”

“Ethan Ross. Empieza a hablar”.

“¿Ethan Ross? ¿Quién es ese?"

Banfield pudo ver la boca del hombre y se dio cuenta de que estaba sonriendo. “¿Así es como vas a jugar?” Golpeó con más fuerza el cañón del arma contra la virilidad de Banfield. "Así es como voy a jugar".

"¡Esperar! Por favor."

“No voy a esperar. Voy a dispararte. Tengo que demostrarte que no estoy bromeando, ¿no?

"¡No! Sé que hablas en serio. Sé para quién trabajas. Eres la CIA”.

“Ni siquiera cerca, imbécil. Esos maricas de Langley tienen reglas. Yo tomo mis propias decisiones”.

“Cristo todopoderoso. Tú. Tú fuiste quien mató a Eve Pang. Y los hombres del FBI”.

El hombre enmascarado ladeó la cabeza. "¿De qué estás hablando? Ross los mató”.

“¿Ross? No. Eso es ridículo. Ross no podría hacer daño a una mosca. Fuiste tú”.

El hombre de la máscara pareció confundido por un momento, pero se recuperó. Metió el arma con más fuerza entre las piernas de Banfield.

Banfield dijo: “Lo haré. . . Te diré todo lo que quieras saber”.

"¿Dónde está?"

"Juro que no tengo idea."

"Eso apesta para ti". El hombre volvió a apretar el percutor de la pistola. El clic resonó en todo el aparcamiento.

"¡Esperar! Puedo averiguarlo".

"¿Cómo?"

"Tengo un servicio de mensajería seguro en mi computadora. Puedo consultar con alguien".

"¿Caramba? ¿Chat seguro? ¿Criptogato?

Banfield asintió. "Criptogato".

"¿Quién es tu contacto?"

Banfield cerró los ojos. Dudó, pero sólo por un instante. "El jefe del ITP".

"Dame un nombre".

"Bertoli. Gianna Bertoli.

"Te pondrás en contacto con ella ahora mismo y descubrirás qué hicieron con Ross".

Banfield asintió con la cabeza.

DOMINIC CARUSO LLEVÓ A BANFIELD arriba, a su oficina, a punta de pistola. Tuvo que quitarse la máscara para esto, no podía estar seguro de que no pasarían a otros en el camino, y caminar por un edificio de oficinas en el centro de DC con un pasamontañas de neopreno negro prácticamente aseguraría que la policía llegara en masa.

Pero se quedó detrás de Banfield, empujándolo con el arma en el bolsillo.

Dom no había disparado esta arma en años y esperaba no tener que probarla. Era una Walther PPK que su hermano Brian le había regalado cuando se graduó en la Academia del FBI. Era más un arma de exhibición que otra cosa, pero en este momento Dom's Smith estaba en algún lugar bajo el control de Darren Albright, por lo que sacó su Walther de la caja fuerte de su arma, la limpió, la lubricó y la cargó con munición de punta hueca .380. , y luego corrió al lugar de trabajo de Banfield.

En el ascensor, Dom vio al hombre mayor posicionarse para captar el reflejo de su atacante en las puertas de metal pulido. Dom simplemente dijo:

"Cabeza abajo o te dispararé en las rótulas cuando lleguemos a tu oficina".

Banfield miró hacia abajo el resto del camino.

Dentro de la pequeña oficina de una sola habitación, Banfield se dirigió a su computadora en su escritorio e inició sesión. Le temblaban las manos mientras escribía; Dom se paró detrás de él y le apuntó con la pistola a la nuca. "¿Hay alguna posibilidad de que puedas conseguir que muevas ese arma un poco?"

"No hay ninguna posibilidad."

"Me pone nervioso".

“Deberías estar nervioso. El miedo es una reacción razonable para usted en este momento. Seré honesto. Si yo fuera tú, estaría cagado de miedo.

Banfield hizo lo mejor que pudo para concentrarse en lo que estaba haciendo. Finalmente, inició el chat.

El alivio que sintió cuando Bertoli respondió al otro lado de la conexión Cryptocat fue mitigado por el hombre enojado y armado detrás de él.

Él dijo: “Si siquiera sospecho que intentas avisarla, no vivirás para ver el amanecer. Te mataré aquí y ahora mismo”.

Harlan mantuvo sus dedos temblorosos sobre el teclado. “No lo pensaría”.

“Por supuesto que lo pensarías. Estás pensando en ello ahora mismo. Pero si lo haces, si intentas una pequeña cosa, morirás lenta y desagradablemente. No te preguntaré si lo entiendes, porque lo veo en tus ojos. Lo entiendes. Eras corresponsal extranjero. Sé que has estado en algunos de esos lugares de mierda del Tercer Mundo donde han convertido la tortura en un arte.

“Bueno, ¿adivina qué, imbécil? Yo también”.

"OMS . . . ¿quién eres?"

“Soy esa cosa que siempre supiste que estaba ahí fuera. En las sombras. Excepto que no estoy ahí afuera. Estoy aquí, con una pistola apuntando a tu

rótula".

Banfield sólo pronunció un ronco "Querido Dios".

"Relajarse. Me escabulliré silenciosamente y te dejaré vivir si tomas una serie de decisiones correctas en los próximos minutos. Pero mataré si me das algún motivo para hacerlo".

Harlan estaba seguro de que este hombre era uno de los agentes que había pasado los últimos años intentando descubrir. Un grupo más profundo y oscuro que la CIA, que trabaja aquí, en las fronteras de Estados Unidos, contra periodistas y otras personas que revelarían la existencia del gobierno en la sombra.

El hombre que estaba detrás dijo: "Averigua dónde está".

Harlan escribió.

Quería asegurarme de que estás bien.

Estoy bien.

¿Y nuestro amigo?

Él está bien.

¿Hay algo que pueda hacer?

No en este momento. Gracias.

Banfield dudó mucho tiempo y luego escribió: Necesito saber si estoy seguro aquí. Si hay alguna exposición para mí.

¿Por qué habría?

Banfield miró a Caruso. "No sé qué decir".

Caruso le dijo a Banfield qué escribir y él tecleó.

El FBI ha estado en su casa. ¿Puedes preguntarle a Ethan si hay algo que pueda llevar al FBI hasta mí? Me llamó una vez a mi teléfono celular principal, hace muchos meses. ¿Alguna posibilidad de que haya anotado el número? Si es así, quizás todavía tenga tiempo de salir de la ciudad.

Banfield terminó de escribir y luego su dedo se movió hacia la tecla Enter. Pero antes de que pudiera reprimirlo, Dom se agachó y le arrebató la mano al mayor.

Banfield se sobresaltó. "¿Qué ocurre?"

Dom miró fijamente a los ojos de Banfield, una mirada dura y cruel. “¿Ethan? Arriba lo llamaste “nuestro amigo”. Eso fue desde el principio. Estabas asustado. Hiciste lo que te pedí, así que te relajaste un poco y ahora estás tratando de avisarla. No lo llamas Ethan en tus comunicaciones con Gianna, ¿verdad? Banfield no respondió, pero su rostro se contrajo. Dom dijo “No. No lo harías. Ross tampoco. Simplemente lo llamas "nuestro amigo", ¿no?

Banfield asintió.

“Si estás mintiendo, fracasaré en mi misión. Si fracaso en mi misión, tendré mucho tiempo libre. Mucho tiempo para encontrarte”.

"Lo juro."

"Corrige el mensaje y envíalo".

Banfield así lo hizo y hubo una larga pausa.

Y luego una respuesta.

Dice que podría haber anotado tu número. No lo recuerda. Creo que deberías salir de la ciudad.

"¿Eso te dice dónde está?" -Preguntó Dom.

“Así es. Ethan Ross está en Ginebra”.

“¿Estás seguro?”

"Absolutamente. La sede mundial de ITP es el hogar de Gianna allí mismo, en la ciudad”.

“¿Y ella lo llevaría allí?”

“Tiene el apoyo del gobierno local y de otras naciones europeas con

consulados u oficinas de la ONU allí. Es un terreno seguro".

"¿Tienes una dirección?"

"No."

Dom volvió a levantar el arma.

"No es una dirección. ¡Pero trabajan en la Universidad de Ginebra!

"Suficientemente bueno".

Dom observó mientras Banfield terminaba el chat y se desconectaba.

"Es tu día de suerte, Banfield. No mueres".

Dom arrancó la computadora de la pared y la recogió. "Me llevo esto como garantía para asegurar su silencio. Y si, en algún momento, descubro que te comunicaste con Ross o con alguien del ITP, uno de mis colegas vendrá a buscarte, y no es tan divertido estar con mis colegas como yo.

"No hablaré. Lo juro."

Dom dejó a Banfield solo y temblando en su pequeña oficina.

EL FOUR SEASONS HOTEL des Bergues en Ginebra se encuentra con vistas al río Ródano, junto al puente del Mont Blanc. Desde su suite del sexto piso, Gianna Bertoli contempla la vista con una taza de café en la mano y una plácida sonrisa en el rostro. Suiza se sentía mucho más segura y civilizada que Panamá. Incluso más que Washington, D.C. Estaba contenta de tener las experiencias de esas ciudades detrás de ella, en todo su tiempo con el ITP nunca había hecho nada "en el campo" y ahora dudaba mucho de volver a hacerlo. .

Era agradable estar en casa en Ginebra, a salvo entre amigos. Se alejó de la vista, salió del balcón y volvió a sentarse con Ethan. Él acababa de servirse su primera taza de café del día y ella lo miró mientras él bebía.

Tenía un aspecto terrible, como si hubiera envejecido una década en la semana que ella había estado cerca de él. Aunque él tenía una suite tan grande y cómoda como la de ella al otro lado del pasillo, era obvio que no había dormido, vio venas en sus ojos, círculos oscuros debajo de ellos, y sus manos parecían haber desarrollado un temblor que ella había tenido. No lo había notado antes.

"Ethan, ¿por qué no tomas un poco de jugo de naranja? Necesitas las vitaminas".

Tomó un sorbo de café con mano nerviosa e ignoró su comentario. "Cuando llegamos aquí anoche teníamos todo el piso para nosotros solos. Esta mañana había una docena de personas trasladando equipaje a sus habitaciones. ¿Quiénes son todas estas personas?

"Colegas de ITP. He llamado a todos en Europa aquí.

Una demostración de fuerza, digamos. Se alojan cuatro o cinco en una suite; al final del día tendremos veinticinco amigos cerca. Periodistas, hacktivistas, abogados, defensores de los derechos humanos, profesores universitarios".

Ethan dejó su taza. "¿Y todos saben de mí?"

"No. En absoluto. Ninguno de ellos lo hace. Saben que estoy aquí y los invité. Cuando llegamos de Panamá decidí que necesitábamos involucrarnos

en la organización. Es mejor para ti ahora mismo. Tenemos toda la planta para nosotros solos".

"No exactamente. Noté que Mohammed tenía más hombres con él. Están los cuatro que nos sacaron de Panamá, y ahora han aparecido dos tipos más que parecen tan peligrosos como los primeros cuatro".

"Sí, lo sé."

"¿Quiénes son?"

Gianna dijo: "Mohammed me dijo que eran amigos suyos que podrían ayudarnos con la seguridad".

"¿Por qué un pirata informático tiene amigos que pueden brindarle seguridad?"

"Según tengo entendido, son parte de su organización".

"¿Su organización libanesa?"

Gianna tomó un sorbo de café. "Sí. ¿Por qué lo dices así?

"Los cuatro en el avión. Hablaban árabe", dijo Ethan, pero ¿escuchaste cómo se llamaban entre sí?

"No los entendí".

"Shiraz, Isfahán, Kashan, Ormand. Son ciudades de Irán.

No sé sobre Mohammed, pero esos tipos son iraníes". Gianna negó con la cabeza. "He estado en sus oficinas en Beirut. Sé quién es él. No sé sobre los otros hombres. ¿Qué importa? Nos salvaron de los asesinos estadounidenses. Yo, por mi parte, estoy agradecido".

"Ni siquiera sabemos que los hombres que atacaron en Panamá eran estadounidenses".

"¿Quiénes más podrían ser? ¿Quién más te quiere muerto? Los israelíes, tal vez, pero ¿realmente importa? Sabemos que trabajan juntos".

Ethan admitió el punto. "La pregunta sigue siendo: ¿qué hago ahora?"

“Me gustaría hablar contigo precisamente sobre eso. Espero que me escuchen y sigan confiando en mí”.

Los dos pasaron la mañana discutiendo el futuro de Ethan y, a las once de la mañana, Ethan había aceptado a regañadientes el plan de Gianna. Regresó a su suite y pronto Gianna llamó a la puerta de Mohammed. Lo encontró trabajando en su habitación, hablando por teléfono y con su computadora portátil frente a él. Cuatro de sus seis colegas también estaban aquí, pero simplemente estaban sentados. Gianna no tenía la impresión de que ellos mismos fueran piratas informáticos.

Se sentó con Mohammed en una mesa justo dentro de su balcón cerrado. Ella dijo: “He hablado con Ethan y juntos hemos tomado una decisión. Los estadounidenses han hecho todo lo posible para matarlo. No habrá distensión. Él se da cuenta de esto ahora. La única manera de salvarse es salir a la intemperie. Mahoma no entendió. “¿Qué significa eso de “a la intemperie”?”

Gianna dijo: “Ethan y yo hemos decidido que lo haremos público.

Muy público”.

Mohammed sacudió la cabeza con una sonrisa de disculpa. "No puedes hacer eso".

“Daremos una conferencia de prensa aquí en el hotel, mañana al mediodía. Me revelaré como director del Proyecto. Esto no tiene importancia para mí, ya que no volveré al campo. Prefiero quedarme aquí en Ginebra y trabajar como figura decorativa que promueva nuestro trabajo. Ethan detallará los acontecimientos que lo trajeron aquí, incluidos los intentos de Estados Unidos de matarlo, tanto en las calles de Washington como en Panamá”. Gianna sonrió. "Para el ciclo de noticias del lunes, tanto el trabajo del Proyecto como los Crímenes de América estarán en boca de todos los periodistas de Europa". Mohammed se puso de pie, rodeó la mesa y se puso delante de la mujer suiza. "Gianna, esa es una muy mala idea". Ella puso su mano sobre su hombro. Él lo miró con torpeza y ella lo apartó. Recuperándose rápidamente, dijo: “No lo tomes a mal, pero la publicidad no es tu área de especialización. Haremos un anuncio de que Ross era un prisionero de conciencia que trabajaba para el gobierno estadounidense, fue expulsado del país por asesinos, asesinos que mataron a su novia, y luego fue perseguido por los estadounidenses en Centroamérica. Una vez que lo

hagamos público así, estará a salvo. Estará rodeado de gente aquí en Europa que lo protegerá, y los estadounidenses no se atreverán a intentar nada una vez que se corra la voz".

Mohamed golpeó la mesa con el puño. "¿Y los datos que posee? Todo nuestro objetivo era conseguir el control de esos datos.

¿Lo has olvidado?

"Relajarse. Por supuesto que no lo he olvidado. Tu plan fue brillante y funcionó casi a la perfección. Cuando me dijiste que tenías un software que podía atacar las bases de datos ultrasecretas del gobierno de Estados Unidos, supe que Ethan Ross podría servir como nuestro hombre interno, si tan solo creáramos una situación lo suficientemente desesperada para él. Pero nunca contamos con que la gente muriera en el proceso".

Mahoma no respondió.

El pecho de Bertoli se agitaba. "Es irónico, ¿no? En nuestros esfuerzos por retratar a Estados Unidos como una nación sin ley, nos hemos sorprendido por su capacidad para cometer anarquía".

"Nada me ha sorprendido hasta la fecha, Gianna. Excepto por el hecho sorprendente de que quieres contarle al mundo entero sobre Ross.

Lo siento, pero en el momento en que lo hagas, seremos barridos a medida que las agencias de inteligencia del mundo comiencen a intervenir.

Las Four Seasons estarán repletas de espías de todo el planeta. Todos tendrán sus ojos puestos en Ross y sus datos".

"Lo protegeremos. La seguridad del hotel lo protegerá. La policía del cantón lo protegerá. Cuando hagamos públicas las noticias de los asesinatos y su ataque en Panamá, Estados Unidos se avergonzará y sacaremos provecho de eso. Ethan, a su debido tiempo, permitirá que el ITP acceda al caché".

"¡Cuando Estados Unidos se entere de que está aquí, no tendremos tiempo!" La suiza ladeó ligeramente la cabeza. "Tú sí quieres ayudar al ITP, ¿no? Tu lealtad es hacia nosotros, ¿no es así? Mohammed dijo: "Por supuesto. ¿Por qué lo preguntas?"

"Ethan parece pensar que usted está trabajando para la inteligencia iraní.

Le dije que esto era una locura, que conocía su operación en el Líbano desde hacía años. Pero tengo que admitir que ahora estás actuando de forma extraña, como si tuvieras algún otro objetivo para los archivos americanos.

Respiró para calmarse antes de decir: "Simplemente creo que estás cometiendo un error".

Bertoli miró al hombrecillo sentado al otro lado de la mesa durante un largo rato. Finalmente, ella respondió. “La decisión está tomada. Hemos notificado a los medios”.

Mohammed se puso de pie y salió furioso de la habitación sin decir una palabra más.

ETHAN ROSS se sentó a cenar en un salón privado para banquetes en el Four Seasons, rodeado por más de dos docenas de destacados hacktivistas, abogados de derechos humanos, periodistas y otros seguidores de Gianna Bertoli y el ITP. Un círculo de agentes de seguridad, todos proporcionados por el hotel, se encontraba justo afuera de la puerta de la sala de banquetes.

Si bien el empleado estadounidense del NSC no había hecho ninguna declaración hoy (eso se haría mañana), los miembros del ITP presentes habían estado armando las piezas ellos mismos. Este estadounidense entre ellos obviamente venía de Washington; el anuncio más importante de Bertoli detallaría quién era y qué había hecho exactamente. La propia Bertoli había contado un poco a algunos de sus invitados. Era publicidad 101, sabía que necesitaba crear expectación antes de la gran revelación de mañana.

El vino y el champagne corrieron durante toda la comida, cualquier excusa era buena para una celebración entre los miembros del Proyecto en esas pocas ocasiones en que se reunieron todos, pero el jolgorio de esta noche parecía estar a la altura del anuncio de Bertoli.

Mohammed estuvo notablemente ausente esta noche. Había estado hablando por teléfono todo el día. Ethan lo había visto en el vestíbulo, en el quinto piso, e incluso en su balcón. Sus compañeros permanecían cerca de él en todo momento, casi como una especie de guardaespaldas.

Durante la cena, los brindis y la juerga, Ethan permaneció sentado en silencio, y sus recelos crecían minuto a minuto. El carácter festivo de la velada parecía fuera de sintonía con todo lo que había sucedido.

Y más que eso, tenía otra preocupación. Simplemente no podía quitarse la sensación de que todo este asunto había sido orquestado para llevarlo a este punto. Como si lo hubieran persuadido, empujado y manipulado en las decisiones que había tomado, las acciones que había tomado, el camino que había recorrido.

La sensación de ser un peón iba completamente en contra de su propia imagen, pero la cena lo convenció de que el Proyecto de Transparencia Internacional se beneficiaría enormemente de su desgracia. Dicho esto, no había conocido a una sola persona en el ITP, incluido Bertoli, que creyera capaz de mover sus hilos de la misma manera que habían sido movidos para causar todo esto. No pudo evitar preguntarse si alguna otra entidad estaría involucrada.

Era demasiado para contemplar, así que no lo hizo. Ethan tomó la botella de champán más cercana y llenó su vaso de agua con ella, diciéndose a sí mismo que necesitaba relajarse para poder pensar con claridad y poder afrontar lo que estaba por venir. Esta noche se emborracharía hasta la mierda y mañana se ocuparía del mañana.

DOMINIC CARUSO y Adara Sherman llegaron a Ginebra, Suiza, a las siete cuarenta de la mañana en un vuelo directo de United procedente de Dulles. No alquilaron un coche en el aeropuerto, sino que tomaron un taxi directamente al Hôtel St-Gervais en el centro de la ciudad y luego se registraron en una habitación de lujo en el tercer piso.

Inicialmente planearon buscar a Ross y Bertoli aquí en Ginebra durante el tiempo que fuera necesario, pero su búsqueda se simplificó enormemente cuando Gerry Hendley les informó que el ITP daría una importante conferencia de prensa en el Four Seasons al mediodía. Era obvio que la conferencia involucraría a Ross, y Dom planeaba estar allí para poder seguirlo desde el hotel.

Con ese fin, Adara caminó un par de cuadras para alquilar un sedán BMW de cuatro puertas que encajaría aquí en la lujosa Ginebra, y Dom salió del hotel para ir a una tienda de motocicletas cercana, donde alquiló una BMW F 800 GS completamente equipada con gasolina. , casco y un mono térmico de motociclista de una pieza de color gris oscuro. Él y Adara pensaron que era casi seguro que tendrían que vigilar los vehículos, por lo que querían tener dos vehículos para ampliar su cobertura.

Sin embargo, hubo un inconveniente casi inmediato en este plan. Todo lo que se hablaba en las noticias locales era sobre una tormenta de finales de invierno que se avecinaba en las montañas al sur de Ginebra y que se pronosticaba que azotaría la ciudad hacia el mediodía. A Dom no le gustaba andar en bicicleta durante una tormenta de nieve, así que consideró alquilar un segundo auto, en lugar de una bicicleta, pero se quedó con la bicicleta y se dijo a sí mismo que si el clima empeoraba, podía estacionarla y tomar un vehículo de cuatro ruedas. en cambio.

Una hora más tarde, él y Adara se reunieron en su habitación del hotel. Ella había visto el Four Seasons cuando regresaba del auto alquilado y se ofreció a dibujarle a Dom un mapa del interior, pero él decidió ir él mismo a echar un vistazo. Una vez que la prensa llegó a la conferencia, Dom no tenía planes de entrar al edificio, por lo que se dirigió inmediatamente.

Una ligera nevada comenzó a caer mientras estacionaba en un estacionamiento al lado de la Iglesia de la Santísima Trinidad, a solo una

cuadra del Four Seasons. Caminó hacia el hotel y notó que ya había varios camiones satélite afuera. Se metió en una entrada lateral y comenzó a caminar por la planta baja.

Quería tener una idea de adónde podría ir Ross después de la conferencia de prensa. Se imaginó al estadounidense siendo arrastrado por una salida lateral hacia un vehículo que esperaba, pero por la vista limitada que Dom tenía del salón de banquetes desde su posición ventajosa en el vestíbulo, decidió que era igual de probable que saliera por el frente del edificio y a la calle allí.

A Dom le preocupaba que le fuera difícil saber dónde ubicarse para vigilar la estática afuera, pero mientras pensaba en ello, su teléfono satelital sonó en su bolsillo. Lo agarró y vio que era Gerry Hendley.

“Hola Gerry. Son alrededor de las cuatro de la madrugada en D.C., ¿no?

“No me lo recuerdes. Escuche Acabo de recibir noticias de mi contacto en Justicia. Su amigo Albright está allí, en Ginebra, y le han dado luz verde para arrestar a Ross.

Dom quedó impresionado, pero aún incrédulo. "Espero que no espere que sea fácil".

“Supongo que no. Tiene un equipo HRT con él, así como una unidad de vigilancia. Están avanzando con fuerza y rapidez”.

“¿Los suizos les dieron el visto bueno para hacer esto?”

"Negativo. El FBI intentará arrebatárselo a los suizos. La preocupación es el raspado. Incluso si cae en manos suizas, no será seguro. Son un aliado, pero no podemos decir que no tengan gente entre ellos que haría un mal uso de los datos. Tenemos que sacarlo del campo de juego. Podemos besarnos y hacer las paces con los suizos después del hecho”.

"¿Cuándo va a suceder?"

“Es inminente, por lo que puedo decir. Allí mismo, en el Four Seasons, antes de la conferencia de prensa. Es la única vez que saben con certeza dónde estará y la última oportunidad de atraparlo antes de que todo esto se haga público”.

Dom miró alrededor del vestíbulo. Por lo que sabía, podría haber equipos de vigilancia del FBI en el edificio. "Supongo que será mejor que salga de aquí antes de que aparezca Albright".

"Eso parece una buena idea, hijo".

Caruso salió del hotel inmediatamente y luego regresó al estacionamiento. Se paró junto a su bicicleta y miró al cielo. Incluso a través de la nevada, podía ver enormes nubes grises flotando sobre las montañas del sur. Llamó a Adara y le pidió que se dirigiera al vestíbulo del Four Seasons y lo mantuviera informado sobre lo que estaba pasando.

ETHAN se puso un traje que había comprado esa mañana en la tienda para hombres del vestíbulo del hotel. Se ató la corbata y mientras lo hacía se miró en el espejo del baño.

Ethan era narcisista, pero conservaba suficiente realismo como para reconocer que parecía una mierda. Tenía los ojos hundidos y bordeados de ojeras, las mejillas pálidas por la falta de sueño y una peor dieta.

Se tomó un minuto con su cabello, pero finalmente desistió y se sentó en el borde de su cama. Se inclinó y se cubrió la cabeza con las manos. Permaneció inmóvil durante más de un minuto y sólo se movió cuando alguien llamó a su puerta.

Gianna entró un momento después, se sentó a su lado y se estiró para abrazarlo, pero Ethan lo empujó.

"¿Lo que está mal? Tenemos que estar en la sala de conferencias en quince minutos. Los hombres de Mahoma nos escoltarán hacia abajo".

Ross negó con la cabeza. "No puedo hacerlo".

"¿Qué quieres decir?"

"No voy a hacerlo público. Quiero comunicarme con el FBI antes de que tengamos la conferencia de prensa. Les diré que les entregaré el disco. No van a ofrecer inmunidad. . . pero podrían...

"No. No puedes hacer eso".

"Por supuesto que puedo. Quiero ir a casa. Nunca fue mi intención ser un

espía para los iraníes".

Gianna negó con la cabeza. "Te dije. Mahoma es libanés. Y Mohammed trabaja para mí".

"¿Eres realmente tan ingenuo?"

Ross había trabajado con el ITP, en parte, porque sentía que era más inteligente que aquellos con quienes trabajaba en el gobierno. De repente se dio cuenta de que era más inteligente que el ITP y los efectos de esta comprensión fueron devastadores. Gianna suspiró lentamente y se acercó a Ethan. "Mirar. Siempre me dijo que era libanés. Como dije, estuve en su oficina".

Ethan simplemente murmuró: "Tengo que salir de aquí". Bertoli se dirigió a Ross como si ahora fuera uno de sus subordinados. "Déjame decirte cómo funcionan las cosas. Los mejores grupos de hackers del mundo están en China. Los siguientes mejores están en Rusia. Luego vienen los iraníes. Son mejores que los grupos privados aquí en Europa".

"¿Por qué no trabajas con los chinos o los rusos?"

"Los chinos trabajan para su Estado. En ocasiones colaboramos con los rusos, pero ellos sólo lo hacen por dinero".

"¿Y los iraníes? ¿Para qué están ahí?

"Están en esto por las mismas razones que nosotros".

"¿Para dañar a Occidente?"

Ella se encogió de hombros. "Si quieres".

"Eres un tonto. Mohammed y su grupo están bajo órdenes directas de Teherán. Él no trabaja para ti. ¡Trabajas para él!

"Eso es ridículo".

"Déjame preguntarte esto. Cuando recibiste mi información sobre el ataque a la flotilla de la paz hace cuatro meses, ¿se la diste a Mohammed?

Ella dudó. "Entre otros. Los necesitábamos para descomprimir los

archivos comprimidos y redactar los nombres. Se trata de un proceso que requiere mucho tiempo. Mahoma se encargó de ello".

Ross entendió todo ahora. Su carrera en el Consejo de Seguridad Nacional contribuyó en gran medida a ayudarle a armar un plan verdaderamente brillante y diabólico.

"Mohammed jugó conmigo todo el tiempo. A través de usted supo de Yacoby, supo que los palestinos irían tras él y sabían que esto revelaría a su denunciante en la inteligencia estadounidense. Todo lo que necesitaba era algo que me hiciera correr. . ." Pensó por un momento. "Como un intento de asesinato".

La puerta de la suite de Ethan se abrió. Allí, en la entrada, estaban Shiraz e Isfahán, con gruesos abrigos de cuero y armas guardadas bajo el brazo. Otro hombre apareció en el pasillo y entró en la habitación detrás de ellos. Era Mohammed, pero Gianna y Ethan tardaron unos segundos en darse cuenta. Atrás quedó su comportamiento incómodo y su ropa de estudiante universitario. En su lugar llevaba traje y corbata, era más alto, tenía los hombros hacia atrás y parecía absolutamente confiado. "Bien hecho, Ethan. Lo tienes exactamente bien hasta ahora, pero déjame ampliarlo para ti".

Ethan miró a su alrededor. "¿Has puesto micrófonos en mi habitación?"

Mohammed sonrió y levantó las manos a modo de disculpa. Dijo: "Mi visión inicial para esta operación era demasiado estrecha.

"Tenía acceso a un profesional de TI de la NSA y sabía que podía persuadirlo para que construyera el rastreador que necesitábamos para obtener los datos seguros, pero no tenía al hombre interno que necesitaba para poner el rastreador en la red. Cuando Gianna me dio los archivos de la flotilla para trabajar, vi que quienquiera que pasara esta información del NSC podría tener acceso a mucho más. Una gran cantidad de información vital sobre Estados Unidos y sus activos en todo el mundo. No podía encontrar a esta persona por mi cuenta, así que tuve que sacarla a la luz. La forma de hacerlo era dar información sobre Yacoby a los palestinos.

"Sabía que actuarían, incluso ayudé a coordinar la acción en India, uniendo a los palestinos y la célula de yemeníes.

"Sabía que quedaría claro que la filtración de datos estadounidense

condujo al ataque. Habría una investigación. Estaba consiguiendo que los americanos hicieran el trabajo por mí, ¿sabes? Una vez que el hombre del NSC salió, supe que Gianna se acercaría a él. Sabía que ella le ofrecería protección". Él sonrió. "Y supe que tenía que estar allí, en medio de todo".

Se volvió hacia Bertoli. "No podía estar seguro de que fueras capaz de sacarlo de Estados Unidos. Ese era un eslabón muy débil en mi plan. Pero después de consultar con colegas en Teherán, me dieron la aprobación para ir yo mismo a Estados Unidos a ayudar.

"Su nombre lo supimos en Banfield, lo vigilamos nosotros mismos. Pero no nos haría ningún bien llevárnoslo. Podríamos haberlo hecho, aunque habría sido una exposición peligrosa. Pero primero tenía que tomar los datos. Para cometer el lío.

Mahoma sonrió. "Mi amiga Gianna fue cómplice de esto. Le hablé del rastreador y pensó que podía usar su poder de persuasión para conseguir que descargaras los archivos, pero, para su sorpresa, no eras tan fácil de manipular como esperaba.

Miró a Ross. "Entonces aumenté la presión. Dejamos claro que te estaban siguiendo, pero aun así fuiste terco. No descargarías los archivos. Así que tuvimos que ponernos aún más serios".

Ethan entendió. "Víspera. Tú la asesinaste. No fue un intento de asesinato contra mí. Estabas tratando de asustarme".

Mahoma sonrió. "Estabas asustado, ¿no? De hecho, te agachaste e hiciste que dispararle fuera fácil. Fue beneficioso. Ella sospechaba de ti. Si hubiera vivido, podría haber avisado al FBI y haber conseguido que te arrestaran. Eso habría sido desafortunado para nosotros. También sabía que necesitabas sus credenciales para acceder a la red privada virtual y acceder a la red de la CIA de forma remota. Calculé las posibilidades de que perdieras la cabeza cuando ella muriera y no siguieras adelante con el problema en un cincuenta por ciento. Pero subestimé tu astucia".

Ethan murmuró: "Ella no iba a entregarme". Mahoma se encogió de hombros. "Entonces sobreestimé su patriotismo. De todos modos, todo salió perfecto".

"Tú me usaste", murmuró Ross.

"Un activo vulnerable es un activo valioso".

"¡Me usaste!" Gianna lo gritó con furia.

Mohammed le señaló la cara. “¡Por supuesto que te usé! Fuiste fácil de usar. Sabías que yo tenía el rastreador y sabías que tenías que pedirle a Ethan que lo instalara. Pero estabas indefenso en ese sentido. Le hice borrar los archivos”.

“¿Y ahora qué harás?” preguntó Ethan.

“Quería secuestrarte después de Panamá y traerte a Teherán, pero mi liderazgo exigió que preservara mi relación con ITP si era posible. Pensé que era posible. Pensé que podríamos volver aquí, Gianna y yo podríamos trabajar contigo durante unos días, desgastarte y persuadirte para que renuncies a la contraseña de tu búsqueda de inteligencia.

“Pero eso no fue así. Insististe en hacerlo público, llamar la atención sobre ti mismo, momento en el que los estadounidenses te secuestrarían o matarían. No puedo esperar a que aparezca alguien más y tome la brecha que trabajé tanto y tan duro para crear. Voy a tomarlo yo mismo. Ahora." Le hizo un gesto a Shiraz, quien se acercó a la computadora portátil que estaba sobre la mesa. El hombre de la Fuerza Quds abrió la tapa y luego se volvió hacia Ross. Mohammed dijo: “Supongo que los archivos están en la computadora. No los habrías dejado en el camino de orugas. Necesitamos las contraseñas, por favor”.

“¿Qué harás con la información?”

“Llevaremos la información a Irán. Por supuesto." Ethan negó con la cabeza. “No te voy a decir nada”.

Mahoma sonrió. Era siniestro, más aún porque estaba completamente fuera de fase de la personalidad del hombre con el que Ethan había estado durante los últimos días. Como si su cuerpo hubiera sido tomado por otro ser.

El iraní dijo: “Por supuesto que dices eso ahora. Veamos qué dices cuando termine contigo”.

De repente, Kashan giró hacia la puerta y entró corriendo en la habitación. Dijo algo en farsi que Ross no pudo entender, pero fue revelador de que los hombres ya no se preocupaban más por el árabe. No se pretendía

que fueran agentes de Teherán.

El rostro de Mohammed pasó de una tranquila confianza a una evidente alarma: “El FBI está aquí. Afuera." Hizo un gesto hacia la puerta. "Nos vamos ahora".

Bertoli dijo: "¿Adónde nos llevas?"

"Debemos darnos prisa". Fue enfático. Brusco. “Bajaremos al estacionamiento. Ahora."

Shiraz metió el portátil en la mochila y se lo puso en la espalda. Isfahan miró por la puerta, mirando de arriba abajo.

Ross se preguntó dónde estarían los demás iraníes, pero no preguntó.

“No voy a ir a ninguna parte contigo. Me quedaré aquí mismo”.

Isfahán y Shiraz apuntaron con pistolas con silenciador a Ethan y Gianna. En segundos, todos avanzaban hacia las escaleras.

MOHAMMED MOBASHERI y otros dos miembros de su equipo guiaron a Ross y Bertoli a través del garaje subterráneo de forma rápida y profesional. Tenían el aire de ser un destacamento de escolta, aunque los dos occidentales que los acompañaban eran sin duda prisioneros.

Gianna Bertoli dijo: “Deberíamos quedarnos en el hotel y dejar que la policía se encargue de ellos. El gobierno suizo no permitirá que los estadounidenses se lleven a Ethan. No tienen autoridad”.

Mobasheri sacudió la cabeza mientras caminaba. "El FBI derribará todas las puertas del edificio para llegar hasta nuestro amigo".

“¿Entonces nos vamos del hotel?” —preguntó Bertoli.

"Correcto."

"Pero afuera hace mucho frío".

"Sus abrigos, así como el resto de su equipaje, ya han sido retirados de sus habitaciones y se los traerán inmediatamente".

"¿Qué? ¿Tu gente ha revisado mis cosas? La voz de Gianna resonó en el estacionamiento. Su tono fue cáustico con la violación de su privacidad.

Mobasheri conversó en farsi con alguien por teléfono. Ross preguntó: "¿No crees que el FBI tendrá gente afuera?"

El iraní se quitó el teléfono de la oreja. “El FBI está vigilando las salidas del hotel. Pero hacia donde vamos no hay salida del hotel. Te aseguro que tengo tu seguridad bajo control. Te necesito. Sigue caminando”.

Entraron en una estrecha escalera que claramente no formaba parte de la propiedad del Four Seasons y subieron al nivel de la calle. Cuando uno de los iraníes llegó a una puerta, la abrió lentamente y miró hacia afuera antes de indicar a los demás que lo siguieran.

Ross pensó que se encontraría en una de las calles fuera del hotel, pero en lugar de eso vio que estaban en un patio largo y estrecho repleto de construcciones. En realidad, el Four Seasons estaba conectado a un bloque

completo de edificios de cinco a ocho pisos, y esta área pavimentada estaba cerrada por renovaciones. Las paredes interiores de los apartamentos y edificios de oficinas aquí habían sido cubiertas con malla verde para mantener las ventanas a salvo de la construcción en curso, y como era domingo no había actividad de la cual hablar fuera de los edificios de oficinas. De repente, Ross sintió la incómoda sensación de soledad. Rápidamente se había mudado desde el piso de un hotel con docenas de personas alrededor hasta aquí, completamente aislado aparte de un pequeño grupo a su alrededor en el que no confiaba.

Continuaron por el área de construcción al aire libre, aquí cayó poca nieve debido a los edificios altos y al viento. Para Ross estaba claro que los iraníes habían preparado este plan de fuga antes, aunque no podía adivinar cómo podían haberlo sabido. Esperaba que ahora todos salieran a la calle y tomaran taxis, aunque se preguntaba si Mohammed tendría algún otro as bajo la manga.

Por primera vez intentó resistir directamente a los iraníes. Dejó de caminar, extendió la mano y tomó a Gianna del brazo para detenerla también.

“Escúchame, Mahoma. No voy a dar ni un puto paso más. No estás obteniendo la inteligencia. Quiero quedarme aquí”.

Mobasheri apenas perdió el paso. Saludó con la cabeza al hombre que estaba a la izquierda de Ross, quien le dio un puñetazo en la parte posterior del hombro al estadounidense, derribándolo hacia adelante y perdiéndole el equilibrio. Tan pronto como pudo darse la vuelta con la esperanza de defenderse de otro ataque, Ethan vio que el iraní había sacado una pistola negra y, aunque el hombre la sostenía a la altura de la cadera, apuntaba directamente al pecho de Ross.

Gianna empezó a gritar, pero un segundo hombre le rodeó el cuello con el brazo y le tapó la boca con la mano. Él la empujó hacia adelante con una llave de cabeza.

En inglés, Mobasheri dijo: “Les pido a todos que sigan moviéndose, por favor”.

Ethan Ross se giró con las manos levantadas para protegerse de cualquier golpe y continuó caminando por el tranquilo patio.

CARUSO HABRÍA DADO seis meses de su salario universitario por estar en el Four Seasons cuando Darren Albright y los sementales HRT derrotaron a Ross. Estaba seguro de que se tomaría un vídeo del evento y se reproduciría en bucle constante en los canales de cable de su país desde hacía mucho tiempo. El vídeo puede causar problemas; estaba absolutamente seguro de que la ONU y la UE y Dios sabe quién más tendría un aneurisma cuando lo vieran, especialmente si Albright y compañía tenían que hacer ruido en el elegante hotel europeo.

El vídeo será genial, se dijo, pero sería mucho mejor estar allí viéndolo de primera mano, para poder ver el color desaparecer de la cara de ese idiota de Ross cuando se dio cuenta de que pasaría el resto de su vida en una lata de diez por doce en una prisión de máxima seguridad.

Pero Dom sabía que no podía estar adentro. Tenía que mantener su propia cara fuera del constante bucle de vídeo, y seguro que no quería que Albright supiera que estaba allí. Ya estaba pensando en las consecuencias de esta operación, y no necesitaba que un tipo como Albright tuviera más curiosidad sobre él y su organización de la que ya tenía.

Entonces Dom regresó a su bicicleta estacionada en el estacionamiento frente a la Iglesia de la Santísima Trinidad, se abrochó bien la cremallera de la chaqueta y se puso el casco. Estaba nevando mucho, pero encendió su BMW F 800 GS y condujo lentamente de regreso al hotel, con la esperanza de al menos vislumbrar el final del arresto, protegido tanto de las cámaras de vigilancia del hotel como de los ojos vigilantes del FBI. la visera tintada de su casco.

Condujo lentamente de regreso a través de la nevada, junto con el tráfico ligero, permaneciendo en el carril de giro para girar a la izquierda frente al hotel. Cuando giró, vio tres SUV plateados estacionados al otro lado de la calle, junto al río Ródano. Pensó que probablemente las furgonetas pertenecían al equipo táctico, y esto se confirmó un momento después cuando vio hombres detrás de las ruedas que parecían haber sido enviados por nuestro casting central. Cortes de pelo militares cortos, cuellos musculosos que desaparecen en monos oscuros anodinos y gorras de reloj negras.

Dom sonrió dentro de su casco. El derribo estaba ocurriendo ahora mismo en el edificio a su izquierda. Atrapar a Ethan Ross no aportaría nada parecido al cierre que necesitaba para superar la muerte de los Yacoby, pero

era muchísimo mejor que nada. Además, bloquearía la filtración más peligrosa de la historia a la comunidad de inteligencia estadounidense.

Dom quería estacionar justo aquí junto a las camionetas para ver la acción, pero no vio ningún movimiento en el frente del Four Seasons, y decidió que tenía un par de minutos antes de que sacaran a Ross. No quería llamar la atención, así que se quedó en el tráfico y tomó la decisión de dar la vuelta a la manzana para ganar algo de tiempo.

Giró a la izquierda en Rue Mont-Blanc y allí vio a cuatro hombres más del FBI vigilando la calle. Estaban frente al hotel, parados en dos grupos de dos, y obviamente sabían que había salidas a través de algunas tiendas en la calle que también tenían puertas que conducían al vestíbulo del hotel.

Bien, pensó Dom. HRT no sólo iba a apresurar la conferencia, sino que estaban preparados con vigilancia en caso de que Ross intentara abrir otra salida.

Giró otra vez a la izquierda por Rue de Cendrier, era el final de la manzana, y buscó al FBI aquí atrás, pero no vio a nadie. Supuso que esto significaba que las tiendas de aquí, una tienda de gafas de lujo y una tienda de ropa para hombres, no tenían acceso al hotel, que estaba al otro lado de la cuadra.

Los gruesos copos de nieve hacían difícil ver a más de cien metros, pero cuando llegó a la esquina y se disponía a girar a la izquierda, vio delante de él una gran furgoneta blanca que avanzaba hacia él. Su primer pensamiento fue que el equipo HRT era incluso más grande de lo que había pensado. Si hubieran venido en tres vehículos podrían transportar hasta treinta y seis personas.

Eso no sonó bien. Se preguntó si Albright tenía autoridad para realizar otros arrestos además de Ross; tal vez esta furgoneta blanca fuera un furgón de arroz con el que el FBI transportaría a todos los principales actores del ITP.

No, decidió Dom. Ya iba a ser bastante difícil para Albright salirse con la suya con el ciudadano estadounidense y cruzar el puente hasta el consulado de Estados Unidos. El arresto en sí iba a crear un incidente internacional masivo. Transporte de ciudadanos suizos, ciudadanos italianos y ciudadanos alemanes. No, pensó Dom. De ninguna manera Albright tendría la autoridad para lograr algo así.

Descartó el gran vehículo que se acercaba como una coincidencia y giró a la izquierda en Place Kleberg, e inmediatamente distinguió un grupo de coches de vigilancia del FBI estacionados cerca de la entrada de empleados del hotel y de la rampa que bajaba a un muelle de carga y al aparcamiento subterráneo. . Sus motores estaban en marcha y había varios hombres en cada vehículo.

Habían sido fáciles de detectar, pero Dom les dio un poco de holgura a los chicos. En esta etapa del arresto, los equipos de seguridad que acordonaban el área no estaban preocupados por mantener un perfil bajo. Tenían que estar preparados para bloquear las salidas y apoyar a los gatilleros en el interior del hotel si fuera necesario.

Dom pasó los vehículos por la rampa hacia el estacionamiento y se dirigió hacia el frente del hotel, esperando que Albright y sus hombres se dieran prisa y terminaran con esto.

Mohammed Mobasheri iba a la cabeza del grupo cuando llegaron al final del estrecho patio. Atravesó un largo corte en la malla verde que cubría los edificios y luego abrió una puerta para los demás.

Esta habitación era una pequeña y sencilla oficina y almacén para el jardinero de la propiedad. Había un pequeño escritorio de trabajo en una pared, y alrededor de la habitación de tres por tres pies había estantes con equipos, herramientas, cables de extensión enrollados y otras cosas. Contra la pared había palas quitanieves y un quitanieves con ruedas a gasolina.

En el otro extremo del pequeño espacio había otro de los hombres de Mobasheri. Tenía un mazo en la mano y, por lo que parecía, acababa de hacer un agujero impresionante en la pared de yeso y bloques de hormigón. Tenía un metro de alto por un pie y medio de ancho, y bastaría para acomodar a la procesión si lo atravesaban lenta y cuidadosamente.

Mientras el iraní dejaba el mazo en el suelo y se volvía a poner su chaqueta negra, Mobasheri extendió una mano hacia el agujero negro.

"EM. ¿Bertoli, por así decirlo?

“¿Adónde vas a llevar…”

"¡Mover!" Su grito explotó en la pequeña sala de mantenimiento. Bertoli,

Ross y los iraníes treparon por el portal irregular y entraron en el espacio estrecho y oscuro del almacén en la parte trasera de una tienda de ropa para hombres. Se tomaron un momento para quitarse el polvo y los trozos de yeso y luego continuaron hacia la sala de ventas.

Tardó un poco en darse cuenta, pero Ross decidió en el momento en que el arma salió del cinturón del iraní que ahora era, oficialmente, una víctima de secuestro.

Preferiría arriesgarse con el FBI. La luz de las ventanas en el frente de la tienda era tenue, después de todo era un día nublado con una tormenta de nieve, pero tan pronto como Ross se acercó a la puerta principal vio un camión blanco detenerse afuera.

Este era su viaje para salir de aquí, eso estaba claro.

¿Pero un viaje hacia dónde? Ross no tenía idea.

Su primera inclinación fue salir corriendo en cuanto salió a la calle. Era bastante rápido y, aunque no estaba vestido para el frío, aquello estaba en el centro de Ginebra. No era como si estuviera en las montañas. Todo lo que tenía que hacer era encontrar un policía o un agente del FBI o cualquier espacio público o, tal vez, podría correr directamente hacia la entrada de la primera embajada que encontrara.

Seguramente, por Dios, los iraníes no le dispararían por la espalda si se escapara.

Mientras se acercaban a la entrada, Mobasheri detuvo a Ross tocándole suavemente el brazo.

"Ropa. Rápido, quiero que te cambies de ropa".

Ethan miró a su alrededor. La tienda estaba llena de ropa Lacoste. Parte era ropa de esquí, así que cogió unos gruesos pantalones de nailon y se los puso, luego buscó un suéter grueso.

Mientras hacía esto, Gianna Bertoli se había quedado inusualmente silenciosa. Para Ross estaba claro que se había dado cuenta de que había perdido completamente el control de la situación y estaba asustada. Su preocupación sólo le dio a Ethan más incentivo para intentar alejarse de estos hombres.

En segundos se había cambiado toda la ropa, incluso se había puesto un par de botas de goma.

Mobasheri asintió satisfactoriamente y luego uno de los hombres iraníes de Quds abrió la puerta de cristal de la tienda de ropa.

El corazón de Ethan latió con fuerza y tragó el aire cálido de la tienda. Esta era su oportunidad.

EN SU SEGUNDA VUELTA alrededor de la cuadra, Dom estaba convencido de que algo había salido mal en el interior del hotel. Sabía que los chicos de HRT querrían entrar a la conferencia rápidamente y usar la velocidad y la sorpresa para abrumar a su objetivo y su seguridad. Cada minuto que estuvieron sentados dentro de ese edificio fue un minuto más en el que algún guardia de seguridad o policía presente podría arruinar las cosas.

Y justo en ese momento, como si fuera una señal, Dominic escuchó sirenas provenientes del puente sobre el Ródano.

La policía local estaba en camino, y Dom esperaba con todas sus fuerzas que Albright pudiera derribarlo y largarse de aquí antes de que aparecieran hombres con armas y preguntas para descubrir qué diablos estaban haciendo la docena de tipos estadounidenses con monos. dando vueltas por el hotel de cinco estrellas.

Justo cuando Dom giraba a la izquierda en Rue de Cendrier, al otro lado de la manzana de la entrada del hotel, volvió a ver la furgoneta blanca. Se había detenido en la acera, junto a una tienda de ropa para hombres.

Dom miró por encima del hombro izquierdo en busca de la unidad de vigilancia del FBI en la calle Rue Mont-Blanc. Podía ver sus coches a través de la nieve, pero estaban a cincuenta metros de distancia y en dirección opuesta.

Dom redujo la velocidad, luego frenó repentinamente cuando vio abrirse la puerta de la tienda de ropa a oscuras y apareció Ethan Ross. Estaba sólo un paso por delante de un grupo de varios hombres y una mujer, pero a diferencia del resto del grupo, Ross corría como un demonio.

“¡No, no, no!” Dom murmuró asombrado.

ETHAN TOMÓ VUELO tan pronto como estuvo afuera, corriendo hacia la

derecha de la puerta, tratando de rodear la parte delantera de la camioneta. Claramente sorprendió a Mohammed y sus hombres, porque logró poner tres metros de separación en la acera en sólo unos pocos saltos. La nieve de la acera le llegaba hasta los tobillos, pero cuando aterrizó en la calle resbaló un poco sobre la superficie compacta y helada, pero logró enderezarse y siguió adelante. Casi había pasado la parrilla delantera de la camioneta blanca cuando el conductor puso la marcha y pisó el acelerador. La camioneta se tambaleó hacia adelante y asestó un golpe indirecto pero poderoso al estadounidense que huía, golpeándolo en el costado izquierdo, haciéndolo girar en el aire y volcándolo.

Ross cayó al suelo de espaldas, a menos de quince metros delante de Caruso.

¡SANTA MIERDA! DOM GRITÓ en su casco de motocicleta. Su primera inclinación fue correr hacia Ross, ya sea para levantarlo y salir corriendo o para atropellarlo por segunda vez, pero tres hombres rodearon su forma postrada en la calle cubierta de nieve. Lo hicieron rodar boca abajo y luego lo pusieron de pie bruscamente.

Dom simplemente se sentó en su ruidosa motocicleta BWW mientras el grupo se movía como una unidad alrededor de Ross, lo empujó y lo jaló hacia la acera y hacia el costado de la camioneta, y luego el vehículo arrancó en dirección a Dom.

Caruso lo dejó pasar y luego lo observó por encima del hombro mientras giraba a la izquierda en la Rue du Mont-Blanc.

Cuando desapareció por completo de la vista, Caruso aceleró el motor, puso la bicicleta en marcha y giró sobre la nieve. Hizo un giro de ciento ochenta grados en el lugar y salió en busca del traidor estadounidense.

ETHAN yacía boca arriba en la parte trasera de la camioneta; junto a él estaba sentada Gianna Bertoli, envuelta en su abrigo. Fiel a su palabra, Mobasheri había empacado su equipaje y éste, junto con el de Ross, estaba junto a la puerta trasera del vehículo. Se quitó el abrigo tan pronto como subió al interior y ahora se sentó junto a Ross, pero no le prestó ninguna ayuda, ya que estaba consumida por sus propios pensamientos y preocupaciones.

A Ross le dolían la cadera, la espalda y el brazo por los impactos del camión y la nieve compacta de la calle. No creía que se hubiera roto nada, pero no estaba seguro.

Mohammed estaba sentado en la fila central de asientos. Se giró y miró a Ethan. "¿Estás bien?" La preocupación en su voz parecía genuina.

"¡Podrías haberme matado!"

Mohammed sonrió, se dio la vuelta y dijo algo en farsi a los demás. Al instante, dos hombres saltaron encima de Ross y empezaron a tirar de su ropa.

"¿Qué estás haciendo?"

“Te escapaste, pero no tenías tu computadora. El raspado no está en la computadora, ¿verdad? Tienes un impulso sobre ti”.

"¡No!" gritó.

Les tomó un minuto. Lo desnudaron hasta dejarlo en nada, rebuscaron entre su ropa mientras yacía desnudo y fetal. Un hombre apartó sus brazos y otro sus piernas, estaban listos para comenzar una búsqueda en las cavidades del cuerpo, pero Ethan gritó para detenerlos.

"¡Bueno! ¡Bueno!" Se llevó la mano a la cadera y se arrancó el parche de piel de topo. Se lo pasaron en la furgoneta a Mohammed, quien quitó el microdrive del adhesivo.

Él asintió apreciativamente. “Bien hecho, Ethan. Bien hecho. La computadora era sólo un señuelo”.

Ethan volvió a ponerse la ropa. Mientras lo hacía, le dijo a Mohammed: “Tú eres la Fuerza Quds, ¿no?”

“Soy la Guardia Revolucionaria. En misión por orden del Líder Supremo. Estos hombres son la Fuerza Quds”. Él sonrió. “Pero no te preocupes. Te tratarán bien”.

"¿A dónde vamos?" Bertoli gritó la pregunta. La habían olvidado en un rincón de la furgoneta.

Mohammed pareció sopesar por un momento si responder o no. Finalmente, dijo: “Ves lo que pasa si intentas escapar, ¿no?”

Tanto Bertoli como Ross asintieron.

"Nos vamos a Génova".

“¿Génova, Italia?” Bertoli estaba confundido. “¿Qué hay en Génova?”

Mahoma sonrió. "Un barco que nos llevará a Libia".

Bertoli comenzó a gritar una serie de obscenidades, dejando muy claro que no tenía ningún deseo de ir a Libia. Ross, por otro lado, intentó una táctica diferente.

“Tienen que ser cuatro o cinco horas hasta Génova. Nunca lo lograremos antes de que los estadounidenses sepan dónde estamos”.

Mohammed desestimó el comentario. “Déjeme preocuparme por eso, señor Ross. Debes preocuparte por lo que te vamos a pedir cuando lleguemos a donde vamos”.

Ross sabía lo que querían. Querían las contraseñas. Se dijo a sí mismo que nunca se la daría, pero pensar en hasta dónde llegarían para obligarlo a revelar su contraseña le hizo cerrar los ojos y estremecerse.

DOM CARUSO era un motociclista experto, pero nunca antes había corrido en bicicleta de carretera por calles heladas mientras la visera de su casco estaba medio cubierta por la nieve húmeda.

Y además de todo esto, tuvo que romper su concentración en las condiciones de la carretera para hacer una llamada telefónica.

Durante los primeros minutos que lo siguió en la camioneta, viajaron por las calles estrechas y sinuosas del centro de Ginebra, con intersecciones cada cien metros y grandes edificios que obstruían su vista. No podía llegar al teléfono que llevaba en la mochila, tenía que poner toda su atención en no perder a su presa.

Finalmente, el camino se enderezó un poco y Dom retrocedió cien metros para permanecer fuera de la vista en la nieve. Le tomó un momento poner su mano debajo de su trasero para quitarse el guante, pero lo logró, con cuidado de mantener el guante en su lugar mientras marcaba su teléfono.

Después de cuatro tonos, Dom escuchó una grabación. “Ha contactado al agente especial supervisor Darren Albright. No estoy disponible en este momento. Por favor deje un mensaje detallado. Buen día."

"Mierda."

Los auriculares Bluetooth de última generación en su oído y los efectos de amortiguación del casco hicieron que la llamada fuera relativamente clara, pero aun así Dom tuvo que gritar por encima del motor de su bicicleta. “¡Muy bien, soy yo! Ross, Bertoli y varios sujetos armados se encuentran en una camioneta blanca de doce pasajeros con rumbo . . . Supongo que esto debe ser el sur. Cruzamos el Pont du Mont-Blanc y seguimos (espera mientras paso una señal), estamos en la Route du Maligned. Necesito TRH para ellos rápidamente antes de que lleguen a donde quiera que vayan. Llámame de nuevo”.

Cortó la llamada.

Dom tuvo que apretar más la camioneta nuevamente cuando entró en una sección montañosa en un vecindario del suroeste, y luego retrocedió cuando tomó la ancha y recta Rue Blanche. Estuvo a punto de perderlo una vez en la tormenta de nieve, pero aprovechó la suerte y cerró, y dio sus

frutos, porque vio el vehículo blanco justo cuando tomaba una rampa de acceso a la autopista.

Tomaron la A40, lo que a Dom le pareció una buena noticia, porque sabía que habría sido imposible permanecer en la furgoneta mucho más tiempo sin que lo vieran mientras viajaba arriba y abajo de las calles de la ciudad. Pero la mala noticia era que había menos automóviles y camiones en la carretera y Caruso estaba seguro de que ahora destacaba más. A medida que el vehículo tomó velocidad, se mezcló con la nieve mucho mejor que su bicicleta negra, su traje de montar gris oscuro y su casco negro, pero se concentró en mantenerse lo más atrás posible y retener la mayor parte de su visión posible. limpiando su visera con el antebrazo izquierdo de su traje cada veinte segundos aproximadamente.

Dom no podía estar seguro de que Darren Albright captara su mensaje a tiempo para alcanzar a Ross. Es posible que la policía suiza ya haya detenido al equipo del FBI, o simplemente los haya retrasado, lo que en lo que a Dom concernía, sería igual de malo.

Entonces llamó a Adara, quien respondió al primer tono con “¿Dónde estás? Regresé al Four Seasons. Este lugar está plagado de policías”.

Dom explicó dónde estaba.

"¿Qué puedo hacer?"

“Llame a Gerry y obtenga el nombre de los jefes de las estaciones de la CIA en Ginebra, Milán y Lyon. Son las ciudades más cercanas con estaciones. Entonces llama a esa gente por teléfono. Si no puede obtener los COS, busque los DCOS. A quien puedas conseguir, cuéntale la situación”.

Adara vaciló. "Bien. Sólo para que yo lo sepa. . . ¿Cuál es exactamente la situación?

“Buena pregunta. Primero, no les digas quién eres ni quién soy yo. Simplemente digamos que Ethan Ross viaja hacia el sureste por la A40 en una camioneta blanca. Número de etiqueta Golf Echo, tres, ocho, nueve, siete, siete, dos. Destino desconocido. Lleva consigo una media docena de sujetos armados, posiblemente palestinos, pero sólo estoy suponiendo”.

"Bueno. Quizás quieran que de alguna manera establezca mi buena fe”.

“Dígales que trabaja para Darren Albright, CID del FBI. Si esos jefes de estación valen un carajo, moverán montañas para recuperar esa información de Ross. Se comunicarán con el informante más tarde”.

"Estoy en ello", dijo Adara, y Dom desconectó el teléfono y luchó por volver a ponerse el guante.

DURANTE CASI QUINCE MINUTOS, Caruso condujo solo sobre la nieve, con una débil visión de las luces traseras de la camioneta. Los latidos de su corazón, la adrenalina de las primeras etapas de la persecución, se estaban disipando y sólo quedaba el zumbido de la motocicleta.

Los auriculares chirriaron en su oído, sobresaltándolo. Aceptó la llamada quitándose nuevamente el guante y presionando un botón de su teléfono con el pulgar.

“¿Albright?”

“¿Qué carajo, Caruso? ¿Estás aquí? ¿En Ginebra?

“En realidad estoy fuera de la ciudad, rodando por los Alpes.

Todavía nos dirigimos hacia el sureste”.

"¿Qué estás haciendo en Suiza?"

“En este momento, estoy siguiendo a tu objetivo. ¿Qué haces todavía en Ginebra?

“Uno de mis equipos fue asaltado por la policía del cantón. Creemos que los lugareños avisaron a Ross de alguna manera y por eso estaban preparados para recibirnos.

"No lo dudaría."

Albright preguntó: "¿Cuántos están contigo?"

"¿Cuántos qué?"

"¿Cuántos hombres hay en tu equipo?"

"¿Equipo? No hay ningún equipo. Estoy volando solo. Soy solo yo. Estoy

en una bicicleta BMW persiguiendo a este bastardo a través de una tormenta de nieve".

"Mierda. Sé que estás dirigiendo una operación de agencia".

"Te diré una cosa, cuando me alcances, verás que estoy solo y entonces podrás atrapar a Ross y llevarte toda la gloria".

"Estoy en camino con cinco hombres. Los otros camiones se dirigen al norte para detener a la policía".

Dom pasó por la pequeña aldea de Bonneville, pero todavía estaba en la A40 y Ross no mostró ningún indicio de salir de la autopista aquí. Dom le dio a Albright esta información y Albright puso a Caruso en espera por un tiempo para que pudiera hablar con su equipo. Después de unos minutos volvió a la línea.

"Está bien, parece que estás diez minutos por delante de nosotros, como máximo. Se dirigen directamente a las montañas. Con este mal tiempo no vamos a poder utilizar el transporte aéreo, pero en realidad son buenas noticias. Ross y su gente no saldrán volando de aquí. Si puedes seguirles el ritmo y guiarnos hasta ellos, los alcanzaremos, lucharemos contra ellos en el terreno y acabaremos con esto esta mañana".

Dom había considerado el clima y llegó a la misma conclusión. Ningún piloto de helicóptero en el mundo se arriesgaría a volar en esta mierda.

"¿Alguna pista de adónde van?"

"En unos minutos estarán en la frontera francesa en Chamonix. Desde allí giramos a la derecha hacia los Alpes italianos. No sé cómo les ayuda eso, tal vez tengan una casa segura. Tal vez sólo necesiten un refugio hasta que pase el tiempo y puedan volar".

Caruso dijo: "Si salen de la carretera, me resultará casi imposible quedarme con ellos por mucho tiempo".

"Comprendido. Nos estamos cerrando rápido. Te llamaré cuando pueda verte".

Caruso añadió una cosa más. "Hay algo que no sabes. En este punto, Ross no se da cuenta de todo esto. Lo vi intentar huir. Los tipos armados lo tienen

a él, y tal vez a Bertoli, a punta de pistola".

Albright respondió sin dudarlo. "Eso complica las cosas para Ross, pero no para mí. Cuando vamos a arrestarlo, trato a todos como hostiles".

Dom asintió en su casco mientras conducía. "No puedo decir que te culpe por eso".

COMO CARUSO Y ALBRIGHT sospechaban, Ross y sus secuestradores abandonaron la carretera en la ciudad fronteriza francesa de Chamonix y tomaron una carretera que conducía al túnel del Mont Blanc, un pasaje de 7,2 millas bajo el Mont Blanc, la montaña más alta de Europa. Del otro lado estaba Italia.

Dom rápidamente llamó a Albright y le informó de esto antes de entrar al túnel, donde su teléfono rápidamente se volvió inútil para él.

Dentro del túnel del Mont Blanc, Dom inmediatamente se alejó casi una milla de la camioneta blanca para no ser detectado. Cuando salió de Italia diez minutos más tarde, volvió a tener poca visibilidad debido a la tormenta de nieve y ya no podía ver el vehículo de Ross delante de él. Pisó el fondo de la bicicleta para tratar de acortar la distancia entre él y su objetivo, y trató de llamar a Albright para informarle, pero Dom se encontró alternativamente en la cuenca de un valle estrecho o corriendo a través de uno de los muchos túneles excavados en el laderas de las montañas, por lo que permaneció fuera de comunicación con el equipo del FBI detrás de él.

Afortunadamente, vislumbró la camioneta a lo lejos, encendió las luces traseras a unos cientos de metros de distancia y se concentró en mantener una distancia fija.

Después de viajar más de diez millas hacia Italia, la furgoneta salió de la A5 y entró en la SS26, una carretera sinuosa de dos carriles que se abría paso a través de las estribaciones de la pared norte del valle.

Poco después, los auriculares de Dom chirriaron en su oído.

“¿Albright?”

"Sí. Bien, estamos justo detrás de ti. Vi tu luz trasera cuando giraste hacia la SS26. ¿Ross todavía está frente a ti?

"Está un cuarto de milla por delante, como máximo".

Albright dijo: “Quiero que salgas en la siguiente salida y vayas delante de él a través de la ciudad de Saint Maurice. Eso te sacará de nuestra línea de fuego y te sacará adelante, en caso de que pasemos la parada por delito

grave y él se libere.

“Entendido”, dijo Dom. "Pasaré por la ciudad y esperaré en el camino hasta tener noticias tuyas".

Albright dijo: "Estás armado, ¿verdad?"

"Negativo. Espero que no chorree, porque no podré detenerlo. Buena suerte."

"Sí." Albright colgó.

ALBRIGHT Y SUS CINCO hombres viajaron de tres en tres en un vehículo en un par de Ford Expeditions plateados idénticos. Habían pasado los últimos minutos entrando y saliendo de casi una docena de túneles de montaña, donde aceleraron a más de cien millas por hora, antes de reducir la velocidad a cincuenta cuando salieron de los túneles a las calles resbaladizas. Esta táctica les había permitido alcanzar al traidor estadounidense que huía, y ahora podían ver su vehículo a sólo cincuenta metros más adelante cuando entraban en otro túnel.

El conductor de Albright preguntó: "¿Quieres hacerlo en un túnel o en una carretera abierta?".

Albright dijo: “Camino abierto. Por muy malo que sea el clima, podemos usarlo para ponernos de pie sin ser detectados y aprovechar las malas condiciones de la carretera para ayudarnos a detenernos”.

"Entendido."

Albright ordenó a la otra expedición que iniciara la parada, por lo que el agente que conducía el otro camión esperó hasta que salieron del túnel y quedó oculto en la tormenta, luego comenzó a avanzar hacia el vehículo objetivo.

En ambas Expediciones, los hombres agarraron sus carabinas M4 de cañón corto o, en el caso de Albright, puso su mano en la empuñadura de su pistola SIG en su cintura, y se prepararon para la parada por delito grave de alto riesgo a solo unos segundos de distancia.

ETHAN ROSS HABÍA PASADO los últimos minutos con los ojos fijos en Mohammed. El oficial de inteligencia iraní se sentaba con el teléfono pegado

a la oreja casi constantemente. Estaba conferenciando con alguien, sonaba como si fuera árabe y no farsi, pero Ethan no podía estar seguro.

Ross no hablaba ninguno de los idiomas, pero había entendido una cosa que había dicho Mohammed. Después de varios arrebatos ruidosos, casi de ira, el iraní pronunció una frase inconfundible en inglés.

"Rastrear mi iPhone".

Ross y Bertoli intercambiaron una mirada confusa.

Mientras Mohammed ladraba en su móvil, el conductor de la furgoneta miró por el espejo retrovisor y gritó una alarma, de nuevo Ross no entendía lo que se decía, pero entendió todo cuando todos los iraníes giraron la cabeza y miraron hacia atrás. Ross hizo lo mismo y vio un SUV plateado corriendo por detrás en el carril izquierdo.

Ross asumió que no era más que un conductor loco que ignoraba las terribles condiciones, pero los iraníes comenzaron a buscar las armas en sus abrigos.

Ross se agachó en su asiento, sin dejar de mirar por la ventanilla y esperando que el vehículo pasara. Pero, para su horror, el SUV plateado se incorporó rápidamente al carril de la furgoneta. El panel del cuarto delantero derecho de la camioneta Ford hizo contacto brevemente con el cuarto trasero izquierdo de la camioneta, golpeándolo suavemente.

Y eso fue todo lo que hizo falta. El conductor de la camioneta gritó y Ross se dio cuenta de que el hombre había perdido el control. El morro de la furgoneta se inclinó hacia la izquierda y los neumáticos traseros se deslizaron hacia la derecha. Pronto todos los que estaban dentro se agarraron a algo o a alguien, y la camioneta comenzó a patinar de lado en la carretera de dos carriles a más de cincuenta millas por hora. Ross chocó contra Bertoli cuando la furgoneta patinó ciento ochenta grados; No mostró signos de desacelerar cuando salió de la carretera e impactó contra una barandilla y la arrastró mientras salía disparado hacia atrás.

Al final de la barandilla, la furgoneta abandonó la carretera y se deslizó lentamente hacia atrás por una colina cubierta de nieve de diez metros de largo. Se detuvo en un montón de nieve y se tambaleó, finalmente se volcó y cayó de costado sobre un pie de nieve.

Ross acabó encima de Gianna Bertoli y un iraní en la parte trasera de la furgoneta. Mohammed y dos hombres de Quds estaban apretados frente a ellos. En la segunda fila había otros dos iraníes, y en la parte delantera, el conductor y el pasajero todavía estaban atados a sus asientos.

Rápidamente los hombres se treparon unos sobre otros para salir por las puertas del lado del conductor. Uno tras otro, rodaron por el lateral de la furgoneta y se dejaron caer en la nieve, cubriéndose detrás del capó y el techo.

Ross escuchó la puerta trasera de la camioneta abrirse detrás de él, y luego sintió unas manos en su chaqueta, su cinturón e incluso en su cabello. Dos hombres lo sacaron bruscamente y lo arrojaron a la nieve. Gritó de dolor cuando le arrancaron el pelo casi del cuero cabelludo.

Por un breve momento, Ethan yació solo boca arriba en la parte trasera de la camioneta. Desde su posición tenía una vista de la carretera sobre él y vio dos Ford Expedition plateados estacionados allí. Aparecieron varios hombres; estaban agazapados con rifles apuntando en su dirección.

Aunque Ross yacía boca arriba, levantó las manos en el aire.

En ese momento alguien lo agarró por los tobillos y lo arrastró por el techo de la camioneta, sacándolo de la línea de fuego.

Miró rápidamente a su alrededor. Gianna estaba sentada en la nieve con la espalda apoyada en el techo de la furgoneta. Parecía aturdida, y un hematoma negro y azul que le cubría la mejilla derecha y la cuenca del ojo le indicó que había resultado herida en el choque de la furgoneta.

Los hombres iraníes con chaquetas de esquí estaban por todas partes. Los dos que lo habían arrastrado alrededor de la furgoneta se unieron a los demás, se arrodillaron o se agacharon detrás de la furgoneta y todos llevaban pistolas negras en las manos. Giraban la cabeza de un lado a otro entre la carretera que tenían encima y Mohammed, aquí abajo, detrás de la furgoneta, de rodillas.

Ross miró a Mohammed y se dio cuenta de que, increíblemente, el iraní seguía hablando por teléfono.

¿Qué carajo?

En ese momento oyó el graznido de un megáfono. “¡Ethan Ross!

¿Puedes oírme?"

Ross respondió instintivamente. "¡Sí!"

“¡Dile a tus hombres que depongan las armas!”

Ross estaba confundido. Miró a su alrededor. ¿Mis hombres? “¡No son mis hombres! ¡Soy un prisionero!

La voz amplificada dijo: "¡Quiero ver armas en la nieve, ahora!"

Bertoli se arrastró frenéticamente hacia Mohammed, lo agarró del brazo y le quitó el teléfono de la oreja. “¡Debemos rendirnos! ¡Mis amigos aquí en Italia nos protegerán! Por favor, no hagas nada…”

Mohammed le dio un revés con fuerza suficiente para tirarla de espaldas y siguió hablando por teléfono.

Desde arriba, el hombre del altavoz dijo: "Necesito que cumplas de inmediato o nos veremos obligados a..."

Mohammed gritó algo en farsi y luego, sin dudarlo, sus seis hombres se colocaron a ambos lados de la camioneta y abrieron fuego cuesta arriba contra los hombres en el camino.

Ross se puso en posición fetal y se tapó los oídos. Cerró los ojos. Latón caliente salió disparado de las pistolas y aterrizó a su alrededor.

Los disparos desde arriba resonaron más fuerte que las pistolas.

Al cabo de cinco segundos, Ross sintió un golpe en la cabeza. Abrió los ojos y vio que un iraní se le había caído encima. Estaba muerto donde cayó, su pierna vestida de negro y su bota de esquí encima de Ross.

Un hombre que se encontraba al otro lado de la furgoneta derribada cayó de rodillas y su pistola cayó. Se agarró la garganta y Ethan vio cómo un géiser de sangre brotaba entre sus dedos. Dejó escapar un grito confuso y luego otro chorro de sangre explotó en la parte posterior de su cabeza. Cayó de espaldas en la nieve mientras los hombres a su lado seguían disparando.

DARREN ALBRIGHT SE COLOCÓ en el eje trasero de una de las Expediciones, manteniendo el vehículo entre él y los iraníes que disparaban. Tenía su pistola SIG en la mano, pero los cinco hombres del HRT estaban lanzando fuego fulminante contra los hombres armados de abajo.

Después de treinta segundos de disparos incesantes, hubo una pausa en el tiroteo. Albright vio que uno de los hombres del HRT había sido alcanzado, pero otro agente lo había arrastrado hacia atrás para ponerse a cubierto, y parecía estar sólo levemente herido. Los demás se abrieron con destreza a ambos lados de la carretera. Albright sabía que intentarían atacar a los hombres de abajo desde los flancos simultáneamente. Cubrió su movimiento con su pistola, listo para disparar contra cualquier cosa que apareciera detrás de la camioneta derribada.

Albright fue el primero en escuchar el ruido. Ladeó la cabeza y miró hacia el cielo mientras el débil pero inconfundible golpe de los rotores de un helicóptero llenaba el aire. En ese clima, el sonido del helicóptero era surrealista y, en cuestión de segundos, hasta el último miembro del Equipo de Rescate de Rehenes del FBI siguió la mirada de Albright hacia el cielo. La nevada era intensa y constante, parecía como si las nubes no estuvieran a más de seis metros del suelo.

Albright se llevó la radio a la boca. “Ese helicóptero no nos pertenece. ¿Quién diablos vuela en esto...?

Un helicóptero azul y blanco apareció entre la sopa gris justo encima de la carretera, a menos de cien metros de distancia. Se deslizó a seis metros de la superficie de la carretera y, cuando se acercó a los dos SUV, giró noventa grados, revelando una puerta lateral corrediza abierta. Se veían figuras moviéndose en el interior. Como algo sacado de una pesadilla, Albright vio destellos provenientes del interior del helicóptero y escuchó los rápidos sonidos entrecortados de disparos automáticos.

El primer SUV en la carretera tembló mientras el plomo recubierto de cobre atravesaba su revestimiento de aluminio.

Un agente del FBI cerca de Albright apuntó su arma hacia la nueva amenaza, pero inmediatamente sufrió un espasmo y cayó, la sangre brotó de sus piernas y la parte inferior del torso y salpicó la carretera cubierta de nieve.

Albright se lanzó hacia la cubierta y gritó por su micrófono.

"¡Enfrenta a ese maldito helicóptero!"

UNA CÉLULA DE SEIS operadores de HEZBOLÁ de Lyon, Francia, se encontraban atados dentro del Eurocopter EC145 que circulaba de lado sobre la carretera italiana barrida por la nieve. Cinco hombres estaban detrás, disparando a los estadounidenses en la carretera con su mezcla de armas automáticas, mientras un hombre sentado en el asiento del copiloto apuntaba su pistola CZ de nueve milímetros a la cabeza del piloto.

Se llamaba Ajiz, era el líder de esta célula y el mayor, tenía veinticuatro años, y había estado en comunicación casi constante con el oficial de la Guardia Revolucionaria Iraní que dirigía esta operación durante la mayor parte de las últimas veinticuatro horas.

Desde el momento en que Mohammed Mobasheri llegó a Ginebra y vio la bienvenida de los miembros del ITP, decidió que tal vez necesitaría arrebatar a Ross de las manos del ITP para cumplir con los parámetros de su misión. Para ello, empezó a planificar una manera de efectuar el secuestro. Sabía muy bien que el tiempo empeoraría, que la tormenta invernal aparecía en todas las noticias porque llegaría muy tarde en la temporada, pero no creía que pudiera llevar a Ross por tierra hasta el Mediterráneo, en un viaje de cinco minutos. hora de viaje.

Mohammed sabía que necesitaba un helicóptero y un piloto, y con la tormenta que se acercaba decidió que necesitaría el mejor piloto disponible para viajar en las miserables condiciones invernales. Investigó un poco en Google la tarde anterior y encontró una organización privada de rescate en helicóptero que operaba en la zona. Sus helicópteros eran responsables de sacar a los escaladores heridos del Mont Blanc, así como de otras montañas de los Alpes Graianos, por lo que decidió que serían los más adecuados para las horribles condiciones que se avecinaban. Ordenó a la célula de hombres de Hezbolá en Lyon secuestrar un helicóptero y un piloto del servicio y hacer que se encontraran con él en la carretera a las afueras de Ginebra.

Más investigaciones demostraron a Mobasheri que podía enmascarar el vuelo del helicóptero en el radar si volaba bajo a través de los Alpes, por lo que tomó la decisión de trasladar a Ross de la furgoneta al helicóptero a algún lugar del Valle de Aosta, el lugar adecuado más cercano. ubicación.

Los seis agentes de Hezbollah habían llegado al hangar de Mont Blanc

Copter Services a las diez de la mañana. Las operaciones de vuelo habían sido canceladas debido a la tormenta de nieve, pero el personal vivía en la montaña, por lo que se presentaron a trabajar para trámites y mantenimiento de rutina. No había seguridad en la propiedad, sólo una secretaria en un escritorio, tres hombres de mantenimiento, dos pilotos y una recepcionista.

Ajiz y su equipo llevaron a todo el personal a punta de pistola a una oficina, donde exigieron saber cuál de los dos pilotos tenía más experiencia. Ninguno de los dos habló, pero una fotografía en el escritorio de la recepcionista le dijo a Ajiz lo que necesitaba saber. Claudette, la recepcionista de treinta años, era hija del piloto de cincuenta y seis años llamado Henri. El comandante de la célula de Hezbolá supo al instante que podía utilizar esto a su favor.

El piloto francés les dijo a los jóvenes de Oriente Medio que estaban locos si pensaban que alguien podía volar con tan poca visibilidad.

La sincera verdad era que nadie en la célula de Lyon quería volar con este clima más que el francés, pero tenían órdenes de Mohammed Mobasheri, y sabían que no cumplirlas significaría una sentencia de muerte segura en el Líbano para ellos mismos y sus familias.

El piloto francés y su hija fueron llevados al hangar y los demás fueron atados con cadenas y encerrados juntos en una sala de suministros fuera del hangar con candados de las puertas de almacenamiento. No fueron asesinados porque Mohammed le había dado órdenes a Ajiz para que los mantuviera con vida. Sabía que el piloto necesitaría el incentivo de creer que quedaría con vida al final de la operación.

Matar a los demás le indicaría que ni siquiera su total obediencia los salvaría a él y a su hija.

Ajiz ordenó al piloto que abasteciera de combustible y realizara una verificación previa de la nave más grande en el hangar, un Eurocopter EC145 azul, luego él, su hija y los seis operadores de Hezbollah de Lyon lo llevaron a la nieve intensa en un remolque.

El piloto rogó a los hombres armados que lo reconsideraran, diciéndoles que probablemente todos se estrellarían contra una montaña antes de lograr lo que sea que estaban planeando. Ajiz simplemente se puso el cinturón a su

lado y agitó su arma mientras Claudette era colocada atrás en el medio del resto de la celda de Lyon. Ajiz se puso los auriculares y le dijo al francés que se dirigirían a algún lugar del valle y que pronto le proporcionaría más información.

El helicóptero despegó en la oscuridad, el piloto usó sus instrumentos, su radar y su GPS para avanzar lentamente entre los picos de las montañas, seguro de que todos iban a morir, pero consciente de que había salvado a sus colegas en la percha, y tratando desesperadamente de encontrar alguna forma de salvar también a su hija.

El vuelo fue miserable y estresante para todos los involucrados, pero Ajiz estuvo en comunicación con Mohammed durante la mayor parte del vuelo, y esto hizo que las cosas fueran aún más difíciles. El piloto voló mucho más lento de lo que Mohammed exigía, pero Henri se negó a volar más rápido, incluso con una pistola CZ clavada en su cuello.

Al utilizar una aplicación de localización del iPhone de Mobasheri, Ajiz pudo dirigir al piloto hasta la camioneta en la carretera, aunque la señal del iPhone era intermitente cuando el teléfono entraba y salía de los túneles.

Cuando el helicóptero alcanzó una altitud de sólo veinticinco pies sobre la carretera, el piloto pudo ver tanto el suelo como los cables a lo largo de la carretera, y esto le dio la confianza para ganar velocidad.

Mobasheri contactó a Ajiz segundos después de que la camioneta se estrellara cuesta abajo, y le dijo al líder de la célula de Lyon que estaban bajo ataque, y ordenó a los hombres en el helicóptero que se enfrentaran a los estadounidenses y a los vehículos en la carretera.

Segundos después, las dos camionetas plateadas aparecieron a cien metros frente al helicóptero, Ajiz ordenó al piloto que girara hacia un lado para que los hombres pudieran disparar por la puerta lateral. Henri fingió tener problemas con la tarea, pero la culata de un rifle AK-47 en el costado de la cabeza de Claudette le mostró que debía cumplir. Mientras volaba perpendicular a la carretera, Henri escuchó fuertes disparos que salían de la cabina de su avión. Se agachó lo más que pudo y esperó que su hija pudiera hacer lo mismo detrás de él.

UN MINUTO ANTES, DOMINIC CARUSO corrió a través del rústico pueblo de Villair tan rápido como pudo sin deslizar su gran bicicleta contra el costado

de una casa de piedra o estrellarse contra una cerca de madera. Desde su hombro derecho y a mil metros de distancia, podía escuchar los ecos de los disparos de los rifles M4 y las pistolas, y se apresuró a regresar a la carretera y luego volver corriendo para poner su propia arma en la refriega.

Cuando todavía estaba a varios centenares de metros de la SS26, pisó el acelerador un momento atrás, porque le pareció oír un helicóptero sobrevolando. Parecía poco probable, realmente imposible, ya que había altas colinas a ambos lados del camino que desaparecían entre las nubes a solo unos treinta metros por encima de su cabeza.

El sonido desapareció y él prácticamente lo descartó, pero de repente una nueva ráfaga de disparos aún más intensos estalló desde el lugar de la parada de tráfico del FBI hacia el norte. Parecía que varios cañones más habían entrado en la pelea, y la única explicación que tenía Caruso era que de alguna manera los iraníes habían logrado aparecer con refuerzos desde el aire.

Entró en la SS26, giró hacia el oeste hacia el tiroteo, abrió el acelerador de su motocicleta BMW y se inclinó detrás de su pequeño parabrisas. Voló precipitadamente a través de la tormenta de nieve sin tener idea de lo que encontraría cuando llegara a la batalla.

EL AGENTE ESPECIAL SUPERVISOR DARREN Albright se apretó contra la carretera helada. No había cobertura del helicóptero que estaba encima de él, así que todo lo que podía hacer era dispararle con su pistola e intentar convertirse en un objetivo lo más pequeño posible aquí al aire libre.

Otro hombre del equipo HRT cayó a pocos metros de distancia y pedazos de la carretera se levantaron a su alrededor.

El helicóptero pasó lentamente sobre la carretera, todavía volando de lado. Albright arrojó un cargador entero de su pistola ante la amenaza y luego recogió el rifle del oficial táctico caído. El helicóptero giró rápidamente para volver a realizar otra pasada y Albright giró el selector de disparo del rifle a semiautomático. Apuntó al rotor de cola del avión y éste disparó una bala cuidadosamente apuntada. Luego un segundo, luego un tercero.

Después de otro disparo al rotor de cola, Darren supo que tenía que ponerse a cubierto detrás del SUV a su derecha, porque el helicóptero azul se dirigía hacia él. Bajó el rifle y comenzó a correr, pero por el rabillo del ojo vio

a un hombre en la colina al costado del camino. Era uno de los hombres de la camioneta, y Albright giró su rifle hacia él justo cuando los pistoleros lo apuntaban con su pistola.

Albright sintió el golpe en su hombro derecho, muy por encima de su chaleco antibalas, y el arma se le escapó de la mano. Una segunda bala alcanzó su chaleco, pero el tercer disparo se estrelló contra su pelvis, rompiéndola y arrojando al hombre del FBI a la carretera. Cayó de espaldas, con los ojos fijos en el cielo mientras el helicóptero volaba directamente sobre su cabeza en otro tiroteo.

DENTRO DEL EUROCOPTER, dos de los hombres de la célula de Lyon estaban muertos, baleados por hombres del HRT del FBI y todavía atados a sus asientos con sus cabezas moviéndose al ritmo de los movimientos del avión. Un tercer hombre había sido alcanzado en la mano derecha, pero continuó disparando contra la carretera con la mano izquierda, hasta que él y los demás vieron a los iraníes subir la colina hasta la carretera y caminar entre las formas humanas que yacían allí.

Ajiz ordenó al piloto que aterrizara y Henri hizo lo que le dijo.

CUANDO EL HELICÓPTERO ATERRIZÓ, Mohammed Mobasheri se puso de pie detrás de la camioneta al pie de la colina. Apuntó con su pistola hacia Ethan Ross, que permanecía en el suelo helado en posición fetal.

"¡Mover!" —ordenó Mobasheri.

Ethan se puso de pie lentamente, con las manos en alto, y Gianna Bertoli se puso de pie con él. Juntos subieron la colina con Mohammed cerrando la marcha.

El piloto francés miró a Ajiz mientras estaban estacionados en la carretera. A través de sus auriculares dijo: "Quiero hablar con mi hija".

"¿Por qué?"

“Ella conoce la carretera de aquí. Ella puede ayudarnos a escapar. Sólo vuelo a las montañas”.

Ajiz miró por encima del hombro. Las muñecas de la mujer fueron atadas con correas cortadas de uno de los asientos y abrochadas en otro asiento. Tenía sangre en la cara, pero era sangre de uno de los hombres de Hezbolá

muertos y no de la suya. Se sentó junto a unos auriculares en la pared detrás de ella. Le hizo un gesto con la pistola para que se pusiera los auriculares.

Así lo hizo y, antes de que pudiera decir algo, Henri le habló en italiano. Henri y su hija eran franceses, pero ambos sabían italiano. Sólo podía rezar para que el hombre de Medio Oriente que estaba a su lado no supiera el idioma.

"Cuando nos vayamos volaré bajo sobre las montañas. Si puedes hacerlo. . . debes salir".

"¿Pero qué hay de ti?"

"Estos hombres no nos dejan vivir. Créeme. Quiero que sobrevivas. Intentaré sobrevivir yo mismo, pero sólo si estás a salvo".

"No puedo dejarte…"

Él le espetó. Ajiz lo miró, pero supuso que estaban discutiendo sobre la ruta a través del valle. "Entonces ambos moriremos hoy. Por favor, Claudette. Tú eres quien puede darnos a ambos una oportunidad".

Sus miradas se encontraron, ella asintió levemente y luego discutieron la ruta que tomarían hacia el sur.

EL TRAMO SS26 CERCA del helicóptero en ralentí había una escena dispersa de cadáveres, sangre y vehículos dañados. Cuatro o cinco vehículos civiles se habían detenido en cada carril; Los conductores se habían perdido el tiroteo y sólo vieron lo que al principio percibieron como un terrible accidente automovilístico y un helicóptero de rescate. El ruido del rotor del helicóptero convirtió la nieve que ya azotaba en un torrente cegador y contribuyó al caos y la confusión. Sólo el primer coche que miraba en cada dirección vio las armas y el hecho de que los hombres que estaban parados no estaban haciendo nada por los hombres que yacían en la carretera.

Los cuatro agentes de la Fuerza Quds aún vivos subieron al helicóptero después de soltar a los dos libaneses muertos de la célula de Lyon y dejar caer sus cuerpos sobre la carretera helada.

Ross subió como se le ordenó, lo empujaron a un asiento en la parte de atrás y lo ataron.

El propio Mobasheri estaba en la parte trasera del abordaje del grupo. Mientras los hombres cargaban, se dio cuenta de que no habría suficiente espacio para todos, empujó a Gianna Bertoli mientras intentaba abordar, y ella se alegró de dejarle ocupar el último lugar, pensando que la dejaría ir.

Pero tan pronto como tomó asiento, Mohammed se volvió hacia Gianna. Por encima del estruendoso ruido del rotor, gritó: —Desafortunadamente para ti, necesito a Ross y necesito a estos hombres. Ya no tengo ninguna utilidad para ti ni para ITP".

Su pistola se levantó rápidamente y le disparó en la frente a una distancia de dos metros. Su cabeza se echó hacia atrás, su cabello negro y rizado voló sobre su rostro y cayó de espaldas en la carretera.

Ross vio morir a la suiza, gritó de shock y el helicóptero despegó hacia la nieve.

MIENTRAS DOMINIC CORRÍA HACIA el lugar, escuchó el helicóptero que volaba a baja altura agitando el aire justo sobre su cabeza. Miró hacia arriba, pero sólo pudo distinguir un ligero relámpago en las nubes debido a las luces de navegación del avión mientras pasaba. Todavía no podía imaginar cómo diablos alguien podía volar en estas condiciones.

En cuestión de segundos ya estaba conduciendo su bicicleta a través de las secuelas de la batalla. Había cuerpos tirados inmóviles en la calle. Pasó junto a la forma inconfundible de Gianna Bertoli, que estaba boca arriba y la nieve ya había cubierto su chaqueta, espolvoreándola de blanco.

Encontró a Albright acostado de costado junto a una de las Expediciones plateadas baleadas. Dom estacionó el BMW y corrió hacia el hombre, lo puso boca arriba.

Albright estaba viva, pero había sangre por todas partes. Le habían disparado en el hombro y en la cadera, gimió de dolor, pero estaba consciente. Extendió la mano para agarrar su teléfono móvil, que había sido derribado a varios metros de distancia en el tiroteo. Dom lo recogió y se lo entregó. “¿Se ha ido Ross?” Albright asintió. Volvió a gruñir de dolor y luego dijo: "Helicóptero".

“Todavía lo escucho. Se dirige al suroeste”.

"Farsi".

"¿Qué es eso?"

“Hablaban farsi. Son iraníes”.

“Eso es una cifra”, dijo Caruso.

"Tenemos que hacérselo saber a los italianos", dijo Albright, y se quejó.

Dom sacó un botiquín del vehículo más cercano y regresó con Albright, quien estaba marcando un número en el teléfono con sus dedos ensangrentados.

Dom se arrodilló para tratar las heridas del hombre, pero Albright lo

despidió. "Comprueba a los demás primero".

MOHAMMED MOBASHERI no estaba satisfecho con el desempeño del piloto, parecían volar demasiado lento, aunque era difícil estar seguro en las condiciones casi blancas.

El iraní se puso unos auriculares y se arrastró entre los hombres de la celda de Lyon, justo detrás del asiento del piloto. "¡Ve más rápido!" Miró a Ajiz en el asiento del copiloto y el hombre de Hezbollah agitó su pistola en la cara del hombre.

El piloto no pareció darse cuenta. Estaba cubierto de sudor y sus ojos estaban fijos en la pantalla multifunción frente a él, la preocupación era evidente en su rostro.

Ajiz, que había estado volando junto al hombre durante media hora, notó un cambio en el comportamiento del hombre.

"¿Qué es?"

"Un problema".

Mohammed apuntó su propia pistola a la cabeza del piloto. “¡Mientes! Volarás este helicóptero hacia el sur. A Génova.

El piloto habló por su micrófono. "Es el rotor de cola".

"Lo que está mal-"

"No está respondiendo adecuadamente".

Mobasheri le gritó al hombre. "¡No! ¡Estás mintiendo!

Golpeó al piloto en la cabeza, pero el hombre no reaccionó, tan atentamente estaba observando sus indicadores. Después de varios segundos más, Henri dijo: "¡Está empeorando!".

Henri sintió una oscilación anormal en el rotor de cola, pero, de hecho, no estaba perdiendo el control. Aprovechó la oportunidad para virar hacia la derecha, siguiendo el mapa en movimiento que tenía delante para volar a lo largo de la cresta nevada en la cima del valle.

Disminuyó la altitud y bajó la velocidad. El hombre del Medio Oriente que estaba a su lado le gritó, y el hombre entre los asientos detrás de él también gritó, pero Henri se concentró en lo que estaba haciendo. Justo cuando llegó a la cima de la cresta, gritó por sus auriculares.

"¡Claudette!"

DETRÁS DE ÉL, LA HIJA DE HENRI aprovechó la oportunidad. Se desabrochó el cinturón de seguridad, se lanzó sobre el hombre de pelo rubio que estaba junto a la puerta trasera y luego pateó las piernas por el costado. Shiraz reconoció lo que estaba haciendo, se abalanzó sobre ella, desesperado por agarrar cualquier parte de su ropa. Los cables enrollados de sus auriculares se tensaron justo cuando puso su mano en el puño de su chaqueta de esquí, pero la gravedad fue más fuerte que su agarre, y ella salió del helicóptero, desapareciendo por la borda.

Los otros hombres que estaban detrás vieron el movimiento, pero ya era demasiado tarde para hacer algo más que asomarse por un lado y verla desaparecer entre los árboles nevados. Su caída no fue más de quince metros, con cientos de ramas para frenarla antes de que golpeara el polvo del suelo.

Se rompería huesos y permanecería dolorida durante horas, pero sobreviviría.

Henri se volvió en su asiento cuando escuchó los gritos en farsi. Al darse vuelta, rezó para no ver a su hija en la cabaña, pero al principio no estaba seguro. No vio nada más que brazos y piernas y movimientos borrosos de hombres enojados arrastrándose unos sobre otros. Más gritos en sus auriculares le dijeron que los hombres estaban agitados, por lo que tenía motivos para tener esperanzas, pero no podía ver los asientos directamente detrás de él. Era posible que Claudette hubiera sido trasladada. No fue hasta que los hombres del lado de estribor miraron hacia los árboles de abajo, con sorpresa, ira e incluso algo de miedo registrado en sus rostros, que supo que ella lo había hecho.

¡Su hermosa, brillante y valiente hija lo había hecho!

Su corazón había estado latiendo aterrorizado incesantemente durante la última hora, pero ahora latía con el orgullo de un padre.

Henri se volvió hacia el parabrisas delantero y voló el helicóptero sobre la cima, ganando velocidad tan rápido como se enfrió. El pequeño y sinuoso valle desapareció debajo de él y estos hombres nunca más podrían encontrarlo. Claudette estaba, si no a salvo, al menos a salvo de estos terroristas asesinos.

Ahora se armó de valor para ser tan valiente como su pequeña. Se volvió hacia la derecha y miró al hombre llamado Ajiz, luego miró por encima del hombro al hombrecillo de cara juvenil. Lo llamaron Mahoma. A Henri le parecía verdaderamente el menos probable del grupo para estar a cargo de algo, y mucho menos de estos otros brutos. Mohammed había estado concentrado en la actividad en la parte de atrás, gritó lo que obviamente eran advertencias a sus hombres, de los cuales sólo dos llevaban auriculares y podían oírlo.

Ahora Mohammed dejó de hablar de repente y giró la cabeza hacia el piloto.

Henri le devolvió la mirada, con una delgada y decidida sonrisa en sus labios.

Los ojos del iraní se abrieron como platos. Gritó: "¡No!"

La sonrisa de Henri creció con el terror evidente en el rostro de Mohammed. "Oui", dijo, sonriendo ahora.

Henri se volvió hacia el parabrisas, aspiró una gran cantidad de aire y lanzó el cíclico hacia adelante, mientras empujaba el colectivo al suelo.

El Eurocopter descendió y se lanzó hacia el paisaje ondulado cientos de metros más abajo. Mohammed gritó de puro terror, mientras Henri cerraba los ojos y se encontraba en paz, pensando en la suerte que había tenido de haber vivido su vida en un lugar tan hermoso como esta montaña.

MOHAMMED apartó la mirada del piloto hacia una repentina oscuridad que llenó la mitad derecha del parabrisas frente a él. Justo en el camino del Eurocopter se encontraba una pared montañosa escarpada; una violenta sacudida desde atrás informó a todos a bordo que el rotor de cola golpeó la pared rocosa. El rotor se desintegró y el helicóptero giró bruscamente hacia la izquierda. El rotor principal se hundió en los árboles y el avión se estrelló contra una ladera boscosa y cayó.

DOM HABÍA ENCONTRADO a dos estadounidenses todavía con vida además de Albright, aunque ambos hombres estaban gravemente heridos. Varios coches llenos de civiles habían aparecido en el lugar con sus propios botiquines médicos y comenzaron a tratar las heridas lo mejor que pudieron. Caruso acababa de regresar a Albright y se arrodilló para ayudarlo cuando escuchó un sonido hacia el sureste.

Estaba muy lejos pero era inconfundible. Fue el golpe sordo y sordo de un impacto.

El débil pero persistente ruido del rotor del lejano helicóptero cesó abruptamente.

Se levantó rápidamente y giró hacia el ruido. “¡Se estrellaron! ¡El helicóptero acaba de caer!

Albright sostenía el teléfono contra su oreja y una gasa contra su cadera ensangrentada. Él también había oído el ruido. Miró a Caruso. “Ve a buscar a ese imbécil. Puedo darme un capricho”.

"¿Seguro?"

Albright gritó ahora. "¡Ir!"

El agente especial superior del FBI colgó su teléfono y levantó su pistola para que Dom la tomara. Pero Caruso lo ignoró. En lugar de eso, tomó una de las carabinas del miembro muerto del equipo HRT y dejó caer el cargador para comprobar el recuento de balas. Estaba completamente cargado con treinta balas y había una mira telescópica de 3,5 en el riel.

Dom corrió de regreso a su motocicleta sin decir una palabra más.

MOBASHERI SE ENCONTRÓ BOCA ABAJO, con la frente enterrada en la nieve y el cuerpo tendido sobre un parabrisas de plexiglás roto. Se impulsó, poniéndose lentamente de rodillas, y sacudió la cabeza para luchar contra el aturdimiento causado por el choque. Al mirarse, vio que su abrigo estaba rasgado a lo largo del brazo derecho y sintió un corte encima del codo.

De alguna manera había logrado terminar fuera del fuselaje destrozado del helicóptero. El viento le daba en la cara y la nieve se derretía en su pelo.

Al principio pensó que era de noche, la luz era escasa, pero una rápida mirada a su alrededor le mostró que el helicóptero había caído en un denso bosque en la ladera. Los árboles altos bloqueaban gran parte de la luz de arriba.

No hubo fuego, lo que sorprendió a Mohammed, pero recordó haber aprendido en su breve entrenamiento militar hace mucho tiempo que los tanques de gas de los helicópteros están diseñados para resistir pinchazos y rara vez explotan como lo hacen en las películas.

Su mente volvió a su misión y buscó dentro de su abrigo el micromotor de Ross. Estaba allí, justo en el bolsillo con cremallera donde lo dejó, así que miró a izquierda y derecha buscando a Ethan Ross. Lo encontró todavía atado a su asiento y suspendido de lado entre los escombros retorcidos. La sangre goteaba de la frente del estadounidense, pero tenía los ojos abiertos y miró a su alrededor confundido, y una oleada de alivio silenció el dolor de Mobasheri.

El iraní se arrastró hacia Ross y se abrió paso entre los escombros para llegar hasta él. Mientras se acercaba vio que algunos de sus hombres se movían, ya sea desabrochándose de sus asientos o ya fuera del retorcido EC145, arrastrándose por la nieve.

Otros yacían inertes, con los brazos y las piernas torcidos.

Mohammed desató el arnés del estadounidense y Ross se deslizó unos metros hacia abajo, desplomándose lentamente en una masa de metal y cables retorcidos.

"¡Levantarse!"

Los ojos fijos de Ross y su piel blanca y pálida le dieron a Mohammed la impresión de que se había producido un leve shock, pero hizo lo que le dijo. Sin embargo, tan pronto como puso peso sobre sus piernas para ponerse de pie, gritó y cayó al suelo.

Mohammed miró hacia abajo y vio claramente que la pierna derecha de Ross estaba rota diez centímetros por encima del tobillo.

El iraní gritó de frustración. "¡Madhar jendeh!" ¡Hijo de puta!

Comenzó a llamar a los hombres que lo rodeaban, no sabía quién estaba vivo y quién muerto, y no preguntó quién había resultado herido o incapacitado. Simplemente ordenó a su gente que sacaran al estadounidense de entre los escombros.

Cuando finalmente se separó del caos que reinaba en el interior del helicóptero destrozado, pudo hacer un balance de su situación. Había perdido a uno de sus agentes de la Fuerza Quds, era Kashan y estaba colgado boca abajo en un árbol cercano con una rama empalando su parte inferior del torso. Y uno de los hombres de Lyon quedó atrapado entre los escombros y al borde de la muerte, inconsciente y respirando superficialmente.

Pero quedaban tres Quds y tres Hezbollah, incluido Ajiz, que también había sido arrojado por la puerta del helicóptero hacia los árboles pero no resultó gravemente herido y fue el primer hombre en pie.

Mohammed se unió a Shiraz y Ajiz en la ladera a unos metros de los escombros, y juntos los tres inspeccionaron el lugar del accidente. La ubicación parecía increíblemente remota. Se encontraban en una pendiente empinada y boscosa, sin señales de carretera ni de ninguna estructura construida por el hombre en ninguna dirección, aunque no podían ver muy lejos. Estaban rodeados de pinos, todos los cuales, excepto los involucrados en el lugar del accidente, tenían más de un pie de nieve en sus ramas.

Como no hubo fuego, sólo el vapor del contacto de los motores calientes con la nieve amenazaba con revelar su posición, y como la tormenta continuaba y la ladera aislada estaba completamente envuelta en nubes, Mohammed pensó que era probable que los restos permanecieran ocultos hasta que el cielo despejado.

Mohammed caminó penosamente y subió para llegar a la parte delantera

del helicóptero, desde donde miró a través del parabrisas. El piloto estaba vivo pero ensangrentado y gravemente herido, medio enterrado bajo la nieve y la tierra y la parte delantera del helicóptero.

No importaba, Mahoma ya no lo necesitaba.

Ross era el gran problema. Ordenó a dos de sus hombres que sacaran al estadounidense de la nieve y lo trasladaran, les dijo (en farsi, por supuesto) que no le importaba si el hombre estaba agonizando, sólo necesitaba salir de la zona. .

Tres minutos después del impacto, Mohammed hizo que sus hombres y su prisionero se alejaran del lugar del accidente, aunque con una lentitud dolorosa. Antes de abandonar la escena, Mobasheri caminó hacia el piloto y sacó su pistola mientras lo hacía.

El francés sabía de Génova, por lo que tuvo que morir.

DOMINIC CORRIÓ CON SU BICICLETA hacia el suroeste durante casi diez minutos, haciendo la transición a caminos cada vez más pequeños a medida que avanzaba hacia las escarpadas estribaciones de los Alpes italianos. Pasó por la ciudad de Pondel, pero estaba prácticamente desierta y, aparte del olor a humo de leña y algunos coches delante de un mercado local, no detectó señales de vida. Pasó un minuto patinando y deslizándose por calles cubiertas de nieve mientras intentaba abrirse camino a través del pueblo hacia el lugar del impacto, pero pronto se adentró nuevamente en el bosque.

Estaba haciendo poco más que adivinar hacia dónde se dirigía, pero era una suposición fundamentada. Basó la ubicación del accidente en la dirección en la que viajaba el helicóptero cuando voló sobre él, así como en la ubicación general de los sonidos del accidente.

El camino terminaba en un sendero empinado para caminatas, y Dom aceleró el motor de la gran bicicleta de calle y se lanzó por el sendero, pero después de no más de veinte metros aproximadamente se dio cuenta de que esta no había sido una de sus mejores ideas. Giró en la primera curva, perdió el equilibrio y cayó sin gracia de la bicicleta hacia la maleza baja junto al sendero.

Decidió dejar la bicicleta atrás, así que se quitó el casco de la cabeza y comenzó a correr hacia arriba, con el rifle M4 todavía colgando de su

espalda.

Siguió el sinuoso sendero, aspiró el aire fino y frío, luchando contra el deseo de frenar o descansar, aunque fuera por un momento. El sendero lo llevó hacia el sur, pero sintió como si se estuviera alejando de donde había escuchado el choque. Justo cuando se detuvo para considerar cambiar de dirección, escuchó el distintivo disparo de una pistola disparando una sola bala.

Dom dejó el sendero y comenzó a trepar entre los árboles, siguiendo la dirección de los disparos.

MOBASHERI Y SU SÉQUITO viajaron a través del bosque durante varios minutos, primero cuesta arriba, pero una vez que atravesaron un pequeño bosque boscoso vieron un valle estrecho frente a él, estaba debajo de las nubes bajas y podían ver algunas Cien metros antes de que todo se volviera blanco. A poca distancia, a unos doscientos metros de donde se encontraban en el sorteo, uno de los hombres de Mohammed notó un grupo de tejados de pizarra, apenas visibles entre el vapor y la nieve. Partieron hacia ellos inmediatamente, con Mahoma a la cabeza.

Detrás de ellos, al otro lado del valle, sonaban las sirenas mientras los vehículos de emergencia recorrían las carreteras en busca de un helicóptero derribado del que habían informado los lugareños.

Una vez que estuvieron bajando la colina y en el fondo del valle, espesos pinos oscurecieron su vista durante algún tiempo, y Mohammed sólo pudo adivinar si iba en la dirección correcta. Pero la lenta procesión salió de entre los árboles hacia una carretera pavimentada de un solo carril y luego la siguió mientras giraba.

Finalmente, Mohammed vio un chalet durante un breve descanso de la nevada y pensó que era un regalo de Alá. Parecía la cabaña de invierno de una familia adinerada, pero no había señales de que hubiera alguien en casa en ese momento.

Él dijo: “¡Ahí! ¡Vamos allí!

Shiraz abrió una ventana de la planta baja de una patada, se arrastró por ella y luego abrió una puerta lateral para los demás. Era una casa pequeña, pero el concepto de planta abierta significaba que toda la planta baja era una

habitación grande.

La casa era muy moderna para un chalet de montaña, con iluminación eléctrica, electrodomésticos nuevos y un escritorio en un rincón con una computadora Mac de pantalla grande.

Mohammed colocó a dos de los hombres de Hezbollah afuera como seguridad, y ordenó a sus tres oficiales Quds que ayudaran al cojo y aturdido Ethan Ross a sentarse en una silla frente a la chimenea. Una vez que estuvo en la silla, Mohammed llevó a Ajiz al otro lado de la habitación.

“Los estadounidenses nos están frenando. No lo necesito, necesito la contraseña en su cabeza. Tan pronto como lo reciba, nos iremos”.

“Había otros edificios en la misma calle. Puedo ir a buscar un vehículo”.

"Haz eso".

Después de que Ajiz salió del chalet, Mohammed acercó su silla frente a Ross. El estadounidense estaba en agonía, su pierna rota estaba hinchada y palpitante, y a Mohammed le resultaba repugnante mirarla.

Mohammed sacó el microdrive de su abrigo y se lo entregó a Shiraz. Lo metió en un adaptador SD y lo conectó al puerto de la computadora en el escritorio. Abrió la pantalla de protección con contraseña de la base de datos del rastreador y luego miró a su comandante de la Guardia Revolucionaria.

Mohammed, a su vez, miró a Ethan. “No perdamos el tiempo. Sabes lo que necesito. Proporcióname la contraseña de los archivos cifrados y te dejaremos aquí. Estarás a salvo”.

Ross se secó las lágrimas de la cara con el puño de su abrigo. Sacudió la cabeza débilmente.

Mohammed puso su pie sobre la pierna rota de Ross y lo mantuvo allí. “No puedo llevarte conmigo. Incluso si encontramos un automóvil, no lograremos salir del país llevando con nosotros a un estadounidense herido. Me quedo sin opciones. O obtengo la contraseña ahora mismo, o . . .” Mohammed puso su zapato en el pie de Ross. "En realidad, no hay otra opción". Presionó y Ross empezó a gritar y a golpearse en la silla.

Mohammed llamó a dos de sus hombres. Ormand e Isfahan se pusieron

detrás de Ross y lo mantuvieron en su lugar, torciendo sus brazos detrás de su espalda para hacerlo.

Ethan gritó de agonía, pero Mohammed gritó por encima de él. “¡Dame la contraseña y se detiene!”

"¡No puedo hacerlo!" Gritó, histérico por el dolor.

Mohammed sacó el pie de los huesos rotos y se recostó en la silla por un momento. "Eres más fuerte de lo que esperaba". Encogiéndose de hombros, dijo algo en farsi. Shiraz entró corriendo a la cocina. Encontró una botella de vino tinto y, después de conversar con Mohammed durante un momento, rompió el extremo de la botella contra la estufa. El vino cayó al suelo y la botella rota y con los bordes dentados se vació. Lo llevó a la sala de estar y se lo entregó a Mohammed, antes de regresar a la computadora en el escritorio.

Los ojos de Ross se agrandaron de miedo y las lágrimas cayeron al suelo mientras sacudía la cabeza de un lado a otro. Su voz era sólo un gemido. “Por favor, no. Dios, por favor, no”.

Mohammed simplemente se sentó frente a él con la botella rota. Habló en inglés, pero a sus hombres detrás del americano.

“Sé algo sobre el dolor, señor Ross. La pierna rota duele, pero la espinilla no es un centro nervioso importante y el tejido inflamado proporciona un efecto adormecedor muy leve en el área que va en contra de mis intereses.

“Desafortunadamente para usted, he visto la tortura de primera mano. Mi padre era una especie de experto. Fue entrenado por el Estado, pero no dudaba en practicar con sus hijos”. Cuando Mohammed sonrió, a Ethan le pareció un loco, especialmente a la luz de lo que acababa de decir. "Sé lo que es más eficaz".

Se dirigió a los hombres detrás de Ross. "Levántalo y bájale los pantalones".

"¡No!" Ethan gritó.

Los hombres hicieron lo que se les indicó. Ross sólo podía apoyar el peso en su pierna izquierda, pero se retorcía, desesperado por liberarse de los dos hombres detrás de él. Pero su lucha fue en vano. Al cabo de medio minuto se

quedó allí, con los pantalones y la ropa interior hasta los tobillos, y Mohammed delante de él con el tosco dispositivo de tortura en la mano.

"Física y psicológicamente, lo que te haré ahora es lo peor que le pueden hacer a un hombre. Mi padre nunca me hizo esto". Sonrió, pero entrecerró los ojos al pensar en su pasado. "Pero lo amenazó más de una vez. Sólo era necesaria la sugerencia. Hice lo que me pidieron. Y ahora puedes hacer lo mismo. Puedes evitar esto muy fácilmente. Tómate un momento y piensa en lo desafortunado que sería para ti si te destrozo los genitales y luego revelas la contraseña. Sería un desperdicio innecesario, ¿no es así?

Ethan comenzó a sollozar y Mohammed suspiró exhausto y frustrado.

CARUSO NUNCA VIO los restos del helicóptero, lo pasó entre los árboles cincuenta metros a su derecha, pero mientras subía por el bosque encontró huellas de varios hombres, además de rayas de sangre en la nieve, y siguió el rastro. pistas en un empate entre dos cimas de colinas. Aquí no sólo podía mirar hacia el pequeño valle, sino que también podía ver que Ross y su séquito habían hecho lo mismo, ya que las huellas y las manchas de sangre indicaban que se habían detenido aquí.

Dom usó la mira de su rifle para escanear una hilera de techos que vio en la distancia. Parecían chalets dispuestos en el bosque a lo largo de una carretera, pero no pudo ver nada más que eso. Pensó que era probable que los iraníes que retenían a Ross se dirigieran a los edificios con la esperanza de encontrar transporte fuera del área, y la perspectiva de que escaparan obligó a Caruso a acelerar el paso. Casi corrió colina abajo, entre los árboles hacia la carretera y mientras lo hacía intentó llamar a Adara. No se sorprendió mucho al descubrir que no tenía ningún servicio allí, así que guardó su teléfono en el bolsillo y se dijo que era el único entre los iraníes y el acceso completo y sin restricciones a la red de inteligencia.

Caruso tardó apenas unos minutos en llegar a la carretera, la cruzó con cuidado y luego se adentró entre los árboles para acercarse al primer chalet sin ser visto.

Los árboles terminaban a sólo veinte metros del costado de la casa, pero Dom se quedó atrás otros veinticinco metros para permanecer dentro de la línea de árboles. Vio a un hombre sentado en los escalones de la fachada del edificio de madera con un Kalashnikov apoyado en las rodillas. Tenía la tez oliva, vestía una chaqueta de esquí gris y vaqueros azules, y parecía joven y en forma, pero por la forma en que manejaba su arma, no estaba muy bien entrenado. Dom había visto a los hombres alrededor de Ross, y este tipo definitivamente no era parte de ese equipo.

Parte de los refuerzos del helicóptero, supuso Dom. Unos segundos más tarde vio al segundo centinela. El hombre sostenía una metralleta HK MP5 y se encontraba protegido del viento, en cuclillas junto a una pila de leña frente al bosque detrás de la casa.

Dom se movió a una posición donde podía ver una gran ventana en el

costado de la casa cerca del camino de entrada. Usó la mira de su rifle para mirar dentro del chalet. Las luces estaban encendidas y, gracias al aumento de tres años y medio que le permitía la mira de batalla ACOG situada en la barandilla de la M4, pudo ver a uno de los hombres sentado frente a la pantalla de un ordenador en un escritorio. A su izquierda había movimiento, Dom centró su atención en ello y allí, frente a él, estaba Ethan Ross.

El estadounidense estaba siendo retenido por dos hombres que tenían los brazos en alto detrás de él en una posición de tensión. Sus pantalones le llegaban hasta los tobillos.

Dom, sorprendido, retiró el ojo de la mira.

Enfocándose nuevamente, vio a otro sujeto, este hombre se paró frente a Ross y le habló; por su comportamiento animado, Dom pensó que el hombre podría haber estado gritando.

Este hombre lo reconoció Dominic. Lo había visto en la terraza de la casa segura de los venezolanos en Panamá.

Y entonces vio lo que estaba pasando. El iraní sostenía una botella rota en su mano derecha. Bajo en la entrepierna de Ross.

"Oh, Dios", murmuró Caruso.

Caruso rápidamente cambió su rifle para colocarlo junto al delgado tronco de un pino, luego usó su antebrazo para hacer una plataforma de tiro sólida, encajando el rifle en la curva de su antebrazo y sosteniendo el pino con su mano izquierda. Colocó la retícula roja en forma de galón en su mira en la frente del hombre pequeño.

Dom se dio cuenta de que tan pronto como disparara una sola bala, los dos hombres que estaban afuera, justo frente a él, realmente sabrían que estaba aquí y podrían atacarlo desde dos direcciones.

Mierda, pensó Dom. Se encontró en una ridícula desventaja táctica. Todo su entrenamiento le indicó que retrocediera hacia los árboles y se retirara, pero sabía que no tenía esa opción.

Tenía que poner fin a esto, a pesar de que tenía una fuerte sospecha de que en el momento en que disparara su rifle, la mierda empezaría a salir mal.

MOHAMMED AVANZÓ con la botella de vino rota.

Ethan gritó; La saliva salió disparada de su boca y los mocos gotearon de su nariz.

"¡No! ¡Por favor, no!" Sollozando, dijo: "¡Te lo diré!"

"¿Cuál es la contraseña?"

"Te lo diré cuando lleguemos a Irán".

Mahoma negó con la cabeza. "Nuestro viaje juntos debe terminar ahora, Ethan. Esa es mi decisión. Sólo puedes decidir si vivirás o si mantendrás tu virilidad".

"Tengo otra información. Llévenme a Irán y les diré...

Mobasheri negó con la cabeza. "No tienes poder para negociar, porque sé que me dirás lo que necesito". Deslizó la botella de vino rota entre las piernas de Ethan.

CARUSO MANTENÍA EL DEDO en el gatillo, pero no disparó. Sacó el ojo de nuevo de la mira y contó los objetivos. Vio cinco en total. Dos afuera y cuatro adentro. Si le disparaba al hombre de la botella rota, podría atacar rápidamente a los dos hombres que estaban afuera, tal vez los atraparía a ambos, tal vez solo a uno. Sin embargo, incluso si obtuviera ambos, eso todavía dejaría a dos hombres adentro con Ross, y no había ninguna maldita manera de que no estuvieran listos si Dom entraba tras ellos.

Todavía tenían acceso a Ethan, por lo que todavía tenían acceso a su información.

A cincuenta metros de distancia escuchó un grito espeluznante. Rápidamente volvió a mirar por la mira y vio al iraní torturando a Ross con la botella.

Rápidamente alineó la retícula sobre la cabeza de su objetivo. Respiró profundamente y exhaló hasta la mitad.

Y luego apretó el gatillo.

MOHAMMED SE INCLINÓ EN LA CARA DE ETHAN mientras éste cortaba,

gritándole que hablara.

Ethan habló. Entre gritos frenéticos gritó: "¡Te lo diré!"

Mohammed apartó la botella y, justo en el momento en que lo hacía, Ross se abalanzó sobre él, se soltó de los brazos que lo sujetaban detrás de él, cayó sobre Mohammed y lo tiró al suelo.

Mobasheri pensó que Ethan lo estaba atacando, pero cuando aterrizó de espaldas en el piso de madera sintió la sangre caliente salpicarle la cara. Goteó en sus ojos. No tenía idea de lo que estaba pasando, sabía que las manos de Ross no se habían levantado cuando se abalanzó hacia adelante, por lo que pensó que tal vez el americano de alguna manera había logrado morderlo.

Los otros tres hombres en la sala comenzaron a gritar en farsi y árabe, gritos confusos y llenos de pánico.

Mohammed levantó la botella rota para golpear a Ross con ella, pero en lugar de eso, salió de debajo del estadounidense en el suelo, lo empujó hacia un lado y vio la increíble cantidad de sangre que cubría a ambos hombres.

Los ojos de Ross estaban muy abiertos.

Sólo entonces las palabras gritadas por sus hombres cobraron sentido.

"¡Francotirador!"

Ross estaba muerto. Disparo en la nuca. No tenía idea de cómo la bala no había penetrado completamente y también había matado a Mobasheri.

El crepitar de disparos de armas automáticas estalló afuera, tanto en la parte delantera como en la trasera del chalet. Mohammed se puso de rodillas, corrió hacia el ordenador que había sobre el escritorio y recuperó el microdrive y el adaptador. Se lo metió en la chaqueta y corrió rápido y agachado hacia la puerta principal.

DOM LO HABÍA LLAMADO... la mierda salió mal casi de inmediato. Después de dispararle a Ethan Ross en la cabeza, determinando que era la opción menos mala, giró para obtener un ángulo sobre uno de los hombres fuera de la casa. Justo cuando alineaba al hombre en su mira, los disparos del otro centinela atravesaron los árboles a pocos metros por encima de la

cabeza de Dom. Dom mató al hombre con el AK en la puerta principal, pero el hombre de atrás con el MP5 tenía una puntería impresionante, y las ramas alrededor de Dom comenzaron a romperse de los árboles. Cayó al suelo, las balas de nueve milímetros estuvieron tan cerca que sintió la sobrepresión de ellas cuando separaron el aire frío cerca de su cara.

Casi se enterró en la nieve hasta que el hombre se detuvo para cambiar su cargador. Dom se puso de rodillas y disparó varias balas al hombre con la MP5, golpeándolo en el estómago y tirándolo a la nieve. En ese momento alguien más estaba disparando y Dom pensó que podría provenir de la ventana de la cocina. Se dio la vuelta y se arrastró entre los árboles unos quince metros, se levantó y apuntó con su rifle a la casa que tenía detrás. Disparó tres disparos sin tener un objetivo en la mira en un intento de hacer algo de ruido y frenar a cualquiera que viniera tras él.

Sus disparos se encontraron con múltiples armas que chirriaban en su dirección, y golpeó la cubierta nuevamente y luego se arrastró para cubrirse.

MOHAMMED MOBASHERI estaba en la puerta del chalet. Un hombre de Hezbollah de la célula de Lyon yacía muerto frente a él, con múltiples disparos en el pecho. Isfahán ya había saltado del puerto y había comenzado a correr tras el francotirador en retirada, pero Mohammed lo detuvo con un grito. No quería que su pequeño equipo se dividiera, pronto habría muchos más policías rondando por aquí y sabía que para entonces debían haberse ido.

Toda su operación se había descarrilado por la bala en la nuca de Ethan Ross. Había estado haciendo cambios rápidos en su plan desde el momento en que bajó del avión en Washington la semana pasada, y había aguantado los golpes, pero nunca había previsto perder ninguna oportunidad de obtener la contraseña de Ross.

Todo lo que podía hacer en ese momento era regresar a Irán con el microdrive lleno de inteligencia de la CIA y dejar que las máquinas descifraran el cifrado. Le habían dicho que podría llevar meses o incluso años hacer esto con técnicas de descifrado informático de fuerza bruta, pero ahora que la única otra opción era yacer muerto en el suelo de la casa detrás de él, no vio otra opción que escapar. de Europa con el impulso y comenzar el arduo proceso.

Ajiz recorrió el corto camino de entrada al volante de un SUV Mercedes

4Matic rojo. Mohammed ordenó a todos que subieran al vehículo y Ajiz permaneció al volante. Mientras salían del camino de acceso al chalet, dejando atrás el cuerpo de Ross, Mohammed empezó a programar el GPS del coche para sacarlos de aquellas malditas colinas y bajar a Génova lo más rápido posible.

A DOM le tomó uno o dos minutos darse cuenta, lo cual era comprensible, considerando que se había concentrado en no recibir un disparo, pero pronto llegó a la conclusión de que no había nadie persiguiéndolo entre los árboles.

Volvió a salir a un camino, corrió hacia el otro lado y luego se sumergió en un pequeño barranco. Giró el M4 negro y examinó el camino por el que acababa de llegar. A través de su visor, a través de los árboles al otro lado de la carretera, vio un SUV rojo (parecía uno de esos Mercedes cuadrados) deteniéndose en el camino de entrada del chalet. No podía ver a la gente a esa distancia, ni siquiera a través de la mira telescópica, por lo que sabía que no estaría disparando al vehículo. Su pecho se agitó y el vapor salió disparado de su boca al ritmo de su jadeo. Se obligó a contener la respiración para poder escuchar los reveladores sonidos de la persecución, pero no escuchó nada más que el silbido de la nieve y el gemido del viento a la deriva entre los pinos. A lo lejos iban y venían las sirenas de los vehículos de emergencia. Sonaban como si estuvieran a media milla de distancia o más, en ningún lugar de este valle, y Dom pensó que probablemente ni siquiera habían llegado al lugar del accidente del helicóptero.

Se tomó un momento para volver a llamar a Adara, manteniendo los ojos bien abiertos mientras lo hacía. No había servicio, luchó contra el impulso de tirar su maldito teléfono a la nieve, pero en lugar de eso simplemente lo volvió a meter en su chaqueta y continuó escaneando y jadeando mientras yacía sobre su pecho.

Había matado a Ethan Ross, eso recién lo estaba asimilando. No creía que tuviera muchas opciones, y considerando lo que Ross le tenía reservado a manos del iraní con la botella rota, Dom sintió que... Le había hecho un favor al bastardo. Diría que una bala en el cerebro era más de lo que el hombre estadounidense del NSC merecía, pero en algún momento de todo este asunto se había dado cuenta de que Ethan Ross, aunque responsable de la muerte de los Yacoby, era poco más que un idiota útil. en todo el evento.

Un tonto que está por encima de su cabeza.

No se sintió mal por haber matado al traidor estadounidense, pero no se sintió tan bien por ello como pensaba cuando buscaba venganza.

Dom se preguntó qué harían ahora los iraníes. No creía que Ross les hubiera dado la clave de descifrado antes de morir. Si lo hubiera hecho, parecía poco probable que se hubieran tomado el tiempo durante su fuga para irrumpir en una casa sólo para cortar los genitales de su prisionero. No, lo estaban torturando por la contraseña. Pero simplemente porque no lo tenían, el descifrado por fuerza bruta (conectar la unidad cifrada a una computadora y luego arrojar decenas de millones de posibles contraseñas) también era una opción. Llevaría mucho tiempo, pero Dom sabía que, con suficiente tiempo y esfuerzo, la inteligencia iraní aún podría penetrar la brecha y revelar sus secretos.

Caruso también sabía lo suficiente sobre inteligencia y contrainteligencia para saber que la CIA tendría que operar bajo el supuesto de que todos los datos del disco habían sido comprometidos. Esto daría como resultado que las operaciones detuvieran los fríos y rentables vínculos con los agentes, que se cerraran y trasladaran las instalaciones y que los oficiales de casos fueran retirados. Sería un desastre incluso si la oposición nunca aprovechara plenamente la brecha.

El todoterreno rojo salió marcha atrás del chalet y aceleró en dirección opuesta.

Dom se puso de pie y se quitó su traje de motociclista de una sola pieza. Estaba restringiendo su movimiento y sabía que iba a tener que correr. La bicicleta estaba en algún lugar del valle, a un cuarto de milla en dirección opuesta. Vestido sólo con un par de jeans y una sudadera, levantó su arma y cruzó corriendo la calle. Le superaban en número al menos cinco a uno, pero no vio otra alternativa, tenía que seguir adelante.

Mientras corría, escuchó la voz de Arik Yacoby en su cabeza.

"Vamos, D. Soldado".

DOMINIC LLEGÓ AL chalet más de un minuto después de que los iraníes se fueran, pero siguió corriendo. Consideró buscar un teléfono fijo en el interior, pero sabía que si no encontraba uno, el Mercedes habría desaparecido en el tiempo que le llevó comprobarlo. Primero corrieron por los patios de los otros chalets de invierno por la calle sinuosa y luego por la carretera asfaltada cubierta de nieve. Sabía que sería imposible alcanzar el vehículo que huía, pero a falta de un plan inteligente, la acción parecía ser su único recurso.

Al otro lado de la primera curva de la carretera, apenas unos cien metros más allá del chalet donde ahora yacía el cuerpo de Ethan Ross, vio que los espesos árboles daban paso a una colina abierta y azotada por el viento a lo largo de la carretera. Pudo contemplar el valle y pensó que era posible que también recibiera una señal de teléfono vía satélite. Justo cuando alcanzaba el teléfono que llevaba metido en la cintura, el auricular de su oreja chirrió. Atendió la llamada tocándolo.

"¿Marzo?"

“Sí, soy yo. ¡Te he estado llamando durante media hora! ¿Dónde estás?"

“En Italia. En algunas montañas. Eso es todo lo que sé”.

“Bueno, estoy en camino, así que si puedes ser más preciso, llámame. Mientras tanto, puedo reunirte con el subjefe de la estación de la CIA en Milán. Ha estado trabajando en los teléfonos para solucionar tu situación durante veinte o treinta minutos, pero necesita hablar contigo.

Dominic se quedó sin aliento por correr y hablar al mismo tiempo, pero siguió corriendo y dijo: "Déjalo pasar".

Hubo un minuto completo sin nada en juego, Dom echó otro vistazo al valle y notó que el camino por delante serpenteaba de un lado a otro en una serie de curvas cerradas para maximizar la cantidad de pequeños chalets de vacaciones que los desarrolladores aquí podían amontonar en la ladera. Dom abandonó la carretera, corrió entre un par de cabañas de madera a su izquierda y luego comenzó a bajar por una colina boscosa, con la esperanza de poder recuperar algo de tiempo con el Mercedes.

De repente, una voz retumbante y molesta llegó a su oído. “¿Quién es este?”

“Subdirector, soy un agente especial del FBI involucrado en el caso de contrainteligencia Intelink-TS en Ginebra. ¿Estás al tanto de la situación?

"Sí. Hablé con la mujer que me comunicó contigo. Sé lo que eres, te estoy preguntando tu nombre”.

"Me temo que no puedo darte eso".

"¿Por qué diablos no?"

Dom siguió corriendo, tropezó con una bicicleta escondida en la nieve en el patio trasero de un chalet, pero en segundos estaba en pie y corriendo de nuevo, hablando entre pantalones mientras llegaba al siguiente tramo pavimentado de la carretera en zigzag y continuaba atravesándolo. “Mira, mi nombre es Jones. ¿Funcionará?

“No, no lo hará. El FBI no oculta su identidad, lo que me dice que no eres del FBI. Antes de continuar, necesito saber para quién trabaja”.

"Si necesita saber para quién trabajo, entonces no iremos más lejos".

Hubo una pausa. Dom recorrió veinte metros antes de que el hombre volviera a hablar. "Eres uno de esos, ¿eh?"

"Soy el único que sabe qué diablos está pasando aquí, así que eso podría ser bueno para algo".

El DCOS se tomó un momento, pero finalmente dijo: “Está bien. Tengo entendido que estás persiguiendo a Ross y a un grupo desconocido de actores”.

Dom sacudió la cabeza mientras corría. “Ross está muerto. Los oficiales de inteligencia iraníes tienen sus datos, no sé si tienen la clave de descifrado que necesitan para acceder a ellos, pero estoy seguro de que tienen el disco en sí. Están en un SUV Mercedes rojo en dirección sur”.

"Mierda. ¿Cuál es tu ubicación?

“Estoy entre media y tres cuartos de milla al sur de donde se estrelló el

helicóptero. Eso fue un par de millas al sur de la autopista SS26. ¿Eso te ayuda?

“Sí, sé dónde están respondiendo los equipos de emergencia locales al accidente. Tengo algo de ayuda en el camino hacia ti”.

"¿Ayuda de la agencia?"

"Negativo. Estoy en Milán y no tengo activos armados cerca. Les envío ayuda del ejército estadounidense. Resulta que un grupo del equipo de combate de la 173ª Brigada Aerotransportada está en tu AO en este momento. Tienen su base en Vicenza, pero un pelotón de fusileros está realizando entrenamiento alpino en las estribaciones al sur de la SS26. Pude pasar directamente a través de su CO, y él les ordenó que subieran a los camiones y se dirigieran en su dirección. Les devolveré la llamada y les contaré sobre el Mercedes que viene por la carretera.

Dom redujo la velocidad y luego comenzó a caminar. No podía creer su suerte. “¡Un pelotón de infantería! ¿Estás bromeando? Eso es perfecto."

“Bueno, no exactamente perfecto. Hay un problema”.

"¿Cuál es el problema?" En lo que a él respectaba, podrían terminar esto en minutos.

El COS adjunto comenzó a explicar la situación y, antes de terminar de hablar, Dom había echado a correr frenéticamente una vez más. Continuó cuesta abajo lo más rápido que pudo.

El primer teniente D. J. Dower, de veintitrés años, colgó de golpe su radio en el soporte de la cabina del camión y ordenó a su conductor que girara a la izquierda en el siguiente cruce. Las condiciones de falta de claridad que habían experimentado ese mismo día habían mejorado mucho, pero todavía apenas podía ver el desvío que conducía colina arriba hacia el barrio de chalets de lujo al sur.

Dower todavía no estaba muy seguro de qué diablos estaba pasando, pero sí sabía que fuera lo que fuera, era el "mundo real" y no formaba parte de su entrenamiento.

Y D. J. Dower nunca había hecho nada en el “mundo real”. Él y su pelotón habían estado comiendo comida junto a una fogata en su vivac después de

una larga mañana de entrenamiento cuando un coronel de la guarnición del ejército estadounidense en Vicenza se puso en contacto con él y le dijo que dejara todo su equipo, excepto las armas pequeñas, y que las cargara en sus tres M939. camiones de cinco toneladas y avanzar hacia el sur. Diez minutos más tarde, justo después de ponerse en camino, llegó una segunda llamada de radio, procedente de un hombre conectado desde Vicenza. No dio información sobre sí mismo, pero le preguntó al teniente Dower sobre el número de tropas en su pelotón y luego le dijo que había una situación de seguridad nacional en su AO.

Dower no lo entendió. El área a la que se dirigía eran colinas salvajes cubiertas de nieve y elegantes villas de vacaciones. Esto no era exactamente el oeste de Pakistán.

El hombre no identificado en el canal de la red de la brigada le dijo al teniente que él y sus hombres tendrían que moverse como una fuerza de bloqueo para detener una camioneta Mercedes roja que descendía por una de las colinas justo al sur de su ubicación.

D. J. Dower tosió nerviosamente. "Uh, ten en cuenta que no tenemos munición real".

“Lo entiendo. Vas a tener que improvisar”.

Dower miró a su primer oficial, detrás del volante, quien simplemente le devolvió la mirada. Después de un momento, el teniente dijo: “¿Improvisar con qué, señor?”

“Hijo, tendrás que dar miedo. Tienes treinta y cuatro soldados armados y uniformados. Esa es una vista imponente. Aprovéchalo al máximo”.

“Sí, señor”, dijo Dower. “Los ocupantes del Mercedes. ¿Están armados?

"Fuertemente. No voy a endulzarlo, hijo. Te estoy metiendo en una situación de mierda”.

UNA SEGUNDA LLAMADA DE RADIO del mismo hombre, dos minutos más tarde, señaló una intersección al pie de una colina alta. Una carretera sinuosa a través de un campo se alejaba de la intersección y subía hacia los árboles, donde serpenteaba de un lado a otro durante varios kilómetros alrededor de barrios enteros de pequeños pero lujosos chalets de madera.

Dower ordenó a los camiones que se detuvieran y bloquearan toda la intersección, y luego dio la orden por radio para que todos bajaran.

Las carabinas M4 del pelotón Bravo y las armas automáticas del escuadrón M249 llevaban BFA, adaptadores de disparo de fogueo. Eran tapones metálicos de color rojo brillante atornillados que se fijaban a las bocas de sus rifles para que las balas de fogueo de baja presión del arma funcionaran correctamente.

Con los BFA en su lugar, las treinta y cuatro armas podían disparar fuertes balas de fogueo que las hacían sonar como si fueran armas letales. Pero con los BFA en vigor, las treinta y cuatro armas de fuego obviamente no eran más que accesorios no letales. Los enchufes rojos eran visibles a cien metros.

Mientras tomaban posición, Dower les dijo a sus hombres que su tarea era impedir que escapara un vehículo lleno de oposición armada. Estaba seguro de que cada uno de los treinta y cuatro hombres que lo acompañaban pronunció algún tipo de maldición. La mayoría maldijo lo suficientemente alto como para ser escuchado, y el resto simplemente se quejó en voz baja. Y el primer teniente no podía decir que los culpara. Estaban enojados con él por la orden que dio, y él estaba enojado con el hombre que le dio la orden.

Sin embargo, Dower y sus hombres harían su trabajo. Se desplegaron frente a los camiones y Dower tuvo que gritar para ser escuchado. “Todos los que tengan un M4, los quiero en un cordón en la carretera conmigo. Los seis que tenéis SAW, os quiero vigilando esa elevación detrás de los camiones. Fuera de la vista desde la carretera”.

El operador de Bravo SAW, un hispanoamericano de diecinueve años llamado Chacón, dijo: "¿Overwatch, señor?"

"Sí. Nos quitaremos nuestros BFA para parecer legítimos. Si los malos empiezan a dispararnos, quiero que los seis se muevan en modo automático con las SAW. Todo lo que tenemos es actitud y ruido, así que vamos a utilizar tanto como podamos”.

Dower sabía que su única oportunidad era que los hombres armados que se dirigían hacia él consideraran su situación desesperada, porque si decidían luchar, Dower y sus hombres estaban prácticamente muertos. Rápidamente, él y sus hombres desenroscaron los BFA de sus rifles y los escondieron en los bolsillos de carga. Luego esperaron en el camino helado, con todos los ojos

mirando hacia la colina.

El todoterreno Mercedes rojo apareció en el bosque, a doscientos metros de distancia. Continuó colina abajo durante varios segundos, como si el conductor no viera tres camiones de cinco toneladas estacionados en medio de la carretera de dos carriles con más de dos docenas de soldados de infantería empuñando armas en el aire. Pero finalmente el conductor se dio cuenta de su situación y se detuvo a cincuenta metros del control de la carretera.

Luego se quedó allí sentado, estacionado en medio de la carretera. Dower estaba al frente y en el centro del control de carretera, más cercano al todoterreno. Se sentía como un matador contemplando a un toro.

Su primer oficial estaba justo detrás de él. Le gritó a su pelotón: “¡Así es, hombres! Armas en alto y caras enojadas. ¡Nadie jode al Tercer Pelotón!

Después de veinte segundos, el Mercedes retrocedió y dio media vuelta. Empezó a correr carretera arriba.

Dower dijo: “SAW. . . ¡Dales algo de qué huir!

Los seis ametralladores ligeros dispararon sus armas de forma totalmente automática. Aunque las balas de fogueo no eran tan ruidosas como la munición real, sonaban bastante reales. El increíble ruido rebotó en la línea de árboles, y el teniente Dower supo que los hombres del Mercedes habrían pensado que estaban recibiendo fuego por detrás.

El vehículo rojo desapareció en el bosque colina arriba.

El líder del escuadrón Charlie de Dower preguntó: "No lo perseguiremos, ¿verdad?"

Dower no lo sabía con certeza, no le habían dado instrucciones sobre qué hacer si los hombres armados se retiraban, pero no iba a permitir que sus hombres vieran ninguna indecisión. “¡Joder, sí, lo somos! ¡Cargar!"

DOM ESTABA AGOTADO, había recorrido más de una milla, casi todo cuesta abajo en nieve profunda.

Se había caído de bruces media docena de veces, pero aún así corría

como un demonio. Sabía que los hombres que se encontraban en la carretera, en algún lugar debajo de él, estaban esencialmente indefensos y que se enfrentarían a varios asesinos armados y motivados. Dom tenía un arma cargada, sólo necesitaba llevarla a la pelea antes de que fuera demasiado tarde.

Tropezó con el asfalto mojado (ésta era la quinta curva que cruzaba) y justo cuando comenzaba a cruzar la calle escuchó varias ametralladoras ligeras completamente automáticas disparando en algún lugar del valle. Su corazón se hundió, preocupado de que los hombres estuvieran disparando balas de fogueo contra media docena de agentes iraníes entrenados.

Pero justo cuando llegó al medio de la carretera, corriendo hacia la nieve del otro lado, el SUV Mercedes rojo chirrió en la curva a su izquierda, dirigiéndose hacia él.

Estaba a sólo veinte metros de distancia.

El conductor lo vio, Dom era solo un hombre con jeans, sudadera, cabello oscuro y barba, pero sostenía un rifle de carabina estadounidense en la mano. El Mercedes aceleró, Dom apuntó su rifle hacia la amenaza, activó el interruptor selector de disparo a completamente automático y disparó contra el SUV mientras se acercaba.

Vio el parabrisas explotar y el capó de metal rasgarse con marcas de agujeros de bala y humo y vapor saliendo de mangueras destrozadas en el compartimiento del motor, pero el vehículo siguió avanzando. Dom se salió de la carretera, cayó en la nieve y apenas esquivó la rejilla al pasar.

Rodó de rodillas y abrió fuego contra el Mercedes por detrás, pero después de algunos disparos su arma hizo clic.

Se le acabó la munición.

La camioneta se salió de la carretera y salió volando, se estrelló contra un pino alto, sacudiendo cientos de libras de nieve de sus agujas y enviándolas a estrellarse contra el techo del vehículo rojo.

Dom se puso de pie de un salto, la adrenalina del momento superó su cansancio y corrió hacia el choque.

MOHAMMED MEHDI MOBASHERI ABRIÓ la puerta del conductor y salió

rodando hacia la nieve. Estaba cubierto de sangre, pero sabía que provenía de Ajiz en el asiento del conductor. El líder de la célula libanesa de Hezbollah de Lyon había recibido un tiro en la garganta y otro en la frente, y ahora todo el asiento delantero del Mercedes estaba tan rojo como la pintura exterior.

Tumbado aturdido en la fría nieve, Mohammed buscó por primera vez el micromotor de Ethan Ross. Estaba justo donde lo dejó dentro de su chaqueta. Luego tomó la pistola que llevaba en la cintura y la sacó.

Detrás de él escuchó un grito, luego una serie de gruñidos e impactos. Hombres en combate cuerpo a cuerpo, a pocos metros de donde yacía. Se puso de rodillas y comenzó a girar la pistola para apuntar a la amenaza, pero justo cuando su arma encontró a un hombre en la mira, el hombre pateó la pistola, tirándola de su mano hacia el suelo. aire. Aterrizó en algún lugar de la nieve, muy detrás de él.

Un hombre barbudo y con ojos desorbitados agarró a Mohammed por el cuello de la chaqueta, lo levantó y lo arrojó sobre el capó del Mercedes. El iraní miró a su alrededor en busca de apoyo de sus hombres de Quds, pero a través del parabrisas destrozado vio a Shiraz muerto en el coche y a Isfahán en el suelo, sobre la nieve.

"¿Dónde está el rasguño?" El hombre hablaba inglés. Eso no fue una sorpresa, aunque el hecho de que estuviera solo y aparentemente desarmado sí parecía peculiar.

"¿Dónde está el puto lío?" El hombre gritó y luego golpeó la cabeza de Mohammed contra el capó. El joven oficial de la Guardia Revolucionaria empezó a meter la mano en su chaqueta, pero el estadounidense le agarró la muñeca y metió la mano en el bolsillo. Sacó el disco y lo miró.

"¿Es esto?"

Mobasheri asintió.

“¿Esto es todo?”

Otro asentimiento. Mahoma cerró los ojos. Había fracasado. “¿Todos tuvieron que morir por esta cosita?”

Mohammed abrió los ojos y miró al extraño hombre con curiosidad. Él dijo: “Sí. Lo hicieron. Por supuesto. Estamos en guerra con Occidente”. Se

encogió un poco de hombros. "Simplemente no lo sabes".

DOMINIC CARUSO envolvió sus fuertes manos alrededor del cuello del hombre delgado y comenzó a apretar. Sabía que podía estrangularlo fácilmente, podía hacerlo tan rápido o tan lento como quisiera. Y pensó que podría hacer precisamente eso. La rabia en él, que salía a través del cansancio, sobrevivía al frío y al dolor, abrumaba la tristeza de la pérdida de aquellos que no sobrevivieron, la rabia era una fuerza pura y poderosa, y Dom casi se rindió ante ella.

Mientras apretaba con más fuerza escuchó un ruido sordo. Al principio pensó que era la garganta del iraní que emitía un gorgoteo bajo y que tenía la tráquea aplastada. Lo ignoró por un momento, se concentró en su tarea y pronto tres grandes camiones verdes del ejército estadounidense se detuvieron detrás de su colina y se detuvieron. Los hombres saltaron y corrieron, rodearon el lugar, revisaron a los muertos y heridos, sacaron a los hombres del coche y aseguraron las armas.

Durante todo el proceso, Dom mantuvo la presión sobre el cuello del hombre pequeño. El rostro del iraní se puso azul, tenía la boca abierta y su gorda lengua asomaba unos centímetros.

Dom lo miró con fascinación por un momento. Se preguntó cuánto tiempo le tomaría... “¿Señor?”

—morir.

"¿Señor?"

Dom relajó su agarre. El iraní sobre el capó del Mercedes aspiró desesperadamente una gran bocanada de aire.

"¿Señor?"

Dom se dio la vuelta. Un primer teniente afroamericano estaba de pie apuntándole con su rifle.

"¡Aléjate!"

Dom dijo: "¿Vas a dispararme con tus balas de fogueo?"

El joven oficial dijo: "Si sabes que tenemos espacios en blanco, debes ser uno de los buenos".

Dom se encogió de hombros y se soltó del cuello del iraní. "Sí. Supongo que sí".

"Señor, se nos ordena asegurar esta escena".

Dom asintió distraídamente. Luego dijo: "Bien. Empieza por asegurar a este pequeño cabrón. Puede que tenga armas, te sugiero que lo desnudes y lo ates. Es muchísimo más peligroso de lo que parece".

"Sí, señor."

Dower ordenó a sus hombres que sacaran al hombre, que aún jadeaba, del capó de la camioneta y le cortaran la ropa con sus cuchillos de combate. Lo sacaron a la calle y Mohammed gritó de terror mientras se ponían a trabajar con él.

Dom alejó a Dower del resto del grupo. Las sirenas en la distancia parecían aumentar a cada segundo.

"Soy del FBI", dijo Dom, pero no ofreció ninguna identificación. "Este es el trato, teniente. Dentro de unos minutos media Italia estará aquí. Necesito irme cuando eso suceda. No estaría de más que usted y el prisionero también se fueran.

El joven oficial subalterno se limitó a asentir.

Dom metió la mano en su bolsillo y le entregó el microdrive. "Esto es una cosita, de eso se trata todo esto. Eso es todo lo que necesitas saber. Un tipo de la CIA se presentará muy pronto en tu cuartel de Vicenza. Demonios, podría ganarte allí. Él querrá que le entregues esto. Si haces eso, tú y tu pelotón probablemente tendrán algunos atacantes bastante importantes en camino. Si lo pierdes, tu carrera se acaba".

La mano de Dower se cerró sobre el dispositivo.

“Recupera al prisionero también. Si lo llevo conmigo, aparecerá en una tumba poco profunda y puede que valga algo para alguien.

“Nosotros lo llevaremos”. Dower miró a su alrededor, observando todos los cadáveres en la nieve. “¿Puedo preguntar quiénes son esos hombres?” Dudó, todavía mirando los cuerpos en la nieve. "Quiero decir . . . ¿Quiénes eran?

Dom se encogió de hombros. Este joven y los demás simplemente arriesgaron sus vidas. Merecían alguna información sobre de qué se trataba todo esto. “Todos son espías iraníes. Han matado a personas inocentes en cuatro continentes durante la última semana. Y hoy ustedes, muchachos, los detuvieron”.

El pecho de Dower se agitaba de orgullo. Pero aun así, dijo: "Creo que usted los detuvo, señor". Él sonrió. "Pero no voy a negar que podríamos haber ayudado un poco".

Dom sonrió, le dio una palmada en el hombro al joven, se giró y regresó a los árboles.

Epílogo

ADARA SHERMAN RECOGIÓ A CARUSO veinte minutos más tarde por la entrada de un chalet de montaña desocupado. Dom se había escondido detrás de una leñera mientras los coches de la policía italiana pasaban a toda velocidad, pero cuando ella llegó, cruzó corriendo el camino de entrada, se subió a su BMW alquilado, luego se acomodó con cautela en el asiento del pasajero y lo bajó hasta quedar plano.

Adara hizo dar la vuelta al BMW y abandonar de nuevo la zona en segundos.

Pasaron junto a decenas de vehículos de emergencia más que circulaban por el valle, incluso oyeron un helicóptero en el aire, aunque probablemente el tiempo todavía estaba por debajo del mínimo. Adara se concentró en la carretera, pero después de sólo unos minutos de rodar en silencio, Sherman miró a Dom y pensó que podría haberse desmayado.

Adara preguntó: "¿Caruso? ¿Caruso? Háblame. ¿Estás herido?

Dom solo asintió lentamente.

Sus ojos se abrieron como platos. "¿Estás golpeado? ¿Dónde te golpearon?

"Voy a necesitar que me evalúes. Mira lo malo que es".

"Bueno. Me detendré".

"No. Sigue adelante. Saldremos de aquí, regresaremos a la carretera y regresaremos al noroeste".

"¿Estás seguro de que puedes aguantar?"

Dom asintió. Tosió un poco. Sus ojos se cerraron.

"Sigue hablándome, ¿de acuerdo?"

"Enfermo . . . Voy a tratar de."

Condujeron durante un minuto completo antes de que Adara dijera:

“Cuando te acercaste al auto en el camino, no vi que estuvieras herido. Parecías cansado, sí, pero no herido.

“Es malo, Sherman. Te dije."

"Está bien", dijo ella. Luego, “¿Dónde exactamente te golpearon? No veo sangre”.

Dom luchó contra una pequeña sonrisa ahora. Adara se lo perdió. "Mirar. Tú eres el médico, no yo. Tendrás que revisarme. Hay un hotel por el que pasé mientras bajaba. Se veía muy bien. Un restaurante de carnes junto al vestíbulo. Yo propongo que nos registremos para pasar la noche y que pidamos un par de botellas de champán. Uno de los ojos de Dom se abrió y miró rápidamente a Adara, luego se cerró de nuevo. "Sólo con fines medicinales, por supuesto". Tosió, haciendo alarde de ello ahora. "Y luego me haces un examen físico completo".

Ahora ambos ojos se abrieron lentamente y encontró a Adara detrás del volante, mirándolo fijamente. Una pequeña sonrisa cruzó sus labios, pero parecía estar luchando contra ella.

“Eres un idiota. Me tenías preocupada”.

Dom dijo: “Son unas diez millas más. Cerca de la frontera”. Él sonrió. "Intentaré aguantar hasta entonces".

Adara acaba de conducir ahora, mirando la carretera. Después de un largo momento, dijo: "Mi primera inclinación es decir que no, dejarte en la próxima parada de autobús que vea e irme a casa sin ti".

Dom presionó el botón para mover su asiento nuevamente a la posición vertical ahora. Él dijo: “Tengo esperanzas en tu segunda inclinación”.

Adara asintió. “Gerry querrá que te dé el visto bueno antes de que regreses al servicio. Quizás deberíamos comenzar ese proceso con un examen físico completo”.

Dom se encogió de hombros. "Bueno. Seguro. Hagámoslo por Gerry”.

Adara dijo: “Pero te lo advertiré ahora. No será fácil. Tendrás que demostrarme que estás en óptimas condiciones”.

"Lo daré todo, Sherman".

EL BMW NEGRO avanzó a través de una tarde luminosa, la nieve ligera disminuía hasta desaparecer y las nubes arriba se curvaban hacia arriba y se alejaban mientras la última tormenta invernal de la temporada se alejaba hacia el este.